



Diario de un ignorante

Miguel Ángel Alijarte Piñar

DIARIO DE UN IGNORANTE

FREELIBROS.ORG

Novela urbana para la concienciación ciudadana

Edición digital gratuita

ANTES QUE NADA

Prologo

Gracias a toda mi familia y amigos por estar ahí siempre. En especial a Miriam Alijarte Piñar, Juan Manuel Pazos Entrena y Marta Ruiz Del Campo, por hacer posible esta novela.

Aquí os presento una historia que debería ser real y estar ocurriendo en cualquier lugar de este mundo que habitamos. Es probable que esta obra no debiera haberse realizado nunca, tal vez, si la vida fuera correcta y se tratara al planeta y sus criaturas, incluidas las personas, como en realidad merecen. Pero lejos de ocurrir eso, se maltrata a este cuerpo celeste y se esclaviza al mayor representante de su fauna, el ser humano.

Hoy somos meros esclavos libertos que nos creemos dueños de nuestra vida. Eso es un falso espejismo porque a día de hoy somos esclavos de instituciones, entidades y corporaciones que dictan las

normas, los sueldos y los precios. Meramente somos responsables de nuestros actos, pero no somos ni mucho menos libres para ejercer el derecho a vivir con dignidad. Limitan nuestro tiempo con responsabilidades y nuestra escasa libertad queda coartada por el dinero, entre otras muchas materialidades.

Somos víctimas, en gran medida ignorantes de ello, de una maquinaria salvaje que destruye la naturaleza y lo poco que queda de humanidad. Nos incitan a competir con nuestros iguales en un sistema piramidal que nos convierte en autómatas sin sentimientos y no nos percatamos de lo realmente fácil que sería cambiar esto, si todos juntos nos lo propusiéramos. Con esa utópica labor nace esta novela, para intentar reconducir hacia la unidad a todas las víctimas de esta atroz máquina de destrucción masiva que llamamos capitalismo.

Miguel Ángel Alijarte Piñar

RUTINA ESPANTOSA

Lunes, 29 de octubre de 2012

Un día más, las siete de la mañana de un día más de esta horrible vida que me impide ser libre, me coarta a hacer lo que debo en lugar de lo que quiero. Nadie me avisó que la vida era esto, puro sufrimiento, esclavizado todo el tiempo para engordar las papas de gente que solo te ve como una simple herramienta eficiente.

A veces, recuerdo con nostalgia aquella etapa universitaria donde todo eran juergas, entre examen y examen. Que tiempos aquellos en los que pasaba las tardes en el Pub Larios, despachando cafés para costearme mis caprichos y la gran afición de mi hígado por los frescos cubatas. Recuerdo como si fuera ayer, esa sensación fría en la mano producto de un vaso cargado de hielo, acompañado del licor de moda y mi bien amada Fanta de naranja. Whisky, ron, ginebra, vodka,... Prácticamente no existe sabor alcohólico que no haya degustado a conciencia mi garganta.

También recuerdo a la perfección que por muy

frescas que fueran aquellas copas, es curioso como no eran nada refrescantes. Menudo trauma la noche que acabe en urgencias con un alto nivel de deshidratación y surcando los límites del coma etílico. Esa trágica noche, estaba precedida por el día más importante en la vida de este triste cuerpo al cual estoy encadenado: me acababa de licenciar con gran nota, merced, en parte, a las eficaces chuletas que preparaba meticulosamente antes de cada examen.

Por suerte, gracias a mi triunfo, me replanteé mi futuro y en lugar de discotecas comencé a pisar empresas con la intención de abrirme un hueco en el sistema laboral. Tenía bien claro que no podía seguir derramando mi vida en aquella espiral autodestructiva que es el alcohol y de la que no te das realmente cuenta, mientras que no toques fondo. Ahí estaba yo, de nuevo o quizás por primera vez, agarrando las riendas de mi destino.

Ese día nació el necio esclavo obediente en el que me he convertido, claro que aquellos días pensaba en ascender bien alto, aunque a posteriori haya comprobado que esas metas eran demasiado altas o simplemente están reservadas para unos pocos elegidos. Y no me refiero a gente con algún don especial o realmente aplicados en sus capacidades, pues juro que soy un ser entregado a su trabajo: quién mermo mi esperanza fueron el favoritismo y el compadreo que imperan en la cúspide social, los cuales abren la puerta de cualquier despacho a gente sin ninguna cualidad. Claro que con 25 años y recién licenciado con notazas en economía, mi ego era lo suficientemente superlativo como para darme cuenta de la realidad en aquel momento. Que tiempos aquellos, cuantas ilusiones embriagaban mis sentidos, una vez superada la terrible droga legal que manipuló mis intenciones durante una extensa etapa de mi vida.

Han pasado cinco años y ya no soy el semiadulto que intentaba abrirse paso a fuerza de coraje en todo lo que iniciaba. Recuerdo cuando gestionaba la tienda de chucherías que regentaba mi tía, pasaba más horas en aquella tienda que en mi propia casa pero era ilusionante, al menos al principio, ya que era mi primera oportunidad laboral tras mucho buscar y poco encontrar. En realidad, el trabajo no me ayudaba demasiado a desenvolver mis cualidades pero era consciente de que por algo hay que empezar. Me remuneraba lo suficiente como para hacerme con el gastado vehículo que todavía mantengo y costear las nuevas aficiones que iba descubriendo, olvidados ya, el amigo Johnnie Walker y el viejo Capitán Morgan. Bonito fue mientras duró, ya que terminaron abriendo tres tiendas dedicadas al mismo servicio en la zona y aquella merienda de hambrientos, terminó dando lugar a que a día de hoy apenas mi tía saque dinero para mantenerla abierta.

Ese año y medio, sirvió para darme cuenta que no todo se había ido con el alcohol. Más bien era yo, el que había resurgido tras aquellos oscuros años donde mis intenciones y deseos se terminaban en frente de la taza del váter, o, en el mejor de los casos, simplemente durmiendo la pea. Cuán dormido estaba entonces, al verme insertado en lo que para muchos es la vida y es ser un hombre de provecho.

Podría haber despertado al perder aquel trabajo, pero la suerte quiso que aquella etapa que dediqué en buscar la verdad a través de la red, durara poco tiempo, como para formarme una idea concreta de lo que es el mundo y sus reverberantes problemas. Una empresa, donde trabajaba un buen amigo de la facultad, necesitaba gente y la escasa experiencia que reflejaba mi escueto curriculum me sirvió para entrar en ella.

Y aquí estoy, levantándome a las siete de la mañana para ocupar mi asiento privilegiado, en esa comitiva de asesores comerciales de la que todavía formamos parte. Digo privilegiado, no por lo importante de mi función, sino por lo dura y cerrada que está a día de hoy la bolsa de empleo. En realidad, mi tarea únicamente consiste en calentar un sillón en una enorme sala con una treintena de seres en mi misma situación. Allí nos encargamos de consumir luz y tontear con el ordenador, hasta que alguien llame o nos encarguen tareas desde arriba. Somos meros autómatas conectados a un sistema que nos exprime al máximo, pero muchos son felices puesto que tienen trabajo.

No es el ver que otros pierden sus puestos lo que me preocupa, ni siquiera el llevar buscando otra cosa prácticamente desde el primer día que llegué aquí. Lo que realmente me hace sentir mal, lo que oprime mi pecho con fuerza, es algo que afloró dentro de mí no hace mucho tiempo. Sin duda es algo innato, pero apenas me había percatado, ese algo es mi capacidad para empatizar. Es decir lo qué a mi me hace sufrir, es precisamente lo que a mis compañeros les hace sentir mejor.

Para explicarlo, diré que si veo un desahucio en la tele, ipso facto siento un escalofrío por todo el cuerpo y brotan en mis ojos las lágrimas más ardientes de tristeza que podáis imaginar. En seguida conecto con esa persona y siento el hecho como si me ocurriera directamente a mí. Me ocurre con toda imagen que muestre a un ser sufriendo, e incluso me ocurre con cualquier animal, no lo puedo remediar. Sin embargo, mis compañeros y gran parte de la gente que conozco, no sienten el mismo efecto, más bien les ocurre lo opuesto: al ver un ser sufriendo ellos no interiorizan el caso, sino que les hace sentir felices por no encontrarse ellos en una situación

similar.

Nadie me dijo al nacer, ni al crecer, ni siquiera se les ocurrió comentarme al madurar, que la vida era tan despreciable, que la gente era tan egoísta e incapaz de ayudar a otros sin interés de por medio. Ya me di cuenta a base de patadas y malos gestos, pero aún así, cuesta asimilar que se está rodeado de gente a la que importas nada por lo que eres y todo por lo que tienes.

De hecho, y sólo es un dato puesto que le quiero como a un hermano, está el caso de Ricardo. Siempre fuimos buenos amigos y estábamos siempre juntos, pero tras la facultad nos separamos y cada uno vivió su primera experiencia post académica por separado. No le recrimino nada, dado que él me abrió camino en esta empresa en la que ahora trabajamos, codo con codo, por resolver en menos tiempo el nivel avanzado del buscaminas. Pero el caso es que apenas nos vimos en dos años y sin embargo ahora tenemos pleno contacto. No es que piense que es un interesado pero, curiosamente, él siempre iba a currar en autobús y Dios mediante, aparecí de nuevo en su vida, para poder recogerlo todos los días a eso de las ocho menos veinte.

No sólo no me paga nada por el impositivo precio del gasoil que consume mi antigua tartana del 2000, tampoco se me ocurre pedírselo dado que su casa me pillá de camino al trabajo, pero es que siento una complaciente falsedad que aflora en su rostro cuando se monta en el coche, la cual desaparece al bajarse. Así, un día puede montarse dándome, todo el camino, la razón sobre algún tema y cuando llega la hora del desayuno, lo utiliza para ridiculizarme frente a los compañeros. Pero lo más gracioso es que el muy cínico termina volviéndome a dar la razón, cuando volvemos a estar a

solas de regreso a casa.

Sería meramente gracioso, de no ser porque empiezo a estar harto de tanta falsedad que me rodea. Prácticamente todos los días, termina despidiéndose con su gran frase: ¡no pasa nada!, recuerda que yo pienso igual que tú al respecto. No resulta repetitivo porque siempre imprime variaciones en ese discurso, aunque el mensaje sea siempre el mismo. El problema está, en que sigue siendo tan zombie, que da igual lo que hablemos un día, puesto que, posee la increíble capacidad de no recordar nada al día siguiente. Es desanimante, pero es una tónica a la que me he acostumbrado tanto que a veces me asusta, ya que no avanzamos sino que todo es como un bucle que se repite constantemente, y lo que es peor, a veces me da la oscura sensación que me lo ha contagiado y termino haciendo lo mismo que él.

En parte es un problema de nuestros egos y de la profunda disparidad de motivaciones e intereses, pero resulta cargante ver como todo lo que pienses o hagas, cae en sacos rotos que la gente se niega de plano a comprender y por mucho no llegan siquiera a entender. Pero que le voy a hacer si no soy un robot, ellos parece que lo llevan bien, que dentro de sus mundos programados y totalmente limitados, no sienten la necesidad de escapar.

Ya está bien de divagar, debo prepararme para un día más en la vida de un hombre trabajador y honrado. Aunque a menudo no muestre ninguna de esas cualidades, sin duda, es lo que se supone que soy desde que salgo trajeado por la puerta de este piso donde vivo. Esta pequeña jaula que pude arrendar gracias a este trabajo; no, si al final, siempre encuentro algo más que agradecer al pasota de Ricardo.

He perfeccionado tanto la técnica que apenas en veintiséis minutos, estoy alcanzando la puerta para coger el ascensor y bajar a la cochera para montarme en mi fiel Opel Astra, azul metalizado. Lo cuido con mucho esmero, ya que me provee de una autonomía que antaño anhelaba y a día de hoy casi aborrezco, porque cuando no es una cosa es otra: entre gasoil y mantenimiento, pudiera parecer más una carga que un alivio. Tras montarme, arranco en dirección a la calle y conduzco los escasos centenares de metros que me separan de mi amigo, para esperarle junto a la entrada del piso donde vive.

No falla, digo en su impuntualidad, desde hace tres años lo espero a las ocho menos veinte, los tres o cuatro minutos de rigor que suele tardar de más. No tengo problema en hacerlo, pero el mal trago está en el día que llego a las menos cuarto y me tiene que esperar apenas un minuto. Odio esos días porque los paso como si realmente le hubiera fallado y él hace todo lo posible por remarcármelo a la hora del descanso.

Por suerte, hoy no será uno de esos días, ya que son las 7 horas y 39 minutos; son casi y cuarenta, pero no es relevante sabiendo su *modus operandi*. No ha llegado todavía, para no variar, así que aprovecho para echar un vistazo al móvil, que con las prisas todavía no lo he podido mirar. ¡Espera un momento!, tengo dos llamadas de Ricardo a las siete menos veinte de la mañana, ¿qué le habrá pasado? Voy a llamarle:

—¡Dime Manuel!

—No, dime tu Ricardo, acabo de ver tus llamadas perdidas.

—Ah, ummm..... ¡Vale...! Jajaja. Vente para el trabajo y ya te cuento, que yo estoy por aquí esperando

que abran.

—De acuerdo, ¿pero qué...

—pi,pi,pi...pi,pi,pi.

Vale, me ha colgado. Normal viniendo de un tipo que está todo el día pegado a su iphone, cuando no tiene nada que hacer. Seguro que al llamarle he interrumpido su partida, en alguno de esos formidables juegos de los que siempre me presume. Es increíble, como teniendo el mismo aparato que yo, siempre intenta hacerme ver que él lo explota al máximo y que yo desperdicio su potencial. Me parece un colmo de vanidad, pero no puedo reprimir la sonrisa que se me dibuja en el rostro al pensar como alguien puede llegar a ser tan cretino, aunque en realidad yo quiero a ese tío, claro que en plan amigos, porque no tengo pensado saltar a la otra acera y menos por ese tipo.

No puedo dejar de pensar en qué le habrá pasado, ¿está ya en el trabajo?, ¿hoy lunes?, ¿tantas ganas tenía de empezar la semana? ¡Claro, ya está!, me ha llamado una hora antes y el sábado de madrugada era el cambio de hora del solsticio invernal. Jajajajaja, me meo. ¡Me da que este zoquete...!

Mírale, si está ahí, al menos me ha estado reservando la plaza que siempre ocupa el lameculos de Bolañez. Si en el fondo lo tengo que querer por muy borrego existencialista que sea el pobre tarugo. Vaya y ahí está Bolañez, ¡jodete mamón hoy es mía! No si resulta que son esos dos o tres minutos que tarda Ricardo de más, lo que me impide aparcar todos los días justo a la entrada de la oficina. Bueno tampoco puedo culpar a nadie de mis desdichas, el tiempo lo ha vuelto a poner en mi camino y mi empatía me impide verle con malos ojos.

Y en el fondo aquí está, haciéndome aspavientos para aparcar el coche.

—¡Qué pasa, relojero de pega!— le exclamo al bajarme, haciéndole ver que ya me imagino el motivo de su tardanza.

—Nada, si me hubieras cogido el teléfono, amigo de pacotilla— responde estrechando mi mano con fuerza.

Claro, había olvidado que hoy no ha venido conmigo y su aura de reprochador incansable, ya lo traía desde casa. Tampoco he podido evitar escuchar su versión de lo ocurrido, tanto en ese momento como varias veces a lo largo de la mañana, contando el motivo de su madrugón a todo el que pillaba por banda. En particular, pienso que la historia sería más graciosa si dejara de incidir en que yo fui el culpable de que saliera escupido de su casa por haberse olvidado de poner el despertador en hora, pero quién soy yo para mermar sus aires de grandeza. Quién soy yo para hacerle ver que es un inútil, que aún viendo el móvil que se actualiza sólo, sintió que estaba llegando tarde al trabajo. Por favor, si el muy mendrugo cuenta que se ha percatado realmente de la hora que era al mirar el billete de autobús.

Vaya mañana desafortunada me está haciendo pasar, menos mal que esa chica, Mónica, no le hace ni caso y me ha pronunciado un cariñoso: ¡Te acompaño en el sentimiento!, tras escuchar la difamadora historia de mi amigo. Cuan bella es, es una dulzura, lo que nos íbamos a reír si me armara de valor a entablar amistad con ella. Sin embargo, me limito a sonreírle como todas las mañanas y dudo totalmente que eso le haga atisbar lo mucho que me eclipsa con su gratificante presencia.

De todas formas da igual, puesto que mi amor

propio está tan desestructurado que dudo poder alcanzar su amor en última instancia. Esa mujer que invadió mi vida, Laura, se encargó a conciencia de minar hasta el último ápice de valor que existía en mi ser. Que mala persona, siempre me dominaba y procuraba dejarme a la altura del barro. La última vez que me armé de valor para hablar con una chica sinceramente, fue con ella, y lo hice para hacerle ver lo mal que me hacía sentir. Al menos sirvió de algo: abandonó mi vida por la puerta de atrás y su ego estaba tan estreñido, que se le olvidó incluso dar un portazo al salir.

Menos mal, pues no se si mi reblandecido orgullo hubiera soportado otra embestida de aquella fiera domadora. Ahora llevo tres meses sin cogerle el teléfono, ni responderle a los mensajes, porque a veces intenta hacerme ver que ha cambiado, pero enseguida vuelve a brotar su incontenible furia. Han sido cuatro años de mi vida, de hecho todavía recuerdo el día que entró en la tienda de mi tía y la atendí de buenas maneras, era preciosa, además de aparentar ser una mujer de verdad. No es que ya no sea guapa, simplemente su mal carácter y su dominante ego pesaron más en negativo que nuestro delicioso curriculum sexual de pareja; tampoco es que basara nuestra relación en esos tres parámetros: sólo me harté de ocupar un papel secundario en mi propia vida y, casi siempre, siendo el malo de la película.

Supongo que sus insistentes llamadas de las últimas semanas son para recoger sus cosas, tengo entendido que ha encontrado a alguien y es bastante posible que llame para transportar su basura a otro hogar: ¡Dios!, como compadezco al pobre diablo que tenga ahora engatusado con sus buenos modales y su mirada felina. De todos modos, ese ya no es mi problema y sus cosas están esperándola en el trastero, desde hace casi cinco meses.

Sólo tengo que cargarme de valor y quedar un día con ella, para que venga a por sus malditos recuerdos que guardo en la cochera.

La vida es prosperar, Manu, prosperar para después medrar. Que claro tenía lo que debía decirme cuando yo llegaba a casa, cansado de la rutina y con ganas de deshacerme de toda esta vida artificial en la que vivo. Por supuesto, ella ya estaba medrando y se conformaba con tirar de mi sueldo: decía que salía a buscar trabajo, pero estaba todo el día haciéndole el hueco al sofá.

Es tan asombrosamente repetitivo, que miro atrás y todos los días de mi vida, desde que entré a trabajar aquí, me resultan ser lo mismo. Día tras día, da igual lo que hagas, puesto que nadie agradece en realidad que te desvivas en tu trabajo, sólo hay que tener cuidado de no meter la pata y tienes tu puesto asegurado. Este bucle es permanente y sólo puedes desconectarte los fines de semana para distraerte un rato, pero ¡demonios! cuán corto pasa el tiempo cuando estás disfrutando de vivir en libertad: disponiendo de tu tiempo para hacer lo que sientas y de verdad quieras.

Desde luego, no ayudaba mucho que ella me dijera que era un aburrido, porque hacíamos el fin de semana lo mismo que ella hacía a diario. ¡Menuda arpía!, ojala pudiera yo estar tumbado todos los días, viendo películas o haciendo lo que me diera la gana. Pero como yo era el tonto de esta historia, pues ella no entendía mis necesidades, Laura vivía muy acomodada junto a mí.

Quizás el ser tan ladilla, o simplemente aprovechada, le llevó a desarrollar a la perfección esa técnica de manipulación mental que me reducía al infinito, frente a su proverbial maestría para quedar siempre por encima. En realidad, mi vida no es mucho

más dinámica desde que ella no está, pero al menos ahora nadie me hace sentir mal, ni quiere controlar hasta el último ápice de mi libertad. Es verdad que ahora suelo salir a tomarme un par de cervezas con los colegas, pero tampoco muchas ni muy a menudo, puesto que no quiero volver a caer en ese problema del que tanto me costó salir. Vaya, si Laura se enterara seguro que me lo echaría en cara, dado que era salir de fiesta una de sus demandas. Claro que ella jamás comprendería, que no es lo mismo pagar la cuenta de dos que la de uno y más con el saque que tenía la colega, pues con el rollo de que yo no bebo mucho, ella se ponía hasta las orejas.

Ahora todo eso es historia y puedo abarcar a pierna suelta la cómoda cama de látex, que la muy perra se empecinó en comprar. Todavía estoy pagando plazos, pero al menos el descanso es lo más placentero del mundo. Por suerte sólo son sueños, tirando a pesadillas, donde a veces me la encuentro, pero siempre me despierto y vuelvo a respirar aliviado. Es curioso que estando con ella, soñara con ser libre y sin embargo, ahora, de vez en cuando aparece en mis viajes oníricos. Tengo claro que no la echo de menos, aunque es cierto que sigo sintiendo la profunda necesidad de escapar y ya no está ella para echarle la culpa. Tal vez sus apariciones durante mi profundo descanso, sea la forma que tiene mi subconsciente de mostrarme que siguen habiendo cosas por cambiar, para encontrar la verdadera felicidad.

—Ring...ring— suena el teléfono de la oficina, devolviéndome a la realidad que me posee atrapado. Es la tercera llamada que atiendo en todo el día y es casi la una del mediodía, hasta que punto generará dinero está empresa para permitirse el lujo de tener tanta gente haciendo ver que trabaja.

—¡Buenos días! Asesoría comercial Business Research, le atiende Manuel Soria Iglesias, ¿en qué puedo ayudarle?— pronuncio como exige la cortesía de este negocio.

—Hola, llamaba porque regento un negocio de hostelería y las cosas no van como deberían por el tema de la crisis. Por eso necesito que ustedes me asesoren sobre donde debo realizar mis compras para el restaurante— expone el posible nuevo cliente. Eso es lo que dicen desde arriba en esta oficina, que todo el que llama es un posible nuevo cliente y que no pueden permitirse el lujo de perder ni una sola llamada.

De hecho, eso es cagarla en este trabajo. Todavía recuerdo con frescura el caso de Oscar Martínez, era un tío de puta madre y bastante eficiente en su trabajo. Pero el pobre tuvo un hijo que no le dejaba descansar lo suficiente, así que un día se quedó profundamente dormido ante el cálido clima de esta sala. Perdió una única llamada en el transcurso de las tres intensas horas de siesta, que le contabilizamos entre risas los compañeros. Ni que decir tiene, ya no está con nosotros, ahora pone multas a los coches que aparcen en zona azul sin pagar la tasa. Cobra menos de la mitad que aquí, pero al menos tiene trabajo para mantener a ese crío y seguro que a estas alturas le permite reposar más placidamente por las noches.

—Por supuesto, señor, necesito los datos fiscales de su empresa para abrirle una ficha. Y le comento que tenemos el servicio Alliance que le permite recibir quincenalmente un reporte vía e-mail, con los mejores precios del mercado, basado en la facilitación de datos de los mayoristas más rentables para su restaurante, en este caso. También ofertamos el servicio Alliance Premium

que pone a su disposición un agente de esta oficina, para lo que usted desee y cuando usted lo necesite— informo roboticamente de sus posibilidades con esta asesoría.

—En realidad, me gustaría adquirir el paquete Alliance: me lo recomendó mi cuñado. Dice que de todas maneras, cuando tiene un problema les llama a ustedes y le dan servicio. Si viera necesario el Premium, ya hablaríamos más adelante.

—Desde luego que puede pedir el reporte de sus informes en cualquier momento, supongo que a eso se refiere su familiar. Pero ya le digo, que los informes del servicio Alliance se actualizan quincenalmente— recalco para evitar confusiones y sobretodo por ver si accede al paquete más caro, que me supone unos euros más de sueldo a fin de mes debido a las comisiones—: Por el contrario, con nuestro servicio Premium, usted puede consultar la actualización inmediata de cualquier producto que desee, ya sea para su hogar o para su negocio.

El esfuerzo era en vano, puesto que aquel hombre, claramente era un cliente tipo A. El típico empresario que busca ahorrar dinero y llama por recomendación de alguien, para probar en exclusiva lo que le han recomendado. Esta clase de gente son nuestros clientes potenciales y además suelen hacernos una publicidad encomiable, trayendo a más gente después.

—No pasa nada, probaré el servicio básico por el momento. ¿Cuánto cuesta?— termina yendo al grano el cliente, con la pregunta mas importante de cualquier negocio.

—Bien, pues el servicio Alliance cuesta 49,95 euros al mes— expongo con avidez—. Con ese precio,

tras extender el contrato y confirmar el pago de la primera cuota, usted recibirá en un plazo de 24 horas su primer informe orientado a su negocio.

—¿Cincuenta euros?— pregunta exaltado el posible nuevo asociado—. Mi cuñado me dijo que pagaba treinta euros nada más, ¿cómo puede ser?

Vaya, lo típico. Llama para informarse pero ya sabe todo sobre lo que pregunta, la de palabras que podría ahorrarme en estas conversaciones.

—Exacto, señor, ¡eso le iba a comentar!— miento con descaro, puesto que la empresa nos tiene terminantemente prohibido ofertar esto, sino que debe ser la gente quién lo exija—. Su cuñado está disfrutando de un descuento de 6 meses, que concedemos a los nuevos clientes que llegan por recomendación de otros asociados. De este modo, tanto usted por ser nuevo y su cuñado por haberle traído, disfrutarán de un descuento del 40% en el contrato durante seis meses. Usted gozará de dicho privilegio desde la primera cuota y su conocido, cuando agote su anterior descuento. Para ello sólo debe darme el nombre y los datos fiscales de su propia empresa y el nombre fiscal del socio que le ha recomendado nuestros servicios.

—Así que gana algo con todo esto... Ya me lo temía...— piensa en voz alta, la persona que hay al otro lado del teléfono. Yo hago como que no le escucho y abro el programa de gestión de altas, para rellenar los datos que está a punto de proporcionarme— ¡Bueno, apunte!, la empresa está censada a mi nombre con mi DNI de número fiscal. Restaurante La Gaviota...Antonio García Romera; situado en la Avenida Andalucía, número 27, de Torre del mar; código postal 29740 de Málaga. Mi número de DNI es 44317828, letra A...

¡ah...! y la empresa de mi cuñado es Confecciones Gutigar C.B. de Vélez Málaga.

Vaya no me ha dejado ni realizarle el formulario, casi no me da tiempo a apuntarlo todo en un papel. Este hombre necesita con urgencia ahorrar gastos, claro que normalmente procuramos un ahorro considerable, pero a menudo repercute en la calidad que nuestros asociados les ofrecen a sus clientes. Aunque asesorar sobre eso no es mi tarea y lo que a mi me interesa es cerrar un nuevo contrato.

—Perfecto, don Antonio, pues lo único que me falta para terminar el formulario: es una dirección de correo electrónico para enviarle los informes y un número de cuenta a su nombre, para domiciliar el pago de las cuotas— termino informando al nuevo cliente, de que faltan los datos mas importantes para Business Research; a donde enviar datos y de donde recibir los cobros.

Casi a regañadientes me los ha terminado dando, es curioso como se empeña el sistema en dirigirlo todo de forma informática: cuando gran parte de la sociedad es harto reticente a la hora de entregar según que datos. Sobretudo el número de cuenta, pero también el correo electrónico porque el hombre ni tenía y me ha dado el de su hijo.

—Pues con esto ya está todo, señor. Ahora completaré su inscripción y en breve recibirá toda la información que dispone la empresa, enfocado a su negocio de restauración— anuncio al nuevo asociado, antes de despedirme cordialmente—: ¡Gracias por confiar en Business Research!, ¡Que tenga usted un buen día!

—¿Pero entonces son treinta euros lo que me van a cobrar?— cuestiona el hombre, con la intención de cerciorarse de lo que a él le interesa en este asunto: cuanto le va a costar la broma.

Por desgracia, esa es la realidad de esta vida, todo es un negocio y su triunfo está directamente ligado al beneficio que genera. Y, por supuesto, nadie está abocado a regalar el dinero que a duras penas consigue.

—Si, don Antonio, la cuota es de 29'97 euros durante los próximos seis meses. Después pasará a los 49'95 que le he comentado antes.

—Y si les envío, en esos seis meses, algún nuevo cliente a mi nombre: ¿se extenderá dicho descuento?— me vuelve a interrogar, queriendo aclarar sus ideas, respecto a sus posibilidades de ahorro en un futuro.

Es de cajón el hecho de que la gente quiera tener bien definidos sus propios intereses. Aunque está claro que esta empresa no regala nada, más bien acomete una función que debería ofertar gratuitamente la oficina del consumidor o algo por el estilo. Pero ese no es mi problema: trabajo aquí, me pagan y no soy quién para joderles el chollo a mis jefes.

—Por supuesto, señor, en ese caso extenderíamos su descuento y le informaríamos vía email. Como haremos en este caso con su cuñado.

—Muy bien muchacho, pues muchas gracias por todo. ¡Buenas tardes!

—¡Que pase un buen día!— vuelvo a repetirme para terminar la conversación. De forma vana, puesto que el hombre ya ha colgado antes de mis últimas palabras. Pero la cordialidad es la base de toda empresa que quiera

perdurar en el tiempo y ésta es una de ellas.

Bueno, voy a rellenar el formulario y rematar el nuevo alta que acabo de procurar para BR S. A.: esto es mi pan de cada día y con suerte será lo último que haga en esta jornada laboral, de esta nueva semana de trabajo que por suerte es más corta, gracias al puente de todos los santos que empieza el jueves.

—¡Que pasa, marica! ¿Cómo lo llevas?— prorrumpe Ricardo. Ya era raro que no hubiera aparecido por aquí, siendo la hora que es. ¡Encima!, con su típico golpe en la espalda que me hace tambalearme en la silla y escribir un chorro de letras involuntarias en el formulario o apretar una mina, en el caso de que no esté trabajando.

—¡Aquí estoy, ramera! Algunos hacemos como que trabajamos...— le aserto, pellizcando su pezón por encima de la camisa. No os preocupéis, pues tanto el vocabulario como los gestos que usamos entre nosotros, vienen siendo así desde que nos conocimos.

—A quién quieres engañar, trabajamos juntos, ¿recuerdas?— me responde jocosamente, recordándome que hacemos lo mismo y de paso, ¿quién sabe?, recalcar que gracias a él ocupo este escritorio.

—Si, es cierto, apañado va este país si depende de nuestra intensa labor— contesto sin despegar la mirada del ordenador, para no olvidar mi tarea pendiente.

—¡Venga hombre, no te quejes!, nos pagan y tenemos un contrato indefinido— comenta Ricardo, incidiendo en lo afortunados que somos por tener un trabajo.

—No sé qué decirte sobre el contrato indefinido, a propósito del gobierno y sus últimas medidas. Pero

tienes razón, al menos nos ingresan el sueldo cada mes.

—¡Claro, tío moñas! Si da igual quién gobierne, nos van a sacar hasta los ojos. ¡Lo importante es tener cash!— me asevera en modo altivo, frotando su dedo índice con el pulgar de la misma mano—. ¡Anda termina!, que es casi la hora de largarnos.

—En eso estoy, rufián, ¡ahora nos vemos!— acabo exclamándole, antes de teclear como un loco, para terminar el contrato de don Antonio García.

Dado que la labor no es muy compleja, lo tengo solventado en unos cinco minutos aplicados a conciencia. Espero que no llame nadie más y así puedo intentar un par de partidas, en el apasionante mundo del buscaminas, a ver si bato el récord del pelma éste. Es increíble lo rápido que pasas la mañana encerrado en este simple juego, eso ayuda, sin duda, a dejarse llevar placidamente por la constante rutina de un trabajo tan sedentario.

Está claro que aquí tampoco exploto las funciones para las que me preparé académicamente, pero bastaba ser diplomado y tener un año de experiencia de cara al público. Ni que decir tiene que estaré siempre agradecido a mi tía, por aquel año que me dio de alta en su modesta empresa. Ahora, además de prosperar en lo económico, sigo engordando mi curriculum y ya tendré tiempo de desarrollar mi autentica profesión, cuando el mercado laboral mejore. ¡Jaaa, si es que mejora algún día!

—Ring, ring,...— ¡no puede ser! Otra vez el jodido teléfono, sonando a las menos veinte.

—¡Buenas tardes! Asesoría comercial Business Research, le atiende Manuel Soria Iglesias, ¿en qué puedo ayudarle?— vuelvo a repetir, como un loro enjaulado, mi programada frase inicial. Cambiando un

pequeño matiz, que atiende a mis deseos incontrolables de que la llamada sea breve.

—¿Buenas? Serán para ti...— escupe alguien al auricular al otro lado del cable.

—¿Perdone?, ¡No entendí!, ¿Qué es lo que desea?— me hago un tanto el sueco, para intentar controlar la situación.

—Pues deseo rescindir mi servicio contratado con ustedes. Resulta que lo contraté para ahorrar en mi cafetería, pero por consumir lo más barato del mercado: mis clientes se han dado cuenta y ya no vienen a desayunar— explica exaltado el hombre—. ¡Dios mío! Al final voy a tener que cerrar, después de quince años...

Menuda faena, pero está claro, y la empresa lo avisa en sus reportes. Entregamos información sobre la variedad de precios posibles en productos de calidad, pero también de alternativas más económicas a dichos productos. Por eso, BR lo deja bien claro: les advierte a sus clientes de que no sondeen utilizar todo lo más barato, porque termina repercutiendo en la calidad que cada negocio ofrece.

En todo caso, yo no estoy aquí para gestionar esos detalles y, por suerte, ésta es de esas llamadas que la empresa te permite pasar por alto. No me preguntéis, ¿por qué?, puesto que mi respuesta sería especulativa al respecto. Pero la empresa, en estos casos, nos empuja a hacer esto que estoy a punto de hacer, aunque las bajas las gestionamos también nosotros:

—De acuerdo señor, pero yo ahora mismo, solamente puedo tomar sus datos para abrir la incidencia. El departamento de bajas está disponible de 8 a 10 de la mañana.

—¿Qué no me puedes dar de baja?, y si fuera un alta, si, ¿no?— contesta molesto el cliente que quiere rescindir su contrato—. Cuanto morro tenéis, amigo, cuanto morro...

—Lo siento señor, son normas de la empresa, no estoy autorizado para realizar dicha gestión— miento abiertamente, con la seguridad que da hablar en la distancia—. Si me da su nombre, apuntaré su demanda y mañana podrá realizar su gestión entre las 8 y las 10.

—¡Que mala sombra tenéis!, encima a las horas que todavía trabajo algo, ¡pero no te preocupes que mañana os estoy llamando! Y demanda, la que os voy a poner en consumo pedazo de mandantes— responde amenazante el desconocido—. No es estrictamente necesario que te de mi nombre, ahora, para darme de baja mañana, ¿verdad?

—Lo siento mucho señor, ¡de verás!— balbuceo algo amedrentado por aquel hombre enfurecido—. No, no es necesario que me dé su nombre. Se lo pedía para acelerar el proceso...

—Me importa un carajo lo que sientas, chico, lo único que haces es lavarte las manos como Pilatos— me interrumpe el extraño, indignado en gran medida—. Si no te hace falta mi nombre “*pa eso*”, ¡Entonces cuelgo!

—Pi, pi, pi...

¡Vaya, increíble! He recibido llamadas de gente molesta, pero este señor, estaba realmente fuera de sus cabales. Menos mal que ha colgado él, porque estaba a punto de dejarle con la palabra en la boca. Pobre del que le toque mañana atenderle, que además de colgarse una baja, va a tener que aguantar el vendaval.

Menuda putada, porque en este negocio, lo mismo que puntúas por cada contrato nuevo: cuando cierras una baja, te resta un alta a la hora de comisionar. Por eso, vamos pasándonos esta serie de llamadas, como si fuera una patata caliente, y de hecho, la empresa nos permite hacerlo hasta que el cliente esté demasiado desesperado. Me da que, sin remedio, alguien va a restar un alta a su contador mañana temprano.

—Riiiiing...— suena el pitido largo en la oficina, que nos avisa del fin de la faena.

Llevo esperando este momento desde que me levanté esta mañana, sin duda, lo mejor de trabajar es terminar, sabiendo que queda menos para cobrar. Aunque luego no haya ni tiempo para gastar, ni se gana como para ahorrar en demasía. Qué tiempos aquellos, cuando nuestros padres tenían la oportunidad de prosperar rápidamente apretándose el cinturón. Digan lo que digan hoy la vida es, al menos, diez veces más cara en todos los aspectos y por lo tanto, somos diez veces más desgraciados. De hecho, mi padre me ha contado infinidad de veces que en el año 79 ganaba diez mil pesetas y con lo que ahorró en apenas dos años, pudo comprarse el enorme terreno: donde después construyó la casa donde ahora vive y en la cuál me criaron.

Eso ya se acabó, siempre he sido muy ahorrador y, aunque tampoco me privo en algunos caprichos, nunca he dejado de trabajar y por eso mi cuenta nunca ha dejado de crecer. Empero en estos cinco años, apenas he almacenado capital como para comprarme aunque sea una caravana o algo similar: no es que sea mi proyecto de futuro, pero ya digo que no me llega ni para eso. Es cierto que somos más consumistas, pero no hay derecho: todo vale una barbaridad o simplemente nosotros, las

personas, valemos mucho menos.

En cualquier caso, lo importante es que ha acabado el día de labor y eso es motivo de alegría suficiente, como para amargarme por esta degradación humana: que nos tiene prisioneros del deber para tener y del tener para ser. Así que voy a recoger mi cartera de ejecutivo y saldré cagando leches de esta oficina. En realidad no se para que quiero el maletín, pero me lo regalaron mis padres y paseándolo, es como si una parte de ellos me acompañara al trabajo.

—¿Estas listo, bujarrón?— hace acto de presencia Ricardo, librándome de mis divagaciones, con uno de sus apelativos cariñosos.

—¡Por supuesto, parguelilla!— exclamo tirando del asa de mis recuerdos, cruzándome la larga correa de piel por encima de la cabeza, posándola en el hombro contrario al costado donde cuelga finalmente la cartera. El mismo ritual de todos los días, desde que me la regalaron por mi cumpleaños.

Siempre hay un poco de barullo a estas horas para salir de la oficina, me recuerda a mis tiempos de instituto: sólo que aquí hay más educación, debido a la criba de los mas desvergonzados. Pobrecillos, seguro que aquellos más rebeldes si lo están pasando mal, en curros de mierda e igualmente mal pagados.

Richy, así le llamamos afectivamente, y yo, solemos descender por las escaleras para llegar a la calle. Lo hace la mayoría, ya que el ascensor está muypreciado, total son sólo cinco plantas. Es gracioso el recorrido de escaleras, parecemos borregos que salen del corral para pastar. Unas presumiendo del peinado que se hicieron el fin de semana, otros comentando sus

quehaceres e incluso algunos desfilando con sus recién adquiridos ropajes a la moda. Casi le dejan la etiqueta, para vacilar de marca, pero total un traje más y, encima, para trabajar en un sitio donde perfectamente podríamos venir en playeras. Las normas de la empresa no lo permiten, claro está, pero no lo entiendo ya que no atendemos a nadie en presencia. Yo creo que da igual como te vistas porque los clientes no saben si vas de media etiqueta, como ordena Business Research por contrato, o si estás en calzoncillos.

Llegamos al rellano de la primera planta, en marcha nos orientamos hacía la calle y alzó la mano para saludar a unos compañeros que esperan dialogando junto a la salida. ¡Bien, pues esto ha sido todo por hoy! ya puedo decir que he salido del trabajo, mientras cruzo el umbral de la puerta.

¡Vaya, ahí está Mónica! Hablando con un joven ejecutivo, aunque más bien parece que están discutiendo. Le levanto la mano para despedirme, mientras ella me mira y me sorprende con un cálido guiño. Yo le respondo con el mismo gesto y, Richy, me mira sorprendido tras observar el detalle en la cara de ella.

—¿Has visto? ¡Esa quiere que le dé tomate!— profiere el zoquete que tengo por amigo, haciendo aspavientos obscenos con las manos, tras ajustarse el cinturón del coche.

Yo todavía me estoy sentando, pero no puedo reprimir el hacerle ver lo bulto que es:

—¿Qué dices, enfermo? Me ha guiñado el ojo a mí— acabo diciendo, justo antes de arrancar mi utilitario.

—Jajaja. ¡Tus fantasías no se fueron con la alopecia, eh, amigo!— proclama el muy cabrón,

matizando el motivo por el cual, cree que ninguna chica pueda fijarse en mí. Parece un viaje largo de regreso a casa, pero estoy seguro que ese dulce guiño no era para él y eso es suficiente consuelo—. ¡Vaya! Acabo de conocer a alguien, sino no tendría problema en darle a esa nena de mi crema.

Menudo imbécil tengo que llevar a su casa, podría comentarle mi escuetísima conversación con ella, pero para que quiero inmiscuirme en sus pajas mentales. No obstante este es un buen momento para tirar de sarcasmo:

—¡Olvidaba que estoy eclipsado por el mismísimo barón dandy!, ¿has conocido a alguien? No me digas, espero que ésta sepa hablar. Todavía recuerdo aquella pelandrusca cateta que te dejó por un chulo putas, el año pasado... ¿Cómo se llamaba?...

—¡Calla, mamón! Ya quisieras tú, haber olido las braguitas de Susy— responde irritado Ricardo—. Te sorprenderías de lo buena que es la chica que he encontrado ahora. Quizás algún día te la presente, ¡para que sigas alimentando tus fantasías!

—Jaja. Eso era, ¡Susy your pussy! Menuda ordinaria, seguro que le cantaba la almeja a caviar... ¡o mejor, a sushi! Jajaja— como me encanta picarle, es tan orgulloso—. La nueva, vete tu a saber porque no me la has presentado todavía. No te preocupes por la buenorra de la ofi, que ya me encargaré yo de darle lo que necesite.

—Que payaso eres, pues es una tía estupenda. ¡Quizá te vacile pronto, presentándotela!— reprende Ricardo, con su altivo ego.

—No te irrites, Richy, ¡que era broma!— le tranquilizo, porque no me gusta ser cargante—. Pero no

me digas que la compi del curro, no está para mojar pan...

—¿Te refieres a Mónica? Tú estas muy mal...— me interrumpo, procurando devolverme a la realidad—. ¿Pero no has visto con quién estaba hablando?

—¡Bah!, si era un estirado de la sexta planta. Además yo creo, que más bien estaban discutiendo.

—Estás loco, si piensas que ese chocho está a tu alcance. Sabes que te quiero mucho, eres un buen amigo, pero esa tía se codea en altas esferas— resuelve con sinceridad mi amigo—. Ese estirado no es otro, que el hijo del máximo accionista de la empresa.

—Gracias por los desánimos, pero... ¡ya verás, como consigo una cita con ella!— le aseguro, sin miedo, mientras detengo el coche al lado del portal donde vive Ricardo.

—¡Buena suerte! Pero si le vas a ofrecer pasta, que sea mucha: porque creo que esa monada no se conforma con poco.

—Ja, ja y ja, ¡muy gracioso Richy!— exclamo en falsete, para no reconocer que realmente me ha abrumado con los datos de ella que me ha proporcionado.

—Por cierto, no me he traído uno porque salí echando leches de casa esta mañana. ¿Quieres subir un rato y echamos un peta?— me pregunta en relación a su vicio inconfesable, del cual me ha convertido en cómplice.

—No, ¡descuida hermano! Estoy canino y necesito comer algo— le termino diciendo, mientras sale del coche.

—De acuerdo, bro, ¡entonces mañana nos

vemos!— se despide, cerrando la puerta del copiloto.

—¡Hasta mañana!— remato yo, levantando la mano para despedirme, mientras meto primera para salir zumbando.

Llego a casa cerca de las tres de la tarde, producto del maldito tráfico que se presenta a estas horas en la capital malagueña.

Vivo al norte, cerca de la avenida Valle-Inclán, en un edificio cuyas vistas dan, directamente, a la Autovía del Mediterráneo; Ricardo vive en un callejón paralelo a la calle del obispo Ángel Herrera Oria; y la oficina está situada al oeste de la ciudad en la avenida Europa. Desde la oficina también se divisa la Autovía, pero me veo forzado a cruzar por la ciudad para recoger a mi amigo. Aunque de todos modos: la vuelta, que es peor hora punta que la ida, suele ser un caos de atascos que hacen eterno el tránsito por la carretera interprovincial y es casi mejor, mi forzado recorrido urbano.

Para que os hagáis una idea, lo que recorro en apenas veinte o veinticinco minutos por la mañana, según el tráfico existente: nunca he conseguido realizarlo en menos de cuarenta minutos para regresar y eso que la distancia es relativamente corta. Si no cojo el autobús es por evitar el agobio de hacer ese recorrido en una lata de sardinas abarrotada, quizá cuando el metro esté disponible: sea más seductor el transporte público. Aunque al ritmo que avanzan las obras con el déficit actual, cuando lo acaben puede que ya me haya jubilado y por ahora tengo que conformarme con este derroche de euros, en estos molestos itinerarios.

El piso es bastante normalito, el dueño me lo alquiló en 400 euros con la cocina amueblada. Un cuarto

de baño completo y dos dormitorios, separados por un discreto salón, forman el resto de la distribución. También tiene una estrecha terraza, que une desde la calle, uno de los dormitorios y el salón. Me dijo que podía hacer en él, lo que quisiera: claro que es como si lo fuera, si le unes la comunidad al alquiler, casi es una hipoteca.

Lo primero que hago al entrar en mi piso cuando vuelvo del curro, es visitar a Yako, un precioso Mastín que habita entre la terraza y el cuarto de invitados. Sé que es un perro demasiado grande para un piso, pero siempre me han gustado los animales imponentes y no pude frenar mi pasión, a la hora de elegir mascota. Ya tiene dos años y, tarde o temprano, tendré que dejarlo en la finca de mis padres, pero por el momento procuró concederle un buen paseo para que no sufra, demasiado, con el cautiverio que le he proporcionado. Le cambio el agua, le echo de comer y le abro la puerta corredera de la terraza para que estire las piernas.

Después voy a la cocina y abro el frigorífico, con mayor frecuencia el congelador, para prepararme la comida. Allí guardo, de costumbre, platos precocinados: incluidos pequeños Tupper con cocido de garbanzos, alubias o lentejas, que mi madre me prepara con frecuencia. Siempre que voy a casa de mis padres, mamá se encarga de aprovisionarme de lo que sus exquisitas manos culinarias son capaces de crear. Hecho que me hace divagar a menudo, en que sería de nosotros si no fuera por la inestimable ayuda de los seres que nos dieron la vida.

A pesar de tener la comida precocinada, mientras la termino de preparar, siempre me dan cerca de las cuatro de la tarde. Según lo cansado que esté y lo digerible que

sea la comida, suelo quedarme dormido frente a la tele: en una profunda siesta, que a veces se alarga hasta las seis. Esos días, me da coraje, puesto que parece que he desperdiciado parte del día, aunque bastante desperdicio ya el tiempo como para martirizarme por un rato más de descanso.

Hoy ha pasado, precisamente eso, así que me levanto rápido, de un salto, y corro a sacar a Yako. Por suerte, entre mi bloque y la autovía, hay un escueto terreno que los separa: donde mipreciado compañero domestico, puede campar a sus anchas. Mientras tanto, yo suelo leer algún libro, lanzarle palos para que los traiga o simplemente me entretengo un rato con el teléfono móvil. Da igual con lo que me distraiga, aunque sea en cepillar a mi fiel amigo cánido, en tiempos de muda, siempre me pasa el tiempo volando y llego a casa bien metida la tarde.

Entonces volvemos al piso, mermando sobretodo la libertad de mi perro, para aprovechar el poco tiempo restante antes de terminar el día. A estas horas, normalmente, me doy una ducha, antes de sentarme en el sofá para jugar un par de partidas a la videoconsola. Yako suele estar suelto por el piso cuando estoy aquí, pero siempre se tumba frente a mí, mientras yo no despego la vista del televisor. Pareciera que observarme le entretuviera tanto como a mí mirar la pantalla, pero es obvio que él tiene poco más que hacer.

De forma habitual, antes de las diez: apago la consola y me preparo la cena para ver mi programación favorita, dentro del extenso abanico digital que ofrece la tele. Aún así, a veces me resulta tan repetitiva, que termino viendo alguna película o serie online. Pero hoy es lunes y dan un concurso de variedades que no me

gusta perderme. Es muy gracioso, porque una serie de famosos, imitan a cantantes conocidos y hay un jurado que los califica tras la actuación. Para mí, es muy divertido y a menudo los celebres concursantes lo hacen tan bien, o mejor, que los propios artistas que imitan. Lo que me hace pensar que a veces: ni lo bueno es tan bueno, ni lo malo tan malo.

¡Bien! Pues esto es todo, en la humilde vida de un currante más, así paso los días entre obligaciones y entretenimiento, así discurren los años entre día y día. Todo es una espiral, que apenas se disuelve los fines de semana y que se disipa por unos días, cuando me dan vacaciones. Es curioso lo necesariamente importante que es la distracción en mi vida, supongo que como en todas. Sin duda, todo lo creado para entretener, es el azúcar que endulza el amargor de tener que ser preso en una sociedad, para poder vivir con algo de dignidad.

En realidad, prácticamente todo en este sistema está creado para entretener y hacer que la gente no repare en la mediocridad de su vida. De esta manera el pan y circo cumple su función, donde: cada loco con su tema, se distrae en su programación favorita. De verdad, que mal me suenan algunas palabras a estas alturas de la vida: ¡programación!, ¡consola!, ¡zonas recreativas!...

Siempre se han programado los electrodomésticos, pero no a las personas y es curioso ver como, hoy en día, según los canales de información que elijas, eres de una forma de ser o de otra.

Desde pequeño he pensado que consolar a alguien, se hace porque está triste, para qué le ponen ese nombre a algo que es simplemente para pasar el tiempo.

Y ni que decir tiene que ir a los recreativos era una

pérdida de tiempo cuando era un niño, porque razón va a ser bueno recrearse siendo adulto si te queda menos tiempo.

De este modo, coexisto con una infinidad de palabras que cuando eres joven pasas por alto y conforme pasa el tiempo, comienzas a preguntarte a lo Mourinho: ¿por qué?

También es curioso como los sueldos, normalmente, van en función al entretenimiento que se ofrece. Así desde un futbolista hasta un político, pasando por todas las profesiones dedicadas a distraer; cobran en demasía por entretener y enviar mensajes a la población. Mientras que desde un buen medico hasta un eficiente barrendero, incluyendo las demás profesiones; cobran una miseria por su labor, pese a que salven vidas y nos hagan la vida más fácil.

Pero claro, tengo un puesto de trabajo, yo no tengo derecho a quejarme. Debo conformarme con mi aburrida vida: programándome, consolándome y recreándome. Da igual como, pero entretenido hago menos ruido y eso es lo que en definitiva se espera de mí.

Es por todo eso que son malos tiempos para tener buenos valores y una marcada empatía. El mundo está cada vez más saturado de injusticias y la gente que conserva una sensibilidad importante, sufre en demasía, dentro de este sistema descorazonado y depredador de inocentes.

Bueno, ya está bien de martirizarme por hoy. Se está acabando el programa y es cerca de la una de la madrugada: debería irme a la cama, antes que se haga más tarde y tenga problemas mañana para despertar.

Entonces me levanto del sofá y apago la televisión.

Luego encierro al bueno de Yako en su cuarto, no penséis que no vive a gusto, el dormitorio está vacío y tengo un colchón de cuna, en el suelo, donde duerme muy a gusto.

Después me voy a mi habitación y me tumbo en la cama, para comenzar el descanso pertinente que me permita: ¡ser un día más, el eficiente borrego que se espera de mí!

NADA ES LO QUE PARECE

Martes, 30 de octubre de 2012

Abro los ojos y miro el despertador que está a punto de sonar. Son las 6:59 de la mañana y salgo pitando a la ducha, para darme un enjuagón matutino. Salgo al salón y me encuentro la puerta de Yako abierta: ¡míralo, ahí está, tumbado en el sofá!

—¿Qué haces aquí granuja?— le pregunto inocentemente, ya que sería extraordinario recibir una respuesta. Menudo gachón está hecho, lo encierro de nuevo en su cuarto y sigo con lo mío.

Termino de ducharme y me visto con la habitual prisa. Entonces salgo corriendo por la puerta del piso, con una napolitana de chocolate en la mano. Voy comiéndomela de camino al coche y, tras montarme en él, lo conduzco hacia la casa de Ricardo como todos los días. Bueno como todos los días, ¡no!, hoy voy detrás de una pompa fúnebre y da un poco de mal rollo.

—¡Lo siento, amigo!— digo para mis adentros,

mientras me persigno, como por inercia. Claro que no sé si alegrarme por él, porque dicen que todo tiene solución, menos la muerte: pero a veces me resulta, que ese oscuro tránsito es la solución a todos los problemas.

Tras la funesta persecución involuntaria, me desvío a la derecha para embocar la calle de mi amigo y esperarle enfrente de su portal. Miro el reloj del coche y son las menos cuarto, pero este tío no ha bajado todavía. Voy a llamarlo por teléfono, para que se dé prisa.

—Dime, Manuel— me dice con voz temblorosa y ronca, de recién despierto—. ¿Qué tripa se te ha roto?

—¿Cómo?, ¿aún estás acostado, holgazán?

—¡Pues claro, mamón! Si son las siete menos cuarto— contesta Ricardo, algo más espabilado.

—¿Pero cómo van a ser...?— comienzo a decir, despegándome el móvil de la oreja para ver la hora. No termino la frase, puesto que compruebo que dice la verdad. ¡Pero como puede ser posible!, si yo había cambiado la hora en mi despertador. Claro que la del coche sigue siendo la hora antigua, porque no la había cambiado y, por lo tanto, está adelantado.

—...Aprovecha y díselo ahora...— se escucha lejana una voz femenina, que me resulta muy familiar, hablando con Richy al otro lado del teléfono. ¡Espera, y tanto que familiar! ¿Su nuevo ligue es Laura? Por eso no me había dicho nada... me parece la voz de ella, sin duda. ¡Que fuerte me parece!

—¡Perdona, tío, parece que me ha pasado lo mismo que a ti ayer!— exclamo con voz cálida, por haberle despertado.

—... ¡Calla, loca!... como voy a...— le escucho

hablar muy bajito, con la chica que le acompaña. Y me termina diciendo, antes de colgar—: No te preocupes, Manu, en un momento bajo.

Que día más extraño, me queda por delante. ¿Quién estará con él?, parecía referirse a mí y su voz se parecía a la de mi ex. No ha hecho mención a su compañía, ¿será ella?, ¡bah, ya cantará!, de todos modos me da lo mismo... Bueno, ahora tardará en bajar, así que me puedo echar una cabezadita hasta que llegue.

—Piii, piii, piii— suena el despertador, devolviéndome a mi cama. ¡Menos mal!, menudo sueño de mierda que estaba teniendo. Siento que tengo un profundo síndrome de Estocolmo, mira que soñar con que voy a trabajar, ¡esto si que es grave!

Ahora sí, me levanto de la cama y voy directo al cuarto de baño. Yako no está en el salón, como es realmente habitual, en realidad no recuerdo habérmelo encontrado nunca fuera de su dormitorio. Quizás así, quiera mi subconsciente decirme que, él, también necesita escapar. Tal vez sea la hora de devolverle a la libertad con la que nació, no tiene porque vivir encerrado por mi propia voluntad y en contra de la suya innata.

Después de ducharme y de vestirme, voy a su cuarto a mimarle un poco.

—¡Buenos días, grandullón! ¿Tú también has soñado conmigo?— le hablo como si fuese una persona y me mira con su noble mirada que entenece el alma, mientras le acaricio su suave cabezota.

Cuanto lo echaré de menos, el día que decida dar el paso y separarle de mí. Pero está claro que no puedo ser tan egoísta, posiblemente estas caricias no endulcen en demasía su intenso encarcelamiento, Yako necesita

mucha más cancha de la que yo puedo darle.

Me hace gala de su bonachona mirada y lame mi mano, quiero entender con ello, que se resigna a vivir junto a mí. Pero siendo sensato, eso no es evidente dada su situación.

—¡Nos vemos en unas horas, amigo!— pronuncio, antes de besarle la enorme frente y salir del cuarto.

Paso por la cocina y trinco un bollo napolitano, pero de crema. Nunca me ha llamado la atención el chocolate que usan en la bollería industrial, así que no entiendo porque la napolitana del sueño no era de crema. No obstante, ésta si lo es y ésta si la digeriré realmente.

Tras mis acostumbrados pasos, llego al portal de Ricardo y me aparco para esperarle. No he terminado de aparcar y ya tengo el móvil en la mano, hay que ver como atrapan las nuevas tecnologías. ¡Vaya, ahí viene!; no me ha dado tiempo ni a abrir el Facebook. Madre mía, que cara de situación trae, ¿que le habrá pasado?... a que va a ser cierto que está con Laura y le está empujando a decírmelo...

—¿Ey, que pasa?— me pregunta algo tristón, montado ya en el coche.

No te queda nada que aguantar, amigo, como sea lo que me temo—, pienso para mis adentros. No es que vaya a cabrearme con él, sino por lo dominante que es esa tipa.

—¡No! ¿Que te pasa a ti, hermano? Menuda cara de fatiga que traes...— digo clavando mi mirada en él, para que le dé más cargo de conciencia guardar su secreto.

Me rehúye la mirada y entra en un silencio absoluto. Verás que no me equivoco y este no sabe como darme la noticia, bueno, ya saldrá. Así que arranco el coche y pongo rumbo al tajo, para esperar que lleguen, otra vez, las dos de la tarde.

—En realidad...— empieza a exponer como armado de valor y de pronto se calla, no terminando la frase. De verdad, tiene que estar jodido: nunca se había comportado de esta manera.

Yo le hago el vacío para que se arranque de una vez, si me tiene que decir algo, pero el muy obtuso se encierra en lo suyo. Tras un buen rato, parece que ya ha encontrado la forma de decírmelo:

—Es que voy a decirte algo... (Glup)— traga saliva y se vuelve a silenciar otro rato.

No puedo más, sin duda es eso, menudo canalla. Encima está manteniendo esta aura enigmática, que me tiene en ascuas. Al final me lo voy a tener que tomar a la tremenda.

—¡Vamos suéltalo ya, cabrón! Me temo que veo por donde vas. ¡Estás con ella!, ¿verdad?— termino reventando exaltado.

—¿Qué cojones me estás diciendo, Manu?— pregunta cabreado por mis desvaríos.

—Bueno, no se, no entiendo tanto secretismo— acierto a decir, girando el volante para embocar el coche por la avenida Europa.

—No se que paranoia te has montado, tío— me dice Ricardo, bastante angustiado—. Lo que tengo que decirte es sobre mi primo Lucas.

—Lucas Megías, ¿el sevillano?— relaciono

directamente su nombre con el apellido, que es el nick que tiene en Facebook. En realidad, no lo conozco demasiado, apenas recuerdo una juerga que nos pegamos, una vez que vino a visitar a Richy. Pero si he hablado de vez en cuando con él, a través de las redes sociales.

—Si, tío. Lucas...— vuelve a hacer un inciso con un nudo en la garganta y comienza a llorar desconsolado—. Lucas se quitó la vida ayer, cuando se enteró que el banco le iba a embargar.

—¿Qué me estás diciendo?— pregunto absurdamente, haciéndole todavía más triste la situación—. Pero si era un tío súper vital y tenía toda una vida por delante.

—Claro, pero al parecer estaba muy agobiado desde hace unos cuantos meses. Lo invirtió todo en una tienda que montó y por lo visto las cosas no iban bien— comenta Ricardo, secándose las lágrimas.

—¡Increíble, que putada!— exclamo bastante afectado por una noticia tan terrible, que me estremece por dentro—. Lo siento mucho, bro. Hablaba con él por Face, pero nunca me había comentado nada.

—En realidad era muy orgulloso y no quería molestar a nadie con sus problemas.

¡Cuán triste es esta vida! No quiero ni imaginar que puede llevar a una persona hasta tal extremo. Pero está claro que algo falla seriamente, sino todo, en esta sociedad que empuja a las personas a quitarse la vida ante un desahucio.

—¡Saldremos de ésta!— acabo por decir, respirando hondo, tras aparcar a unos cuantos metros de la oficina. Después me quito el cinturón y giro el tronco,

para abrir los brazos, ofreciéndole un cálido abrazo que calme su dura agonía.

—¡Gracias, hermano!— responde, aceptando el abrazo sincero que le he propuesto.

Ha sido muy intenso, sin duda, Richy lo necesitaba. Vaya ahora no puedo dejar de pensar en lo idiota que he sido con mis cavilaciones, cuando él lo estaba pasando fatal. Además qué más da si sale con ella, yo ya pasé página al respecto y no tengo que ser tan retorcido. Todo ha sido por ese jodido sueño, aunque ahora entiendo lo del coche funerario que he visto y un escalofrío recorre mi cuerpo, puesto que no sabía nada de antemano: ¡madre mía! que extraña y rocambolesca predicción onírica, he recibido está mañana.

Bajo del coche con la mirada pérdida en mi pensamiento y rescato el maletín que me espera impaciente en la parte de atrás, donde lo abandoné ayer al salir del tajo. Cuando cierro la puerta trasera, me giro, todavía trastornado por la mala noticia, y me sorprendo con la presencia de Mónica, que camina por la acera de enfrente, saludándome, en dirección a la oficina. Levanto la mano, respondiendo a su saludo, acompañándolo de un fuerte: ¡Hola!, que retumba en la pared contraria. Ante el eco de una cálida voz que me sale de dentro, Ricardo me mira resignado. Si no estuviera tan abatido por lo de su primo, seguro que me propinaría algún comentario soez, del tipo: ¿sientes mariposillas en el estomago, Manu?

Por el contrario se calla, limitándose a caminar junto a mí hacía el trabajo. Debe estar pasándolo fatal, ellos se criaron juntos y él quería mucho a su primo e incluso le idolatraba un tanto, por todo lo que había conseguido sin haber estudiado. No puedo evitar sentirme muy mal, contagiándome de la horrible

sensación que experimenta mi amigo. Así con este cariz discurre parte de la mañana.

El malestar se disipa un poco, a eso de las 10, porque he conseguido reducir el record de Richy. He completado exitosamente el nivel avanzado de mi amado buscaminas, en diez segundos menos que él en su mejor crono. Por eso no he podido evitar, levantarme jubilosamente del asiento, gritando:

—¡Bieeeeeen! ¡Toma, toma y toma!

Quiero creer que no me han visto, pero no puedo evitar darme cuenta que prácticamente todos me están mirando extrañados, preguntándose porqué habré roto el silencio que imperaba en este claustro posmoderno que compartimos. Tras la explosión de ánimo, recupero mi habitual compostura, pidiendo perdón a mis compañeros y reestructurándome en mi silla. Entonces suena mi terminal telefónico, permitiéndome completar un descarado disimulo.

La llamada es un Premium, que me hace una extensa consulta sobre varios productos y tras colgar, recopilo toda la información requerida, para enviársela lo antes posible al cliente. Termino cerca de las 10:35, así que me voy a desayunar que estoy famélico. Por eso pulso el botón de descanso, que me concede media hora de libertad y salgo de la oficina, cruzando el hall, para subir por las escaleras hacía la sexta planta donde se encuentra la cafetería, junto a los despachos de dirección.

Entro en el coqueto bar y le lanzo mi pedido al camarero, señalándole la mesa donde está sentado Ricardo para que me sirvan allí. Se ha sentado sólo, por su amargo pesar, pero claramente necesita compañía.

—¿Qué pasa, Richy, te encuentras mejor?— le

pregunto interesado por su estado, antes de sentarme, extendiendo el puño para saludarle.

—Si, bueno, que le vamos a hacer...— me responde algo más animado, chocando su puño con el mío amistosamente. Antes de comentar mi extraña reacción—: Tú si que estás contento, ¿no?

—¿Te has dado cuenta...?— comienzo a decir, mientras me paro para pensar qué responder. No creo que me lo cargue si le digo la verdad, pero tampoco está el asunto para restregar lo ocurrido y prefiero que no sepa que mi escandalosa celebración, ha sido por sobrepasarle en algo tan trivial como un simple juego.

Me salva en parte el camarero que viene a servirme el desayuno. Y eclipsa totalmente el momento, la hermosa Mónica: que hace acto de presencia en la cafetería, para terminar sentándose en la mesa contigua a la nuestra. Tras saludarla, me encuentro mirándome a Richy, que espera todavía una respuesta.

—Si, tío, he cerrado tres Premium en lo que va de mañana— miento con descaro, centrando la mirada en el suizo con mantequilla que voy a comer. Terminando mi trola, con un falso—: ¡Ha sido impresionante, todavía no me lo creo!

—¡Vaya, eso si que es increíble!— aclama el pobre, tragándose la hasta el fondo. Antes de comentarme su distracción matutina—: yo he ganado 16 euros en un torneo de póker online, sólo costaba un euro la inscripción.

Anda que si supiera que he pulverizado su tiempo, iba a seguir perdiendo el tiempo con ese juego de cartas. Nunca me han gustado los juegos que dependen en gran medida del factor suerte, aunque mira, ha ganado dinero

y se ha entretenido.

—Por fin has mojado en el póker, ¡olé tus...!— replico excitado para disolver mi mentira en la conversación. Y le propino una amistosa palmada en el hombro—. Felicidades picha, se que llevas semanas jugando sin conseguir nada.

—¡No veas, Manu, podría haber ganado! Tenía la mayoría de las fichas...— comenta excitado mi compañero de fatigas—, pero me ha llamado un zumbado para que le diera de baja, con muy malos humos, me ha desconcentrado y lo he perdido todo.

—¡Que putada! Está la peña fatal, hermano— afirmo con disimulo.

—No lo sabes bien, el tío ha llamado a eso de las 10 y diez. Me dice que como se me ocurra decirle que no puedo darle de baja, me amenaza con: ¡venir a la oficina y reventarme la cabeza!— relata indignado, Ricardo.

—Increíble, jajaja— me río, deseando que no fuera el hombre que despaché antes de irme ayer.

—¿Te ríes? ¡Pues no es para ello!— sigue irritado por todo lo ocurrido, no sé si más por la baja que por haber perdido en las cartas, pero al menos está distraído del pesar que le amargaba esta mañana. Entonces baja el tono y me comenta en voz baja—: no veas que clase de ratas trabajan aquí... El tío estaba totalmente fuera de sus casillas, porque parece que alguien le dijo ayer que no se podían ejecutar bajas pasadas las 10 de la mañana... Me apuesto lo que quieras a que ese tarado ya estaba enfurecido ayer, pero alguien se limpio el culo con una trola bajísima ¡y me ha caído a mí, el puto papel!

¡Cómo no!, lo sabía... le ha tocado aquel tío. De verdad, que mala suerte está teniendo hoy, Richy. Pero no puedo decirle que fui yo, el mamón que le pasó este marrón. Quizá sea mezquino, pero no puedo evitar volver a engañarle:

—¡Como lo sabes, bro! Menos mal que nos tenemos el uno al otro, entre tanto canalla y esquirol.

—¡Pues ya ves, hermano! ¡Podría haber ganado esa partida, que eran 90 plomos el primer premio!— prorrumpe molesto por haber perdido—. No que así, con los doce que me van a descontar, ¡casi salgo perdiendo!

—Seguro que hubieras ganado— redundo en su soberbia, para evitar ser detectado en la piadosa realidad que he tejido. Aunque realmente deteste que la gente pierda su tiempo y su dinero con juegos de azar.

—Bueno, pues voy a ver si llama algún posible Premium y gano el siguiente torneo— dice Ricardo, pegando el último sorbo de su café con leche. Después se levanta para volver a la rutina, exclamando antes de marcharse—: ¡Hasta luego!

—¡Al talego!— le respondo, con lo que consigo sacarle una escueta sonrisa.

Sé de sobra que es difícil que suceda cualquiera de las dos cosas que clama, pero que le quedaría al hombre si le quitas la esperanza. Además, se supone que yo he hecho tres Premium en lo que va de mañana, jejeje. Así que me centro de nuevo en el desayuno, para terminarlo.

En cuanto acabo, siento como un dedo golpea sutilmente en la parte trasera de mi hombro izquierdo. Me giro y encuentro a la bella Mónica, que me susurra, señalando el balcón-terraza del bar:

—¿Te apetece un cigarrillo?

No suelo fumar tabaco, al menos, no de forma habitual. Fumo sobretodo en los eventos sociales, como reuniones familiares o cuando salgo de fiesta. Pero claro está, que no puedo perder la ocasión de conocerla mejor y me limito a asentir con la cabeza, mientras me limpio la boca con una servilleta de papel. Después me levanto y la persigo hacía el exterior, para ejercer el derecho al humo.

Increíble, me ha hablado ella, después de tiempo sin saber como aproximarme, parece que de tanto deseárselo... En realidad, yo no sé porque me he vuelto tan negativo, está claro que Richy tiene razón con que me está castigando la edad, pero sigo siendo el mismo y no puedo olvidar la facilidad para mojar que tenía tiempo atrás.

Sé que mi apariencia no es la de aquel joven descarado y ligón, pero he ganado otras cosas con los años, o al menos, eso me gusta pensar. Tampoco puedo olvidar, que cuando eres el que sirve las copas: la gente te mira con otros ojos y las muchachas, incluso con otros labios. Pero huelga decir, que algo pondría yo de mi parte en aquellas conquistas, ¿porque no iba a funcionar ahora?

—¡Toma!— clama, ofreciéndome un cigarrillo.

Devolviéndome al momento de ahora, donde el ser torpe y temeroso en el que me he convertido estira el brazo para cogerlo. Entonces me suena el móvil y lo saco para mirar la pantalla: es Laura, ¡que oportuna! Así que lo pongo en silencio y me lo vuelvo a guardar en el bolsillo. Mientras agradezco a Mónica, por darme el filtro para humear:

—¡Muchas gracias por el vicio, primor!

—¡No hay de qué, guapo!— contesta ella, encendiéndose el cigarro y dándome el mechero para que yo haga lo propio. Luego, termina señalando la mano que todavía tengo en el bolsillo—: ¿No respondes?

¡Espera! ¿Me ha dicho guapo? Quizá sea buen momento para intimar un poco:

—¡Oh, no, que va! Es mi exnovia, que no se acostumbra a haber perdido el control mental sobre mí. Vete a saber que tripa se le ha roto...

—Jajaja, no me digas— se ríe, ante mi exposición un tanto macabra—. Qué me vas a contar a mí, mi ex era más controlador que el padre de Cisco Wheeler, jajaja.

—Jeje...Cisco, ¿qué?— carcajeo falsamente al no entender que quiere decir, pero intento disimular mi confusión para no desvelar mi total ignorancia en su comentario.

—Jajaja. No lo has entendido... ¡Perdona! A veces me olvido que no todo el mundo sabe ciertas cosas. Es una larga historia, ¡déjalo!— asegura excusándose por su comentario, aunque despierta mi curiosidad vivamente—. Así que tienes exnovia, ¡vaya!, creía que tú y ese compañero que viene contigo...

—¿Qué? Jajaja. ¡No, para nada! Yo y Ricardo, ¡que va! jejeje...— exploto nerviosamente ante su equivocada suposición.

—Jajaja, ¡lo siento! Es que soy demasiado aventurada con mis suposiciones, os he visto abrazados en el coche esta mañana y...

—¡Era eso! No, no es lo que parece... Bueno, es que ha fallecido un familiar suyo y le estaba animando—

la interrumpo, para aclarar el hecho que la llevó a pensar eso.

—¡De verás, lo siento!— exclama algo avergonzada por su cábala fallida, mientras apaga el cigarrillo en un cenicero de cristal, que hay posado, en una de las mesas de la terraza. Y con su siguiente aserción, denota que me presta más atención de la que yo creía—: ¡Pero que sepas que a mí no me la das!, nadie ha hecho tres Premium en un día y mucho menos en un par de horas.

Se me queda mirando y me guiña el ojo cómplicemente. Yo le respondo con el mismo gesto y nos echamos a reír, sobre la bola que le he colado a Richy.

—¡Vale, me pillaste! También es una larga historia...— asevero, para no aburrirla con nuestros piques absurdos.

—De acuerdo, pues espero que me la cuentes algún día, ¡ahora, voy a volver al tajo!

—¡Claro, yo también!— proclamo, apagando mi pitillo y caminando tras ella hacía la barra, para pagar el desayuno. Mientras tanto, se me ocurre preguntarle por el nombre que comentó antes y que me tiene intrigado—: ¿A quién dices que se parecía tu ex, de controlador?

—¿Te acuerdas de eso? Jajaja— pregunta mientras guarda la vuelta en su monedero—. Como el padre de Cisco W-h-e-e-l-e-r, si lo buscas, jejeje... ¡Te vas a quedar alucinado de lo exagerada que soy!

Exclama tras deletrearme el apellido, que no me suena de nada. Entonces vuelve a guiñarme el ojo y se marcha dejándome con la palabra en la boca. Me despido de ella, conforme se aleja y le pido la cuenta al camarero.

—¡Disculpe!, ¿qué le debo?

—Nada, ha pagado la señorita que se acaba de ir— responde el barman.

—Bueno, pues, ¡muchas gracias!

—¡Gracias a usted!

Tras escuchar esto, entro al servicio y después abandono la cafetería, para descender hacía la oficina y conectarme de nuevo a mi puesto de trabajo. A esperar otra vez que lleguen las dos, pero algo aliviado por la grata conversación que me ha sucedido con esa bonita compañera. Ni en mi mejor fantasía hubiese pensado que ella se iba a dirigir a mí, pero quizá vaya siendo hora de que la vida me sonría un poco. Tal vez haya perdido la fe en la suerte de los juegos de cartas, pero jamás perderé la ilusión por encontrar a la mujer de mi vida y puede ser que lo esté consiguiendo por fin. Bueno, voy a dejar el cuento de la lechera, ¡que siempre me pasa lo mismo!, y sólo hemos cruzado unas palabras.

Desde que me he sentado, no he podido apartar la mirada del ordenador, increíble lo de la tipa esa: Cisco Wheeler. Yo pensaba que sería alguna actriz, cantante o incluso alguna deportista; cuyo padre fuera alguna especie de dictador, pero nada más lejos de la realidad. El caso es que he atendido un par de llamadas, entretanto, pero me he dedicado a leer entrevistas y ver videos de esta mujer y es casi la hora de irnos.

Al parecer ella es descendiente de un expresidente de Estados Unidos, Ulysses S. Grant. Cisco dice que su familia pertenece a una especie de logia masona, y hasta aquí todo perfecto, pero cuenta que ha sido completamente abusada y controlada por estas logias. Cuenta que no pudo percatarse y liberarse de todo el

control mental, hasta el momento de la muerte de su padre, porque al parecer era su controlador principal. La historia es realmente escalofriante; las atrocidades y vejaciones que ella describe en su historia, son algo increíbles por la crudeza y prefiero no entrar en descripciones de las torturas indeseables que la pobre tuvo que experimentar.

Lo realmente escalofriante de todo el caso, es que por lo visto, hay muchas personas más denunciando ese control mental por parte de algunas logias elitistas. No será necesario exponer los nombres, pero muchos, incluso han muerto en circunstancias sospechosas. Además recuerdo que mi afición por Michael Jackson, me llevó a ver videos donde denunciaba algo similar, pero en versión bastante más ligera. Por tanto, había escuchado hablar sobre conspiraciones de control mental, pero nunca me hubiese imaginado una trama global tan retorcida. Mira que mi amigo más antiguo, Daniel Guerrero Espinosa, con quién me crié en el barrio, siempre me da un repaso de conspiranoia todas las semanas. Aunque quizá me lo comentase y no le haya prestado atención, como cuando habla de todo eso.

—¿Que haces, bujarra?— pregunta Ricardo, haciendo acto de presencia coincidiendo con la hora de irnos. Mientras suena la señal que avisa del final de la jornada—. ¿Todavía no has terminado?

—Si, claro, enseguida termino de recoger y nos vamos.

—Ahh, no te preocupes porque me vienen a buscar para ir a Sevilla— expone Richy, cerciorándome de que va al entierro de su primo.

—¿Vas al funeral? Te iba a proponer, acercarte

yo— le comento, proponiéndome servicialmente en un momento tan delicado para él.

—¿Que va?, ¡no puedo hacerte eso! Si, apenas le conocías...— responde coherentemente mi buen amigo—. Bastante te expreso, trayéndome todos los días a trabajar.

No entiendo porque soy tan duro con él, cuando me enfado conmigo mismo: está claro que es considerado, aunque le guste ser un poco tocapelotas de cuando en vez. Aunque seguro, que él tampoco puede tener queja con un tío tan servicial como yo.

—¡Está bien!, pues ya estoy listo—, digo, cerrando la cartera de mano, para marcharnos juntos por la puerta.

Cruzando el hall, mientras llegamos a la salida: me encuentro a Mónica con sus lindos ojos verdes, que está sola y ensimismada, con la mirada perdida en uno de los cuadros que decoran la recepción del edificio. Raro es el caso, puesto que no entiendo quién se encargó de decorar este sitio: esos cuadros son tan estrambóticos como estas oficinas en sí y están pintados en un abstracto que sólo comprende el propio autor. Este en concreto se titula playa desierta y lo es por los colores, pero los trazos se confunden en un caos irremediable.

Me armo de valor, con la seguridad que da el haberme fumado un cigarrillo en su compañía y me aproximo por detrás para devolverle el sutil toque en el hombro, que ella me profirió en el bar. Podría proponerle un almuerzo, como respuesta al desayuno, e incluso estoy dispuesto a proponerle marcharnos de la ciudad y pasar el día fuera. Pero no quiero mostrarme desesperado, por mucho que sienta estarlo, así que me limito a agradecer

su detalle cuando se vuelve sorprendida:

—¡Ey, guapa! Muchas gracias por lo de esta mañana, ¡te debo uno!

—No hay de qué, Manu, gracias a ti, ¡camarada!— replica con la habitual sonrisa que la caracteriza, por su dulzura especial.

¡Vaya, sabe mi nombre! Claro que se daba por hecho, puesto que no nos hemos tenido que presentar esta mañana. Somos compañeros desde hace al menos tres años y, aunque apenas habíamos cruzado palabra, yo sabía perfectamente el suyo. Supongo que eso y mi descubierta mentira a Ricardo, nos convierte en cómplices de alguna manera, así que quiero entender que se refiere a eso con su última palabra.

Todavía recuerdo el primer día que entró en la oficina, yo llevaba poco tiempo, pero ya estaba un tanto amargado por la rutina. Es por eso que nunca olvidaré la primera vez que hizo acto de presencia en nuestro departamento.

—¡Pues mañana te invitaré yo, Mónica!— exclamo embocándome de nuevo hacía la calle. Pero no me marchó, sin antes mostrarle mi indagación en su comentario matutino—: Por cierto, ¡no veas si eres bestia! He leído sobre el padre de esa tal Cisco y no creo que tu novio fuera para tanto...

—Ah no, jajaja. ¡Eso es porque no conoces a mi ex!—, se ríe a carcajadas, captando el comentario—. De todos modos, ya te avisé que soy un poco exagerada.

—¡Si claro, un poco nada más!, jajaja— le respondo, guiñándole el ojo antes de despedirme—: ¡Mañana nos vemos!

—¡Hasta mañana!— contesta ella, que se olvida del cuadro y camina tras de mí, en dirección a la salida.

Ricardo camina a mi lado, tras guardar el móvil con el que se había distraído durante mi escueta conversación con la compañera. Pareciera que estaba disimulando el querer darse cuenta del hecho, puesto que no ha soltado ningún comentario y ya estamos en la acera de la avenida Europa.

Al mirar a la derecha, en dirección a donde tengo el coche, me encuentro a Laura, que espera a que nos acerquemos. Qué demonios hace ella aquí, claro, harta de que no le conteste, seguro que ha decidido venir en mi busca. ¡De verdad, que pesada es esta tía!

—Hola, Manu— me saluda escuetamente, dejándome trastornado por unos instantes. Mientras, Mónica, pasa junto a nosotros con su rumbo de retorno al hogar. Después, Laura mira a Ricardo y abalanzándose sobre sus hombros, le dice—: ¿Nos vamos, cariño?

¿Qué? Desde luego hay que ver para creer, que callado se lo tenía el zorro de Richy. Así que mis suposiciones eran ciertas, jajaja. Y el pobre no se atrevía a decirme nada.

—¿Qué haces aquí?— le pregunta sorprendido mi amigo, mirándome de reojo—. Te dije que nos veíamos en el bar de la esquina...

—¡Algún día tendrá que enterarse, Ricardo!— prorrumpe ella, clavando su más áspera mirada en mis ojos—. ¡Estamos juntos, Manu! ¿A que a ti no te importa?

Hay que ver la facilidad que tiene esta mujer, de ponerme entre la espada y la pared. Pero en realidad, ya

me da igual, no pienso hacerle el favor de hacerme sentir incomodo.

—¡Que va, como me va a importar! Si sois felices, yo también— aseguro dejándola con su mirada de víbora, mostrándole la mejor de mis sonrisas. Entonces abrazo a Richy, antes de despedirme—: De verdad, no te preocupes hermano, que vaya bien el viaje.

—Pero...— dice mi amigo, en cuanto le suelto y me doy la vuelta para marcharme.

—Pero, nada. Ya te ha dicho que no pasa nada, ¡vámonos!— relata la arpía, agarrando a su nuevo muñeco y arrastrándolo hacía su coche.

—¡Hasta mañana, bro!— termina exclamando Ricardo, mientras es abducido por la enana alienígena que me anuló, totalmente, durante años de mi vida.

Me limito a levantar la mano para aceptar sus últimas palabras, porque prefiero ni ver la escena del sometimiento. Espero que no lo tome como un desplante, porque lo cierto es que no me molesta que estén juntos. Quizá un poco el hecho de haberlo ocultado, pero bastante tiene ya con lo que le ha caído y encima está lo de su primo... Además después de hoy, queda demostrado, que yo tampoco soy un ejemplo de sinceridad y transparencia.

Tras esta nueva escena imprevista, en mi repetitivo devenir continuo, arranco mi coche y conduzco hasta casa. Sin dejar de pensar en todo lo que me ha pasado en este extraño día, tanto lo grato como lo eludible, puesto que es muy intrigante tener tantos sobresaltos en una única jornada que, además, todavía no ha concluido. Pero ahora me queda por delante el mejor tramo del día, el de mi libertad condicionada, así que pretendo disfrutarlo.

Introduzco el coche en el garaje y me monto en el ascensor para subir del sótano a la segunda planta, donde vivo. Un intenso olor que impregna todo el ascensor, me recuerda que hoy tampoco he catado el humo de los petas: al parecer algún vecino se esta fumando un canuto. Tampoco siento la necesidad profunda de hacerlo y por eso nunca suelo tener en casa, quizá pillo algo en momentos especiales, pero nada más.

Se abren las puertas del elevador, salgo y giro 90°. Tras un par de pasos con esta orientación, vuelvo a girar otros tantos grados, para después, cubrir los seis metros que me separan de la jaula de cemento que tengo arrendada y en la cual, yo mismo me encarcelo.

—¡Aaaaah!, ¿pero que coño...?— grito, al sentir que alguien se abalanza sobre mi por detrás. Termino de hablar al darme la vuelta y comprobar, que es Daniel, y claro, dar sustos es su principal distracción: así que la pregunta sobra.

—¿Qué pasa, borrego telemático?— interroga mi viejo amigo, chocando su pecho con el mío y dándome una palmada en la espalda, gesto que nosotros llamamos el semiabrazo—. ¿No te habrás cagado encima...?

Ya os he contado que Dani, es un tanto conspiracionista, por eso suele usar esos cariñosos apelativos, tanto conmigo como con todo el mundo que no entra en esos círculos de la desconfianza del sistema oficial de información. En todo caso, yo ya me he acostumbrado a ellos y que tiene que ilustrarme a mí, un tío que reparte pizzas con casi 30 primaveras. La verdad que lo quiero mucho, es el hermano que nunca tuve y, sin duda, de alguna manera consigue que mi visión de la vida sea un poco más objetiva, y no una tan académica, personalmente autoenagenada y por lo tanto “normal”.

—¡Aquí andamos, Pizzaman!—: respondo, palmeando su espalda también—. De vuelta de pastar por las praderas de Business Research.

—Jajaja, como lo sabes dócil rumiante...Toma, pichica, desconéctate de la Matrix—, dice separándose de mí, llevándose la mano a la oreja, para coger medio porro y ponérmelo en la boca.

—¡Oh, vaya!, ¡Gracias, hermano!— suelto alegremente, mientras abro la puerta del piso. Al final voy a terminar catando eso que he olfateado.

Entramos y Daniel cierra la puerta, tras él. Camino por el pasillo, directo al salón para buscar un mechero en el mueble de la tele, pero una silueta, vislumbrada con el rabillo del ojo, me hace mirar hacia el sofá.

—Ehhh, ¿que haces aquí, grandullón?— pregunto al percatarme de la presencia de Yako, que está tumbado a sus anchas.

La puerta de su dormitorio está abierta y no recuerdo si la cerré, o no, antes de irme. Pero se le ve verdaderamente a gusto, tal vez no lo pase tan mal al fin y al cabo, y por supuesto que no pienso regañarle. Por el contrario, busco el mechero y me siento junto a mi compañero animal, para arrimarle lumbre a la pavilla que todavía llevo en la boca.

Tras saborear con intensidad la primera calada, siento un punzante cosquilleo de hambre en el estomago. Entonces le pregunto a mi invitado, al cual no he llamado pero siempre es bienvenido:

—¿Has comido, máquina?

—¡No, pero he traído esto!— proclama sacando un par de lasañas preparadas, junto a una barra de pan, de

la pizzería donde trabaja: que traía en la inseparable mochila que siempre lleva con él—. Vengo de cobrar el mes y las he pillado para venir.

—Oh, sí, ¿sabes que eres el mejor?— cuestiono retóricamente, puesto que me chifla la comida de ese restaurante. Mientras, me dirijo a la cocina para calentarlas un poco en el horno y disponer la mesa.

Daniel suelta su mochila y se sienta junto a Yako, acto seguido enciende la televisión y se dispone a preparar el “postre”: que es como llama al peta de después de comer.

Cuando vuelvo al salón con la comida, el perro se baja del sofá y nos acomodamos para disfrutar del exquisito plato de pasta, ante la atenta mirada del noble y educado animal que se queda sentado en el suelo, parado como una estatua, frente a nosotros.

Devoramos placidamente nuestras lasañas, mientras vemos los informativos de deportes. Es increíble lo sensacionalista que se ha vuelto este submundillo de las noticias, siempre están especulando con titulares superficiales, que en muchos casos: no tienen nada que ver con el deporte.

Termina el telediario, a la par que nosotros zanjamos nuestros asuntos alimenticios y es el momento para que Dani encienda el gran cigarro aliñado, que ha preparado previamente. Lo cierto es que no entiendo porqué se ha demonizado tanto a la marihuana, yo no abuso de ella y comprendo que abusar, de cualquier cosa, pueda ser nocivo para la salud. Conste que tampoco quiero defender el consumo de ninguna droga, dado que sin darnos cuenta terminamos siendo esclavos sumisos de ellas, las cuales merman cuantiosamente nuestra

capacidad mental. Pero es inevitable darse cuenta de la cantidad de sustancias dopantes que hay, e incluso de cosas que no se denominan como drogas: que son mucho más posesivas y destructivas para el individuo que las consume. Además siempre nos venden que los porros son la antesala a drogas más duras y eso es completamente irreal, conozco mucha gente que fuma y ni siquiera bebe alcohol, sin embargo, sé de gente que no le gusta la hierba pero si consumen bebidas espirituosas, que son legales, y eso les ha abierto la puerta a drogas más destructivas como la cocaína o el mdma.

Yo siempre he pasado de esas mierdas y sólo tonteo esporádicamente con el fruto del cáñamo. El caso es que siempre, al colocarme, es como si relajara por completo mi mente, o quizás sólo una parte de ella, sobretodo la parte referente a mi ego. Gracias a eso, es como si pudiera ver la realidad desde un punto de vista más objetivo y no centrado en mis ideales, ni en la ética que he ido desarrollando con los años. En definitiva, evaluó las cosas desde un punto más imparcial, no sé, como más humano diría yo. Claro que también debo decir, que como intentes frenar los efectos o te encuentres en un estado emocional débil -rallado por algo-: el efecto se torna depresivo y puede brotar un incontrolable malestar.

—Bro, sabes que no me quiero posicionar en pos de legalizar...— le comento ante mis pensamientos, mientras me pasa el porro—, pero... ¿por qué crees tú que esta sustancia es prohibida?, si han demostrado que tiene propiedades curativas y tiene infinidad de utilidades la planta en sí.

Daniel me mira a los ojos y se echa a reír, antes de sentenciar:

—¡Está claro que hay razones evidentes!, por ejemplo: si fuera legal, la gente cultivaría abiertamente en sus casas, sin depender de camellos o tiendas, lo cual reduciría de forma importante sus capacidades de negocio.

—Lo cierto, es que, lejos de parecer que no, sacan el máximo provecho al asunto. Puesto que por un lado te venden las semillas de modo legal, ¡eso sí!, para coleccionarlas: porque si te pillan con el producto de cultivarlas, te ponen una buena multa— razono bajo los efectos del humo, partiendo de su respuesta.

—Así pillan por los dos lados. ¡Total!, si fuera legal no podrían poner multas y la gente iba a comprar lo mismo que ya venden para cultivarla—, asegura en consonancia mi viejo amigo—. Es muy descarado, dado que han legalizado los puntos de venta de semillas, porque la gente consume de todas formas, para ellos es mejor especular con su venta a que la gente trapichee familiarmente con ellas.

Daniel siempre ha tenido una afición abierta a la marihuana y es muy normal que piense así. Lo mío es más ocasional, puesto que en mi familia siempre ha sido un tabú y nunca he normalizado el consumo, aunque consume con cierta frecuencia. Sin embargo, conectamos totalmente en nuestra visión de la realidad, sobretodo, cuando estamos colocados.

—¡Jodidos imperialistas represores!— exclamo, haciendo reír a mi invitado. Antes de cambiar de tercio e invitarle a otro vicio—: ¿Pegamos unos tiros?

—¡Bah, tío! Sabes que no me gustan mucho los videojuegos de guerra.

—Hay que ver, con lo reivindicativo que eres y

no te gusta la batalla— atizo vivazmente para salirme con la mía.

—Sabes que no se me dan bien... ¿tienes alguno de futbol?— pregunta, tras confirmar el motivo por el cual no le gustan los juegos bélicos.

—Bueno... ¡Tengo el FIFA 10!

—¿Estás de broma?, ¿el 10? Llevas tres años sin comprarte un juego de fútbol. Y encima tienes el FIFA...

Hay que ver, lo difícil que es ponerse de acuerdo para consolarse en grupo con los videojuegos. Es cierto que entretienen, pero también dividen, puesto que a unos les gustan de un género y a otros de un tipo distinto. Unos juegos de tiros y otros juegos de fútbol. Pero yendo más lejos, dentro de los de fútbol hay división, puesto que a unos les gusta el FIFA y a otros el ISSPro, que es otro juego de futbol, como ocurre en este caso. Así que procuro defender mi posición:

—Si, tío, tres años. ¡Es que me parece que es absurdo gastarme un pastizal en más de lo mismo! Y por supuesto, el FIFA porque es más realista.

—Hombre, introducen cambios... Seguro que sí tienes el último de guerra y no te parece más de lo mismo— delata hábilmente, mi misma obcecación pero con otra orientación—. Y puede que ese sea más realista, pero el ISSPro es más entretenido.

—Si lo tengo, pero no es más de lo mismo porque cambian: los decorados, los personajes,...— me quedo sin palabras ante su perpleja mirada, que demuestra que no le estoy convenciendo para nada. En realidad, por mucho que cambien cosas, el juego termina siendo lo mismo—. Bueno, ¡da igual!, seguro que tú tienes el

último de fútbol que te gusta.

—¡Claro, pero porque no es lo mismo!— profiere, volviéndose él, el intransigente que no quiere aceptar que consume por sistema, más de lo mismo—. Cambian los fichajes, algunas cosas que repercuten en la jugabilidad...

Hay suspende su explicación, ante la negativa que le hago con la cabeza. Se calla porque, al final, comprende que los dos estamos igual de implicados en el divertimento interactivo, aunque tengamos distintos gustos en lo que a videojuegos se refiere. Entretanto me levanto para cambiar el juego y darle el gusto de jugar al deporte rey español, pero en versión virtual: porque en presencial, ya colgamos las botas hace mucho tiempo.

Así pasamos la tarde, entre partido y partido, acompañando la sesión del elemento verde que mi buen amigo traía en su mochila. Hemos charlado y debatido sobre nuestras vivencias recientes, siempre con el punto de entendimiento que nos permite comprendernos el uno al otro. El resultado en el juego es lo de menos, ya que nosotros dejamos de competir hace mucho tiempo, lo importante es el gustoso rato que pasamos juntos. Le he hablado de Mónica, de lo de Laura y Richy, por consiguiente lo de su primo y también le he comentado que he leído sobre el control mental, que es sobre lo que hemos terminado comentando más extensamente.

Me ha dicho que entiende la nueva relación surgida, porque son tal para cual y en realidad tiene razón al respecto: los dos son bastante superficiales y algo interesados, además de complementarse puesto que él busca un sitio donde meterla con regularidad y ella quiere un tío que la mantenga. Se ha entristecido por lo del primo de Ricardo y eso nos ha llevado a denigrar la

política que permite esto, después hemos terminado fumándonos otro en honor al difunto y a otros tantos que sufren en similares situaciones. También me ha dado su apoyo para conquistar a Mónica y me ha reafirmado como buen amigo que es, ensalzando mis virtudes, aunque no puedo dejar de obviar que no soy tan magnífico. Y por último, me ha regañado un tanto, sus palabras exactas han sido: ¡Tiene huevos que por un chocho abras los ojos, ante cosas que llevo tiempo mostrándote! Es cierto, puesto que he recordado nombres que él me había comentado, sobre gente que denunciaba el control mental por parte de ciertos grupos enquistados en las altas esferas.

Entre cháchara y pipa, nos han dado las siete de la tarde y él tiene que entrar a trabajar dentro de un rato. Entonces le invito a sacar al perro y accede a acompañarme, para hacer tiempo antes del curro: así que apagamos la videoconsola y el televisor, para irnos a la calle con Yako.

—¿Quieres rumiar algo?— digo, haciendo una parada en la cocina, para tapar el agujero de estomago que ha abierto el humo.

—Psss.....— sopla, torciendo el cuello, queriéndome decir que le da igual. Pero de sobra le conozco y sé, que tiene el mismo hambrecilla que yo.

—¡Anda toma! Que eres “*mu mijicas*”, parece que te da cosa decir que si— expreso, dándole uno de mis bollos preferidos.

—¿No tienes de chocolate?— interpela, observando el relleno de la napolitana.

—Sabes de sobra que...— comienzo a explicar, algo que él ya conoce lo suficiente a estas alturas de

nuestra historia.

—Perdona... ¡es el colocón!— asegura, sin poder disimular una sonrisa burlona.

No me he dado cuenta hasta que no bajábamos por el ascensor, ¡pero que cabrón! Jejeje. La pregunta era retórica, para demostrar que no era yo el más indicado para hablar de tiquismiquis. Se lo he comentado y me lo ha confirmado, así que nos hemos reído un buen rato. Mientras tanto, aquí nos vemos los dos lanzando piedras a una botella que hay tirada en el suelo, a unos metros de donde hemos parado, tras soltar a Yako.

—¡Bro, nos fumamos un pitillo y me piro!— exclama, dejando el entretenimiento que siempre nos ha divertido como enanos. Mientras me ofrece el paquete de tabaco para que me sirva.

—Estoy saturado de humo. ¡Fúmatelo tú!— contesto, rechazando su ofrecimiento. Entonces recuerdo que ni le he preguntado por su novia—: Y María, ¿Qué tal está?

—Bien, ya sabes, como siempre...— me responde, dejando ver que siguen muy a gusto con su relación libre e informal.

Llevan saliendo desde tiempo inmemorial, pero siguen viviendo cada uno con sus padres, y continúan resistiéndose a dar el paso en la convivencia. Aún así, lo llevan muy bien y se aman sin agobios.

—Oye que te parece si os pasáis este puente por aquí— comento, invitándole a venir con ella algún día del fin de semana largo que tengo por delante.

—Puente será para algunos...— vuelve a asegurar recordándome que su trabajo conlleva otros horarios,

haciendo un inciso para encenderse el cigarro—... ya sabes que en el mundo de la comida para llevar, los puentes son el Agosto. Bueno, ¡espera!... creo que me toca descansar el viernes.

—¡Perfecto, pues pasaros el viernes para cenar!

—Ok, pues luego se lo comentaré a ella. Ey, ¿qué tal si invitas también a tu nueva amiga?

—Bueno... ¡No se, tío! Apenas hemos cruzado unas palabras.

—¡Anda ya, moñas! Algún día tendrás que atreverte— me alienta a ser valiente, palmeando mi antebrazo a la par que da otra calada—. También podrías invitar a la nueva pareja, tengo ganas de ver al Richy.

—¡Vaya, no sé! Tengo que sopesarlo, ¡ya veremos!

—Venga ya, Manu, échale un par. Si esa mujer sabe de esos temas, parece que merece la pena. Además te conozco bien y hablas como si te gustara.

—Claro, hermano, pero no quiero hacerme muchas ilusiones. Lo intentaré, aunque no te prometo nada— aserto tembloroso ante las irremediables ganas y la profunda incertidumbre.

—¡Pues nos vemos el viernes!— clama, a la par que saca su pequeño casco calimero de la mochila y se encamina hacia su ciclomotor, el cual conserva desde hace lustros.

—¡Nos vemos el viernes, máquina!— le respondo, alzando el puño con el dedo pulgar levantado.

Bajo la mano y Jako le dedica un par de ladridos a Daniel, mientras éste se aleja en su pequeña moto. Yo me

quedo pasmado mirando a ningún sitio pensando en la posibilidad de invitar a Mónica y que ella acepte: ¡vaya!, sin quererlo ya me estoy dando esperanzas una vez más.

El perro me ladra, como queriendo avisarme, y vuelvo al aquí, retornando de mi imaginación desbordante, la cual, ya iba casi por la boda. Desde luego, que facilidad tengo para idealizar mi futuro en segundos: lastima que las cosas no suelen salir como las pretendo. Por eso prefiero dejarlo estar, es tontería seguir deseando que pase algo. Esta vez voy a lanzarme al barro e intentaré que las cosas salgan bien, en lugar de limitarme a soñar con que ocurran. Así que dejo de imaginar, para volver a casa con mi peludo compañero.

Al llegar he jugado un par de partidas a mi videojuego favorito, para matar el gusanillo. Después me he duchado y acto seguido he comido, por el hambre que tenía ya.

Luego he estado viendo más información, para comprender que clase de gente hay tras el control mental. No es que crea totalmente lo que dicen esas personas, de hecho, el control mental que describen se puede calificar como retorcido y brutalmente exagerado, pero ahí está lo curioso: es tan rocambolesca la historia que no sé lo que pueden ganar contándola, a parte de un cartel de enfermos mentales reconocidos. El caso es que son muchos ya, los que han denunciado algo similar y algunos incluso han perdido la vida: todos cuentan que han sido violados, utilizados e incluso dicen haber participado en rituales satánicos con gente de las más altas cunas. Hablan de redes mundiales que manejan gente, eso ocurre a lo largo y ancho de todo el mundo e incluyen nombres de marionetas y manipuladores, todos personajes públicos de renombre.

No se lo que creer, ya que si esto es cierto, asusta pensar que podamos estar gobernados por auténticos psicópatas sin escrúpulos. Pero está claro que con el rumbo de la vida y lo caro que se ha tornado vivir, cuesta pensar que todo va bien y que quienes manejan los hilos, gozan de salud mental. ¡Hay que ver! En cualquier caso, parece que el mundo está del revés, sin solución, pero yo soy un simple ignorante que no llega a comprenderlo, poco puedo hacer para cambiarlo: así que me he puesto a ver una película por Internet para distraerme un rato, se llama Prometheus.

Ya está terminando y me suscita ser otra película de ciencia ficción oficialista, que empuja al mundo a un ateísmo exacerbado. Me da un poco de grima esta clase de cine que procura demostrar nuestra nimiedad: haciéndonos creer que somos producto de una civilización extraterrestre, intentando evidenciar así que no existe Dios. Me dan arcadas, puesto que pienso que la espiritualidad es algo innato que debe explorar todo el mundo: aunque lejos de las religiones convencionales que han sido modeladas para gobernar al vulgo y las cuales son dirigidas exclusivamente por hombres, delimitando a la mujer como si fuera un ser inferior. No me gusta personificar, o reducir, a Dios, me gusta pensar que es un ente global que abarca a todo el universo y a todos sus seres.

Creo que si nosotros fuéramos producto de una civilización superior, igualmente, ellos serían resultado de Dios: eso nos convierte a nosotros en el producto de una concepción divina. De hecho, por mi poco conocimiento sobre la espiritualidad nipona, una simbiosis entre sintoísmo y budismo, recuerdo que los japoneses tratan a la robótica como una creación divina hecha por el hombre y, de alguna manera, me resulta

muy acertada esa forma de entender la vida. En resumidas cuentas, ellos creen que somos entidades biológicas creadas por un Ser Superior y, por lo tanto, nuestras creaciones son subproductos de ese Ser. Cuando tenga tiempo, sin duda, volveré a indagar en esa cultura tan apasionante, aunque no puedo dejar de obviar que también estará manipulada en mayor o menor medida.

En definitiva, Prometheus me parece una película más para alimentar el escepticismo. Creo que solo generan miedo con estas cosas, me río del séptimo arte. Pero... ¡Claro! Como todo en el sistema, este largometraje, está hecho con la viva intención de fomentar la división: seguro que las masas creyentes y no creyentes, discuten encarecidamente sobre los matices de este film.

¡Así es!, el pueblo está entretenido: entre futbol y salsa rosa, hasta moda y videojuegos, pasando por cine y todo lo demás que distraiga sin aportar nada; eso dividido en un sinnfín de subgrupos, dentro de cada entretenimiento; fijaciones donde el mundo entrega su tiempo, su dinero e incluso sus propios ideales. Pero luego el pueblo también está dividido, tanto dentro de cada afición, como: entre culto e inculto, político o apolítico, de izquierdas y de derechas, ricos contra pobres, creyentes o no creyentes; en una infinidad de diferenciaciones, que hacen que la gente este eternamente enfrentada por trivialidades. Y eso, sin hacer mención a las enquistadas diferencias físicas que nos diferencian en sexo y color, diferencias más que absurdas si entendemos que todos somos iguales.

Por lo tanto, está claro que si tienes a toda la gente entretenida y dividida, además de atemorizada: consigues la mezcla perfecta para que pase el tiempo y nunca

cambie nada. Viendo que son capaces de hacer eso con la sociedad global, es mucho más factible creer que pueda existir un grupo de poder: que controle, y sodomice, a toda la elite y los use como auténticas marionetas. Se hace tan lógico al encajar todo esto, que ya no encuentro otra explicación a porqué la vida es tan surrealista, desproporcionada e injusta en la mayoría de los casos.

—¡Vaya!— suspiro en voz alta, puesto que me he quedado pescando y ya ha terminado la película.

Apenas me he enterado del final, con tanto divagar. Sólo me he percatado que muere hasta el apuntador. ¡Bueno, en realidad, sobrevive alguien!, no os lo perdáis: sólo queda en pie la única creyente que protagoniza este bodrio. Supongo que será un toque de ironía yankee, dentro de una filmación tan científicista. Suficiente por hoy, me voy a planchar la oreja que se ha hecho tarde.

TODO ES MENTIRA

Miércoles, 31 de octubre de 2012

Hoy he remoloneado unos minutos más en la cama y voy que pierdo el culo, haciendo todo de bulla, porque llego tarde al tajo. Camino hacía el coche, son casi las ocho menos veinte: pero no podía levantarme sin finiquitar un sueño extrañísimo, que he tenido antes de sonar el despertador.

Ha sido increíble, como de mentira, un sueño que catalogo: de cartón-piedra. El caso es que ahí estaba yo, paseando a Yako en el descampado y de pronto aparecía una nave extraterrestre que se acercaba desde el cielo.

—Jajaja— me acuerdo y me río a rienda suelta, sólo de recordar lo extravagantemente cutre que era todo.

Era como todos los juguetes de los niños, ¡ya sabéis!: impresionantes en el anuncio y perfectamente dibujados en la caja, pero, una vez que los abres, te das cuenta que las expectativas estaban muy por encima del producto final. Algo similar a lo que suele ocurrir con los

artículos de teletienda.

Recuerdo que parecía tan vivido, que no paraba de pellizcarme durante todo el sueño. Era de noche y, alucinado, miraba al cielo, viendo como una enorme nave circular flotaba sobre el descampado. El borde del gran artefacto, estaba lleno de pequeños leds de colores mal colocados y rotaba alrededor del aparato, dibujando un llamativo aro luminoso. La escena era tan espectacular, que se ha quedado grabada a fuego en mi memoria.

Totalmente boquiabierto, he visto descender un potente haz de luz que procedía de la nave y, cuando la luz incidía sobre el suelo, una criatura de increíble extrañeza se ha materializado frente a mí. Llevaba unas zapatillas, como de rojo charol, pero con la forma de las pisacharcos que anuncian: esas ortopédicas que tienen una suela enorme. También tenía una especie de traje espacial, pero era bastante cutre, con colores vivos como de payaso y no portaba ningún tipo de escafandra, sino que llevaba la cara al descubierto.

Ahí estaba lo más extraño, su cara era como la de un perro o un lobo: con la boca alargada y las orejas puntiagudas, similar a la de algunos faraones egipcios. Jajaja, que ácido era el humor de ese pueblo antiguo, esperaban a que se muriera el dirigente de turno para inmortalizarlo, tallado en la piedra, con cara de perro por ejemplo. Aunque cabe la posibilidad que no fuera humor y que a esos faraones les gustara ser representados así o, incluso, que fueran así. Por poder, puede ser, hasta que el pueblo no esperara a que se murieran y convenciera a sus dictadores de que los veían de esa manera: eso hace más retorcida mi versión del humor egipcio y explicaría porque a ningún faraón le pusieron cara de cerdo, que es como merecen ser retratados los que mantienen

reprimido al mundo.

En cualquier caso, si la historia fuera esa, sería una pena que la humanidad hubiese perdido tal bis cómica: pues a día de hoy, hay muchos dirigentes y mandatarios que merecen ser inmortalizados, como poco, con cara de perro pachón. Aunque recapacitando, ningún animal merece ser comparado con estas castas de poder.

Volviendo al sueño, aquel perruno ser me invitó a montarme, junto a él, en una precaria plataforma que parecía una tapa de alcantarilla. No se comunicaba con palabras, sino que me hablaba mentalmente y yo lo comprendía a la perfección. Allí estaba yo, montado en aquella simple chapa que no tenía ni barandillas, subiendo hacia la extraña nave con aquel ridículo personaje. Además había algo que me tenía especialmente intrigado, era algo que ese dantesco personaje llevaba en la mano: portaba una especie de cruz de la vida, esa que es un círculo posado sobre una T.

¡Aquí empieza lo gordo! Llegamos montados en la tapa de alcantarilla, que nos cuelga por la panza de la nave, a través de una abertura con su forma. Entonces, se escucha un chasquido y la plataforma queda anclada al suelo de la nave. No recuerdo que Yako se montara en la chapa, pero ahí estaba junto a mí y el payaso sideral: los tres dentro de la nave, en una siniestra estancia con las paredes de chapa oxidada y una luminosidad muy pobre.

Una vez aquí, nuestro anfitrión nos invita a seguirle hacía un portón que hay en una esquina del habitáculo y nos paramos frente aquella absurda puerta que parece hecha con bidones de latón. La poca luz, aún me permite distinguir una pequeña ranura cuadrada, en el portón, similar a la cerradura que tienen los ascensores pero más simple si cabe.

Mientras me sorprendo de la simpleza del mecanismo de apertura, al caraperro se le cae la aparatosa cruz al suelo, intentando abrir la puerta, en una acción muy urkeliana que solo le faltó acompañar con un: ¿he sido yooo? Después, el bicho, se agacha muy torpemente y me mira con cara tristonaa, como queriendo decir: ¡tío, no me juzgues por esto! Jajaja, recuerdo que Yako y yo nos miramos con total complicidad ante la suma torpeza del extraño.

Tras su acción involuntaria, el extraterrestre empuñó la cruz, cogiéndola por el círculo e introduciendo el otro extremo por la ranura, para girar lo que definitivamente podríamos entender como una absurda llave. Toda esta acción era surrealista, no tenía ningún sentido aquella precaria barrera, dado que ya estábamos dentro de la nave y la tecnología de apertura era más rudimentaria que el mecanismo de una escobilla de vater.

En ese momento ha sonado el despertador y he respirado aliviado al ver que todo era imaginiería, pero lo he apagado para retomar el sueño y ver que me deparaba aquella rocambolesca aventura onírica. Digo aliviado, porque al verlo todo tan chungo, empezaba a martirizarme al pensar que, como siempre en mi vida, lo más cutre del universo me había venido a abducir.

Entonces visualice de nuevo la imagen y avanzamos en la nave siguiendo al cara de perro, que nos llevaba de una sala a otra dentro de la nave. Parecía no saber donde nos llevaba, porque cruzamos varias veces las mismas puertas sin ningún sentido. Aquellas salas eran lo más extravagante que jamás haya visto, puesto que estaban llenas de extraños objetos, pintadas en tonos pastel y no se lo pierdan: tenían gotele en las paredes, ¡menudo esperpento! Y es que puedo llegar a entender

que un jeque caprichoso, mande construir un coche gigantesco y pinte así las paredes interiores del mismo, pero dentro de una nave espacial... ¡Aquella nave, era el colmo de las horteradas!

Después, resumiendo, el extraterrestre no dejaba de decirme mentalmente que no me iban a hacer daño, mientras me agarraba con fuerza y Yako le ladraba con fiereza para que me soltara. Al final, no se como se las apañó pero me encontraba atado a una tumbona de playa dentro de una habitación rosa chicle y estaba rodeado de otros seres siderales. El uniforme era el mismo para todos: pisamierdas de charol rojo y vestimentas de payaso. Se diferenciaban porque unos tenían cabeza de pájaro, otros de gato y otros de lagarto, todos con utensilios poco anatómicos apuntándome. Hablaban en un singular idioma que yo no podía descifrar, pero el caraperro seguía repitiéndome de manera telepática que no me preocupara. Ya estaba un poco agobiado en un cuento que no me llevaba a ningún sitio, así que he abierto los ojos para abandonar ese extraño sueño.

No creo que este sea premonitorio, como el de ayer, ¡estaría bueno! Más bien, pienso que es producto de haber pensado que nos controlan como especie y lo he personado en animales, quizá porque en definitiva nosotros lo hacemos con ellos.

A saber, desde luego que si estos extraterrestres tuvieran controlados mentalmente a nuestros políticos: se explicaría a la perfección, porque son tan patéticos. Los que gobiernan mienten mientras destruyen al país y la oposición pide perdón por haber defraudado a sus votantes cuando gobernaron. Y ese bucle absurdo va variando cada cuatro u ocho años, para que no reparemos en el verdadero problema político: la codicia de los

propios políticos. Es increíble ver como nos toman por tontos, tal y como esos ridículos extraterrestres me estaban tratando a mí.

En cualquier caso, de ellos me he librado al abrir los ojos pero creo que los políticos no van a desaparecer tan fácilmente de mi vista. De hecho se me escapa una sonrisa, porque acabo de llegar al portal de Ricardo y estoy aparcado junto a un container, forrado de carteles con caras de políticos. Es curioso porque son de las elecciones del año pasado y nadie se ha encargado de quitarlos, aunque no desentonan nada al estar pegados en el cubo de la basura.

—¿Dónde estabas, bujarra?— me pregunta Ricardo, montándose en el coche. Tras cubrir el trayecto desde su portal, donde me estaba esperando dado que son las menos cuarto.

—Perdona, tío. Me he entretenido esta mañana... ¿Qué tal, ayer?— cuestiono, mientras reanudo la marcha en dirección a nuestro deber.

—Nada, hermano. ¡Como todos los entierros! Gente llorando, personas que acuden por el morbo y...

—...una familia destrozada por una tragedia— me adelanto a su respuesta.

Soy consciente que otros tiempos fueron tal vez mas crueles y oscuros, pero es obvio que nada ha cambiado y seguimos siendo esclavos: libertos porque respondemos por nuestros actos, a pesar de que estén cometidos cumpliendo ordenes de otros. Ahora en lugar de darnos comida y cuadra, para que no sea tan evidente, nos dan el dinero justo para cubrir esas necesidades básicas. Esta realidad lleva, sin duda, a que la gente llegue incluso a suicidarse. Pero en todo fallecimiento, y

más en estos casos, la pena es para los que se quedan, puesto que al morir las personas se liberan de todo el sufrimiento del que les había provisto la vida y la amargura queda atrapada en la gente que le rodea: como una dolorosa cicatriz que jamás el tiempo podrá borrar, hasta que ellos mismos abandonen este planeta corrompido y enfermado.

—Exacto, picha, ¡como lo sabes!— contesta mi amigo, pues pasa a menudo que acierto lo que va a decir—. Mis tíos estaban destrozados, ¡tiene que ser durísimo enterrar a un hijo!

—Por supuesto, ¡debe de serlo! Lo siento de verás, sé que para ti tampoco es fácil— le digo, mientras pongo mi mano derecha en su hombro.

—Gracias otra vez, bro— responde calidamente, poniendo su mano sobre la mía—. A todo esto... yo quiero pedirte disculpas...

—¡De verdad, déjalo Richy! No pasa nada— le aseguro, sabiendo perfectamente a que se refiere—. Es más, para que veas que no hay ningún problema. ¡Vente con Laura el viernes y cenamos en mi casa!

—¿Seguro, tío? No será embarazoso...

—¡Pues claro que no!

—Ok, luego se lo propondré a ella— responde palmeando el reverso de mi mano.

—Va no seas moñas, que quedé ayer con Dani y le he dije que vendrías.

—¡No me digas que irá Daniel! Hace un montón que no le veo... está bien, luego la convenceré para ir.

—¡Él me dijo lo mismo! Entonces quedamos en

eso, veniros a eso de las nueve— acabo por concretar la invitación.

—Jejeje, ¿y cómo le va al conspi? ¿Sigue de motero?

A Ricardo le presente a Daniel hace mucho tiempo y ya tienen cierta amistad entre ellos. Apenas se ven pero no se llevan mal, aunque si tienen una clara posición enfrentada en cuanto a todas las teorías de la conspiración. Richy procura buscar la respuesta mas coherente, dentro de la lógica aparente, a las pocas noticias controvertidas que percibe; sin embargo, Dani es bastante obsesivo y relee tanto noticias oficiales, como extraoficiales, constantemente. Yo me he encontrado siempre en un término medio, donde procuro comprender tanto a uno como a otro y con frecuencia procuro lucubrar la realidad de una mezcla de las mejores versiones de ambos.

Recuerdo la última discusión que mantuvieron por culpa de los chemtrails, en algunos momentos cada uno defendía su postura con vehemencia. Está claro que no van a hacer algo para exterminarnos, como aseguraba desacreditando Ricardo; pero es lógico que farmacéuticas puedan tener intereses en arrojar epidemias desde el aire, como replicaba mi más viejo amigo. Sin embargo, yo pienso que puede ser hasta una simple herramienta de disuasión más: para que discutamos y nos dividamos sobre ello, en lugar de centrarnos y unirnos para resolver nuestros verdaderos problemas.

—Ahí anda el motorista, ¡como siempre!— asiento, mientras me dispongo a aparcar cerca de la oficina—. Estuvo ayer en casa y nos pegamos una fumada, ¡no veas que ciego!

—Tú lo has dicho, ¡como siempre! Jejeje— me responde Ricardo con una media sonrisa—. Yo voy a dejar todas las mierdas...

—¡Venga ya! Estás de guasa...

—Que va, bro, necesito alejarme de todos esos rollos. Una cosa siempre me lleva a la otra y me lo quiero montar bien con Laura.

Ya salió, jejeje, es por ella: ¡le va a cambiar hasta el andar! Pero tampoco le voy a pinchar la pompa a mi amigo, si la quiere... En realidad, él tiene una afición más intensa por la hierba, además también le va el alpiste e incluso no tiene ningún reparo en empolvase la nariz cuando está pasado de tragos. Sin duda, le vendrá bien contenerse en tanto vicio. De todas maneras, he escuchado esas palabras tantas veces, sin resultado, que deseo que lo logre, pero comprendo lo difícil que es deshacerse de los malos hábitos.

—Pues me alegra que tomes esa decisión, hermano— le aseguro, mientras me quito el cinturón antes de bajarme del coche—. ¡Tienes mi apoyo! Espero que consigas limpiarte de todo.

—No lo dudes, ¡lo haré!— clama, apeándose del coche. Antes de dirigirse hacia mí, para darme algo que saca de su bolsillo—: De hecho, ya he empezado. ¡Toma!

—¿Qué es...?— no termino de preguntar, cogiendo el cigarrillo aliñado que me está ofreciendo.

—Ayer me fumé el último, al volver de Sevilla y con lo que quedó, ¡te preparé esto!

—Me lo fumaré a tu salud, hermano— contesto, cogiendo el petardo para guardarlo en la cartera de mano que acabo de sacar del coche—. ¡Muchas gracias!

—¡Disfrútalo por mí!— me profiere, dándome una afectiva palmada en el hombro—. ¡Vamos, que son las ocho!

Tras decir eso los dos nos ponemos en marcha, a paso ligero, para echar la nueva jornada. Y una vez sentados en nuestros puestos de labor, discurre la mañana sin novedades hasta la hora del desayuno.

He estado pensando al respecto y pienso que Richy ha tomado una buena decisión. En el fondo me hace gracia, porque aunque se consiga deshacer de algunos vicios, seguirá totalmente enfrascado en otra serie de aficiones igual de tragaperras: videojuegos, aditivos alimenticios, póker, etc. Seguro que todo eso no lo cataloga como drogas, pero le sacan la pasta y le merman la salud en igual proporción. Pero que voy a decir yo, si estoy en la misma situación: la espiral del consumismo absurdo, donde nos dejamos el dinero y la vida en todo tipo de tonterías que no nos llevan a ningún sitio.

Está claro, en el fondo, todos somos marionetas manipuladas, incapaces de darnos cuenta del gran engaño. Así que subo hacía el bar como un pelele, en busca de consumir, para saciar mi estomago hambriento: puesto que este cuerpo atlético de casi metro ochenta, me está pidiendo reponer provisiones.

—¡Buenos días!— saludo a Bolañez, al cruzarme con él por las escaleras.

—¡Buenas, Manu!— me responde, siguiendo su camino hacía la oficina.

Una vez arriba, cruzo la puerta del bar y fijo mi mirada en la barra, donde Mónica está parada con el monedero en sus manos. Entonces me dirijo hacía ella, totalmente decidido, para decirle:

—¡Hola, primor!, no vayas a pagar que hoy te invito yo.

—¡Vaya!, ya es tarde— manifiesta, a la par que el camarero le devuelve el platillo con la vuelta—. Jejeje.

—¡Oh! Pues esto no puede quedar así, que mañana no hay curro...— aseguro nerviosamente, cargándome de valor para preguntarle—: ¿Qué te parece si te invito a comer?

Ha sido casi un acto involuntario, pero lo cierto es que deseado: no puedo creer que me haya atrevido. Y aquí estoy esperando una respuesta afirmativa, que no se va a llegar dado que está tardando en responder. Ella se toma su tiempo, guarda el monedero, después mira a todos lados y termina centrando su vista en las mesas que hay detrás de mí, para decir:

—¡No me debes nada, déjalo!

—¡De verdad, insisto!— balbuceo necesitado, sin poderla retener, puesto que ella se marcha dejándome con la palabra en el aire.

¡Ha pasado de mí! Menudo pardillo estoy hecho, si ya me lo decía Richy, no se para que me meto en berenjenales: tal vez estoy apuntando muy alto, con esta palomita. Lo de ayer parece un simple espejismo que vino a alimentar mis ilusiones, cuando jamás he tenido posibilidades con ella. Así que pido mi desayuno habitual, pero hoy con mermelada, para endulzar este amargor de boca que me ha dejado mi osadía.

No puedo disimular la cara de abducido que se me ha quedado tras el desplante, pero procuro ocultar mi pesar cuando mi amigo entra en el bar y se sienta al lado para almorzar. Tenemos una escueta conversación de

monosílabos, apurando ya el café. Después me levanto y pago al camarero en la barra, lo mío y lo de Ricardo, antes de volver a mi empleo.

Entro por la puerta de la oficina, con la cabeza agachada y la intención de evitar un incomodo encuentro visual, con la bella compañera que me ha dado calabazas. Llego hasta mi silla y tomo asiento, pulsando el botón del teléfono que me vuelve a poner operativo. Entonces me sorprendo ante la presencia de un post-it, que hay sobre mi teclado y yo no he puesto ahí. En él, puedo leer: “FB: monsantor”.

No se que demonios quiere decir, he puesto exactamente eso en el buscador de Internet y me han salido un montón de páginas de enlace sobre una empresa que se llama Monsanto. Al parecer es una multinacional dedicada a proveer productos para la agricultura, especializada en herbicidas y, sobretodo, en semillas. De hecho, según he leído, han manipulado genéticamente la simiente para que la planta resultante de la misma, entregue pepitas infértiles y así consiguen asegurarse la venta de nuevas semillas, año tras año.

Me he distraído leyendo un puñado de artículos sobre Monsanto y me he sorprendido de comprobar hasta que punto llega el capitalismo. Y es que en este sistema establecido, se especula absolutamente con todo hasta extremos que asustan: no entiendo como se le permite a una simple empresa hacerse con la patente y el monopolio, de algo que siempre ha estado ahí y que es producto de la propia naturaleza. Pero aún dentro de mi asombro, sigo sin entender para qué y quién me ha hecho llegar este papelito.

Ya está bien metido el mediodía y acabo de despachar una llamada de un cliente Premium, ¡qué

casualidad!: era un agropecuario y buscaba precios sobre mayoristas de semillas. No sé si entre los listados que le he enviado al cliente había algo de Monsanto, pero es curioso que estuviera leyendo sobre una mayorista de semillas cuando ha llamado. En uno de los archivos que le he mandado, ponía “MS”, quizá sea de esa empresa...

¡Espera un momento! MS... ¿Monsanto? ¡Claro, como no he caído antes! FB, debe referirse a Facebook. Pienso, coherentemente, mientras saco mi teléfono del bolsillo para abrir la red social, porque no me gusta utilizar el ordenador del trabajo para entrar en mis cuentas personales. Entonces escribo “monsantor” en el buscador del Face y es cuando descubro la sorpresa más grata de toda mi vida.

Resulta que Mónica no me ha dado calabazas, sino que lleva esperando desde esta mañana para hablar conmigo. Ella es la administradora del único perfil con ese nombre y me sale una foto suya, junto al nombre que he buscado en la red social. Por eso le envió una solicitud de amistad y espero su respuesta con impaciencia.

—Ding, ding— suena el característico tono con el que mi móvil avisa de las notificaciones de Facebook. Es precisamente lo que estaba esperando, un mensaje de mi compañera de curro—: ¡Hola, guapo! ¿Por qué has tardado tanto? ¿Has estado liado cerrando contratos Premium? Jajaja.

Que cachonda es, todavía resuena mi bulo de ayer. Pero prefiero no explicarle que mi torpeza ha demorado nuestro encuentro virtual, por lo que prosigo la conversación huyendo de exponer el porqué:

—Jajaja ¡Hola, primor! ¡Ya te contaré! Sé que se van a acumular pero es otra larga historia para exponer

por aquí... además, prefiero que me expliques tu reacción de esta mañana...

—Jejeje. ¡Bueno! También es largo de explicar... ¿sigue en pie la invitación?— me responde vía red social.

—Por supuesto, ¡te invito a comer, guapa!— le escribo para expresarle que mi intención era firme.

—Ok, Manu, tengo que atender una llamada... gajes del oficio, ¡ya sabes! Nos vemos a la salida y ya hablamos.

No le voy a contestar, de todos modos ya hemos quedado. ¡Madre mía, qué ilusión!, con lo jodido que me he quedado en el bar hace unas horas... Suena el teléfono y tengo que despachar a un cliente, pero el tiempo pasa realmente lento porque estoy deseando encontrarme con Mónica cuando termine el tajo.

Por fin llega la hora y veo a Ricardo acercarse desde su mesa, ¡hoy no me das el susto, gachón!— pienso, mientras disimulo dejándole aproximarse hasta mi mesa. Espero a que él se abalance sobre mí, coincidiendo con la campana de fin de turno y me doy la vuelta gritando:

—¡Uaghhh...!

—Ahh— suspira Richy, llevándose el sobresalto esta vez y echándose para atrás del repullo que no esperaba para nada. Entonces me mira atónito y brama, al verme reír—: ¡Tío, casi me da algo!

—Jajaja, bien te está: ¡que todos los días me das la sorpresa, fiera!

—Jejeje— replica sonriente, mientras recupera la compostura—. ¡También es verdad! ¿Estás listo?

—Enseguida cierro esto y nos largamos— aseguro, manejando el ratón para apagar el ordenador.

—¡Si, vamos! Por cierto, viene Laura a recogerme. La llamé después de desayunar para comentarle lo del viernes y voy a llevarla a comer hoy, para terminar de convencerla. ¿Quieres venirte?

—¡Que va, hermano! Muchas gracias, pero yo también he quedado— respondo con una sonrisa de pavo en pleno baile, que se me esboza de oreja a oreja.

Entretanto termino de recoger mis cosas, para marcharnos del corral de aislamiento, al que por suerte no tendremos que volver hasta la semana que viene. No tendría que haberle dicho nada, pero no he podido reprimir la emoción generada por mi próxima cita.

—¿No me digas?, ¿con quién, picha floja?— me interroga Ricardo, lógicamente porque hace mucho que no tengo una cita y él lo sabe. Además se me ha tenido que poner cara de lelo al soltar mi simplonada.

—Hablamos hace poco sobre ella. ¡Ya lo verás el viernes, si todo sale bien!— contesto altivo, mientras comenzamos a andar hacía las escaleras.

—¿Qué? ¡Venga ya!— grita, parándose y abriendo los brazos. Parece que se huele con quién.

—¡Si, colega!— exclamo, continuando el pavoneo que se me ha subido a la cabeza.

—No me lo puedo creer, eso tengo que verlo— dice sorprendido Ricardo, dando una palmada con sus manos y poniéndose de nuevo en marcha. Antes de volver a preguntar—: ¿Has quedado con...?

—¡Psss..., calla!— le interrumpo para procurar que no se entere toda la oficina.

Consigo que no termine su pregunta, pero ya en las escaleras vuelve a procurar sacarme información:

—Venga tío, ¡dímelo! ¿Al final le has ofrecido pasta?

—¡Que no, cabrón! Únicamente, la he invitado a comer y ha aceptado.

—No sé como te lo has montado, bro. Pero eres el mejor, ¡esa piba es un bombón!— me felicita, dándome una palmada en el culo, mientras llegamos al rellano de la planta que da acceso a la calle.

Hago una panorámica y busco a la bella mujer que me ha alegrado el día, pero no la veo por ningún lado. Miro hacía el cuadro donde estaba ayer parada y tampoco está, así que continuo hacía la salida. Una vez en la acera, vuelvo a mirar a mi alrededor pero sigo sin encontrarla.

Quién si está es Laura, que levanta la mano para saludarnos y caminamos hasta ella, aunque yo no puedo dejar de mirar a todos lados esperando ver a mi compañera de trabajo.

—¡Hola, Manu!— me saluda la, ahora, novia de Ricardo.

—¡Hola!— digo antes de darle dos besos.

Luego se abraza a Richy y yo vuelvo a mirar hacía todas partes de reojo, procurando disimular mi búsqueda ante ellos. Pero apenas puedo evitar mostrar la gran incertidumbre que me está abrumando, así que saco el teléfono para disimular y me encuentro con un mensaje de Mónica.

—Puff— resoplo aliviado, ya estaba pensando que nuestro encuentro se había esfumado.

Ricardo se ha percatado que yo estaba angustiado y me mira compasivamente, como pensando que le he engañado sobre mi cita, para decirme:

—¿Seguro que no quieres venirte a comer?

—Muchas gracias, pero ya sabes...— expongo, antes de volver a mirar el móvil—. ¡El viernes os espero en casa!

—Pues si no te quieres venir, ¡el viernes nos vemos!— contesta mi amigo, que tuerce hacía un lado la boca al decirlo, antes de irse a comer con Laura.

Le conozco de sobra y sé que ese gesto lo ha hecho porque cree que le estoy engañando con lo de mi cita. A estas alturas debe pensar que me han dado calabazas, pero no es momento para darle explicaciones. Así que me despido de la pareja, mientras camino rumbo a mi coche y pongo mi atención en el mensaje que todavía no he podido leer: ¡Si, menos mal, es ella! Voy a llamarla a ver donde está.

—¡Dígame!— profiere tras descolgar.

—¡Dime tú, guapa! ¿Qué te apetece comer?

—Jajaja, ¡hola Manu! Ya creía que te habías arrepentido... ¿Que te parece sin nos vemos en el Parque del Mar y buscamos algún restaurante por el paseo?

—Jejeje, es que ha tardado en llegarme tu mensaje...— respondo nerviosamente a su afirmación—. Pues me parece perfecto, ¿en los aparcamientos de la entrada?

—Si, dejamos el coche allí. Hay restaurantes cerca, para comer.

—Bien, entonces allí nos vemos...

—¡Chaito!— se despide Mónica, antes de colgar y volverme a dejar con la palabra en la boca.

Total, solo iba a decir: ¡hasta ahora! Creo que sobrevivirá sin haber recibido mi despedida. Además, tengo que controlar mis impulsos y no volverme un empalagoso, porque soy propenso a hacerlo. No quiero darle una imagen de chuloputas que pasa de todo, pero tampoco puedo mostrarme totalmente entregado o saldrá espantada a la primera de cambio.

Llego a donde hemos quedado y aparco mi Opel a la entrada del parque, después me bajo y miro alrededor. Se abre la puerta de un Audi A3 rojo, que hay estacionado a unos metros de donde estoy y aparece mi compañera saludando con su característica sonrisa, que me tiene embelesado. Me acerco a ella y le estampo un beso en cada mejilla, antes de decidir donde vamos.

Tras volvernos a saludar, terminamos caminando hacía el restaurante más cercano. Había una marisquería al final de la calle, me he mostrado dispuesto a invitarla a comer allí, pero por suerte ella ha frenado mi opulencia. Así que llegamos y nos sentamos en una mesa dentro del acogedor mesón que hay cerca del aparcamiento. No es tan lujoso como la marisquería, pero huele tan bien que estoy deseando probar bocado.

—¿Por qué has tardado tanto?— me pregunta sin rodeos, una vez que hemos pedido nuestra comida al camarero.

—¿Eh? No sé... ¿Cuándo? ¿Ahora?— estallo interrogante. Mientras entrego la carta al servidor, que la coge y se marcha con la comanda.

—No, jejeje... Digo esta mañana, para escribirme en Face.

—¡Ah! Jajaja. Es una tontería, es que al principio no sabía que significaba FB y me he entretenido leyendo...— le respondo, antes de rascarme la cabeza, para acabar preguntando—: ¿Habías escuchado hablar sobre la empresa Monsanto?

—No me digas que... Jajaja— se ríe Mónica, al darse cuenta de mi confusión con el papelito—. Perdona, siempre escribo las cosas como yo las entiendo.

—¡Oh, no te preocupes! Es que soy un poquito torpe..., jejeje. Y nada, por esa razón, he pasado media mañana leyendo sobre esa empresa que está monopolizando el sector de las semillas.

Ella se pone a reír y me resulta embarazoso, por lo que siento enrojarse mis mejillas. Entonces me salva el camarero que llega con dos cervezas que hemos pedido y una ensalada de la huerta, que coloca en el centro de la mesa, junto a una aceitera. Y me dispongo a aliñar nuestro entrante, para disimular mi confesado error.

—¡Lo siento, encanto!— exclama, enternecida por la cara de perro abandonado que se me ha quedado—. Aunque no hay mal que por bien no venga, al menos te has percatado que la mafia del capital llega a especular con cualquier cosa.

—¡Si, increíble! ¿Conocías el caso...?

—Lo cierto es que hace tiempo descubrí, que detrás de cualquier fortuna importante hay, a menudo, un negocio sucio y aunque es pura especulación, parece estar en todo.

—¡Totalmente de acuerdo!— declaro, a la par que pincho un poco de lechuga con mi tenedor y la invito gestualmente a empezar a comer.

—¡Si es que es muy descarado, Manu!— afirma, mientras coge su cubierto para probar la ensalada. Y antes de hincarle el diente, me dice—: Por ejemplo, piensa en las farmacéuticas fríamente, ¿crees que es un negocio, curar a las personas?

No quiero volver a mostrarme zafio y poco reflexivo, por lo que me tomo mi tiempo en masticar para pensar en mi respuesta:

—No sé, se supone que la medicina trabaja por nuestro bienestar. Pero está claro, que si con unas cuantas pastillas curas a las personas... Pronto se acaba el chollo.

—¡Tú lo has dicho, se supone! Pero en realidad, son los médicos quienes velan por nuestra salud. Sin embargo, es evidente que las grandes empresas farmacéuticas ganan más cronificando enfermedades, porque así venden medicinas a la gente hasta el día en que se mueran.

Charlando sobre el hecho, de ver a los médicos como almas candidas que sucumben a las órdenes de la industria, nos hemos terminado la ensalada, pero vuelve a venir el camarero y trae un cuenco de barro sobre un plato. Humea de caliente que debe de estar, pero el olor es muy agradable y me hace la boca agua, ya estoy deseando saborear el chulentón a la brasa que he pedido. La sopa es para Mónica que le apetecía un plato de cuchara, así que comienza a removerla un poco para atemperarla y no achicharrarse la boca.

—Recuerdo que mi amigo, Daniel, me ha comentado alguna vez algo al respecto, pero me parece un tanto macabro pensar que juegan con nuestra salud...— le comento, mientras veo venir mi comida en manos del hombre que nos ha atendido.

—Macabros son los seres que gobiernan y manipulan el mundo con las peores intenciones, ¡eso es lo que la gente debe comprender! Aquí todo vale para especular y hacer negocio, ¿ves? Al final resulta lo que he dicho, gran fortuna es cuasi sinónimo de trapicheo sucio. Tristemente, en este sistema, aceptamos todo tipo de corrupción y fraude, como algo natural. Sólo tienen que usar buen marketing para hacernos creer en sus buenas intenciones, ¡y ya está hecho!— me asegura ella, antes de probar su plato de caldo.

—Es verdad que nos la cuelan realmente con muchas cosas, pero sigue siendo increíble que la malversación de intenciones pueda estar presente en cualquier sector.

—Es difícil de creer pero hay mucho dicho y escrito en la red... De todos modos, ¡da igual!— asevera tajante, tras tragar una nueva cucharada de sopa.

—Pero como va a dar igual... Estamos hablando de un mundo descabellado e injusto, ¡en el cual especulan incluso con nuestra salud!— termino diciendo, después de ingerir otro succulento pedazo de ternera.

—¡Da igual, porque todo es mentira! En ese mundo del que hablas, la gente no desconfía de las farmacéuticas: porque les han mostrado otra imagen de la mafia y han ocultado sus verdaderos negocios, detrás de buenas intenciones. Nadie indaga en la información en busca de una aproximación a la realidad, sino que se conforman con lo que un telediario, periódico o cualquier medio, le quiere mostrar...

—Eso ocurre, porque las personas estamos tan ocupadas haciendo nada, como para preocuparnos de nada. Yo reconozco que aún teniendo a Daniel, que

siempre está bombardeándome con informaciones de ese tipo: rara vez me pongo a recopilar y contrastar las noticias que percibo.

—Bueno, al menos ahora estás creciendo en conciencia y eso es como una luz al final del túnel: porque cada vez más gente despierta del tormentoso juego de los capos— testifica, mientras apura su plato—. Así, cuando seamos suficientes les podremos hacer frente, pero no con armas, sino con el corazón y las profundas ganas de cambiar el mundo.

—¡Claro! No puede ser que sea todo mentira, las verdades están saliendo a la luz. Ese viejo amigo, Dani, estuvo ayer en mi casa y estuvimos hablando sobre las víctimas del control mental. Lo que cuenta esa gente es tan aberrante como increíble, además con la de gente importante que implican en sus torturas: ¿por qué nadie les denuncia por injurias? ¡Si eso es mentira, no merece menos!

—¡Pues hasta eso nos hacen creer que es mentira, Manu! No les interesa que se sepa— acaba por decir, soltando su cuchara y quitándose la servilleta del regazo.

—No puede ser mentira... ¿Quieres algo más?— le pregunto, mientras acabo de lidiar con lo que hay en mi plato.

—¡Pues, ya te digo! Primeramente nadie les denuncia porque no quieren que el fenómeno se mediatice y es mejor que lo siga sabiendo poca gente. Además la ciencia oficiosa no tiene parangón y en su papel de nueva inquisición, se ha inventado otro síndrome para desprestigiar los testimonios de la gente que denuncia la manipulación mental...— tras comentar esto, se lleva la mano al estomago y asegura—: Yo ya

estoy servida, si quieres te invito a un helado y damos un paseo por el parque.

—¡Venga ya! ¿Cómo van a hacer eso?— pregunto ante su exposición. Acto seguido, alzo la mano y miro al camarero pidiéndole la cuenta. Y por último contesto a su dulce proposición—: ¡Acepto ese helado, primor!

—¡Lo hacen, Manu! Si te sales de la norma te llamarán loco, que en un mundo tan competitivo es como liquidarte— sentencia ella, dejándome pensativo.

Aunque estamos en otoño, el buen clima de la costa y el soleado día que hace: convierte en algo muy apetecible, tomar un helado paseando por el cálido Parque del mar. Así que tras pagar la cuenta nos damos una placentera caminata, saboreando un exquisito helado.

Ella me ha explicado que desprestigian a esa gente, alegando que tienen el síndrome de la memoria falsa y viene a decir, que el testimonio de esas personas es producto de falsos recuerdos. La ley refleja que terceras personas, psicólogos y psiquiatras en este caso, inducen a esas victimas a pensar que han sido manipuladas. Después he cambiado de tema y hemos estado hablando sobre nuestras vidas, conociéndonos un poco más. Al parecer ella es de una pedanía de Loja, en Granada, y lleva viviendo sola, aquí en Málaga, cerca de siete años. Yo le he explicado que soy boquerón de nacimiento y en las zonas de la capital, que he vivido.

Nos hemos reído, intimado y nos hemos puesto melancólicos. Pero ahora estamos llegando a nuestros coches y yo me resisto a despedirme tan pronto, por lo que me atrevo a preguntarle:

—¿Qué te parece si tomamos un café en mi casa?

Vivo aquí cerca...

—¿Cerca? Pero me has dicho que vivías junto a la autovía y estamos al lado del puerto— dice lógicamente, ante mis últimas palabras.

—Bueno, jejeje. ¡Cerca para ir en coche, claro! Si quieres vamos en éste— le propongo, señalando mi austero vehículo.

—¡No, está bien! Te sigo con el mío, está cerca de mi piso en Carlos Haya.

—¡Ok, como quieras!

Tras confirmar la invitación, nos montamos cada uno en nuestra máquina de seudolibertad para poner rumbo a mi casa. Conduzco suavemente sin dejar de mirar el retrovisor, puesto que no quiero perder a mi perseguidora. Así que tras unos escasos diez minutos, estamos junto al portal del edificio donde vivo.

Me pongo a su altura y bajo la ventanilla del copiloto para poder comentarle:

—¡Aparca ahí!, en ese bloque está mi piso— le digo señalando primero una plaza libre para estacionar y luego la entrada de acceso a mi hogar—. Yo voy a estacionar en la cochera y ahora mismo te abro.

—¡De acuerdo!— asiente ella, esperando que me vaya para realizar la maniobra.

Entonces le doy al mando que abre el parking y desaparezco por el hueco del portón, para alojar mi Opel Astra en la plaza de garaje que me corresponde. Después subo por el ascensor hasta el vestíbulo y abro la puerta que me separa de Mónica, que está esperando en la calle tras la entrada principal.

—Bienvenida a mi humilde morada— le profiero, abriéndole el paso para que me acompañe.

—Jejeje, muchas gracias por invitarme caballero— responde ella, siguiéndome hacía el ascensor—. Parece un barrio tranquilo, ¿no?

—Si bueno, según lo que entiendas por tranquilo— atestigo, mientras pulso el botón del ascensor que nos lleva hasta mi planta—. Aquí hay de todo, como en todos los barrios y aunque no vive mucha chusma, sí vienen personajes de otras partes a cometer sus fechorías.

—Que me vas a contar, si vivo en una zona “segura” y hace unos meses unos chatarreros arrancaron el cableado de las farolas para vender el cobre.

—Así es, el hambre hace que la gente cometa todo tipo de delitos con tal de llevarse algo a la boca.

—Es inevitable, en una sociedad que da tan pocas oportunidades— replica ella, una vez abierta, de nuevo, la compuerta del elevador.

—No sé, también podría darles por trabajar. Nadie estamos contentos con tener que depender de un puesto laboral, pero imagina que a todos nos diera por la vida fácil— acabo por comentar, antes de introducir la llave que abre la entrada de mi vivienda.

—Supongo que sería posible si hubiera trabajo para todos, pero es evidente que este país genera pocos puestos y la mayoría están muy mal pagados.

—Tienes razón, no es justificable lo que hacen los delincuentes. Pero es cierto que tendríamos que vernos en su situación, para dirimir las opciones que tienen dentro de la sociedad— resuelvo lógicamente.

Luego empujo la puerta para invitarla a entrar, señalando el salón—: ¡Adelante! Ponte cómoda, ¡estás en tu casa! Yo voy a poner el café en el fuego.

Mónica se dirige al salón, parándose en cada foto que tengo colgada de la pared del pasillo que conduce al comedor. Yo entro en la cocina y saco la vieja cafetera metálica, que me regaló mi madre, para prepararla y ponerla en el fogón.

—¡Vaya! ¡Quién eres tú!— escucho exclamar a mi invitada, una vez que llega a la sala de estar.

—No me digas que...— pronuncio yo, caminando hacía el salón. Me callo al ver que Yako, ha convertido en costumbre lo de esperarme en el sofá—. ¿Otra vez estás aquí, grandullón? ¡Vamos, venga a tu cuarto!

—No, no le regañes. Me encantan los animales, no me habías dicho que tenías un inquilino tan apuesto en casa— dice ella, rascando suavemente las orejas del can. El cual me mira compasivo, deseando que le deje disfrutar de la nueva compañía.

—¡Está bien, granuja! Te salvas porque le has caído en gracia— clamo mientras acaricio a mi fiel amigo. Después miro a mi invitada para preguntarle—: ¿Lo quieres con leche?

Yako se vuelve a recostar, resoplando como sabiendo que se ha librado del aislamiento por la bella Mónica y le dedica su más tierna mirada, para que continúe rascándole gustosamente. Ella lo mira y se echa a reír, sin dejar de frotarle con sus dedos el pelaje, para terminar diciendo:

—¡No sabes tú nada, campeón!... Con leche y

corto de café, por favor, Manu.

—¡Marchando!— respondo, dirigiéndome otra vez a la cocina para servir el moca.

Tras preparar las tazas, vuelvo al salón portando una bandeja que además contiene el azúcar, un par de cucharas y un paquete de galletas de nata para acompañar la merienda. Cuando entro, el perro se baja del sofá con las orejas agachadas y se tumba en el suelo, dejándome libre el terreno para que pueda sentarme junto a la visita.

—Jajaja...— se ríe ella, viendo la avidez y docilidad que demuestra el animal sin que yo le diga nada—. Lo tienes totalmente dominado, parece como si le hubieras dado una orden telepática.

—Si, él sabe lo que hay cuando viene gente a casa. Estas razas son muy inteligentes y nobles, pero procuro no ser muy dictatorial: ¡bastante tiene con estar aquí encerrado!

—Ni que lo digas... Todos los animales son muy listos y a menudo conocen ellos mejor a sus dueños, que los dueños a ellos. En realidad es una pena tenerlo en un piso, pero es difícil desprenderse de un ser tan adorable... ¡Te lo digo por experiencia!

—Pues la verdad es que si, solemos ignorar en gran parte a nuestras mascotas. Pero yo procuro pasar todo el tiempo que puedo con mi fiel compañero e intento comprenderlo...— manifiesto, mientras remuevo mi café y cojo una galleta—. Ya ves si cuesta separarse de un amigo tan especial, ¿tienes perro?

—Tula, es una hembra de Golden Retriever. Pero la llevé a la finca del pueblo, porque la notaba algo triste encerrada entre cuatro paredes...— responde Mónica,

sirviéndose el azúcar en su taza—. Aunque triste es como estoy yo, desde que la dejé allí.

—Algo así me he planteado un par de veces, pero no puedo dar el paso para desprenderme de él: ¡Le quiero demasiado!

—Bueno, eso es según lo mires. Precisamente el amor que le tengo a Tula, peso más que las ansias de poseerla junto a mí. Ahora ella es feliz y disfruta del campo, mientras yo soy más consciente de mi cautiverio.

—Lo se, no puedo buscar excusas, Yako debe ser libre y yo no debo ponerle puertas al campo... Es cierto que terminamos tratando a los animales como una posesión, en lugar de cómo un ser vivo que siente y padece.

—Así es, pero es normal dado como nos trata a nosotros mismos esta sociedad— asevera mi invitada, cogiendo un barquillo de nata de la mesa.

—¡De verdad, primor! Parecemos robots u objetos a los que se les exprime al máximo y después se les abandona en el vertedero. Y como siempre nuestra frustración la terminan pagando, quienes nos rodean en lugar de quienes nos la crean.

—Tratamos a los demás seres vivos como simples productos, en todos los sentidos: según donde nace el producto es de una forma o de otra; según lo que produce cada uno, así recompensamos al ser que utilizamos; y según la edad que tenga, es mas desechable o menos.

—Lo cierto, es que utilizamos a los demás como si fueran objetos y luego no podemos creer que haya un grupo de personas que manipule el sistema— comento,

mientras le hago un gesto para que coma más galletas.

—Eso es precisamente, porque las personas no han despertado todavía: siguen rendidas al gran engaño— expone Mónica, mirándome fijamente a los ojos—. Por eso las personas descubren pequeños pufos, pero no se paran a pensar que todo son pequeñas mentiras producto de un engaño mayúsculo.

—¿A que mentiras te refieres?— pregunto con cara de alhelado, puesto que no conecto del todo con que se refiere.

—¡Está claro, Manu! La mentira de las petroleras, las farmacéuticas, el sistema financiero, la obsolescencia programada,... Todo son pequeños tinglados que sobreviven gracias al gran engaño.

Me encuentro algo perdido y tengo nociones de las cosas que ha comentado, pero sigo sin entender a que enorme trola me hace referencia. Por eso termino volviendo a interrogar:

—¿Y cuál es esa gran farsa, gracias a la que sobreviven las demás?

—Verás, hace mucho tiempo que la elite comprendió que si trataban a todo el mundo como simples esclavos: tarde o temprano la gente terminaría dándose cuenta del pastel y el pueblo acabaría volviéndose contra sus dominios— relata ella, haciendo un inciso para sorber café. Después continua con su discurso—: Por eso instauraron el gran engaño, donde la intención de todo es la mejor y luego resultan ser nidos de corrupción. Absolutamente todo son negocios sucios donde se explota al producto hombre: las semillas, las eléctricas, telefónicas, industria alimentaria, economía, ong's, etc.

—¿Pero en qué consiste?

—Ya lo sabes, consiste en controlar el planeta sin que nadie sepa que todo está manipulado. El gran engaño funciona sobre el sistema: en primer lugar, todo está jerarquizado de modo que somos marionetas de nuestros superiores. Desde un niño a cualquier trabajador, atiende y acata órdenes sin discusión; Y en segundo punto han creado la idea de un segundo mundo que separa los ricos de los esclavos, donde a las personas les resulta más sencillo conformarse. Puesto que siempre hay alguien en peor situación, ¿me sigues?— termina preguntando, antes de comerse otro barquillo.

—¡A ver si lo he pillado! Quieres decir que en realidad no existe una pirámide monetaria: sólo hay ricos y pobres, pero han engañado a un gran número de esclavos para que se dividan con el resto de sus iguales creyéndose partícipes de ese segundo mundo ficticio.

—Básicamente, consiste en conformar así a esos esclavos libertos, para que se acomoden a vivir con poco o nada. Porqué el tercer punto del gran engaño, consiste en distraer y dividir a todo el mundo para que no lleguen nunca a unirse contra los que mandan...

—¡Exacto! Esa fue mi conclusión respecto a la manipulación a la que estamos sometidos: todo esta ideado para entretener y separar— la interrumpo, para comentarle que ya había cavilado sobre eso.

—¡Si! Además, utilizan el miedo como medio vibracional para que la gente se mantenga temerosa y sumisa. Pero, por suerte, cada vez más personas nos despojamos del miedo a no cumplir las expectativas, del miedo a descubrir, del miedo a pensar por nosotros mismos y al fin perdemos el miedo a hablar, para acabar

con esta gran estafa global.

—Cuanta razón tienes, que bueno haberte conocido— certifico boquiabierto, ante la elocuencia de sus palabras y con la inmensa alegría que me hace tenerla presente—. Y pensar que esta mañana anduve abatido ante tu rechazo...

—¡Eso no es cierto, Manu! Te dejé una nota, ¿recuerdas?...— se defiende ella, sorprendida por mi dilema confeso—. Apenas te hice caso en el bar, porque estaba allí mi ex. Créeme es mucho mejor que no se entere de nuestra quedada.

—Entonces tu ex, ¿es el estirado de la sexta planta, con el que hablabas el lunes a la salida del curro? No te preocupes por mí, ¡no se enterará de nada!

—Eres tú quién debería preocuparse por si se entera. De verás, ese tipo es muy celoso y mira que ya no hay nada entre nosotros...

—¿Que va a hacer, echarme del trabajo basura que tenemos, aprovechando que los despidos le cuestan una mierda? Hoy por hoy, prefiero tu compañía que un maldito empleo precario.

—¡Gracias, Manu! Eso es muy halagador, pero no se qué sería capaz de hacer ese tipo. ¡Mantente al margen, por favor!

—Ok, guapa. Lo que tú di... (piiii)— comento, mientras me interrumpo el timbre del portal—. ¿Vaya quién será? No espero a nadie...

—No te preocupes yo me voy a ir ya— declara Mónica, poniéndose de pie para colgarse el bolso en el hombro.

—¡Espera! Atenderé a quién sea y podremos

seguir charlando.

—Otro día, guapo. Me apetece darme un baño y relajarme un poquito en casa.

Ojala pudiera ofrecerle yo ese baño, pero no es el momento de ser osado. Estoy totalmente embelesado por esta dama tan encantadora y me gustaría ofrecerle un hueco en mi solitaria vida, pero es demasiado pronto para ser tan descarado. Así que tras darle dos cálidos besos, nos despedimos en la entrada del piso y cierro de nuevo la puerta, antes de contestar al telefonillo del portero automático:

—¿Quién es?

¡Vaya, no contesta nadie! Pero escucho murmullo en la puerta y por la mirilla puedo ver como unos niños piden caramelos en el piso de al lado. ¡Claro, no me había acordado, hoy es la noche de Halloween! Ya es prácticamente de noche y los más jóvenes del barrio están disfrazados para alijar golosinas.

No es que no me guste, sólo que me parece una fiesta donde invitan a los pequeños a extorsionar a los mayores disfrazados de criaturas horribles. Hay que ver con que facilidad abrazamos las fiestas ajenas, sin pararnos a pensar qué significan. Yo no tengo nada que ofrecerles, así que voy a aprovechar para sacar al perro y compro unas chuches para ellos.

Al final no le he comentado lo del viernes a Mónica... ¡Me han espantado la visita!, pero todos hemos sido niños y no puedo culparles por su inocencia. Yo también fui pequeño y recuerdo disfrazarme como un pardillo para salir en busca de caramelos, pero en aquellos tiempos apenas nos daban nada. Prefiero que ellos no se enfrenten a la frustración que pasé yo y quiero

evitar que se les ocurra gastarme alguna putada, por no haberles dado golosinas: así que antes de que toquen al timbre, abro la puerta acompañado de Yako y les emplazo abajo para darles algo.

Los niños se despiden con un: ¡Gracias, señor! Y suben corriendo las escaleras, a visitar a los vecinos de arriba. Se me escapa una sonrisa fría, ante su agradecimiento, puesto que me han recordado que los años me han convertido en un adulto y no se hasta que punto eso es bueno, aunque cuando yo era un chaval siempre soñaba con ser mayor. Tras la risa nerviosa que me deja pasmado, recupero el control sobre mi cuerpo y cierro la puerta del piso, para caminar hacia la calle.

Llego al rellano de la segunda planta y pulso el avisador del ascensor, pero está ocupado. Me encamino a las escaleras, para bajar a la calle y antes de descender un solo escalón, escucho abrirse el elevador. Entonces noto un dedo golpeando mi espalda y por un segundo me embarga una alegría tremenda, al pensar que Mónica se ha arrepentido de irse. Sensación que se disipa en cuanto me doy la vuelta: porque es Laura. Al parecer ha tocado al timbre y no le he contestado, dice que ha aprovechado que entraban unos niños para colarse en el portal. Creía que estaba huyendo, me ha preguntado si he puesto video-portero y todo, jejeje. Le aseguro que no y accede a venir a sacar al perro, porque quiere que parlemos un rato.

Ya estoy en casa de vuelta y me he tenido que sentar en el sofá, para asimilar lo que esta tía me acaba de decir. Ella se ha quedado con Yako en la puerta, mientras compraba las chucherías, de una pequeña tienda de barrio que hay en la acera de mi bloque. Después he salido del negocio y ya me estaban esperando los niños, que habían

reconocido a mi fiel compañero. Les he repartido unas cuantas y se han ido, hay que ver lo caro que está todo, me he gastado diez euros y no me han dado gran cosa: cuando yo era un niño, con lo equivalente en pesetas te daban un bolsón enorme de caramelos. En fin, luego hemos estado paseando y ha sido cuando ella me ha dejado de piedra.

Está chiflada, primero quería invitarme a unas cervezas y me he negado en rotundo, luego esperaba que la invitara a subir pero no lo he visto oportuno. Y al final, ha estallado en la entrada del bloque, lloraba como una magdalena cuando nos estábamos despidiendo. Yo pensaba que quería disculparse o que quizá venía en busca de sus cosas, pero al ver como se ha puesto nos hemos sentado en un banco y me lo ha contado todo:

La muy egoísta dice que lo suyo con Richy es una farsa, que sólo quería darme celos con la intención de recuperarme. Pero al ver mi pasotismo respecto a su relación, ella ha comprendido que no estaba funcionando su plan. Dice que no sabe como decírselo a él y, sin embargo, no tiene reparo en venir a contármelo a mí.

¡Vamos! se me ha declarado en toda regla y dice que no puede vivir sin mí. Yo se lo he dejado bien claro, no me importaban sus lágrimas porque la conozco y sé que tiene mucha facilidad para producirlas falsamente. Lo nuestro terminó y aunque le guardo mucho cariño, no puedo volver a intentar algo que ya sé que no puede funcionar.

Ha aceptado con resignación y me ha pedido que no le diga nada a Ricardo. A mí me viene bien, puesto que más duro sería contarle esto y seguro que no me creería. ¡Me ha dejado de piedra!, este tipo de cosas se hacen cuando eres un adolescente y si pueden evitarse,

¡mejor!: ¿como se puede jugar de esa manera con los sentimientos de la gente?

En cualquier caso, ya no es mi problema y aunque lo siento por mi amigo, yo quiero desconectar. Así que pongo la videoconsola y paso las horas que quedan del día: matando zombis en un videojuego y comiendo gominolas, al fin y al cabo es Halloween. Iba a salir de fiesta, pero ya he tenido bastante juerga por hoy: ¡ya solo falta que aparezcan los extraterrestres de esta mañana! He estado a punto de llamar a Mónica para salir, pero leí en una novela que las mujeres tienen un tiempo de cuarentena para detectar si eres un pesado o un moscón, yo no quiero crearle una mala impresión, así que esperaré a que ella se ponga en contacto conmigo. De momento, me alegra mucho haber comprobado que tenemos una infinidad de cosas en común. Y lo que es mejor, he podido percatarme que es una excelente persona cuyo interior hace total justicia a su singular belleza física.

Presiento que somos dos gotas de agua similares en un mar de diferencias y me alegro de que todo sea mentira en este mundo. Sobretudo lo que pensaba Richy respecto a nuestra compañera y mis posibilidades con ella.

TODO ES MENTIRA

LASTIMA PROFUNDA

Jueves, 1 de noviembre de 2012

Anoche me dieron las tres de la madrugada, pero esta mañana estaba despierto a las ocho. Como un resorte, ya se ha acostumbrado mi cuerpo a descansar poco y suelo despertarme los días de fiesta con las claras del día.

He desayunado y he estado enfrascado toda la mañana, descubriendo verdades que desconocía. Todo sobre lo que hablé ayer con la dulce Mónica, es increíble y penosamente cierto, todo son simples negocios para engañar a la gente:

Empecé viendo sobre el tema de las farmacéuticas y al parecer siempre se especula con la salud de las personas. Procuran cronificar las enfermedades para sacar más rentabilidad al enfermo y los más extremos aseguran que incluso nos ocultan la cura para enfermedades graves, porque son muy baratas y les jodería el tinglado de las subvenciones para investigación, entre otras funesta consecuencias.

Luego he estado comprobando que las cosas no suelen ser lo que parecen, por ejemplo hace mucho tiempo que existe la OMS, sin embargo, cada vez hay más y peores enfermedades para las cuales no conseguimos cura. Si es que hasta en las cúpulas de las ONG's hay trapicheos sucios, ¿cuantos años llevamos luchando contra el hambre y cada vez hay más?

Y por fin, un tanto depre me he puesto a buscar posibles soluciones. Es increíble, todo apunta a Islandia: un país que en lugar de inyectar a la banca, decidió levantar las alfombras y destapar el cotarro de los grandes mangantes. Está claro que no lo echaran en la tele jamás, pero he visto un documental que se llama *Surgere*, en la línea de *Inside Job*: en él se ve como todos los presidentes del gobierno español, mentían en sus propuestas electorales y terminaron haciendo el contrario de lo que prometían. Aunque aquí, el pueblo, no tomamos partido del asunto, como si hicieron en ese gélido país que abandonó el sistema corrupto imperante.

Sin duda las soluciones pasan por destapar toda la corrupción que se ha aposentado en las altas esferas. Las personas merecemos un mundo justo, pero el escenario en el qué vivimos es todo lo contrario. Ahora que voy descubriendo la vileza que caracteriza a muchos poderosos, siento una profunda lastima por ellos: es realmente penoso que, teniéndolo todo, necesiten hacerle la vida imposible al resto de la humanidad para sentirse mejores. En realidad, el acto de nacer termina siendo una metáfora de la vida: un tío que no conoces de nada te muestra el mundo al revés y te pega una bofetada sin venir a cuento, sólo por comprobar que estás vivo.

Bueno, son casi las doce y había quedado, hace días, en recoger a mi madre para ir al cementerio. Mi

padre lleva una semana enfermo y no tiene ganas de acompañarla. Así que apago el ordenador y preparo a Yako para marcharnos.

Bajamos al garaje y lo monto en el maletero, donde tengo dispuesto un cinturón de seguridad para él. Después pongo hacía adelante una parte de los asientos traseros, para que no se agobie por ir ahí metido. Y termino poniendo el coche en marcha, para poner rumbo a Churriana, un pueblo de la periferia malagueña que queda al oeste de la ciudad.

En algo menos de veinte minutos, estoy aparcando en mi destino junto a la casa de mis padres. Es un chalet de una sola planta, pero bastante espacioso, que mi padre se encargo de construir. Además tiene una estupenda piscina, que he disfrutado más que nadie. Y al lado hay un coqueto huerto, donde mi viejo hace sus pinitos como horticultor.

Le queda poco para jubilarse, pero lleva casi dos años parado porque hay poco trabajo y nadie quiere a alguien tan mayor, por mucha experiencia que tenga: así que en el campo redime su frustración y se va preparando a la que será su mayor ocupación ociosa, cuando consiga su reposo laboral definitivo. Dentro de poco dejarán de tener ayuda social y papá tendrá que tirar de ahorros para sobrevivir, hasta que encuentre un trabajo o llegue el retiro remunerado de la vejez. Qué lastima tener que sufrir tanta incertidumbre, después de toda una vida luchando para tener tranquilidad en este momento.

Bajo del coche y rescato a Yako del maletero, para después tocar al timbre de la puerta que separa el jardín de la calle. Mientras abro esta entrada, con la llave que conservo desde siempre, mi padre hace lo propio con la puerta del domicilio y suelto al perro que corre hacía él

moviendo enérgicamente la cola.

—¿Qué pasa, grandullón? Jejeje, yo también me alegro de verte— dice mi progenitor, agachándose para acariciarle con mucho cariño.

—¿Cómo estás, papá?— pregunto, acercándome a él, abriendo los brazos para saludarle.

—¡Estoy hecho un roble, campeón!— exclama, poniéndose de pie para abrazarse conmigo. Luego vuelve a acariciar la cabeza de Yako, consultando—: ¿Y tú, como estás? Te has traído a la fiera, jejeje.

—¡Estoy muy bien, padre! Aquí te lo he traído para que te haga compañía, mientras voy con mamá al cementerio.

Él quiere mucho a este can y aunque tiene un pequeño Yorkshire que no hace muchas migas con Yako, a mi viejo le encanta que le traiga al grandullón.

—¡Bien hecho, muchacho!— termina afirmando, entrando a la casa seguido por nosotros.

—¿Quién era, Manolo?— interpela mi madre, saliendo del cuarto de baño y cruzando el pasillo hacía el salón. Junto a ella, aparece Vene, el pequeño perro que vive con ellos, que corre enfurecido ante la notable invasión de su espacio. Entonces ella, entra en la estancia profiriendo—: ¡Eres tú, cariño! Ya estoy lista, le doy la pastilla a tu padre y nos vamos.

Tras darme una cálida bienvenida, coge y se encierra con Veneno en la cocina, que se ha puesto a ladrar de forma molesta. Así se llama realmente el perro de mi familia, se lo puse cuando mi padre se lo regalo a mi madre y yo todavía vivía con ellos: le puse ese nombre por lo malo que es, porque es muy

desvergonzado y hace lo que le da la gana. Cuando era pequeño tenía la manía de engancharse a las perneras del pantalón de todas nuestras visitas e incluso una vez le hizo sangre a mi abuela en los tobillos. Es increíble, como las razas pequeñas de perros son tan temperamentales y sin embargo las razas grandes son mucho más tranquilas, puesto que Yako ya está tirado en la alfombra frente al butacón preferido de mi padre.

Enseguida, ella vuelve de la cocina, cerrando la puerta con el perrillo indiscreto detrás, que comienza a gemir por el encierro. Mi madre trae un vaso de agua y una píldora que deja sobre la mesita baja del salón, situada entre los asientos y el televisor. Entonces se coloca su abrigo y coge su bolso, mientras ordena:

—¡Tómatela, Manolo! Y saca a Vene al jardín, que no rasque la puerta de la cocina.

—Ahora lo sacaré, Carmela— asegura mi padre, cogiendo la píldora y el vaso de agua—. Ya estoy bien, niña... ¿de verdad, me la tengo que tomar?

—No te va a hacer mal la medicina, Manolo. ¡Anda tómatela!

—Si ya está bien, para que quiere más medicamentos— digo yo, cogiendo la pastilla de la mano de mi progenitor—. ¡Mamá, no abuséis de esto que son drogas legales! Es química pura...

—¿Pero que dices, nene?— cuestiona mi madre, recuperando la medicina y volviéndosela a poner a mi padre en la mano—. Esto es echinacea y es natural, ¡ya sabes lo que pienso yo de las farmacéuticas!

Es cierto, la información que he descubierto esta mañana me ha vuelto un tanto paranoico, no me he

acordado que mi madre: siempre está buscando remedios naturales para curarse. Al parecer la echinacea es un producto de herboristería, una planta que aumenta nuestras defensas y nos ayuda a luchar contra infecciones de todo tipo. Esta viene concentrada en pequeñas capsulas de gel y lo había estudiado a conciencia la mujer que me trajo al mundo, a la hora de adquirirla. Tristeza me da aquel que solo confía en la pura química farmacológica, para paliar sus dolencias.

—¡Te vendrá bien, papá!— termino exclamando, tras mi rauda reflexión. Luego miro a mi procreadora y le pregunto—: ¿Vamos?

—¡Si, vamos! Que la abuela y la tita ya estarán allí— responde ella, caminando hacía la calle.

Nos despedimos de mi padre camino de la puerta y una vez que nos montamos en el coche, mi madre me da un extraño folio doblado que había cogido del limpiaparabrisas derecho. Yo no lo había visto antes y me quedo estupefacto al abrirlo y leer: ¡OLVIDALA, ESTÁS VOLANDO MUY ALTO!

¿Qué demonios es esto? No entiendo nada, ¿quién ha puesto esto ahí?...y ¿cuándo?... Me quedo clavado pensando, mientras guardo lentamente el papel doblado en el bolsillo trasero de mi pantalón, hasta que mi madre me llama la atención para que nos pongamos en marcha. Conduzco esta vez hacía el este, en dirección al parque cementerio de San Gabriel donde nos esperan para visitar a mi difunto abuelo. Pero no puedo dejar de preguntarme en todo el camino, ¿quién me habrá dejado este mensaje?: tal vez fue Laura, que tardo demasiado en aparecer. Quizás se cruzó con Mónica en el portal y bajó a la cochera para dejarme este mensaje, aunque lo dudo, es demasiado retorcido hasta para ella; claro, que si no

fue mi ex... Debe de haber sido el tipo que salía con mi compañera de trabajo.

Ese hombre no hubiera tenido problema para consultar en la empresa donde trabajo y dar con mi dirección. Pero me resulta extraño que se haya tomado tantas molestias, para dejarme un simple papel en el coche. En cualquier caso, no sé desde cuando lleva ese folio ahí, podrían haberlo puesto en la puerta del trabajo o incluso en el parque del mar, donde comimos ayer. Ese tío parece que está colado por Mónica y ya me aviso ella, que era muy posesivo. Después de mi situación embarazosa con Laura, me puedo esperar cualquier cosa de alguien despechado y por lo menos así, tengo una excusa para quedar de nuevo con la chica que me tiene encandilado. De este modo, paso el mediodía pensando en que puedo decirle para comentarle lo sucedido, ya que prefiero evadirme de nuestra dolorosa visita al lugar sagrado.

Si aprendí algo con el triste deceso de mi ancestro, es que nunca se debe perder la sonrisa. Recuerdo a mi abuelo como una persona alegre y a la que nunca le faltaba tiempo para unas carcajadas, pero recuerdo el maldito día que recogieron los análisis médicos: ya no volvió a reír y se fue degradando vertiginosamente hasta consumirse por completo. Es como si la salud fuera en relación a la felicidad y mi querido antepasado, perdió las dos cosas en una nefasta visita al hospital. Por eso procuro ser una persona risueña, incluso en estos momentos, así que cargo una de mis mejores sonrisas para abrazar a mis familiares. He dado dos besos a mi tía y unos cuantos más a mi abuela, que no ha dejado de preguntarme cuando le voy a dar un biznieto. También he comprado unas flores para colocarlas en la lápida de mi abuelo materno, cuyos restos descansan en este lugar

desde hace unos diez años. Él era malagueño de toda la vida y hoy reposa en este gran mausoleo de la capital. Hemos recordado momentos emotivos, que han hecho aflorar las lágrimas del recuerdo feliz y luego nos hemos ido a tomar un aperitivo, para evadir el mal trago de añorar a los que ya no están.

Cuando mi abuelo Manuel, se fue: dejó un vacío muy grande para mí. Siempre me sentí muy arropado por él y perdí el gran apoyo que daba la persona más sensata que jamás he conocido. Podría decir que fue mi abuelo preferido, pero resulta injusto porque realmente nunca conocí al padre de mi padre. Mi abuelo paterno se llamaba Miguel y murió cuando mi viejo era un bebé: mi antepasado trabajaba en una mina y un desprendimiento le sesgo la vida. Era un empleado estatal, pero apenas se hizo cargo el estado por su pérdida. De hecho, tuvo un precario entierro en Cártama, su pueblo natal. Tanto fue así, que cuando cambiaron el cementerio de sitio, no pudieron rescatar sus huesos y hoy yace bajo los cimientos de una plaza del pueblo. Es absurdo peregrinar hasta allí, pero he llamado a mi abuela paterna para ver como estaba. Ella vive sola en aquella villa, aunque mi padre tiene dos hermanas mayores que viven cerca de su casa y le estaban haciendo compañía en este día tan sentimental.

Ya vamos de nuevo en el coche, regresando a casa. He acercado a mi abuela y a mi tía al centro, las dos viven en el mismo bloque cerca del puerto y habían subido al cementerio en bus. Ahora voy contando mi rutina a mamá y preguntándole por la suya, para procurar distraerla del amargo pasar del tiempo y el recuerdo de los que se fueron, que han sido los temas centrales del aperitivo.

Particularmente creo que mi abuelo, está más feliz ahora que en sus últimos meses de vida y presiento con todas mis fuerzas que su esencia sigue viva en algún sitio, cuanto menos en nuestros corazones. No que en su ocaso vital, el cáncer mermó su vitalidad y no poder salir a pescar, como de costumbre hacía, fue apagando la chispa de aquel hombre jovial que siempre había sido. Pero la lastima es para los que quedamos aquí y no quiero que mi madre se pierda en el recuerdo melancólico que tanto nos atormenta a los vivos. No entiendo porqué la gente da una connotación tan negativa a la simple consecuencia de nacer, somos energía que viene con la intención de marcharse algún día, pero nos empeñamos en poseer la materia hasta el infinito y desprenderse del cuerpo, resulta arduamente terrible en esas condiciones.

Aparco de nuevo, justo donde esta mañana y entramos en la casa de Churriana. Mi padre no está y los perros tampoco, parece que se los ha llevado a pasear. Mamá se va directa a la cocina para preparar el almuerzo, que ya son las dos pasadas, y yo pongo el televisor, para zapear entre telediarios. Todos me resultan ser lo mismo y podría dejar cualquiera, pero acabo por poner los Simpson que siempre son más entretenidos. Es increíble la gran dosis de crítica que llevan estos dibujos, lastima que la gente se quede con los chistes fáciles y no escarbe en el trasfondo de esta serie de animación.

Tras un buen rato de carcajadas, llegan los interminables anuncios y voy hasta la cocina, acudiendo al rico olor que proviene de allí. En ese mismo instante, aparece papá por la puerta con una bolsa con pan y deja las correas de los perros, colgadas del perchero que hay en la entrada. Al verme, mi madre baja la intensidad del fuego y deja de mover la comida, para interceptar al

recién llegado:

—Manolo, no te has terminado de curar ¿y ya estás de juerga?

—Que no, mi amor. Sólo he ido a pasear a los perros y a comprar el pan...— responde mi padre, con una sonrisa de oreja a oreja y un brillo en los ojos que le delatan.

—¿Nada más? A ver, échame el aliento— le demanda mamá, poniéndole las manos en las mejillas.

—¡Déjale, má! ¡Si trae aquí las barras!— profiero, cogiendo la bolsa que porta mi procreador en la mano.

Él me hace un gesto de agradecimiento con los ojos, por intentar echarle un cable, pero sabe que la policía no es tonta y ella procura que no ahogue sus penas en alcohol. No debería defenderle ante algo tan dañino que yo mismo trato con mucha cautela, sin embargo, él me trajo al mundo y sentía que debía intentarlo.

—¡Anda, Manu! No le protejas que ya es mayorcito para saber lo que no está bien— me replica ella, algo enojada ya que siente que debería haberle apoyado en la bronca.

—No te pongas así, Carmela. Sólo me he tomado una copita de vino...

—Vamos, papá. ¡Que lo estás arreglando!— aseguro irónicamente, tirando de su brazo para llevarle al salón.

—Siiii, me conozco yo tus copitas... seguro que te has hartado...— relata mi madre, mientras abandonamos la cocina para dejarle terminar de hacer la

comida.

Mi padre se sienta en el salón, delante de la tele y yo salgo al jardín, para rellenar el comedero que tiene aquí Yako. Después vuelvo a entrar en casa y dispongo la mesa del comedor, para ahorrarle trabajo a la señora del hogar. Tras poner la mesa, me siento en el sofá coincidiendo con la cabecera de los informativos.

En la tele, un conocidísimo presentador comienza a desgranar en titulares las noticias más destacadas del día. Acto seguido, el conductor del programa, presenta un video donde el actual presidente del gobierno asegura que no va a pedir rescates a la banca, para aliviar la situación económica de nuestro país. Que vacío me suena ya su discurso y no hace ni un año que es presidente, pero aún recuerdo perfectamente sus mentiras durante la campaña electoral: en ella dijo muchas cosas que luego se ha saltado a la torera, porque iba a decir la verdad ahora... ¡ya veremos si es cierto, dentro de unos meses!

—¡Ja!— esgrime mi padre, que también parece poco convencido.

Yo prefiero no hacer comentarios, puesto que sé qué él votó a este partido. Pero me alegra su interjección, parece que ha terminado dándose cuenta que son unos farsantes. Realmente eso creo de los políticos, ni estos ni otros, todos son lo mismo: mucho prometer para que metas su papeleta en la urna, pero después de haber metido nada de lo prometido. Por eso mi voto, siempre es el mismo desde hace unos años, Daniel tuvo la idea de meter dos rodajas de chorizo junto a una papeleta de cada partido y hago lo propio porque me parece un mensaje claro, llamarlos: chorizos.

Continúan las noticias y en ellas, aparece un video

grabado por la oposición al gobierno. Es algo insultante, el colmo de los colmos del esclavo mundano: salen representantes políticos, pidiendo perdón para recuperar la confianza perdida de sus votantes. Es un extraño anuncio, donde salen reconociendo algunas de las cosas que hicieron mal mientras gobernaron, por supuesto, sólo las más evidentes, porque todo no lo van a reconocer nunca. Es patético que les falten el respeto, de esta manera, a las personas que confiaron en su partido. ¿De verdad habrá gente que acepte estas disculpas? ¿Realmente alguien confía en que van a cambiar? No tengo ni idea, si la gente es tan ilusa para hacerlo, pero está claro que no conseguirán volverme a engañar a mí.

—Y después de Guatemala, un poquito de Guatepeor...— comenta con aire guasón mi padre, comprendiendo la parte de humor negro que tiene el pretencioso anuncio.

—¿Te das cuenta, papá? ¡Todo es mentira, todos los partidos son lo mismo!— exclamo, corroborando su comentario.

—¿Que si me doy cuenta, Manu? Es absurdo como está el panorama, pero siempre ha sido así, la gente sólo observa su propio ombligo y una vez que tienen los votos para gobernar, ¡olvidan quienes les pusieron ahí!

No puedo creer lo que escucho, de hecho aún recuerdo como se puso cuando le dije que había votado con el chorizo. Sus palabras exactas fueron: Has renunciando a tus responsabilidades políticas, luego no te quejes si las cosas no van bien. Él siempre ejerce su derecho al voto, o más bien siempre rinde su voto hacía el costado derecho, ahora gobierna la derecha y por lo tanto ese comentario indica que está cambiando de parecer, viendo la sarta de mentiras en lo que ha quedado

la promesa electoral de su partido favorito. Por eso me atrevo a comentarle:

—Pero tú siempre has dicho que es mejor darle el poder a los que tienen la pasta, para vivir tranquilo. Que los otros son muertos de hambre que buscan gobernar para resolver sus miserias...

—¡Yo siempre he dicho muchas cosas, hijo!— prorrumpo interrumpiéndome, para exponer su versión—. Con el tiempo, te das cuenta que todo es una pantomima. Cuando todavía era joven e iluso, voté a Felipe González e hizo todo lo contrario de lo que prometía. Luego más maduro y mejor posicionado, voté a Aznar, harto de ver como cuatro muertos de hambre se repartían el país. Salí bien escaldado, puesto que era más de lo mismo, aunque fueran partidos distintos. Después vino Zapatero y no le voté, porque pensaba como tú me has recordado: prefería votar al capital, ya que todos son unos mentirosos sin escrúpulos, mejor votar a quien ya tiene. A la vista está que no me equivoqué, ahora los representantes socialistas andan pidiendo perdón y llorando por las esquinas.

—Y ahora está Rajoy, siempre es la misma pesadilla pero con distintos villanos— asevero, completando la exposición de mi padre.

—Claro, los van turnando para que pienses que realmente va a cambiar algo. Pero resulta que en lugar de ayudar al país, se han ayudado a ellos mismos: han privatizado todo, nos han quitado derechos que ya habíamos consolidado y al paso que va el asunto terminará habiendo más parados que currantes.

—Y los que estén currando, tendrán que conformarse con infrasueldos basura para no perder sus trabajos. ¡Es demencial!

—¡Exacto, Manu! Es descarado como se olvidan del pueblo a la hora de gobernar, ¡así nos va!— exclama mi padre, harto de ver como todo va a peor—. Lo más triste de todo esto, es que en realidad, es incluso lógico que todos los políticos terminen sucumbiendo a los grandes oligarcas. Ellos llegan al poder y se dan cuenta de que no pueden cambiar el mundo y terminan corrompiéndose...

—¿Oligarcas?— interpeleo extrañado, ante esa palabra cuya definición desconozco por completo.

—¡Si hijo, los que manejan el cotarro! Los que se han hecho dueños de vastas extensiones de tierra, los que tienen una tremenda cantidad de propiedades y han acumulado grandes fortunas. Ellos que manipulan el tinglado que hay en este planeta, controlan a una sarta de negociantes sin alma, gente de alta alcurnia que ni se imagina los problemas de la gente. Por medio de esos perros de paja, manejan el mundo cuatro gatos que ni siquiera conocemos...

Me quedo embobado ante las palabras de mi padre, ¡es increíble!, se refiere a la sinarquía de la que hablaba Mónica. Él no habla de sociedades secretas, pero sabe más o menos que todo está controlado por unos pocos. Al final me termino dando lastima a mi mismo, de ver como soy el único que no se había dado cuenta, de esa manipulación malintencionada que nos tiene a todos en la miseria.

Todos saben algo, hasta mamá entiende a las farmacéuticas como un simple negocio interesado e incluso macabro. Daniel dice que un uno por ciento, hace la vida imposible al resto de la población y a mí me da autentica pena que eso pueda ser cierto: no puedo entender que unas pocas personas enquistadas en las altas

esferas, puedan ser felices haciendo más infeliz al resto del mundo. Tiene que ser muy triste la vejez de esos seres tan ruines y les compadezco porque parece el colmo de la mezquindad.

—¡Tienes toda la razón, papá!— impreco tras regresar de mi asombro. Mientras saco el móvil del bolsillo, ya que al acordarme de Mónica, he decidido escribirle un mensaje.

—¡Vamos a comer!— grita mi madre, que entra en el salón con una cazuela de arroz caldoso.

Huele que alimenta, por lo que mi padre y yo, nos autodirigimos hacía la mesa conducidos por el incipiente hambre de estas horas del día. Papá comienza a servir los platos y mamá da un último viaje a la cocina, para volver con una botella de naranjada y una jarra de agua. Yo me limito a volverme a sentar, para seguir trasteando el teléfono.

—¿Todavía, no has “cortao” el pan? ¡Vamos, nene, estás “embobao”!— atestigua mi progenitor, viendo mi ferviente entretenimiento repentino.

—Venga que se te va a enfriar, ¡como siempre! Ya tendrás tiempo...— dice mi madre, arrancándome el móvil de las manos y guardándolo en su mandil, el cual cuelga posteriormente de su silla.

Mamá tiene vocación de maestra y aunque nunca pudo llegar a ejercer, tiene terminada su carrera académica. No se si la enseñaron allí, pero siempre ha tenido una habilidad pasmosa para requisarme las cosas. Al final no he podido enviarle el mensaje a Mónica, aunque solo me faltaba darle a enviar, pero es absurdo intentar recuperar el iphone en este momento. Así que cojo la barra de pan, para cortarla, y después me centro

en mi plato, para rebañar hasta el último grano del sabroso arroz.

Papá ha estado a punto de ir en busca de una cerveza a la nevera, pero ante la mirada desafiante que le ha concedido su esposa, le ha hecho repensárselo y ha terminado comiendo con agua.

Mientras comíamos, hemos hablado de nuestras cosas. Lo de siempre, yo les he comentado que todo sigue igual y les he hablado sobre el triste fin del primo de Richy: se han quedado boquiabiertos, ante la verdadera pena que da el caso, a pesar de que no le conocían de nada. Mamá está como siempre, atareada en casa y enganchada a los programas del corazón. Y mi padre, tampoco ha cambiado mucho: sólo ha dejado de sufrir estos años atrás, para alegrarse por la marcha del Málaga club de fútbol, tras la llegada del jeque que administra su equipo favorito. Además, sigue obsesionado con los programas de “¿cómo se hace?” y las desgastadísimas películas de vaqueros.

—¿Queréis postre?— cuestiono, poniéndome de pie y recogiendo los platos, para llevarlos a la cocina.

—Tráeme un yogurt de macedonia, por favor—
ruega mi madre, cogiéndome del brazo para pedírmelo.

Yo aprovecho el momento, para enganchar su mandil con la mano y llevarlo también a la cocina. Después me suelta el brazo y me pongo en marcha, mientras papá decide lo que va a tomar:

—¡Acércame una naranja, campeón!

Vuelvo en un instante, portando dos naranjas y el yogurt con trozos de fruta. También traigo el móvil en el bolsillo, donde lo he metido tras recurarlo y dejar el

delantal, junto a los platos. Reparto sus demandas y pongo la otra pieza de fruta en la mesa, frente a mí, entonces saco el teléfono con la intención de terminar lo que había empezado antes de comer.

—¡Estás obsesionado, niño!— exclama mi madre, lanzando su mano con la intención de volverme a quitar el smartphone.

—¡Bueno, ya está! Luego mandaré el mensaje...— aseguro, logrando esquivar su gesto y vuelvo a guardar el terminal en mi bolsillo. Después me dispongo a mondar la naranja, para terminar de comer.

—¿A quien tienes que escribir con tanta urgencia?— pregunta mi padre, percatándose de la impaciencia que estoy mostrando.

—¡De verdad, Manu!— profiere mamá, cerciorándose de mis enrojecidas mejillas ante el indiscreto interrogatorio—. Cuéntame, ¿Es una chica? ¿Has vuelto con Laura?

—¡Que va, Laura es historia!— le respondo enseguida a su última pregunta.

—¿Pero será una chica?— curioseando extrañado mi progenitor.

Suele pasar, pese a vivir juntos, no nos conocemos nada. La comunicación no ha sido nunca nuestro fuerte, apenas hemos hablado de nuestras cosas, siempre he sentido más comprensión en mamá y a ella le cuento mis cosas. Él, sin embargo, especula con lo que me ocurre, igual que yo tenía una idea equivocada de su obstinación política. Desde que era pequeño, está obsesionado con pensar que soy gay y que no quiero contárselo, de hecho pensaba que mi relación con Laura era una tapadera.

Todavía recuerdo que cuando trabajaba en la noche, aún vivía con ellos y no les quise contar nada, por aquellos tiempos, él pensaba que yo vendía pastillas en las discotecas e incluso llegó a pensar que yo dejaba que me dieran por culo a cambio de cuatro copas: la realidad es que no se explicaba como podía yo salir de fiesta con tanta frecuencia, con la mierda de paga que me daba. De todas maneras, da igual lo que le diga, hasta que no me vea creando una familia: él no va a despejar su alienada incógnita sobre mi sexualidad. Además no se lo puedo tener en cuenta, yo he sacado el carácter de la mujer que me trajo al mundo, soy un ser muy reflexivo y él, en cambio, suele decir lo primero que le viene a la cabeza porque es demasiado impulsivo.

—¡Es un travesti, papá!— declaro jocosamente, pero conteniéndome la risa.

—¿Será verdad?— cuestiona mi madre, que cae en la trampa.

—¡Que no, mamá!, ¿como va a ser verdad?

—¿Y quién es, hijo? ¿Donde la has conocido?— vuelve a interrogarme, la señora del hogar.

—Es una compañera de trabajo, pero no tengo nada con ella...— resuelvo en un irremediable tono cursi, que brota naturalmente.

—Pero te gusta, ¡verdad!— afirma mi antecesora, totalmente ilusionada, comprendiendo mi reacción—. ¡Ay, Manu! Ojala cuajarás con ésta y me hicieras abuela.

—Esperemos que no sea un compañero...— añade mi padre, incidiendo en su paranoia mental.

—¡Calla, Manolo, no seas tonto! Que me hace mucha ilusión.

—¡Más me hace a mí, má! Esta chica es estupenda...— manifiesto ilusionado.

—¡Si, si, ya veremos!— prorrumpe receloso su marido, interrumpiéndome.

—¡Manolo, cuando te pones así, no hay quién te aguante!

—Déjale, estamos en confianza. Ya se dará cuenta que está confundido conmigo, ¡me voy a ir a ver si quedo con ella!

—Bueno cariño, se te ve ilusionado. ¡A ver si nos la presentas pronto!— dice mamá, poniéndose de pie para darme un abrazo de despedida.

—¡Espero con ansia esa sorpresa, chico!— asegura papá, acercándose para darme el adiós.

Termino de despedirme de ellos, con el profundo cariño que nos une y salgo al jardín para recoger a Yako. Tras acomodarlo en el maletero, me ubico en el asiento del conductor y saco el móvil, para acabar de enviar mi misiva a Mónica. Entonces me veo sorprendido, porque ella se me ha adelantado y me ha enviado el mensaje primero. Pregunta si quiero quedar para un café y por supuesto, yo no he podido resistirme. Le he dicho que voy para mi piso y hemos quedado allí para tomárnoslo.

¡Vaya! Realmente me importa esta chica, pese a mi conexión materno-filial, nunca suelo hablarle a mamá sobre mis citas y sin embargo, no he podido evitar hacerlo sobre mi compañera de trabajo. Siento que ella es especial y que algo dentro de mí, está madurando a pasos de gigante. Comienzo a comprender cual es el verdadero sentido de la vida, empiezo a saber qué es lo que he estado buscando inconscientemente y nunca he

encontrado. Siempre he estado muy confundido y no me había dado cuenta de lo importante, hasta que dí el paso adelante para acercarme a Mónica. Para mí lo trascendental en la vida, era querer y ahora comienzo a entender, que lo importante en realidad es amar.

No tengo nada con ella, pero siento un claro deseo por tenerla cerca. Me transmite buenas vibraciones y siempre que estoy en su presencia, me embarga una profunda felicidad que rompe mi escandalosa rutina. En sólo unas horas, he comprendido, por fin, que lo importante en la vida es amar. Ahora entiendo a la perfección que no estamos limitados a cinco sentidos, que se limitan a lo que percibimos con la piel, los oídos, la nariz, los ojos y la boca: sin duda, también podemos sentir con el corazón y a esa capacidad se le llama amor.

Tenia ese sentido atrofiado, no es que no tuviera la cualidad de amar, simplemente había desarrollado mal dicha condición humana. Antes también quería, pero no con el corazón sino que deseaba con la cabeza, en realidad sólo quería poseer y cuando poseía lo que quería, ya me encaprichaba con otra cosa. Así es, percibo que tenía una obstinación materialista, la cual dominaba mis propios sentimientos, tenía esa enfermedad que te lleva a almacenar cosas y cosas, e incluso seres vivos, sin llegar a satisfacerte con nada: aunque en realidad, únicamente se considera una enfermedad si te da por aglutinar cosas sin valor. Sin embargo, almacenar cosas caras y utilizar a las personas como si fueran máquinas está hasta bien visto, pese a que bajo mi humilde punto de vista no deja de ser el mismo síndrome.

Ahora entiendo toda esa obsesión por poseer que llega en muchos casos a ser enfermiza. Recuerdo que yo deseaba una cosa y cuando ya era mía, empezaba a

obcecarme con otra, simplemente porque no amaba ni apreciaba lo que conseguía: sólo me movía el ansía por obtenerlo. Era como ese niño que se crea unas grandes expectativas con un juguete que ha visto, tras idealizarlo desea tenerlo y tal como se lo han pintado, o el ha querido creer, piensa que es el mejor juguete. Después de tanto tiempo deseándolo, el niño recibe un regalo y resulta ser su ansiado juguete: el chico juega con él unos días e incluso vacila a sus amigos por tenerlo, pero deja de quererlo porque ya lo tiene y empieza a desear otra cosa. Pues como ese niño termina olvidando ese viejo juguete en un cajón, yo terminaba desatendiendo todo lo que conseguía e incluso, sospecho que me ocurrió lo mismo con Laura.

Claro está, que mi padre no me ha perdonado todavía por dejarla escapar, para él era perfecta y quizás le importara menos lo que ella significaba para mí, pero, lo cierto es, que en todo el tiempo que estuvimos juntos jamás sentí la conexión que percibo en presencia de Mónica. En aquellos tiempos yo deseaba con todas mis fuerzas tener una pareja, tanto que al final lo conseguí, pero acto seguido fui dejando de pensar en Laura: para terminar pensando únicamente en mí. Y no sólo me pasó con ella, me pasaba con todo lo que iba logrando: los juegos, la ropa, los complementos, los muebles, el coche. Así todo lo que iba consiguiendo, pasaba a un segundo plano y dejaba de prestarle toda la atención que había puesto en conseguirlo.

El caso es que ya no quiero nada, porque ahora comprendo que puedo amar y por eso entiendo que quiero tener cerca de mi vida a Mónica: tanto que estoy dispuesto a conformarme con su amistad, porque evidentemente quiero que ella sea feliz y no sé si lo sería junto a mí. No busco convertirla en mi esposa, ni mi

novia, ni mi chica, ni mi mujer, ni nada: no deseo poseerla, para después meterla en el cajón de mis conquistas y olvidarla. Por eso elimino el posesivo en la ecuación y creo con franqueza, que es la persona con la que me gustaría envejecer. Aunque quizás es demasiado pronto para plantearme esto, siempre he sido de darle muchas vueltas al coco y parece que ahora lo tengo demasiado claro, el tiempo dirá.

Entre tanto divagar, llego a mi calle y encuentro el coche de Mónica aparcado junto a la entrada del garaje. Ella está dentro y paro a su lado, allí se ve sorprendida mirándose al espejo retrovisor. Entonces bajo la ventanilla del copiloto y le digo:

—¡No insistas, no puedes mejorar la perfección!

Entonces baja su ventanilla y brindándome una de sus fantásticas sonrisas, encuesta interesada porque no me escuchaba con la ventana cerrada:

—¿Qué has dicho?

—Que no hace falta que te mires tanto, ¡estás estupenda!— respondo, no atreviéndome a repetir mi cursilada anterior, señalando el espejo donde se estaba mirando. Después acabo por invitarla a subirse conmigo—: Móntate aquí y ya entramos por la cochera.

Ella mira a donde señalaba mi dedo y se enrojece, comprendiendo mi piropo. Luego sale y cierra su coche, para montarse en el mío. Tras darnos los dos besos de rigor que sellan un saludo correcto, pongo rumbo al interior del garaje comunitario para estacionar en la plaza que me corresponde. Una vez sobre mi espacio delimitado, pongo el freno de mano y quito las llaves del contacto, para salir del vehículo. Salgo y abro el maletero para sacar al perro, mientras Mónica se apea para

seguirme.

—Toma, sujétalo un momento— le comento, pasándole la correa que tiene enganchado a Yako. Se lo dejo para recolocar el asiento trasero que llevaba abierto.

—¿Si lo sueltas se escapa?— pregunta, mientras trasteo dentro del coche. Luego acaricia a mi dócil amigo, para cuestionarle en tono cariñoso—: ¿Eres un rebelde, grandullón?

Lógicamente no encuentra contestación verbal por parte de él, aunque mueve con energía su cola indicando que esta chica le transmite las mismas vibraciones que a mí. Estoy seguro que ella no espera una respuesta, aunque vuelve a preguntarle con mucha ternura:

—Te lo has pasado bien de paseo ¿eh, guapetón?

—¡Bueno, he estado bien con la familia!— contesto yo, cerrando el coche, volviendo a donde están ellos. Sé de sobra que la pregunta no es para mí, pero es buen momento para algo de guasa.

—¡Ah, no! Se lo decía a... Jajaja— se echa a reír Mónica, señalando a Yako, interrumpiéndose a si misma al ver que yo me estoy riendo y vuelve a enrojecerse.

—Jajaja... ¡lo sé!, pero seguro que él te hubiera contestado lo mismo— termino diciéndole yo, volviendo a coger la rienda del perro. Entonces le suelto la correa, antes de volver a afirmar—: ¡Es muy bueno, ahora verás! ¡Yako a casa!

Tras decir eso, abro la puerta que da al descansillo del ascensor y pulso el botón para que éste baje, mientras mi peludo compañero sube corriendo, escaleras arriba, perdiéndose de nuestra vista. Mónica contempla sorprendida la escena, creo que piensa que se ha

escapado, pero como sospechaba es una persona contemplativa y prefiere esperarse a ver lo que sucede, antes de avanzarse a los acontecimientos. Así que aprovecho para resumirle donde he estado y que he hecho hoy.

Llegamos arriba y se abren las puertas del elevador, Yako nos espera acostado en el descansillo y se pone de pie, en cuanto nos ve aparecer. Pasamos junto a él, que nos sigue de cerca hasta la puerta del piso y ella se percata de lo bien educada que es mi mascota. Luego pasamos al salón y mi nueva amiga, comienza a comentarme también su media jornada festiva: al parecer ha estado en su pueblo natal, comiendo con la familia.

La villa donde nació, se llama La Esperanza y está a unos ochenta kilómetros de Málaga, allí viven prácticamente todos sus allegados. La suerte ha querido que todavía no haya visto muchos funerales cercanos y por eso, para ella este día no se ensombrece tanto por el recuerdo de los que ya no están. Sin embargo, me ha comentado que ha mandado un cálido mensaje a una vieja amiga suya, que hace poco perdió a su marido: culpa del maldito cáncer incurable y mal tratado, no respeta edades y dejó viuda a esa mujer, la cual tiene apenas 30 años. Al hablar de mensaje, me ha hecho recordar que no le he comentado nada respecto a la nota que encontré esta mañana, pero prefiero no mezclarlo con un tema tan dramático, así que muestro mi pesar ante el trágico final de su amigo y me marché a la cocina para preparar los cafés.

Vuelvo pasado un rato, portando la bandeja, como en un deja vu del día anterior, con la única diferencia que la caja de galletas está abierta y falta algo de azúcar, respecto a ayer, en el azucarero. Claro está qué la

situación tampoco es la misma, Mónica tiene algo más de confianza y se ha atrevido a encender el televisor. Me da gusto pensar que hemos dejado de ser unos extraños que se rehúyen la mirada, durante años, en la oficina y ahora empezamos a congeniar de algún modo, puesto que al parecer los dos anhelábamos volver a vernos.

—No te lo vas a creer...— asevero sin rodeos, echando mano a la parte trasera del pantalón, para recuperar la nota que encontró mamá en el parabrisas—. ¡Mira que he encontrado esta mañana!

Ella coge la nota y tras releer su frase varias veces, exclama sorprendida:

—¡Tienes razón, no me lo puedo creer! ¡Este tío lo ha vuelto a hacer!

—¿A que te refieres, sabes quién ha sido?— pregunto fingiéndome impresionado, puesto que ya había cavilado quién podría haber sido, pero no me gusta hablar por anticipado.

—¡Te acuerdas que te lo dije! No se cómo, pero mi ex sabe que has quedado conmigo.

—¿Cómo lo sabes?— vuelvo a interrogar, recuperando la nota para echarle otro vistazo—. ¿Has reconocido la letra?

—No es su letra, pero es su estilo. De hecho, no creo que ese folio lo pusiera él: ¡habrá pagado a algún lacayo para dejar su recado!— asegura harto convencida.

—¡Venga ya! ¿Quién va a pagar a otro, para que entre en un garaje y deje una nota en un coche?

—Ni te imaginas lo que puede llegar a hacer una persona con dinero, para conseguir lo que quiere— argumenta coherentemente mi compañera de trabajo,

después de darle un trago a su café—. Manu, ese tío es capaz de cualquier cosa para realizar sus caprichos. Desde que lo deje definitivamente con él, he quedado con un par de chicos que salieron de mi vida sin hacer ruido: el último antes de desaparecer, me confesó aterrado que habían entrado en su casa y le habían dejado una nota amenazante en la mesita de noche.

—¡De verás! Bueno, en realidad no encuentro amenaza suficiente para preferir alejarme de tu compañía— refiero en tono adulator, despreciando el poder de un joven adinerado encaprichado en una dama.

—¡Gracias, eso es muy halagador!— prorrumpe Mónica, escondiendo sus sonrosadas mejillas tras la taza, antes de darle otro trago al dulce contenido. Luego traga profundamente, para indagar en detalles sobre su antigua pareja—: ¡En serio, Manu, ese tío es peligroso! No sé que les hubiera llegado a hacer a esos tipos, de haber seguido quedando conmigo. Pero si te puedo contar lo que me hizo a mí, el muy desgraciado.

—¡Adelante, soy todo oídos!— exclamo, interesado en escuchar la historia de mi bella amiga.

—Verás, le dejé hace más de un año: era un mujeriego, siempre estaba coqueteando con todas y vete tú a saber que más. El caso es que yo no podía seguir viviendo junto a un hombre, que no me daba seguridad en muchos aspectos de la vida. Él no supo aceptar la ruptura y tuvo la brillante idea, de contratar a un tipo que me secuestró durante casi un mes.

—¡Ahora soy yo quién no se lo puede creer, pero que me estás contando! Espera un momento... recuerdo que faltaste durante un tiempo en la oficina y se rumoreaba que estabas enferma. ¡Por favor, dame mas

detalle!

—Como lo estás escuchando, Manu, apenas le he contado esto a nadie, pero dado lo ocurrido tú tienes que saberlo. Ese desgraciado tuvo la brillante idea de encerrarme en el piso de un rumano maloliente, que por cuatro duros accedió a secuestrarme y mantenerme retenida en su casa— explica Mónica, un tanto angustiada por revivir el recuerdo de aquella terrible experiencia—. Lo pasé fatal, las primeras tres semanas aquel hombre era la única persona que pude ver. No sabía a que venía todo, e incluso llegué a pensar que me habían secuestrado para pedirle dinero a mi ex, pero a partir de la tercera semana comencé a percatarme de lo que sucedía: quién había sido mi pareja, empezó a venir. Resultó que él organizó aquel arresto con la intención de reconquistarme de una forma desesperada.

—¡Y tan desesperada! Lo siento en el alma, primor, debiste pasarlo realmente mal...

—Gracias, sin duda fue la peor situación de mi vida. Ese desgraciado intentó convencerme, obligarme y al final, desesperado, llegó incluso a darme pena. Por suerte todo acabó, pude convencerle para que me dejara marchar y aunque pasó lo de mis citas, que te he contado, a mi no ha vuelto a molestarme desde entonces.

—¿Pena? Si fue capaz de hacerte eso, yo en tu lugar sentiría de todo menos lastima— comento descolocado, frente a su rocambolesca vivencia—. En realidad, ¿no tienes miedo de lo que pueda llegar a hacer?

—¡Me dio verdadera lastima!, venía y se sentaba en la cama a la que me tenían atada: aseguraba saber que yo era la mujer de su vida y que no podía vivir sin mí. Luego rompía a llorar desconsolado y, de no ser por

aquella operación siniestra, podría haber parecido un sentimiento genuino, pero después de lo ocurrido jamás podría plantearme nada más con él— expone convencida de sus palabras, mi invitada—. A mí ya no puede hacerme nada, ¡ahora me preocupo por ti!

—Pues no tienes porqué preocuparte, ¡no me asusta un caprichoso desafortunado!— manifiesto, subestimando a ese pobre tarado, procurando impresionar con mi valentía a mi compañera—. ¿Por qué estás tan segura? Si intenta alguna estupidez más, no dudes en contármelo y yo le daré su merecido.

—Sé que eres un buen tío, Manu. Por favor, ándate con ojo, ese desgraciado es capaz de cualquier cosa y no me perdonaría a mi misma, que te ocurriera algo por mi culpa— responde, convenciéndome de ser más cauteloso con ese tipo—. A mi no me puede hacer nada, porque el muy idiota, durante mi encierro, me dejó un teléfono móvil sin tarjeta de red para que pudiera entretenerme. Muy absurdo por su parte, porqué lo utilicé para grabar videos y conversaciones con las que podría inculparle de todo aquel secuestro. Cuando decidí liberarme, sustraje la tarjeta de memoria del teléfono y esa información se encuentra a salvo, preparada para salir a la luz pública si me ocurre algo.

—¡Increíblemente tonto por su parte! ¿Y sabe que tienes esa información?

—Por supuesto, cuando me enteré que le había mandado una nota a aquel chico con el que yo quedaba, le puse sobre aviso y le dije que a la menor tontería más: le denunciaría por todo lo que me hizo pasar.

—Parece que no te tomó muy en serio, o simplemente ha decidido volver a la carga...— declaro,

en relación al mensaje que recibí esta mañana.

—¡De sobra, ya sabía que no sería tan sencillo!— me interrumpe Mónica—. Pero no esperaba que se molestara en incordiarte tras nuestra primera cita.

—¡Yo no le he dicho nada!— exclamo con una sonrisa, para intentar quitar hierro a un asunto tan comprometido.

—Jajaja. ¡Lo sé, encanto! Eso es lo que me preocupa, ¿quién se lo habrá podido decir?

—Dado que es tan sumamente posesivo y se ha empeñado en ti, es probable que te haya puesto un detective o algo así. ¡Vaya pamplinas!, corroboro que eres una mujer estupenda, pero dado a su posición social: pienso que podría conquistar a cualquier tía y se ha empeñado en algo que él mismo ha convertido en imposible.

—Puede ser, la verdad es que muy a menudo siento como si alguien me observara. ¡No sé, es una situación muy extraña!— profiere mi compañera de curro, mientras coge una galleta y antes de hincarle el diente, certifica—: Las personas que viven conectadas a la matriz del capitalismo, son así por costumbre. Se encaprichan con imposibles y lo peor, es que cuando consiguen lo que desean: ¡terminan por despreciarlo!

—¡Cuanta razón tienes! Pienso exactamente lo mismo que tú— le doy la razón, sin querer delatar que ese ha sido mi devenir durante mucho tiempo—. ¡Sin duda, eres genial! No me extraña que esté tan empeñado en ti, pese a lo dicho antes, pienso que debe ser muy difícil encontrar alguien como tú.

—¡Muchas gracias, Manu! Tú también eres

especial, lo percibo aquí— responde a mi halago, llevándose la mano al pecho.

Entonces le agradezco el gesto, que me ha parecido muy genuino y ante tanta sinceridad, mientras terminamos el café, decido contarle mi situación esperpéntica de ayer por la tarde. Ahora es ella la que se queda sin palabras, al escuchar la tragicomedia en la que me tiene sumido mi antigua pareja, Laura. Aunque lo mío queda en un simple juego de niños, comparado con su obsesivo y adinerado perseguidor: por eso se lo he contado sin alardes, procurando no ser un fanfarrón.

—¡Vaya! Esto también es muy fuerte, para que veas que no es cuestión de adinerados caprichosos, la obsesión ataca a toda la sociedad por igual— resuelve Mónica, tras escuchar mi rocambolesca historia.

—Es cierto... Pero creo que en el caso de mi expareja también influye algo: la desesperación o incluso el sentimiento de no poder conquistar a nadie más.

—¿Eso crees, Manu? ¿De verdad piensas que es tan fácil para la gente acomodada, conquistar a alguien?

—No sé, en parte, ¿acaso el dinero no da la facilidad?— cuestiono absurdamente, olvidando que hablamos de sentimientos y estos no son tan accesibles para el “poderoso caballero”.

—Manu, te sorprenderías de lo que algunas personas están dispuestas a hacer por la pasta. Pero la gente que tiene un precio, no tiene porque ser la mejor compañía.

—Perdona, sé que tú no te vendes por nada. Sólo que la cegadez de tú ex, me parece de lo más demencial para conseguir el amor.

—Y lo es, tal vez siga obsesionado conmigo, pero yo no quiero nada más con él: igual que tú con Laura— concreta coherentemente, mi bella visita, clavando sus lindos ojos en mi mirada.

—Tienes toda la razón, es lo mismo— asumo enrojecido, abrumado por su profunda observación y su gentil sobriedad—. Supongo que la diferencia está en los medios que cada uno tiene a su alcance: él te secuestró porque estaba a su alcance hacerlo y ella ha secuestrado a mi amigo, que le salía más económico. Jajaja.

—¡Que bobo eres!— exclama entre carcajadas, riéndose de la somera comparación que he esgrimido—. Hombre lo mismo, lo mismo, ¡no es!

—¡Lo sé, guapa! Sólo era una broma, por desdramatizar un poco. Sobre todo por quitar hierro a tú nefasta vivencia.

—¡Gracias, primor! Procuero recordarlo como un mal sueño y ya está todo perdonado, pero no te preocupes que hablare con él por el mensaje que te ha dejado— testimonia sin miedo a nada, Mónica—. Bueno, para cambiar de tema, te contaré la historia de un amigo de mi ex: verás que no es tan fácil conquistar a alguien, aunque tengas mucho poder...

—¡Espera un momento!— prorrumpo, cogiendo sus manos para decirle—: Por favor, ignora la nota, te aseguro que si vuelve a hacer algo: ¡Yo mismo le pararé los pies!

—¡Está bien! No le diré nada, de momento, pero debes prometerme que tú no te entrometerás— asiente, obligándome a ser cauto con este asunto.

En realidad es lo más sensato, aunque sea de

transfondo a ella la quiere y dudo que fuera capaz de hacerle algo. Sin embargo, yo solo tengo cosas que perder en este tinglado y será mejor que me mantenga al margen. Así que asiento sumisamente con la cabeza y la invitó a seguir con la historia que estaba a punto de contar:

—¡Trato hecho! Bueno, ¿cuál era la historia de ese amigo del demonio?

—¡El demonio! Jeje, aún se le queda corto el apelativo a ese cafre— dice mi gratificante compañía, soltándome las manos para acomodarse en el sofá. Entonces comienza a relatar—: Verás, es un joven adinerado de una familia muy prestigiosa de Sevilla...

—Ya imaginaba que sería pudiente: ¡Dios los cría y ellos se juntan!— la interrumpo, aprovechando para hacer otra intervención cómica que haga más cálido nuestro encuentro.

—¡Exacto!— asegura con una amplia sonrisa, antes de desgranar la anécdota que había empezado—: El caso es que ese proyecto de hombre es egocéntrico al máximo, no se puede ser más prepotente que ese tío y no es porque tenga dinero: conozco gente con mucho, cuya característica principal es la humildad.

—Lo sé, yo también... Por favor, continua.

—En definitiva, es una autentico cretino y todas las chicas que le gustan, terminan huyendo en cuanto le conocen un poquito...

—A lo mejor huyen porqué es un orco o tiene algún defecto oculto que cuando muestra, espanta— vuelvo a incidir, con una de esas frases deslumbrantes que se le ocurren a mi padre. Su influencia en mí, hace

que también se me ocurran: aunque yo no suelo soltarlas finalmente por la boca. Esta vez sí.

—No, de verás no creo que su problema esté en el físico— declina tajante mi última intervención, para seguir con su relato—: El muchacho es resultón y se las lleva de calle, pero a las pocas citas todas se le van. Bueno se le iban, porque resulta que está con una chica desde hace un tiempo.

—Ves, si es que teniendo, tarde o temprano alguna cueca por el aro...

—En este caso, es teniendo su papa. Resulta que el padre tiene contratada a la muchacha, porque estaba harto de ver sufrir a su hijo que iba de fracaso en fracaso.

—¡Ja!, ¿Qué me estás contando? ¿Esa tía tiene un sueldo por ser la novia de ese tipo?— interrogo sobresaltado, pues con lo del secuestro, creía que ya había escuchado lo más rocambolesco en relaciones forzosas.

—Como has escuchado, está con él por dinero. Rizando el rizo, él está un poco harto de la relación y esa chica no le convence, pero ella hace todo lo posible por no perder su trabajo y se esfuerza en impedir que la deje.

—¡Increíble!, es lo más surrealista que he escuchado nunca en cuestiones de amor— acierto a decir, dando crédito a lo que me cuenta—. ¡No sé cual de los dos me da más pena! ¿Y como lo has sabido todo, te lo dijo ella?

—Ya ves, la situación es verdaderamente triste... ¡Que va, a mi no! Se lo confeso la muy... a mi ex y no me interesa descubrir como se lo sonsaco, ni bajo qué situación.

—¡Pues si, mejor no saber! Pero me parece muy fuerte y encima tu ex, ¿no le dice nada a él?: ¡Vaya amigo basura, está hecho!

—Es un falso, sus relaciones personales son muy superficiales y vacías. ¡Te lo digo por experiencia!

—También da escalofríos pensar lo que la gente llega a hacer por prosperar, no me extraña que digan que todo está lleno de marionetas de la elite— termino aseverando, creyendo entender la situación de esa chica que tiene alquilado su amor para prosperar en la vida.

Tras mi comentario, volvemos a enfrascarnos en la dura realidad que estoy descubriendo estos días. Le comento la tensa posición de mi madre ante las farmacéuticas y le expongo todo lo que he descubierto está mañana. Ella ha refutado toda la información, con datos que ha ido descubriendo, y me ha contado un nuevo tinglado que yo todavía no he alcanzado de lleno: el tema de la tecnología, el oligopolio de las petroleras y las compañías eléctricas. Yo ya había escuchado algo, en mis conversaciones con Daniel, pero ella me ha puesto un video en Internet donde se explica todo al detalle: muestra desde que el petróleo es de origen abiótico y no se está acabando, ni mucho menos, hasta que las compañías eléctricas utilizan métodos costosos de generación de energía con el fin de encarecer el producto al máximo.

Mónica se marchó cuando me puso el video y yo no he podido apartar la mirada del ordenador durante un par de horas que dura. Ahora ya está terminando y he decidido sacar un poco a Yako, aunque es de noche, me gusta sacarlo varias veces los días que descanso. A él, le encanta la idea y bate con fuerza su cola al verme coger su correa.

Bajamos a la calle y salgo al descampado, abstraído en la realidad que estoy conociendo a pasos de gigante. Toda mi creencia sobre el mundo y la vida, se ha desmoronado como un castillo de naipes puesto frente a un ventilador. En apenas unos días he descubierto que todo es mentira y que nada es lo que parece, además mi vida es una rutina espantosa que no tiene atisbos de cambiar a corto-medio plazo y eso acrecenta la pena que siento por mí mismo, pero al menos veo un rayito de esperanza en la preciosa mujer que me visita estos días.

—Ding, ding,...— suena mi teléfono móvil, avisándome de un mensaje recibido.

¡Vaya, que sorpresa! Es Mónica y pregunta por un monedero que se le ha debido caer del bolso, dice que lo ha buscado por todas partes y no lo encuentra. Ha llamado a su familia y le han dicho que allí no se le ha caído, así que le envió una respuesta: le aseguro que lo buscaré y he recordado que se me ha vuelto a olvidar invitarla a cenar mañana, así que aprovecho el mensaje para proponérselo.

No tarda en responder, agradece de antemano que lo busque y promete venir a la cena, aunque no lo encuentre. Con la euforia de su mensaje afirmativo, llamo a Yako, para entrar a buscar el monedero. Decido entrar por la cochera, para ver si está en el coche y al accionar la luz, bajando por la rampa, diviso una pequeña cartera en el suelo, debajo del maletero, en mi plaza de garaje. Tras recogerla, vuelvo a montarme en el ascensor para subir a casa.

Iba a mandarle un mensaje, pero he decidido llamarla para comentárselo y que se quede tranquila:

—¡Dime, Manu!— responde con su dulce voz,

una vez descolgado el teléfono. Y acto seguido pregunta: ¿Has encontrado el monedero?

—¡Lo tengo!— clamo sin rodeos—. Estaba tirado en el suelo del parking, junto a mi coche.

—¡Vaya, ¿se había caído al suelo?, menos mal que no lo ha visto nadie! No llevo mucho dinero, pero tengo toda mi identificación ahí...

—No te preocupes, ya está en buenas manos.

—¡Muchas gracias, encanto! Mañana me paso a cenar y lo recojo— comenta, muy contenta por haber encontrado su monedero.

—Pues mañana nos vemos para la cena, guapa— replico despidiéndome, antes de osar en el flirteo con una última frase—: tendrás que venir otra vez, para eso ya podrías haberte quedado aquí. Jejeje.

—Jajaja, bueno, tampoco me has invitado a quedarme...— sugiere entre risas, entrando al trapo de mi atrevida embestida. Luego se despide, antes de colgar—: ¡Hasta mañana, Manu!

—¡Buenas noches, primor!— Termino por exclamar, antes de cortarse la comunicación.

Tras la breve conversación, vuelvo a entrar en casa y me dispongo a preparar unos sándwiches para cenar. Mientras, no puedo dejar de pensar en su reacción a mi última osadía y brota en mí una gran ilusión, al ver que estamos en la misma onda. Ella ha respondido positivamente a mis insinuaciones y ahora me embarga una profunda lástima por no haberle pedido que se quedara. Aunque si algo saco en claro en la vida, es que todo llega a su debido tiempo y quizás, pronto acabe el sendero que camino en solitario.

LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

Viernes, 2 de noviembre de 2012

Son las dos del mediodía y estoy preparándome la comida para ver si apaciguo, además del hambre, el incesante cosquilleo que siento en el pecho. Es un pequeño manojito de nervios que me tiene expectante, por la tremenda ilusión que me provoca la cena de esta noche. Vendrán mis amigos, pero sobretodo me ilusiona por gozar de nuevo de la compañía de la alegre Mónica: ¡hay que ver! Con lo mal que lo ha pasado, ¡y aún así! se toma la vida con mucha filosofía y siempre con una sonrisa. Es un refuerzo para cualquiera, tener gente como ella cerca, yo siempre he sido un ser más abatible y el tiempo ha marcado con mayor severidad mi envoltura biológica. Sin embargo, mi compañera de trabajo se mantiene perfecta y puede tener que ver con aprender a pasar página rápidamente en la vida, ella hasta le habla a él: en cambio, yo he esquivado a Laura un montón de tiempo, estoy empezando ahora a vencer dilemas y aún me cuesta resolver traumas del pasado.

Ayer me acosté temprano y tardé un buen rato en conseguir conciliar el sueño, pero aún así, esta mañana la cama me ha vuelto a escupir tan pronto como de costumbre. Es por eso que creo que este cosquilleo interno, ya estaba ahí anoche y dudo que se disipe con la comida: todo este runrún solo se acabará, cuando esa brillante mujer vuelva a hacer acto de presencia.

Tras levantarme está mañana, salí a correr con el perro, tal y como acostumbro a hacer los sábados. Hoy no lo es, pero siempre he catalogado los días de puente como eso: sábados, porque no tienes la obligación de madrugar para ir al tajo, ni tienes que acostarte temprano para ir al día siguiente como pasa los domingos. Dado que estos días se disipan las obligaciones más pesadas y el tiempo pasa realmente rápido, al estar entretenido: no hay diferencia entre ayer, hoy y por lo tanto mañana, que es el verdadero sábado de esta semana.

Hacía buena mañana y nos hemos pegado un paseo largo, pero ha empezado a nublarse el cielo y he decidido volver a casa, para darme un baño. Luego he salido a comprar, al salir con el coche ya estaba chispeando, y al volver del supermercado caía el agua a manta, tanto que casi pego un porrazo con el coche por no ver una señal con tanta lluvia. Pese a todo, he conseguido volver de una pieza y aunque eso ha hecho acrecentarse mi malestar, recuerdo estar ansioso antes de irme. Así que al llegar me he hecho una tila y me he distraído viendo un documental sobre tecnología toroidal, dicen que es una forma de generar energía libre para el futuro, pero no especificaba en demasía su complejo funcionamiento.

Lo he visto en Youtube y cuando ha terminado, he seguido el hilo de videos relacionados. Ha sido fascinante porque había un sin fin de videos explicativos con

motores magnéticos, e incluso, había un tipo que tenía uno de esos motores integrado en un coche y funcionaba de maravilla. Una vez más, vuelvo a descubrir como dentro de cada gran industria hay un oscuro negocio de manipulación de masas: no consigo entender porque no comercializan una tecnología basada en incombustibles imanes, dando lugar a que sigamos siendo dependientes de combustibles “fósiles”. Nos venden que no hay alternativa, o eso esperan que creamos, y ahora la industria nos empieza a encandilar con vehículos eléctricos, que siguen siendo dependientes de una fuente de energía. Es triste pensar como yo estaba pensando en comprarme uno, pero tiene toda la razón Dani: somos una horda de borregos que según a los pastores que adoremos, terminamos siendo de una forma o de otra. Nos hemos vuelto como pegotes de plastilina, fácil de moldear cuando están tiernos y terriblemente endurecidos cuando pasa el tiempo. En mi caso me había vuelto piedra y, aunque mi viejo amigo me regaba con grandes dosis de realidad, ha tenido que entermecerme una dama: para despertar a toda la verdad dormida que antes era incapaz de asimilar, a través de mi rígido y malformado ego. Sin duda, Daniel, es como Mónica, uno de esos faros de luz que vagan alumbrando la conciencia, de todos aquellos que nos hemos acostumbrado a vivir en la oscuridad.

Por ahora ya he alimentado mi sabiduría y es mi estomago el que pide llenarse. Voy a comerme un par de filetes de pollo rebozado, acompañados de patatas fritas y las regaré con una tónica bien fresquita. Acaba de terminar de hacerse la carne, ya sólo falta disponer la mesa para llenar el hueco de la muela. Así que cojo todo, procurando dar un único viaje, y lo coloco frente a la tele, para sentarme a comer, coincidiendo con el comienzo de

mi serie de dibujos preferida.

Trituro todo en unos instantes y vuelvo con los cacharros al fregadero. Una vez en la cocina, pelo un plátano y vuelvo al salón, devorando la pieza de fruta. Entonces me asomo a la ventana para comprobar que ha dejado de llover con tanta fuerza, pero sigue muy nublado y puede liarse de nuevo en cualquier momento. Yo me siento otra vez en el sofá y nada más tragar el último pedacito del postre, caigo rendido en una profunda siesta.

Me evado en un extraño sueño, en el que me veo acompañado de mis visitas de esta noche y en él, salimos vestidos con una caracterización similar al señor de los anillos. Es increíble hasta donde llega mi imaginación onírica y hasta que punto todo parece tan real: yo me veía como si fuera un elfo y Mónica también lo era, Daniel era una especie de Gandalf y los otros tres parecían hobits, aunque realmente Laura salía muy desmejorada. Ha sido un tanto angustiante, pero lo más extraño es que en todo momento he sido consciente del sueño y he podido influir en su desarrollo.

Sintetizando, en un principio estábamos todos discutiendo a la entrada de dos cuevas y no nos poníamos de acuerdo en cual tomar: Laura insistía en seguir por la cueva que nos señalaba, pero Mónica y Dani insistían en tomar el otro camino. Tras una ligera votación a mano alzada hemos terminado por coger la primera opción y aquí he variado el rumbo de la historia: puesto que después de andar un par de kilómetros en la más absoluta tiniebla, he hecho volverse al grupo para movernos por la otra caverna que habíamos descartado. Ha sido entonces cuando Laura se ha puesto más pesada y se ha pegado toda la caminata, dándonos la paliza para que

volviéramos a la senda que ella había escogido: pero no le prestábamos atención, hasta que hemos llegado al final de la cueva y hemos vuelto a ver la luz del sol.

Eso es todo, no se cual era el motivo de nuestro viaje, ni que sentido tendrá este sueño. Pero es curiosa, la facilidad de mi subconsciente para trenzar esa realidad paralela que se sucede mientras duermo. En esa doble vida, todo cobra sentido en el contexto de mi experiencia y por eso comienzo a entender que los sueños son producto de un gran maestro que cada uno lleva en lo más profundo de su ser. Empiezo a comprender que todos somos maestros y alumnos al mismo tiempo, tenemos algo que aprender y algo que enseñar: aunque sistemáticamente, llegado el momento, dejamos de querer aprender y sólo nos centramos en enseñar, castigando sin piedad a todo aquel que ose a inmiscuirse en nuestra subjetiva forma de percibir la realidad.

—Ding, ding— suena el sutil tono que me avisa de un nuevo mensaje en el móvil.

Así regreso de golpe de mi pensamiento, comprobando que son cerca de las cinco y tengo cosas que preparar para esta noche. La misiva es de Mónica que pregunta si puede venir a echarme una mano y de paso tomarnos otro café, para no perder la costumbre. Yo no puedo negarme a su ofrecimiento y le respondo afirmativamente, antes de ponerme a limpiar las almejas y las gambas que he comprado para la cena.

—Piiiiii— suena el timbre de la calle, pillándome con las manos bajo el grifo: donde me las estaba lavando después de haber pelado el último crustáceo.

Entonces cierro el chorro de agua y corro a pulsar el botón que da acceso al portal, a mi inminente visita.

Luego vuelvo a la cocina para secarme bien las manos y esperar que toque a la puerta, mientras percibo con mayor fuerza el nerviosismo que me acompaña desde esta mañana.

Por fin, escucho el llamador de la entrada y acudo a recibir a la primera en llegar, supongo que será mi compañera de trabajo. No me equivoco y la encuentro en el pasillo, esperando tras la puerta. Viene despampanante, así que me quedo pasmado, sin mediar palabra, deslumbrado por su increíble belleza y sólo se me ocurre atisbar un:

—¡Vaya!

Ella observa extrañada mi torpe reacción y se mira a sí misma, de arriba a abajo, antes de preguntar:

—¿Pasa algo?

—No, para nada. ¡Sólo que estás preciosa!— consigo exclamar, dejando brotar sinceramente la impresión que me ha causado.

—¡Ah!— asegura sonriente, agachando la cabeza enrojeciéndose por mi comentario. Después vuelve a levantarla para decir—: Muchas gracias, encanto.

Tras sus palabras, aproximo mi cara a la suya para propinarle los besos que corresponden con un saludo correcto y afectuoso. Siento que es un momento mágico, como si se parara el tiempo y percibo como se esfuma de un plumazo todo el malestar que me oprimía el pecho, en cuanto sello su mejilla con mis labios. Lo más curioso es que para darnos el segundo ósculo, hemos torcido tan poco la cara los dos, que casi rozó su boca con la mía: algo que anhelaba en la distancia desde hace mucho tiempo y que deseo con locura desde hace unos días.

—¡Adelante, estás en tu casa!— manifiesto felizmente, acto seguido al maravilloso instante, apartándome de la puerta para permitirle el paso.

—He traído unas cosas para la cena— comenta antes de entrar, mostrando una bolsa que trae en la mano.

—No tenías por qué, pero muchas gracias. Dame y las llevo a la cocina— digo extendiendo la mano para recoger el bulto que venía cargando, mientras compruebo que ha desaparecido definitivamente el continuado malestar que me apretaba el pecho.

Ella cruza el pasillo hasta el salón y yo paro en mitad del corredor, para entrar por la puerta entreabierta de la sala de guisos. Pongo su compra sobre el poyo, junto al fregadero, para acto seguido preparar una nueva infusión del tostado fruto del cafetal, el cual está amenizando con gusto nuestras presentes tardes de otoño.

Vuelvo a servirlo como de costumbre, pero esta vez acompaño el menguado paquete de galletas, con una bolsita de magdalenas con pepitas de chocolate que han seducido a mi vista en el supermercado. Rara vez me he sentido atraído por el chocolate en general y menos las magdalenas en particular, pero no sabría explicar porque extraña razón terminaron en mi carro de la compra. El caso es que están aquí y resultan ser la pieza de repostería favorita de Mónica, quién al verlas ha exclamado:

—¡Mmm..., Me encantan!

No sé que extraña conexión me habrá hecho complacerla inconscientemente, pero lo cierto es que he terminado comiéndome hasta cuatro de esos dulces y he descubierto así: que a mi también me agradan. Entre nuestro grato rumiar y a son de su exclamación, hemos indagado más en nuestros gustos: los dos coincidimos en

que nos gusta más comer salado, aunque ella me ha confesado que sigue tendencias vegetarianas; resulta que ambos tenemos un amplio gusto por todo tipo de música, donde sincrónicamente pensamos que lo importante es el mensaje y no la comercialidad de la canción; e incluso, parece que compartimos el amor por las películas basadas en hechos reales y las de ciencia-ficción que están bien trenzadas, aunque evidentemente la atracción que ella muestra también por las películas románticas, es proporcional a mi secundaria tendencia por los films de acción.

Tras nuestro grato acercamiento que se alarga más allá de las seis y media, la invito a ponerse cómoda mientras preparo cosas para la noche. Pero ella se ofrece con insistencia, para elaborar una succulenta ensalada de pasta y unas sabrosísimas endivias al roquefort. No he podido negarme y tras prestarle un mandil, nos hemos puesto manos a la obra, para trabajar en equipo, en preparar una exquisita cena. En fin, menos mal que se ha traído esas cosas, dado que yo no era consciente de su tendencia alimenticia y había proyectado una cena más predatora.

Al par que ella prepara sus platos, yo dispongo las almejas y las gambas en sendas bandejas de cristal, aderezándolas generosamente para cocinarlas, al pilpil, mas tarde en el horno. También preparo un buen plato de embutidos cortados y unas fabulosas anchoas que he comprado, las cuales son la debilidad de mi buen amigo Daniel. Con esto creo que será suficiente, así que he decidido guardar el solomillo y los champiñones con los que tenía previsto sorprender a mi bella compañera de trabajo, a sabiendas ya de sus reticencias carnívoras.

Preparando la cena, ha salido el tema sobre lo que

he estado viendo esta mañana y ella afirma haber visto también muchos videos de motores que generan energía libre. Me ha comentado que incluso un hombre intento comerciar en España unos coches que funcionaban con aire comprimido, pero que el sabotaje hermético al que fue sometido le hizo perder mucho dinero. Terminando ya nuestra tarea y atiborrado de información, he terminado estallando en una negatividad profunda que no he podido controlar:

—¡Es increíble, estoy abrumado! En todos estos años no me había dado cuenta, prácticamente de nada y resulta que estamos controlados, manipulados y estafados.

—No te preocupes, es lo normal— me responde Mónica, siendo comprensiva. Intentando suavizar mi tosquedad para descubrir los entresijos del sistema—. Unos pocos procuran que la sociedad no despierte en ningún momento y para ello utilizan todos los medios que están bajo su poder...

—Lo entiendo, pero resulta que hasta mi padre sabia más de todo lo que se cuece— interrumpo sus balsámicas palabras, reconociendo la completa ceguera de la que me estoy despojando a pasos agigantados—. Yo no me daba cuenta de nada, a pesar del empeño de Daniel por abrirme los ojos.

—¿Manu, nunca has tenido una etapa donde buscaras “la verdad”?

—No sé, reconozco que hace un tiempo. Cuando me quedé sin trabajo, antes de entrar a trabajar en Business Research, tuve una etapa donde empezaba a desenmascarar todo esto observando el cine y la televisión. Empecé a descubrir como nos repetían una y

otra vez los mismos mensajes controvertidos y me daba la sensación que muchas cosas presentadas como ciencia-ficción, tenían pinta de ser realidades encubiertas que nos mostraban de forma fantástica— resuelvo reflexivamente su pregunta reciente, apostillando—: Pero después se me pasó la tontería y torné a dormirme en el juego de la vida repetitiva, reconectado por este trabajo que hoy desempeño con suficiente eficiencia.

—¡Ves, ya te habías planteado algo como poco!— exclama la adorable dama, mostrando comprensión con mi ignorante adormecimiento-. Todos somos borregos serviles al sistema, hasta que algún chispazo nos hace despertar. Pero aún así, las personas no despiertan nada más que a las conspiraciones, y a las consecuentes desigualdades nacidas de dichos engaños, que les tocan de cerca. Por ejemplo, tú padre ha despertado al engaño de la política porque lleva mucho tiempo implicado en ella y ha descubierto que da igual a quién entregue su voto, al final todos acaban predicando con buenas palabras y defraudando con malos actos.

—Supongo que tienes razón, sin duda habrá muchos engaños de los que no se habrá percatado aún.

—¡Así es, Manu!— vuelve a incidir mi compañera de curro, para levantar mi animo—. Ahora tú, estás despertando a todos los engaños del sistema y descubres por ti mismo, que donde existe una conspiración al respecto hay algún negocio sucio y suele haber gente que se enriquece a costa de hacer prevalecer la mentira establecida en los medios oficiales.

—¡Sin duda! Siempre se ha dicho, que si el río suena...— respondo coherentemente, comprendiendo que lo importante no es el momento de darse cuenta—. Entiendo que la importancia está en el hecho de descubrir

que en casi todo, hay una mano negra que opera activamente en ocultar la verdad para satisfacer sus propios intereses.

—¡Elemental, has dado en el clavo! No importa lo necio y ciego que fueras, sino lo lejos y profundo que seas capaz de llegar una vez que abres los ojos— remata Mónica. Antes de confirmar que ha terminado su tarea, soltando los cubiertos con los que removía la ensalada—: ¡Bueno, pues esto ya está!

Como yo también he terminado mi faena, la invito a salir y pasear a Yako, para hacer tiempo a que lleguen los demás. Ella accede y en unos instantes abandonamos el piso acompañados del grandullón, con dirección a la calle.

Apenas llevamos cinco minutos en el descampado y comienza a chispear el cielo, que sigue saturado de nubes oscuras. El perro sigue haciendo sus cosas y nosotros corremos a refugiarnos bajo el portal de mi bloque, mientras el animal termina de atender sus necesidades escatológicas. Llegamos justo al tiempo que comienza a llover con más virulencia y nos acurrucamos bajo la cornisa, procurando no empaparnos con las gotas que arrastra el viento hacía nosotros.

Entonces, juntos y en silencio, como hipnotizados por el intenso crepitar del agua cayendo, vuelve a envolvernos la magia que nos sorprendió hace unas horas. Ella aparta la cara de mi chaqueta, donde la había pegado con nuestro repentino abrazo, y mira hacía arriba buscando mis ojos, consiguiendo derretir todo el hielo que protegía mi corazón desde hace demasiado tiempo. Yo le devuelvo la mirada, antes de cerrar los parpados y dar un eterno suspiro, producido por los nervios que regresan a establecerse en mi pecho por unos instantes.

Cuando vuelvo a abrirlos, puedo observar como Mónica ha cerrado también los suyos y se pone de puntillas, buscando, lentamente y a ciegas, rozar sus labios con los míos.

Lástima del beso que aún no se ha producido, puesto que de reojo observo como Yako corre hacia nosotros huyendo de la creciente lluvia. Llega y se coloca detrás de ella, así que conociéndolo, abrazo con fuerza a mi deseada amiga y giro violentamente para evitar que se moje con lo que está a punto de suceder.

—¡Ahhh!, ¿que haces?— pregunta sorprendida, huyendo de mis brazos, tras el repentino gesto que le coge de improviso. Pero enseguida comprende la escena, al ver que el perro se está sacudiendo el agua y me está poniendo la espalda chorreando.

—¡Lo siento, de verás!— exclamo, antes de tartamudear una disculpa innecesaria dada la evidencia— : No... no... no quería interrumpir el momento...

—¡No te preocupes, sol! La vida está llena de momentos- afirma tajante, acariciándome la mejilla, para cortar mi intervención. Luego mira al perro y tocándole el hocico, afirma—: ¡Vaya granuja estás hecho, grandullón!

Tras la nefasta actuación de mi inseparable y noble amigo canino, volvemos a casa pensando cada uno en lo suyo, mientras por el trayecto nos miramos un par de veces encontrándonos cómplicemente sonrientes. Al llegar al piso, pasamos al salón y encierro a Yako en su cuarto para que se termine de secar allí. Después me dirijo a tender el chaquetón empapado, en el pequeño lavadero al que da acceso la cocina y antes de volver al salón, enciendo el horno para que vaya calentando.

—Voy a cambiarme los pantalones— comento al entrar en la sala de estar, mostrando la parte de atrás de los mismos a Mónica. Luego, antes de desaparecer por la puerta de mi dormitorio, señalo la televisión apagada para exclamarle—: ¡Pon lo que quieras!

—¡Te ha puesto perdido!— proclama sonriente mirándome el trasero, a la par que coge el mando para zapear en busca de algo interesante.

En un instante vuelvo al salón y me ocupo en disponer la mesa grande que mora el resto de la estancia, junto al conjunto de sillas que la acompañan. Tras terminar de prepararla, voy a la cocina para echar los pantalones en el cesto de la ropa sucia del lavadero y pongo las dos bandejas que había preparado, dentro del horno, para que comiencen a hacerse las gambas y las almejas. Una vez hecho todo esto, vuelvo al comedor y me siento junto a la visita, que me ofrece un cigarrillo antes de encenderse uno.

—¡Que demonios, trae aquí! Por lo bien que lo hemos hecho...— declaro, poniéndome un cigarro en la boca para prenderle fuego en la punta.

La televisión estaba en publicidad cuando he llegado y de pronto terminan los impertinentes anuncios, para dar paso a uno de mis programas favoritos: ese de atrapa un millón, donde le dan dinero a la gente y tienen que apostar por las respuestas a las preguntas que les hacen, con la pasta que les va quedando de las cuestiones anteriores.

—¡Por fin!— clama Mónica, puesto que le gustan los infocomerciales tanto como al resto del mundo.

De sobra sé, que si no fuera por la publicidad no tendría sentido la tele o no habría forma humana de

financiarla: pero es realmente molesto tener que aguantar tanta propaganda y tan pretenciosa, cuya única finalidad es fomentar el consumo a toda costa. Por eso decido puntualizar sus palabras:

—De verdad, que pesados son con tanto mensaje comercial. Da igual lo que quieras ver en la caja tonta, siempre terminas viendo anuncio tras anuncio.

—Ni que lo digas, Manu, ese cacharro va de mentiras a trolas y, entre unas y otras, te bombardean con embustes.

—Es normal, si todo en esta vida son negocios: cuatro gatos manejarán los hilos de éste también y es normal que nos bombardeen con lo que quieren que creamos, además de con lo que quieren que compremos— profiero con coherencia, señalando la pantalla, antes de comentarle mi gusto por el concurso que están transmitiendo—: Al menos ponen programas entretenidos como éste.

—No te quepa duda, que quienes tienen intereses y trapicheos sucios dentro del sistema, necesitan imperiosamente manipular la información que le llega a la gente de la que se están aprovechando— certifica mis palabras, coincidiendo nuevamente. Luego retoma mi última frase, para exponerme su visión al respecto—: no me desagrada este concurso, pero me desespera ver lo que programa en el inconsciente de la gente.

—¿A que te refieres?— pregunto, perdiéndome en su afirmación respecto al espacio televisivo.

Mientras, en la pantalla, presentan a un matrimonio de mediana edad y les ofrecen un millón de euros, enfajados en paquetes de veinticinco mil euros. Y levantan las cuatro pantallas donde ponen las respuestas,

a la pregunta que les hacen a los participantes.

—¡Ahora verás!— exclama ella, señalando la tele, antes de apagar el cigarrillo en el cenicero. Yo hago lo propio con mi colilla humeante, antes de centrar la atención en el televisor. Transcurre el programa y le hacen la primera pregunta a la pareja: el presentador les cuestiona sobre a donde fue Marco, el personaje de dibujos, en busca de su madre. Los dos concursantes aseguran haberse criado viendo la serie y pese a tenerlo preclaro, terminan poniendo cuatro o cinco fajos frente a la pantalla en la que pone España y el resto en la de Argentina. Ante lo cual, me veo obligado a decir:

—Pero, si saben que la respuesta es Argentina, ¿para que ponen dinero ahí?

—¡Ves! La gente se aplaca ante el miedo y con la confianza de tener todo el montón, lo van tirando por las dudas.

—¡Que va!, a veces creo que eligen a los más idiotas para estos concursos. No me puedo creer que sabiéndolo los dos, hayan puesto dinero en otra respuesta que no fuera la correcta.

—¡Ahí lo tienes, te hacen pensar que la gente es tonta! Y no es para nada real, Manu, esa gente son como tu y como yo. Pero no es lo mismo responder desde la tranquilidad del hogar, que delante de las cámaras delante de un buen montón de pasta— termina matizando, sobre lo referido a su desesperanza con este concurso.

—Es muy triste, comenzar a pensar que todo está manipulado y tiene segundas intenciones para envilecer a las personas— respondo, queriendo dudar que un programa de entretenimiento pueda tener tan mala intención. Un instante después, entrando en la lógica,

termino por comprender su referencia—: También es evidente que siempre están fomentando la ostentación, el narcisismo y la competencia. Pero lo que no consigo entender, si la mano negra cala tan hondo en toda nuestra sociedad: ¿como podemos salir de esta situación?, yo no veo luz al final de todo este esperpéntico escenario donde nos tratan como ganado y manipulan toda nuestra realidad.

—Más difícil de creer para mí es, que de forma natural la sociedad se haya constituido a base de injusticias. Si tú evalúas las tribus desconectadas de la matriz social, lo normal es que en cualquier poblado todos tengan igual cantidad de deberes y los mismos privilegios, como ocurre más primariamente en cualquier grupo animal. Por eso es evidente, que la humanidad ha tenido un desarrollo controlado malintencionadamente— explica con lógica, Mónica. Antes de tomar saliva para contestar a mi pregunta—: La esperanza está en que estamos despertando, que el Apocalipsis está llegando y estamos comprobando con nuestros propios ojos que todo es un juego de monopolios y mentiras. No debes sentirte mal, todo lo contrario, el primer paso para resolver un problema, es descubrir que tienes ese problema. Cada vez somos más los que nos percatamos del pastel y es cuestión de tiempo que aparezcan los resultados.

—Nada que discutir al respecto, ¡tienes toda la razón!— proclamo poniéndome de pie, para ir a la cocina. Pero antes la miro para disculparme—: Perdona soy un maleducado, se me ha olvidado ofrecerte algo de beber: ¿te gusta el vino blanco?

—¡No pasa nada! Si, si me gusta— responde risueña, mientras desaparezco unos instantes.

Vuelvo enseguida al salón, portando dos copas

servidas del vino que he vuelto a dejar en el frigorífico. Al llegar me siento de nuevo junto a mi grata visita, acercándome más a ella con la excusa de brindar y tras hacerlo simpáticamente, reflexionando sobre sus palabras, se me ocurre volver a interrogarle sobre el tema:

—¿A que te refieres con Apocalipsis, crees en todo el rollo ese de los mayas?

—Eso ha sido otra estrategia del sistema, Manu. La palabra Apocalipsis viene del griego y significa conocer algo que estaba oculto: por supuesto que creo en los mayas, pero creo en lo que dice la gente de esos pueblos y no lo que expone, con terquedad, una película cataclísmica de Hollywood— expone en relación a mi pregunta—. Han manchado la imagen del pueblo maya con esas tonterías del fin del mundo, para que la gente no descubra el autentico mensaje de esa vieja y sabia cultura. Pero no te preocupes, que en su momento ya te mostraré cual es su verdadero mensaje para el mundo.

—Si no te importa me quedaré a tu lado para descubrirlo— le susurro valientemente, antes de encontrarme, de nuevo, con esa complaciente mirada que me invita a acercar mi rostro al suyo.

Ella se limita a asentir con la cabeza, en señal de que no le molesta que la acompañe a estas alturas de nuestra experiencia vital y después cierra los ojos, permitiéndome la osadía de rozarle los labios. Maldita suerte la mía, puesto que antes de llegar a sentirla con esa sutil parte de la boca, vuelve a interrumpirnos el destino, en forma de timbre, avisándonos de la llegada de más invitados. Así que huyendo sin querer, de nuestro nuevo momento perdido, voy a responder al telefonillo que contacta con el portal:

—¿Quién es?— pregunto varias veces, pero no percibo respuesta alguna. Por lo tanto debe de ser Dani, que no se como lo hace pero siempre abre la puerta de abajo.

Entonces abro la entrada al piso y luego vuelvo a la cocina para echar un ojo a la comida que hay en el horno y coger un par de copas de vino para los recién llegados.

—¿Se puede?— pregunta una voz femenina que corresponde a la novia de mi viejo amigo.

—¡Pues claro que se puede, cari!— escucho exclamar a Daniel, pegando un empujón a la puerta.

—¡Adelante pareja!— termino por responder yo, saliendo al pasillo para saludar a los recién llegados.

Después de un efusivo encuentro, lleno de afecto, les ofrezco a cada uno una copa y camino delante de ellos hacía el salón.

—Bueno chicos, os presento a Mónica— comento a los recién llegados, señalando a mi compañera de trabajo que se ha puesto de pie para recibirles.

—¡Encantada, yo soy María!— exclama sonriente, acercándose para darle dos besos.

—¡El placer es mío, guapa!— responde la primera en llegar, acto seguido a los ósculos. Y tras esa presentación, mira al otro visitante para decir—: Y tú debes de ser el famoso Daniel, Manu me ha hablado de ti.

—Bueno, yo podría decir lo mismo. El otro día le caía la baba hablando de ti— asegura Dani, antes de sellar el saludo, dándole un par de besos amistosos.

Con ese comentario ha conseguido que busque cómplicemente los ojos de Mónica y nos hemos reído

ruborizados, afianzándose nuestra aventura, pese a que no hemos conseguido certificar ese lazo que los dos estamos anhelando. Y una vez cumplidos los preámbulos, pasamos a enfrascarnos en una conversación afable mientras llega la última pareja invitada.

Mientras tanto he dado un nuevo viaje a la cocina para apagar el horno y al regresar al comedor me encuentro con una conversación inusual en nuestras reuniones. Nunca solemos hablar de política, pero tras las ásperas medidas tomadas por el gobierno en las últimas fechas y la curiosidad de mis amigos por conocer al detalle a Mónica, ha terminado saliendo el tema. Ante lo cual, mi viejo amigo, resume toda la conversación con una certera exposición:

—¡La política es un juego de mentiras, hermano! Casi podríamos decir que se ha convertido en una enfermedad de este país. ¿Cómo te puedes comer, que una nación con la mitad de habitantes que Alemania: tenga cinco veces más políticos?— pregunta retóricamente, acompañando sus palabras—. Lo peor de todo, es que permitimos listas cerradas donde el pueblo no tiene ni voz ni voto y nos dan a elegir entre cabestros que venden derecha o izquierda. Esas personas se han ilustrado en escuelas privadas y terminan manipulando los intereses públicos, para terminar privatizándolo todo en su propio beneficio. Por eso solo vemos la punta del iceberg, cuando manda la izquierda se ven favorecidas las empresas privatizadas por la izquierda y cuando manda la derecha, hace lo propio con sus chanchullos.

—¡Tienes más razón que un santo!— proclama Mónica, antes de aportar sus conclusiones al respecto—: En este país la política se ha convertido en la carrera más ansiada para conseguir lucrarse, la gente se ha dado

cuenta que la mejor manera de forrarse no es siendo un buen médico, ingeniero o empresario: sino que la forma más segura es vender ilusiones a la gente, para ganar su confianza y hacerse con la administración pública...

—¡Exacto! Y una vez sentados en la alcaldía o en la presidencia, ya pueden llenarse los bolsillos a costa de hacer todo lo contrario a lo prometido para lograrlo— recalca María, dejando claro que comparte todo lo dicho.

Salvando las excepciones que como Miguel Ángel Revilla procuran hacer bien su trabajo, dentro de lo que les permiten, llegamos a conclusiones comunes que en otro momento yo hubiera discutido con ellos. Aunque visto lo visto, ese era mi autentico quiste, no estaba concienciado y ni mucho menos comprometido en detener la aberración en que se ha convertido o han convertido pretenciosamente a la Tierra.

Entonces les dejo seguir hablando, mientras voy a buscar unas aceitunas para acompañar al vino durante nuestra espera. Pero nada más cruzar el umbral del salón, vuelve a sonar el timbre y me dirijo al telefonillo para responder. Tras comprobar que son los invitados que faltan, dejo la puerta abierta y regreso al comedor con otro par de copas, además de unas ricas aceitunas.

—¡Me parece una gran idea!— exclama Mónica, una vez que vuelvo a sentarme junto a ellos.

—¿Qué es lo que te parece una...?— avanzo a preguntar, viéndome interrumpido por la llegada a escena de la esperada visita.

—¡Hombre!— pronuncia con fuerza, Daniel, poniéndose de pie para dar un abrazo de bienvenida a Ricardo.

Comienza de esta manera un nuevo instante de saludos y presentaciones, que sólo tiene una nota discordante: la mirada de hielo que Laura ha dedicado a mi querida compañera de trabajo. Ella venía muy contenta por el pasillo y le ha bajado descaradamente la lívido al verla, pero por suerte, le ha saludado y se ha terminado sentando en una silla a cuchichear con Richy. Yo aprovecho la presente calma tras la bienvenida, para incidir en la duda que tenía:

—Bueno, ¿cual es esa gran idea que estabais comentando?

—Nada, Dani comentaba, que está pensando en crear una asociación en Internet para concienciar y unir a la gente— explica Mónica, poniéndome al día en la conversación que teníamos entre manos.

—¡Ya sabes, hermano!— dice mi viejo amigo, para pasar a exponer los motivos que le llevan a ello—: El mal gobierna en minoría todo el sistema, desde la cúspide, engañan y congregan a la gente de bien en asociaciones, donde predicán por el bien de la humanidad y así, las personas de buen corazón, terminan siendo marionetas de la elite sin ser conscientes de que están siendo manipulados...

—¡Si, Manu!— interrumpe María, para dar su visión al respecto—: El muy iluso piensa que podrá poner de acuerdo a gente aborregada de todo tipo, aún sabiendo que hay un espeso control mental sobre esas personas que les impide ver la realidad tal y como es.

—Cariño, sabes de sobra que en la matriz irreal están repitiendo constantemente las mismas mentiras y que la mejor forma de destruir esa red, es hacer el trabajo a la inversa— argumenta Dani, defendiendo su loable

propuesta.

—Pues creo que no es mala idea, empiezo a pensar que el sistema nos tiene deprimidos: fomentando la dejadez y procurando que se nos pase el tiempo sin hacer nada. Comienzo a entender que debemos luchar pacíficamente contra ellos y la mejor manera es conociendo la verdad por uno mismo— articulo en defensa de mi antiguo colega. Después le señalo, para terminar exponiendo—: Si no fuera por gente como él, ¡yo jamás hubiera despertado!

—Vaya, ¿has vuelto a las andadas?— se entromete Laura en la conversación, clavándome la mirada, quizás sintiéndose aludida por mis palabras al haber sido participe del adormecimiento del cual fui víctima—. ¿Os refresco la memoria? Vivimos en un mundo donde la gente no contempla otra cosa que su propio ombligo, todos creen tener la razón y luchan contra los demás con arrogancia, por creer que si no piensan como ellos están equivocados.

—Es cierto que vivimos en tiempos oscuros, donde somos presos de nuestro propio ego. Pero la mejor formula para empezar a percibir la realidad, es empezando a escuchar a los seres de luz— contesta Mónica a las palabras de mi ex, parando para tomar un trago de vino y así pensar como argumentar su respuesta.

—Pufff.....— suelta todo el aire, la ahora novia de Ricardo, jactándose de no haber entendido nada.

—¡Ya te vale, cielo!— le invite suavemente éste, que parece interesado en las palabras de la que también es su compañera de oficina—. Disculpa, ¿a que seres te refieres?

—Veréis lo esencial que hay que entender, es que

todo es un gran engaño, que nos llevan utilizando desde siempre y que la realidad es más impresionantemente retorcida de lo que nos puede resultar a simple vista...

—¡Sin duda!— prorrumpe María, no pudiendo resistirse, ya que anda bastante despierta gracias al incesante bombardeo de información, al que está sometida por Daniel.

—Shhh... Cari— susurra él mismo, pellizcándole el costado con ternura a su novia, para que mi pretendida pueda continuar con su explicación.

—Sólo he comentado eso para matizar— apunta Mónica tras la interrupción, antes de seguir con su explicación—: El hecho es que, si queréis conocer toda la verdad, tenéis que confinaros a una clase de personas que se preocupan en desgranar los entresijos de ese gran engaño. Personas libres que no atienden a los intereses de ninguna logia o institución: seres cuya única intención es dar a conocer la verdad, para procurar que la cosa cambie cuando el mundo se percate del tinglado.

—¡Que razón tienes!— incide ahora Dani, extendiendo su puño cerrado hacía mí. Terminando por decirme—: ¡No la dejes escapar, bro, esta tía es la caña!

Después de chocar mi puño con el suyo, miro un instante a Mónica y me pongo colorado, al ver que ella me está observando con su dulce carita sonriente. Ante tal estupor sólo soy capaz de esgrimir anhelante, en voz muy bajita:

—Haré lo que pueda...

—Jajaja. ¡Estás “embobao”, zorro!— afirma Ricardo, en plan cachondeo.

—¡Venga ya! ¿Tan ingenua me ves, no serás de

una secta?— estalla molesta Laura, menospreciando el consejo de la mujer que acaba de conocer—. ¿A ver, que nos sugieres?, ¿crees que debemos seguir al primer cantamañanas que diga conocer la verdad?

—¡Precisamente no, Lauri!— le responde María, antes de besar a su pareja: dejando claro quién la ha despertado a ella—. ¡No vale cualquier cantamañanas!

—Por supuesto, no creo que seas una ingenua— vuelve a la carga Mónica, para aclarar el asunto, señalando con ambas manos a los protagonistas del beso—: Terminarás dándote cuenta que estás rodeada de seres de luz. Aunque si es verdad que hay que andar con mucho cuidado, porque todo está lleno de fantasmones que van engañando y confundiendo al personal, con intenciones contrarias a lo que van predicando. Pero por ponerte un ejemplo: por cada charlatán que se anuncia como médium o vidente, existe alguna persona que oculta tener verdaderas cualidades extrasensoriales por miedo a que la excluyan socialmente. ¿Comprendes?

—Ah, ¿pero te crees esos rollos de gente que ve o siente cosas?— vuelve a dudar de forma altiva, Laura.

Provocando con su impropiedad, una nueva intervención de la dama que lleva acompañándome toda la tarde:

—La cuestión ahora, no es si creo en eso o no, sólo era un ejemplo. Solo procuraba explicarte que tantas personas hay mostrando la realidad, como personas intentan seguir inculcándonos sus mentiras o que interesadamente tienen como objetivo engañarnos. Por eso te digo que hay que andarse con mucho ojo, porque tanto unos como otros terminan pasando por buenos.

—¡Pues para buscar y escoger cantamañanas que

estoy yo!— réplica una vez más, Laura, haciendo gala de su magna intransigencia.

Me hace gracia su tosca forma de actuar, pero es normal teniendo en cuenta que su mundo no traspasa la barrera del casposeo y los reality shows. Reconozco que mi ex se ahoga en un vaso de agua y ya ha encontrado a otro incauto a quién parasitar para medrar. De momento, no soy capaz de imaginarla disponiendo su tiempo para buscar información y menos en Internet, que para ella solo sirve para abrir redes sociales o ver repetidos sus programas favoritos. De modo que viendo la conversación estancada, me levanto a dar un par de palmadas e invitar a todos a sentarse en la mesa:

—¡Vamos a papear, familia!

—Si, por favor, estoy hambriento— asegura Richy, levantándose para girar la silla hacía la mesa predispuesta y antes de volverse a sentar, me busca con la mirada para dedicarme un guiño.

Supongo que lo hace en agradecimiento por haber cortado la incomoda impertinencia de su novia, pero no sabe la profunda pena que me da pensar en que lo ha estado utilizando para recuperarme. Por eso le propino un cálido abrazo y le termino diciendo:

—¡Venga que te vas a hinchar de gambitas, hermano!

Después voy para la cocina y me encuentro con la inestimable ayuda de Daniel y Mónica, para transportar la comida: él regresa al salón portando otra botella de vino y el plato de embutidos; ella carga con la fuente de endivias con la salsa roquefort y la bandeja de ensalada de pasta, las cuales había preparado antes; y yo me pongo un guante de horno en cada mano, para rescatar el

marisco del asador eléctrico. Pero antes de salir al pasillo, me intercepta María para ofrecerse a llevar lo que falta y le informo que falta el pan, además del plato de anchoas que dejé sobre el microondas. Una vez regresa al comedor con la comanda, nos acomodamos alrededor del festín preparado y nos centramos en devorar todo, sin apenas mediar palabra.

Estaba todo exquisito y apenas hemos interrumpido el ágape, para ir en busca de más pan y más vino. No ha quedado prácticamente nada, e incluso han mojeteado tanto los platos que casi creo que no hace falta fregarlos. Mientras hacen gestos de estar saciados, me pongo de pie para recoger las piezas de la vajilla y hacer una pila, para llevarla al fregadero. Entonces, totalmente desinhibida por la más de media botella de vino que se ha zampado, Laura se atreve a romper el silencio con uno de sus extraños cumplidos:

—Parece que al final, has encontrado el punto para preparar una buena ensalada de pasta— asegura, acercándome la bandeja vacía donde estaba servida la misma.

La muy canalla, se refiere a mi mala mano para calcular el tiempo de cocción y siempre me suele quedar dura o demasiado pastosa. Era ella quién se encargaba de hacerla y entiendo que por lo tanto se está atribuyendo parte del merito, pero lamentablemente me veo obligado a darle la mala noticia:

—¿Te refieres a la ensalada? Dale las gracias a Mónica, la ha preparado ella.

—¡Ya decía yo! Me resultaba imposible que tú hubieras dejado las espirales en su punto— responde girando la cara, procurándome otro sutil desplante.

—Laura, ahora que dices de imposible, el otro día vimos la película— le dice la buena de María, cambiando de tema, comprendiendo que no está pasando por un buen momento.

—¿Cuál?, ¿lo imposible?— pregunta mi expareja, picando el anzuelo que le acaban de lanzar.

—¡Sí, esa! No te hagas la tonta, Lauri, como vuelvas a recomendarme otra película así te vas a enterar— asegura en tono risueño, Daniel. Guiñándole el ojo a la aludida, antes de esgrimir sus razones—: ¡Es que no veas, primor! Es un bodrio supertriste que derrocha negatividad y te tiene angustiado casi dos horas...

—Jajaja, ¡cariño!— incide María, dándole un empujón suave a Dani para que se calle. Acto seguido, vuelve a mirar a Laura y le dice—: ¡No le hagas caso, guapa! Le gusto mucho y no dejo de llorar como una magdalena...

—¡Pues eso es joder! Algunos somos demasiado sensibles para ver esas cosas— replica el payaso de su novio, haciendo muecas con la boca para sacarnos a todos una sonrisa. Después me mira a mí con cara de “fumao” y me suelta—: ¡Ey, brother! A qué te recuerda esta frase de esa peli: ¿Queda algo en la lata?

Menudo cabrón, el lleva siempre la hierba en una cajita metálica y esa pregunta, o similar, suele salir cuando nos juntamos a fumar. Seguro que se refiere a eso, pero yo prefiero hacerme el sueco para no delatar nuestra pequeña afición al oro verde, delante de Mónica. Así que me limito a mirarle sonriente y después cargo con el montón de platos hacía la cocina, para meterlos directamente en el lavavajillas.

—¿Queréis algo de postre?— interrogo a los

invitados al regresar al comedor.

—No gracias, hermano, yo me tomaré una copilla si tienes ron— responde el primero, Ricardo.

—¡Yo también!— exclama Laura, algo más animada.

Los demás también prefieren pasar a las copas, así que regreso al lavaplatos con lo que quedaba en la mesa y vuelvo unos minutos después al salón, portando una bandeja con las botellas de bebida y los vasos con hielo pertinentes para la ocasión. Con mis quehaceres, no he podido evitar que Daniel se liara un porro, pero la sorpresa me la llevo, realmente, al comprobar que Mónica está fumando del canuto. Mientras le sirvo a cada uno su cubata, ella nos explica que de vez en cuando le gusta dar un par de caladas, aunque no es muy aficionada a hacerlo con frecuencia y asegura que le está costando horrores dejar el maldito hábito del tabaco, a pesar que ha intentado dejarlo varias veces.

—¡Es normal, que te cueste tanto!— advierte Dani, antes de soltar su veredicto sobre nuestras profundas e inculcadas dependencias—: La gente somos simples borregos “adoctrinaos, que cumplimos a rajatabla las tres “C’s”.

—¡Uh, jajaja!— se echa a reír María, antes de advertirnos sobre lo que su novio está apunto de contarnos—: Esta es la última teoría que tiene en mente, ¡agárrate, Manu!

Ella no es tan conspiranoica como él, pero le entiende a la perfección. Si me dice que preste atención debe ser algo interesante, así que no puedo evitar tirar del hilo:

—Venga ilústranos, ¿que significan las tres “C’s”?

—Está claro Manu, la empresa CCC. Conociendo a Dani, seguro que es un chiste irónico, refiriéndose a que las empresas nos forman y nos educan para la vida mecánica establecida— asegura Laura, adelantándose a la respuesta y acompañándolo de un titubeante—: ¿No?

Richy lleva estupefacto desde que llegó, pero se ha quedado muerto con la intervención de su nueva novia. Él creía que ella estaba igual de perdida que él, en todo este asunto, pero se ha quedado a cuadros al ver la razonada cabala de su compañera sentimental. Sin embargo, Mónica no deja de mirar a Daniel totalmente interesada en escucharle y yo, no puedo dejar de mirarla a ella porque es quien a día de hoy me llama la atención. De todos modos, conozco a mi amigo y tengo una ligera sospecha de por donde van los tiros.

—Es eso en parte, Laura, ¡pero no!— se arranca Daniel con su premeditada respuesta—: La gente nace en grandes corrales, tan grandes que apenas las personas nos damos cuenta que estamos atrapadas. Y la forma de conseguir eso es creando ciudadanos en serie, que cumplen las tres “C’s”: Primero nos crían Costumbristas, de este modo se aseguran que la gente se forme según unos gustos y unos ideales propios de los cuales no podrá sacarle nadie, una vez que los hayan autoinculcado en sus subconscientes; luego procuran que seamos Conformistas y así siempre seremos capaces de vivir con una miseria, porque “por suerte siempre hay gente que está peor”; y por último nos convierten en auténticos Catetos, en el amplio sentido de la palabra. Ya que el sistema nos provee la información en paquetes preprogramados para que seamos obstinados, ignorantes y prejuiciosos,

defendiendo cada uno la propia realidad que ha decidido creer.

—¡Me gusta, bro!— proclamo tras dar un par de aplausos, ante la coherencia de su teoría.

—¿Como era?— pregunta Laura, que se difuminó tras el “sí, pero no”.

—Conformistas, Costumbristas y Catetos— concreta Richy, atrapándolo al vuelo—. ¡Tienes toda la razón, nos encerramos tanto en nosotros mismos que terminamos por no escuchar a nadie más!

—De verás, engloba muy bien el control que ejercen sobre nosotros— asegura Mónica, tras dar un sorbo de su copa. Antes de añadir unas palabras—: Pero lo cierto, es que cuando dejas a un lado el ego esas tres “C’s” dejan de actuar sobre uno mismo.

—Eso es lo realmente difícil, deshacernos de nuestros engrandecidos egos— atestigua María, en cuanto a lo último expuesto.

—Como no va a ser difícil, si todo está orientado para que nuestro ego se haga fuerte e indestructible— vuelve a matizar Daniel.

—Pues yo no veo tal problema, el ego es nuestro pasaporte para sobrevivir en un mundo lleno de injusticias— protesta Laura, llevando la contraria.

Con sus palabras, entramos en un extenso debate donde al final, la novia de Richy, vuelve a quedar reducida en sus razonamientos. Puesto que si evaluamos, por ejemplo, el sistema estudiantil: vemos que quienes sobreviven, en ese macabro medio de ilustración en el cual se ha convertido la enseñanza, son los seres más dóciles y sumisos en un principio, pero terminan siendo

los más intransigentes al terminar sus carreras. Además de los aplicados, también sobreviven a esa criba los mejores tramposos que saben utilizar las chuletas, o copiarse de los otros, y esto tampoco dice mucho a favor de quienes terminan desempeñando cargos importantes.

Abrumada ante los argumentos que todos vamos aportando, para llegar a la conclusión común de que el ego es una verdadera enfermedad en la sociedad actual, Laura termina irritada y sin argumentos, así que abandona el salón, encerrándose durante un buen rato en el cuarto de baño. Cuando decide regresar nos encuentra a todos riendo, porque hemos empezado a contar anécdotas graciosas, pero ella confundida por el alcohol y ayudada por la rabia contenida, decide volver con el hacha de guerra en alza, centrando en mí su fría mirada:

—Sois muy amiguitos, ¿verdad? Mucho reíros juntos, pero anda que le has dicho a Ricardo que vine el otro día a visitarte— termina de increpar, haciendo aspavientos con las manos. Luego mira de reojo a mi nueva amiga, como esperando verla sorprendida por la noticia.

Por el contrario, Mónica ya está al tanto de lo ocurrido y tras mirarme sonriente, decido devolverle el golpe bajo a la rastrera arpía que sigue decidida en hacerme la vida imposible:

—Ella sabe todo lo ocurrido— aseguro, mirando todavía a mi compañera de trabajo. Después señalo directamente a Richy, para terminar diciendo—: ¡Decírselo a él, es tu problema! Tú me rogaste que no le dijera nada, ¿recuerdas?

Entonces Laura, empujada por ver que su fea artimaña no ha servido de nada y comprendiendo que se

ha delatado ella misma, se niega a aceptar la derrota en este asunto. Mete la mano en su bolso y saca una minúscula prenda de ropa interior, dejándonos a todos boquiabiertos, a la par que me exclama falsamente:

—¡Seguro que no le has contado a tu amiga, que me deje esto en el lavabo!

Yo la conozco muy bien y sé que siempre lleva una muda por lo que pueda ocurrir, pero al resto les pilla por sorpresa con su numerito. Todos dejan de mirar el pequeño tanga que sostiene en sus manos y apuntan hacía mí con sus mirada, pero me he quedado tan sorprendido ante su maliciosa escaramuza que apenas puedo articular palabra.

—¿Qué? Y yo que estaba pasándolo mal por estar con ella, ¡esto no se le hace a un amigo!— grita Ricardo, golpeado por lo ocurrido. Adelantándose a mi respuesta, para increparme con su incipiente mosqueo, antes de coger su chaqueta y salir corriendo por la puerta.

Laura, ni corta ni perezosa, guarda la prueba del delito que ella misma a elucubrado y sale corriendo con sus cosas, detrás de Richy, diciendo:

—¡Espera, cariño! Todo tiene explicación...

No sé qué puede inventarse la muy zorra, para que mi amigo la perdone por esto, pero a mi ha conseguido meterme en un buen embrollo con su falso drama. No se como voy a salir de ésta, a Mónica le ha cambiado totalmente la cara con esta improvisada argucia y recoge sus cosas con la intención de marcharse también.

—¡Es mentira, primor! Te conté todo tal y como ocurrió— avanzo a decirle, para intentar evitar que se vaya.

—¡No sé, Manu!— contesta mi querida compañera, colocándose el abrigo. Para terminar asegurando, antes de proseguir con su huida—: Me siento muy incomoda con todo esto, ¡debo irme!

Con el último portazo siento como se espesa la niebla que se cierne sobre mí, en forma de soledad pasmosa e insoportable. Entretanto malestar, mi viejo amigo y su novia, se centran en intentar animarme aunque nada pueden hacer, para evitar que me derrumbe en este mismo instante. Después entre sollozos, les cuento la verdad sobre lo ocurrido el miércoles y terminan comprendiendo la profunda angustia que me embarga.

No escatiman en quedarse unas horas más junto a mí, procurando apaciguar la rabia incontrolable que me pasa por la mente. De sobra sé, que todo se solucionará con Ricardo, pero jamás podré perdonarle a Laura: que haya creado esa densa neblina, que ciega el intenso faro con el cual había recuperado el rumbo. Con su burda estrategia ha conseguido apagar esa cálida luz al final del túnel, que supone la radiante Mónica, en mi oscurecida vida.

SOBRAN LOS MOTIVOS

Sábado, 3 de noviembre de 2012

Que mala noche he pasado, apenas he podido pegar ojo. Dani y María se fueron cerca de las tres de la madrugada, no cesaron ni un momento de intentar animarme, pero no pudieron evitar que no llegara a dormirme hasta las cinco por lo menos.

Sé que no debo preocuparme, yo no he hecho nada y lo que tengo que hacer es ocuparme en contárselo a Mónica. Lo he intentado varias veces, pero me he arrepentido antes de darle a enviar a los mensajes que escribía. Creo que suplicarle en estos momentos sería sacar mi lado más posesivo, aun sabiendo que es mejor darle tiempo y dejar que las aguas vuelvan a su cauce. Pensándolo bien, los fríos mensajes no parecen la forma correcta de solucionar este entuerto, así que en cuanto me arme de valor la llamaré.

Aún habiéndome acostado tan tarde, me he despertado a la hora de costumbre y he dado rienda suelta a mi rutina sabática: he salido a correr con Yako,

aprovechando que hace un día estupendo; al regresar he limpiado un poco el piso como suelo hacer todos los sábados, pero hoy con más tarea debido a la estropeada fiesta de anoche; después me he afeitado y me he pasado la maquinilla por la cabeza, como suelo hacer cada dos semanas, para recortar al máximo la triste pelusilla que me sigue creciendo; y por último me he dado un buen baño, antes de vestirme, para terminar cayendo redondo en el sofá.

Es casi mediodía y estoy fundido, así que enciendo la caja tonta para relajarme un poco. Como de costumbre, toda la programación matinal del sábado está centrada en fomentar la competencia, el cotilleo y el entretenimiento infantil. Por suerte hay una isla en este funesto mar de mediocridad televisiva, la 2, que como de costumbre tiene un estilo más informador, a pesar de ser un tanto interesadamente ilustrativa con sus ideas.

Por casualidad, acaba de empezar un documental muy interesante, que ya había visto someramente con Daniel. Sin duda, es buen momento para visionarlo con mayor atención. Se llama “*Inside Job*”, o “*Trabajo Confidencial*”, y trata sobre los culpables de la crisis: soslaya con sobriedad los detalles de la revolución islandesa y nos demuestra las malas artes que abanderan la economía mundial. Me recuerda al estupendo programa de “*Salvados*”, donde pusieron en evidencia a las agencias de calificación, la especulación bursátil y a los empresarios buitres. No suelo perderme ese espacio de televisión, conducido por el follonero, ahí también le han dado caña al monopolio de las eléctricas y las petroleras, además de poner de manifiesto el despilfarro de la administración pública.

Es abrumadoramente escandaloso, como el

capitalismo es la enfermedad más profunda de la humanidad. En este medio ilusorio, disfrazado de democracia, todos los individuos luchan constantemente por aumentar su ego y su fortuna, sin importarles nada más. Me entristece ser consciente de tantas injusticias generadas por este sistema absurdo, pero entiendo que si no descubrimos cuales son nuestros verdaderos problemas, jamás conseguiremos que triunfen la bondad y el bienestar. De todos modos, estaba tan cansado que no he terminado de ver el documental y me he quedado profundamente dormido.

Me vuelvo a despertar casi a las cuatro de la tarde, con el capricho de pizza que me ha dado el viaje onírico que he tenido durante la tempranera siesta. Era un sueño estupendo, en el cual caminaba junto a Daniel por las calles de la ciudad, él llevaba una varita mágica y proyectaba su magia sobre los edificios, haciendo que desaparecieran todas las empresas privadas. Ha sido increíble, todo lo hacía posible con sus poderes, hasta el punto que hemos terminado comiéndonos una fantástica pizza italiana en una playa espectacular. Por mi no me hubiera despertado nunca, porque también ha conseguido reunirme de nuevo con Mónica a la orilla del mar, pero el hambre y el sonido del móvil me han devuelto a la soledad de mi salón.

Despego los ojos y cojo el teléfono con la esperanza de ver el nombre de mi dulce compañera en la pantalla, pero me llevo una tremenda desilusión al ver que es Laura quién intenta contactar conmigo. No pienso cogérselo, ¿que demonios quiere ahora?, es capaz de estar abajo con las maletas porque Richy la habrá echado de su casa. No me extrañaría nada, tras el numerito que montó ayer la muy bajuna.

Entonces decido esperar a que desista en su llamada, para poder llamar a Daniel y ver si me puede acercar una pizza cuando salga de trabajar:

—¡Dime, Manu!— exclama mi buen amigo, al descolgar—. ¿Cómo lo llevas?

—Ahí voy tirando, hermano. He dormido poco, pero ya se me han quitado las ganas de matar a esa bruja— comento en tono burlón, dejando claro que sigo bastante jodido por la treta de anoche. Antes de exponerle el motivo de mi llamada—: Oye, Dani, se me ha antojado una cuatro estaciones con maíz y sin alcachofas, ¿puedes acercármela cuando salgas del curro?

—¡No te preocupes, bro! No tienes que rayarte, tú no has hecho nada y las cosas volverán a ponerse en su sitio. Lo de la pizza es más difícil, porque no salgo hasta las 16:30 y tengo cosas que hacer, antes de volver aquí a las 19:30...

—¡Ok, no pasa nada! Ya me paso yo y la recojo, así me despejo un poco. ¡Gracias por los ánimos!— manifiesto, antes de confirmarle mi pedido—: ¿Puedes encargarme la comida?

—¡Descuida, máquina! Yo te voy marchando el pedido, para cuando llegues.

—Muchas gracias, ahora nos vemos...

—¡Hasta ahora, Manu!— se despide mi viejo conocido, colgando la llamada tras sus palabras.

La pizzería donde trabaja no queda muy lejos, pero si lo suficiente como para tener que coger el coche. Así que entro en el cuarto de Yako y lleno su comedero hasta arriba, para marcharme tranquilo en busca de mi almuerzo.

Llego a la cochera y monto en mi vehículo, percibiendo un pronunciado desnivel en la parte trasera derecha. Entonces me bajo otra vez, para rodearlo y comprobar que tengo la rueda totalmente deshinchada. Me entretengo en montar la de repuesto e inspecciono el neumático en busca del pinchazo: es un pequeño agujero, redondo y perfecto, como si le hubieran pegado un tiro a la goma, aunque no tiene ningún orificio de salida y no hay rastro de ninguna bala.

Puede haber sido algún matón, con un punzón, de los que envía el ex de Mónica y ésta sería una excusa perfecta para llamarla. Pero es evidente que también puede haber sido un gamberro, e incluso, quién tiene más papeletas en este momento para haber cometido esta fechoría, es... Da igual, prefiero no tener ni que pensar en ella. Aunque me paso todo el trayecto hasta el restaurante, maldiciendo el día en que la conocí.

Pasadas las cuatro de la tarde, estoy aparcando frente al local donde trabaja Dani. Justo cuando me bajo del coche, aparece él, con la moto de reparto, regresando de algún pedido. Me espera para entrar en la pizzería y le doy un abrazo, procurando no mancharle con las manos mugrientas que traigo. Después paso directo al servicio, para lavármelas, saludando por el camino a los camareros que se sientan a comer en una de las mesas del comedor.

Cuando vuelvo del lavabo, llegando a la barra, mi buen colega me espera junto a dos tubos de cerveza y señalándome uno de ellos, me comenta:

—La pizza está encima del horno, bébete la birra y te la doy.

—¡Tío, sabes que tengo aborrecida la priba!— clamo, antes de darle un trago al vaso para no

despreciarle el detalle.

—Venga, bujarra, nadie se ha ido al otro barrio por echar un trago. ¡Por muchos, sí! Pero por uno...— asegura sonriendo. Para acto seguido interrogarme como buen observador que es—: ¿De que traías las manos tan negras, quillo? Has “estao” buscando papas, ¿o que?

—¡Calla, calla! Me pongo malo sólo de pensarlo, que me han agujereado una rueda y he tenido que cambiarla.

—¡No me jodas! ¿Y ha sido...?

—Ni la nombres, que vengo cargando demonios con esa fulana de pacotilla— le interrumpo con mi respuesta, para evitar que diga su nombre. Luego agarro la cerveza y le doy un buen sorbo.

—Joder, Manu, no seas así. Tampoco sabes seguro, si ha sido ella.

—Prefiero ni saberlo, porque ya tengo bastante con lo de ayer. Sí hasta me ha llamado, la muy...

—Pues yo te digo lo mismo que anoche, hermano. No debes almacenar rencor, solo te harás daño a ti mismo con esa inquina— vuelve a embarcarse en su discurso pacifista, que tanto me ha repetido a lo largo de los años—. Las personas somos pura energía y todas las vibraciones que proyectes sobre ella, te serán devuelto.

—Es muy fácil decir eso cuando no te afecta directamente, pero no veas que coraje: para una vez que estaba tan cerca de ser feliz, aparece la muy perra a jorobármelo— replico, defendiendo mi mosqueo.

—¡De verdad, olvídalo! Si quieres sobrevivir despierto, debes de levar el ancla de una vez: olvida que la gente quiere joderte o que la vida no te da lo que crees

que mereces— continua con sus diatribas, insistiendo en librarme de la rabia acumulada—. Precisamente de esa forma se alimenta y arraiga tu ego, anclado al sistema, en una espiral de autodestrucción, donde te gobierna la ira por los celos, la envidia y los rencores.

—Quizá tengas razón, pero es difícil aceptar tanta desdicha: hay que ser muy fuerte, para poner la otra mejilla en este asunto tan siniestro.

—Comienza a vibrar en positivo y recibirás las mismas sensaciones que transmitas. Sobretudo, deshazte del maldito odio que te carcome por dentro y entrega amor donde recibes palos, para unirte con los demás, en lugar de seguir dividiéndote de forma absurda.

—En realidad, llevo mucho tiempo menospreciando a Laura y parece que estas son las consecuencias— resuelvo, antes de apurar la cerveza.

—¡Exacto, bro! Que no te quepa duda, que las cosas son así: ¡recibes lo que das!— acaba exclamando, para después entrar en la cocina del restaurante en busca de mi encargo.

Luego regresa con el envase de cartón que contiene mi almuerzo y lo suelta sobre la barra, mientras se despide de mí. Tras varios intentos de pagar, fallidos por su terca obstinación a invitarme, termino por agarrar la caja y salir de la pizzería en dirección al coche.

Una vez dentro, no puedo resistirme al exquisito aroma que desprende la pizza y cojo un trozo, antes de ponerme en marcha. Prácticamente la termino de camino a casa, dejándome el típico trozo que siempre reservo para Yako.

No he podido dejar de roer, por culpa del hambre,

pero tampoco me he podido quitar de la cabeza todo lo ocurrido y las palabras de Daniel. Lo cierto es que tiene toda la razón, ya es hora de enterrar el hacha: si quiero dar un giro total a mi vida, debo empezar por tragarme el orgullo para siempre. No puedo seguir arrastrando una gran bola de celos, rencores y faltas de entendimiento, tengo que enfrentarme a todo esto y llamar a Laura, para aceptar sus disculpas, e incluso pedirle perdón por mi comportamiento de los últimos meses.

Siento que no puedo seguir posponiendo el cambio que necesito y saco el teléfono para llamarla, mientras conduzco lentamente por mi barrio en dirección a casa. Embocando ya la calle donde vivo, Laura descuelga la llamada, pero yo me quedo en absoluto silencio embargado por la inmensa alegría, de ver el coche de Mónica aparcado junto a la entrada de mi garaje. Sé que no lo ha inventado mi viejo amigo, esto es lo que llaman karma, pero jamás hubiera esperado una respuesta tan grata y ni mucho menos que sucediera tan pronto.

—Manu... ¿Estás ahí?— me pregunta mi ex, a través del móvil.

—Si,...si— balbuceo extasiado, ante la enorme alegría de ver a mi compañera otra vez por aquí—. ¡No se lo que has hecho, pero muchísimas gracias! Ella ha vuelto y tú serás siempre una amiga para mí. No podemos seguir enfrentados porque lo nuestro no funcionara, cuida de Richy que es un tío de puta madre...

—Lo sé, tienes toda la razón, Manu. ¡Gracias a ti! Lo siento mucho por la movida de ayer, fui una egoísta.

—Yo también lo he sido, pero no te preocupes, ¡todo está olvidado!

—Estoy totalmente de acuerdo, gracias otra

vez— responde Laura, tan aliviada como yo, después de tantas desventuras.

—¡A ti, primor!— termino profiriendo sinceramente, antes de zanjar la llamada y centrarme en saludar a la dama que me está esperando.

Tras colgar, pongo el freno de mano y me bajo para ir a abrir la puerta que me separa de Mónica. Ella sonrío al verme y se apea del coche, para fundirse en un sincero abrazo conmigo. Cuando la suelto, me mira a los ojos para explicarme con brevedad lo sucedido:

—Ricardo me ha agregado al Facebook y me lo ha contado todo.

—¡Quiero a ese tío!— declaro al escucharla. Antes de hacerle un gesto con las manos, para que se monte en mi coche y decirle—: ¿Tomamos un café?

—Por supuesto, me tienes enganchada— responde risueña, caminando hacía mi vehículo para montarse de copiloto.

—Siento mucho, lo que paso ayer...— comento, mientras pulso el botón del mando que abre la cochera. Luego pongo rumbo a mi plaza de aparcamiento, afirmando—: Lo pasé genial con tu compañía, hasta que a Laura se le fue la olla.

—Tú no tuviste la culpa, Manu. Ella se vio descubierta frente a Richy y montó la movida, para ahorrarse tener que darle explicaciones. Yo quise creerte, pero me sentí muy incomoda con lo sucedido.

Así tenemos una pequeña conversación, mientras subimos al piso, donde ella me cuenta que Laura llorando le confeso a él la verdad. Al parecer para perdonarla, Ricardo la ha obligado a llamarme para pedirme

disculpas y él se ha puesto en contacto con nuestra compañera, porque no podía permitir que, por una simplonada de su novia, Mónica se peleara conmigo. Por eso le estaré eternamente agradecido, puesto que ahora comprendo que la palabra amigo tiene su raíz en el verbo amar y Richy es un leal compañero digno de mi amistad.

—Hay que ser bueno para hacer algo por alguien en los tiempos que corren y él, sin duda, lo es— asevero tras su explicación de lo ocurrido, introduciendo la llave en la cerradura de mi apartamento.

—Ha insistido mucho en que no pasó nada entre tú y Laura. Y me ha escrito varias veces, pidiéndome por favor, que no me mosqueara contigo— apostilla mi compañera de trabajo, cruzando la puerta hacía el pasillo.

Yo espero a que pase, con la caja de pizza que cargo desde el coche en las manos, y después cierro la entrada, para dirigirme junto a ella hacía el salón. Entonces, cuando cruzamos el corredor, se nos va la mirada hacía las puertas de cristal que dan a la terraza y nos quedamos horrorizados ante algo que hay escrito en los vidrios: OLVIDALA - DESGRACIADO.

—¿Pero que co...? Espera un momento, ¿eso es sangre?— pregunto acercándome al cristal, comprobando que está escrito con un liquido rojo que todavía no se ha secado.

Totalmente desconcertado me doy la vuelta, mirando a la puerta del cuarto de Yako, que permanece cerrada. Ipso facto corro hacía allí, para abrir y comprobar que mi fiel amigo está bien. Nada más verme, suelta un par de ladridos, algo que no suele hacer y parece por tanto, que quiere avisarme de que ha percibido la visita inesperada. Después corre hacía mí, moviendo

con energía la cola, detectando las exquisitas sobras que le traigo.

—No me lo puedo creer, ¡ese imbécil lo ha vuelto a hacer!— exclama Mónica, cuando vuelvo al comedor con el perro que ha engullido la pizza de un mordisco.

—¿Esto es obra de tú ex?, creo que ese desgraciado también me ha pinchado la rueda del...

—Nooo, jajaja— estalla en carcajadas mi bella amiga, antes de explicar porqué se ríe—: No me cabe duda de que esto lo ha hecho él, ¿pero que te ha contado Laura exactamente de lo que hizo ayer?

—En realidad no la he dejado hablar, con la emoción de verte aquí. ¿Quieres decir que la pinchó ella?

—Así es, Richy me ha contado que la vio coger un sacacorchos que tenía en su coche y bajar corriendo al garaje. Me ha contado que cuando él llegó a tu coche, ella ya había apuñalado el neumático— expone mi visita, despejando la incógnita sobre el pinchazo. Para terminar asegurando—: Si hubiera sido el idiota de mi ex, te hubiera pinchado las cuatro...

—¿Con un sacacorchos? No me lo puedo creer, como puede ser tan retorcida esta tía— opino, antes de abandonar el salón en dirección a la cocina.

Llego para poner la cafetera en el fuego, luego cojo un trapo y un cubo de agua para limpiar los cristales de la terraza. Cuando llego a fregar los ventanales, Mónica procura apaciguar mi malestar:

—No te enfades con ella, es lo que estuvimos hablando anoche: la gente está envenenada por el propio sistema establecido y hacen estas cosas, porque se lo ordenan sus engrandecidos y doloridos egos.

—Si, pero es que le he pedido perdón y hasta le he dado las gracias por hacer que tú volvieras— testifico, mientras termino limpiar los cristales.

—Y has hecho muy bien, porque así le recordará más su propia conciencia. Yo, sin embargo, ya no se que voy a hacer para que este buitre me dejé en paz— confiesa, señalando las puertas de la terraza, refiriéndose a su molesto ex.

Entonces hago un gesto de comprensión con la cara y vuelvo a por los cafés, habiendo terminado de recoger el líquido rojo del engorroso mensaje. Cuando vuelvo al salón, me encuentro a Mónica con el teléfono en la oreja y suelto rápidamente la bandeja sobre la mesa, para evitar que haga lo que me temo:

—Ni se te ocurra, llamar a ese capullo. Eso es lo que quiere conseguir con todo esto, ¡lo mejor que puedes hacer es seguir ignorándole!

—Tienes razón, sería premiar a su ego por esta argucia— responde ella, dejando de hacer la llamada. Después decide informarme sobre algo que yo desconozco aún—: Tengo que contarte algo, Manu.

—¡Adelante, primor! Te escucho— la invito a continuar, a la par que vierto varias cucharadas de azúcar en mi taza.

—El caso es que no fui únicamente a ver a la familia, el otro día. He decidido volver a casa, siento que solo así recuperaré mi libertad y aumentará la seguridad, que ese maldito idiota se centra en minar.

Tras escuchar sus palabras, suelto el café en la mesa y cojo su mano, para mirarla con firmeza a los ojos y cuestionarle:

—¿Por qué quieres huir? Debemos seguir luchando, ahora que las soluciones están bien claras. Si te vas, él habrá ganado la partida y nosotros perderemos a una guerrera de luz.

—No quiero que creas que he tomado esta decisión a la ligera, lo decidí hace mucho tiempo. Aquí me siento vulnerable y siento que estoy desperdiciando la vida, estancada en una rutina que me asfixia cada día más— responde con lágrimas en los ojos, angustiada por las mismas razones que a mí me oprimen. Luego se seca los ojos, para invitarme a seguirla en su vital huida—: ¡Vente conmigo! Créeme que huir es la única forma de romper con este mundo desigual y ya todo está listo para mi regreso a casa.

—Pero las soluciones están bien claras, debemos reconstruir la nación a base de nacionalizar todo lo que nos han quitado. Debemos deshacer los privilegios vertidos hacía las grandes multinacionales y devolver al pueblo, lo que fue construido por y para el pueblo— expongo siendo coherente con los pasos a seguir, según lo visto. Y vuelvo a la carga, procurando que desista en su empeño de marcharse—: Por supuesto, para eso debemos destruirlo desde dentro. Tenemos que acabar con la corrupción y señalar a los culpables de este empobrecimiento sistemático.

—Aunque lo parezca, no estamos dentro: sólo cuentan con nosotros para que le demos los votos que les permitan, seguir haciéndonos la vida imposible— atestigua sin apartar la vista de mi cara, para continuar con sus motivos—: Es cierto que esas son parte de las soluciones que tenemos que llevar a cabo, pero te olvidas de lo principal. Lo primero y esencial, es también lo más difícil, hay que concienciar a todas las personas sobre

quienes son nuestros verdaderos enemigos y ponernos todos de acuerdo en solucionar esto. Esa labor nos puede llevar muchos años, o toda la vida, teniendo en cuenta que el sistema lucha continuamente para que la gente no despierte del profundo sueño de Morfeo.

—Pero yo he despertado y todo el mundo puede hacerlo, si trabajamos sin descanso en hacerles conscientes de nuestro deber como seres humanos— vuelvo a incidir en la ilusa creencia, de que despertar a la gente es más sencillo de lo que parece. Luego vuelvo a coger la taza, para dar otro sorbo a la infusión.

—¿Sabes cuanto tiempo, llevo luchando por despertar a los demás? No hay nada que les puedas decir, los que controlan saben que el ser humano es muy inteligente si usa la cabeza y por eso nos tienen oprimidos y deprimidos: para procurar evitar que lo hagamos— atestigua firmemente, acabando con mi obtusa creencia de que todo es tan fácil de conseguir. Luego hace una pequeña pausa para dar también un trago y tras hacerlo, prosigue con su explicación—: Mientras siga funcionando el pan y circo, la gente seguirá demasiado ocupada para pensar en soluciones y todo lo que queramos hacer, será en vano. La gente necesita ampliar su nivel de consciencia y el principal antagonista de la consciencia es el jodido ego. El gran monstruo en que se ha convertido el sistema, o que ya lo era antes de nacer, es el que alimenta constantemente nuestros egos desde que somos bien pequeños.

—Pero se puede cambiar con relativa facilidad, ¡yo lo estoy haciendo!— clamo de nuevo, resistiéndome a creer que la huida es lo mas razonable—. Cada vez somos más, tú misma lo dijiste.

—El primer paso para despertar, es hacer un

examen interior para descubrir todo lo que nuestro ego ha moldeado a su antojo. Pero el problema es, que es imposible convencer a alguien para que realice esa labor. Es un camino personal que debe elegir cada uno— vuelve a matizar, demostrando que ha meditado mucho su idea de largarse. Después procura hacerme ver porqué para mí ha sido tan sencillo—: Tú ya habías decidido cambiar hace tiempo, faltaba la chispa que incendiara la mecha de tu despertar. Cada vez somos más, pero nos puede llevar toda la vida conseguir el cambio.

—Supongo que tienes razón, el capitalismo monstruoso ha calado muy hondo dentro de los seres humanos y es imposible echarlo fuera, si no pone cada uno de su parte— manifiesto, comprendiendo que tiene fundamento su premeditada decisión—. ¿Pero vamos a marcharnos sin más, sin luchar por un mundo más justo?

—No me voy a ir sin más, tenemos que tener presente que contamos con una herramienta muy valiosa. Internet nos une al mundo desde cualquier parte y todavía no han conseguido controlarla totalmente.

—¿A que te refieres?— vuelvo a preguntar, no llegando a comprender sus últimas palabras.

—Manu, a lo largo de la historia, siempre que ha nacido un medio de comunicación que ampliara la conexión humana, la mano negra ha desplegado toda su ingeniería social para controlar por completo el nuevo medio— argumenta Mónica, para explicar su idea—. Sucedió con la imprenta, con la radio, la televisión, etc. Siempre que surge algo para unir y concienciar al mundo, ellos crean guerra y confusión para dividir a las personas.

—Es cierto que Internet es una gran herramienta social y se les va un tanto de las manos al ser tan global.

No pueden manipular todo lo que se dice, aunque hagan todo lo posible por desprestigiar todo aquello que se escapa a la realidad de la manipulada matriz en la que nos tienen dormidos.

—Así es, Daniel tiene toda la razón y ahí están las claves para nuestra incansable lucha. Pero necesito vivir libre y, en lugar de eso, aquí siento anclado mi tiempo a luchar por sobrevivir.

Sé que es una decisión a la ligera, que toda mi vida está en torno a esta capital en la que resido. Pero también siento que esta decisión marcará mi vida y me niego a dejar escapar esta ocasión que se presenta. Por eso vuelvo a coger sus manos, tras apurar mi café, para decirle:

—Yo también siento esa asfixiante presión y deseo recuperar esa libertad de la que hablas, para poder sumar mis fuerzas en acabar con este mundo de locos. ¡Por eso, estoy dispuesto a irme contigo!

—De hecho eso es lo que te iba a decir. Si quieres venir hay una condición y es que debes hacer algo para despertar a los demás.

—Eso dalo por hecho, ¿y que puedo hacer para conseguir abrir los ojos a alguien?

—¡Para conseguirlo, poca cosa! Pero no te preocupes ahora, ya tendremos tiempo de pensar que harás para intentarlo— exclama, obviando todo lo que hemos hablado hasta ahora.

—¡Me parece perfecto!— aseguro, totalmente rendido a unirme en su huida.

—Ahora lo que no quiero es empujarte, a tomar una decisión de la que después te puedas arrepentir. ¿Qué

te parece si nos vamos esta noche y conoces donde quiero construir mi futuro?

La pregunta me coge por sorpresa, pero está claro que no me puedo sentir seguro en este piso después de lo ocurrido durante mi corta ausencia. Soñaba con la idea de dormir acompañado, pero aquí no es buen lugar para hacerlo y la proposición promete cumplir mi sueño. Así que tras pensarlo apenas unos segundos, sin sopesar ni un segundo rechazar la propuesta, acabo por responderle:

—¡Vámonos, preciosa!

—¿Estás de acuerdo?— encuesta sonrojada, mi bella pretendiente. Luego comenta emocionada, al ver que estoy dispuesto a irme con ella—: En ese caso, voy a preparar un par de cosas y vengo a buscarte más tarde.

—Por supuesto, aquí te estaré esperando. Que pena que me han pinchado la rueda, me gustaría llevar mi coche para llevar a Yako.

Mi amigo canino, se pone en pie al escuchar su nombre y viene hacía nosotros con cara tristonera, como si entendiera que tengo previsto dejarle aquí solo esta noche. Pero Mónica acaricia sus orejas, mientras se ofrece a llevarlo:

—¿Es que lo vas a dejar aquí sólo? Lo llevaremos en el mío.

—¿Seguro que quieres...?

—No lo dudes, claro que se viene con nosotros— interrumpe mi pregunta, poniéndose de pie para marcharse a hacer sus quehaceres antes de irnos.

Yo la despido calidamente y le aseguro que estaré preparado para cuando vuelva. Ella se va entusiasmada asegurándome que volverá pronto y no puedo evitar

sentir lo mismo, así que me pongo a preparar, enardecido, algo de ropa para mañana.

Termino en unos instantes y me siento a jugar a la consola para aligerar la espera. Apenas llevo un rato a solas y ya me he percatado de la razón que tiene, en cuanto a lo dormida que está la gente por culpa del ego. Estoy jugando a mi juego de guerra en primera persona preferido, siempre hago muchos puntos jugando online y hay un chaval que no he parado de matar en toda la partida, pero lejos de admitir que le he dado una paliza, el muchacho me ha enviado un mensaje lapidario: “Me cago en tus muertos, ojala baje el Málaga a tercera”. Está claro que lo dice porque tengo puesto MLGA, como clan en mi nick del videojuego.

La gente está enfurecidamente enfrentada con el mundo que les rodea y lo pagan con el primero que pillan, a pesar de que sea en un simple entretenimiento. Todos compiten sin descanso y son incapaces de aceptar la derrota en algo como esto.

Lo más impactante no ha sido mi respuesta, que lejos de lo que hubiera hecho en otro momento, ha sido muy comedida: “¿Sabes perder, bocazas? Pues si baja el Málaga, que lo dudo: ¡seguiré siendo del Madrid, como toda la vida!”. Mi misiva me ha hecho descubrir que nos movemos por impulsos absurdos, que no tienen ningún sentido, porque resulta que me ha vuelto a escribir: “Lo siento, estoy arrepentido, pero es que me has sacado de mis casillas. ¡Hala Madrid!”. Es increíble, resulta que es merengue y se ha arrepentido, si fuese de cualquier otro equipo me hubiera puesto a caer de un burro. No puedo creer como podemos ser tan manipulables, pero resulta ser que lo somos en demasía. Está claro que Mónica tiene razón, aunque algunos despertemos a nuestro profundo

sueño, todavía hay mucha gente que sigue muy adormecida.

Entonces, aturdido por la volubilidad pasmosa de ese chaval, decido apagar la caja tonta y salir a la calle con Yako, para esperar el regreso de mi amada compañera. Así que cargo con la pequeña mochila que he preparado y apago todas las luces, para salir junto a mi fiel amigo en dirección al portal.

Llego a la acera y cruzo la carretera, para soltar al perro en el descampado. Luego me siento en uno de los bancos que hay a ese lado, para entretenerme con el móvil, mientras vienen a rescatarme de la vulnerable agonía en la que se ha convertido mi vida. Ya nada es lo que parece en un mundo que siempre había pensado que era malo por naturaleza, ahora entiendo que estamos a merced de las decisiones que otros toman por nosotros y que tan pronto se desmorona nuestra realidad, en cuanto otros deciden jodernos las cosas. Por suerte me queda el consuelo de ver que estoy rodeado de buena gente, como Ricardo y Dani, capaces de ayudarme a resolver las desventuras del destino.

—Guau, guau, grrrrr— escucho a Yako ladrar y gruñir, a las puertas de un imponente Mercedes que hay aparcado a unos metros de donde me encuentro.

Nunca había visto ese coche por aquí, pero tampoco mi dócil mascota había reaccionado así nunca. Me acerco para ver que le pasa, comprobando que dos siluetas permanecen dentro, sin poder salir, ante la imponente actitud del animal. Ya ha oscurecido lo suficiente y no acierto a reconocerles en la distancia, pero me aproximo más para atar al perro que no está acudiendo a mi llamada.

Apenas a unos pasos del ostentoso vehiculo, mi fiel amigo, desiste en su empeño y se dirige hacia mí, momento que aprovecho para amarrarlo. Entonces levanto la mano, para disculparme ante los desconocidos que estaba incomodando y acto seguido alzo la mirada antes de darme la vuelta de regreso al banco. Durante el gesto, mis ojos conectan con los del conductor del vehiculo y le reconozco instantáneamente, comprobando que es el maldito exnovio de mi pretendida.

Como prefiero evitar cualquier enfrentamiento con este molesto personaje, hago como que no me he dado cuenta y sigo caminando hacia el asiento público. Durante mi silenciosa huida, escucho abrirse la puerta del coche, pero Yako también se percata del hecho y se gira enfurecido, ladrando con fiereza. Ante eso, el incomodo déspota, vuelve a cerrar la puerta desistiendo de acercarse a mí. Después pone en marcha el vehiculo y avanza por la carretera, parándose a mi altura, para increparme desde allí:

—¡Eh, tú, desgraciado!, ¿Es que no sabes leer? Olvídate de esa tía— grita embravecido por la ventanilla bajada, ante el gruñido amenazador de mi fiel mascota—. Como que me llamo Aaron Quiroga, que si no pasas de ella: ¡te vas a quedar sin trabajo, gilipollas!

Tras su último improprio, el patético galán de tres al cuarto, acelera para largarse de una vez por todas. Parece mentira que ese tipo tenga unos treinta años y se siga comportando como un adolescente, montando numeritos de este porte. Cada vez tengo más claro, que mis amigos tienen razón y que el ego es un monstruo que crece dentro de nosotros, para procurar sublevar a los demás.

Comienzo a comprender que la voz que brotaba

dentro de mí, siendo un chiquillo, era la propia conciencia universal que manaba de lo más profundo de mi interior. Pero ahora entiendo que mi propio ego ha ido suplantando a dicha conciencia, envenenándome poco a poco con el pasar de los años. Por lo tanto, sé que la conciencia existía antes de mi nacimiento y que el ego se ha ido conformando socialmente después, para que yo como individuo pudiera sobrevivir en este sistema artificial de competencias.

Una vez asumido el ego, como el verdadero cáncer que mantiene dividido al ser humano, me surge una gran duda que soy incapaz de resolver: y es que me gustaría saber si todos esos niños de papá que ahora creen dominar el mundo, llegarán algún día a escuchar la voz de su conciencia. Supongo que en su niñez también les susurro al oído, como a todos, pero es evidente que cuando crecen solo piensan en ellos mismos. Mientras tanto el resto de los mortales pasamos la vida en una eterna batalla interior, donde ese ángel que resulta ser la conciencia y ese demonio ególatra que engendramos, pelean constantemente por enfocar nuestra conducta.

De cualquier modo, está claro que ese tipo no piensa en aceptar mi libre albedrío o el de Mónica, sólo lucha por satisfacer su ego y eso determina la profunda enfermedad que alberga su alma. En cualquier caso, comienza a darme pena ese hombre: me llama desgraciado, pero él sólo tiene dinero y en cambio yo, aunque no tengo muchos posibles, gozo de la compañía de la mujer que él tanto desea. El pobre iluso, piensa que me puede amedrentar con la amenaza de quitarme las migajas que me da, pero su mundo estallaría en mil pedazos si supiera que ese dilema no me lo ha propuesto él en realidad. Lo cierto es, que Mónica me ha ofrecido romper con todo y eso significaría tener que dejar todo lo

que me une a esta ciudad. Ese tal Aaron amenaza con dejarme sin trabajo si no me olvido de ella, pero yo ya me hago a la idea que si elijo seguirla tendré que dejar ese curro. Todavía tengo que sopesar una decisión que marcará mi destino, pero tengo claro que este tío no puede influir para nada en mi elección final.

Sintiéndome libre, a pesar de la soga que acaban de intentar echarme al cuello, he soltado de nuevo a Yako para que goce de la misma sensación. Tras un rato disfrutando del viciado ambiente de la ciudad, veo aparecer el coche de mi nueva, y buena, amiga por el fondo de la calle. Entonces pego un fuerte silbido de llamada, que advierte al perro de nuestra inminente marcha y vuelve junto a mí, mientras ella se aproxima a nuestra posición.

—¿Estáis preparados chicos?— pregunta la bella dama, bajándose del vehículo, al encontrarnos en la calle. Después se acerca a nosotros y acaricia al can, antes de propinarme otro par de sus cálidos besos.

—¡Estamos listos!— manifiesto por los dos, tras la nueva bienvenida, quitándome la mochila del hombro y mostrándosela cogida con la mano, por el asa.

—Perfecto, échala en los asientos de atrás y así Yako podrá ir mas a gusto en el maletero— asegura Mónica, andando hacia el portón trasero de su coche.

Una vez abierto, incito al animal a saltar dentro y mientras ella quita la batea, para arrojarla sobre los asientos, yo anclo el arnés del perro a un gancho que sobresale dentro del compartimento para mercancías. Luego coloco mi macuto sobre las cajas apiladas que ocupan el amplio asiento trasero y termino por sentarme de copiloto, junto a la mujer que ha aparecido para

desarbolarme mi funesta rutina. Y antes de abrocharme el cinturón de seguridad, miro hacía atrás para observar a mi inseparable compañero, cuyo busto sobresale, por encima de los bártulos.

—¿Listo para marchar hacía la libertad?— pregunta por última vez mi simpática compañera, poniendo en marcha el motor de su automóvil.

—¡Por supuesto!— exclamo sin vacilar, conteniendo el mal rato del cual he sido víctima hace apenas unos minutos.

Tras mi sincera afirmación, que denota un fuerte optimismo en esta fugaz huida, nos ponemos rumbo a villa Esperanza y no puedo controlar un grato cosquilleo interno que me hace sonreír de felicidad. No quiero darle importancia a la conversación, o más bien monólogo del ex de mi amada, así que prefiero no ponerla al tanto sobre la visita de ese dictador en ciernes. Con tal premisa, comienzo a contarle lo sucedido con la videoconsola, para sacar conversación durante nuestro viaje.

—¡Hay que ver! Si es que nos movemos por impulsos y la gente tan pronto te ve como un enemigo porque le ganas en un simple juego, como te ve un aliado por ser del mismo equipo de fútbol— comenta Mónica, habiendo comprendido enteramente la conclusión que se desgrana de tal anécdota.

—¡Exacto! Eso he pensado yo, esta claro que estamos muy afectados por el alienado ego que nos controla interiormente— apostillo sus palabras con coherencia.

—¡Así es! Por eso debes entender, que todos somos co-creadores de la realidad que tenemos y con la

ignorancia, la soberbia y los miedos que proyectamos a los demás, vamos creando y permitiendo el mundo que tenemos.

—Está claro, que si todos nos pusiéramos de acuerdo en cambiar nosotros mismos, ¡en un abrir y cerrar de ojos, cambiaría toda la realidad global presente!

—¡Cierto, Manu!— aclama la conductora. Antes de poner reparo en los detalles—: Pero no podemos culpar a la gente, porque ya sabes que las verdades están siendo manipuladas y están produciendo en serie a las personas, para ser como son.

—Tienes toda la razón, está claro que no hay nada que hacer mientras la gente no deje de unirse por trivialidades, tales como el fútbol, la política, los toros y un largo etcétera de ideologías diferentes que dividen a la sociedad en infinidad de minorías divergentes— observo comprendiendo la gran ingeniería de distracción y división que azota a la humanidad—. Debemos apartar todo eso, para unimos por lo que en verdad importa, tenemos que darnos cuenta que hasta el último ser humano merece vivir con dignidad y que por ello: debemos ser buenos para con los demás y trabajar juntos por un mundo mejor, y no uno aparentemente mejorado.

—Exacto, mientras no ocurra eso, esto seguirá siendo igual: un planeta lleno de desigualdades, rebosante de falsedad y carente por completo de buenos valores humanos, los cuales nos dirigirían hacia la armonía que tanto necesitamos— declara tajantemente, apoyando mi último razonamiento, sin apartar la vista de la oscura carretera por la que circulamos. Después me mira un segundo, antes de afirmar algo más obvio si cabe—: El problema es tan profundo que a día de hoy la gente, casi disfruta más con las desgracias ajenas que con

lo bueno que les sucede a ellos mismos.

Es indiscutible, tiene toda la razón, las personas somos tan infelices que a menudo solo nos contentamos con la infelicidad de los demás. No hay mas que ver a ese chico que he ganado en el juego, ha expresado deseo porque baje el Málaga sólo porque le he vencido. Dada la evidencia, prefiero no hacer puntualizaciones a sus últimas palabras y en un arranque de osadía, alargo mi mano para posarla sobre su pierna.

—Bueno, yo me alegro de haberte conocido. ¡Espero que eso no sea malo para ti!— lamento en tono cariñoso, acompañando el gesto.

Ella vuelve a brindarme una de sus cálidas sonrisas y aparta un brazo del volante para coger mi mano con la suya, susurrando:

—¡A mi también me hace feliz conocerte!

Escucho su afirmación y siento como no hay mayor felicidad que el amor bien correspondido. Por eso decido callarme, pensativo y esperanzado en esta repentina aventura que ha surgido entre nosotros. Así me quedo embobado un buen rato, agarrado de su mano, con la mirada perdida en el oscuro horizonte y la mente distraída mucho más allá del mismo.

De fondo se escucha la radio, una cadena rockera retro que yo también suelo llevar puesta y avanzamos por la autovía hacia el este, a un ritmo constante, penetrando por la habitual penumbra de la noche. A pesar que el trayecto no es muy largo y los carteles que vamos pasando, nos percatan de la cercanía: esta excursión, tiene más visos de huida que de otra cosa. Siento que esta marcha es un pequeño experimento y que no es definitivo, pero una fuerte sensación de alivio se ha

apoderado de mí por completo.

Atrás quedan cargas, responsabilidades y obligaciones, también están la familia, los amigos y las comodidades, pero la sensación que me embarga en este momento se asemeja a la del pájaro que liberas de su jaula. Por eso presiento que aunque el paseo sea corto, simboliza un salto muy grande hacía liberarme de mi angustiado devenir y sin querer sopesarlo profundamente, pienso que sobran los motivos para dar el paso. Tal es la alegría del momento, que sin apenas darme cuenta nos encontramos llegando a nuestro destino y solo me bajo de la emocionada nube en la que planeo, para atender una notificación del Facebook que suena en mi teléfono móvil.

Impresionante noticia me aguarda en el terminal portátil, cuando descubro algo que viene a certificar que este es uno de los días más especiales de mi ordinaria vida. Al abrir la aplicación, me encuentro con que un viejo amigo, que se debate por seguir viviendo por culpa de un maldito linfoma, acaba de actualizar su estado y ha puesto un mensaje bastante esperanzador. Creía que no podría ser más feliz después de lo de Mónica, pero sin duda él lo ha logrado, llevaba mucho tiempo deseando verle de nuevo en activo y esta misiva indica una gran mejoría:

—Quiero daros las gracias a todos por haberme dado fuerzas para seguir adelante, escribo esto para informaros que me dieron el alta el pasado miércoles y que si todo va bien, terminaré de recuperarme en casa junto a la familia. Me siento muy feliz y quiero deciros que aunque no nos hemos visto por culpa de mi delicada situación, si he percibido vuestro constante cariño. Ahora queda la recuperación que afronto con todas mis ganas y

espero veros en cuanto me ponga a tono. ¡¡Un fuerte abrazo!!— escribe en su perfil, este incansable guerrero, dejándome perplejo ante el fantástico acontecimiento.

Esto si que es increíblemente fabuloso, hace más de un año que empezó el calvario de Carlos y por fin ha vuelto a casa tras su largo tratamiento. Lo peor fue la incertidumbre de ver que los médicos no acertaban a dar con su autentica dolencia y comenzó una odisea de altos y bajos hasta dar con el diagnostico. Después vino la dura noticia, junto a la angustiada quimioterapia y perdiendo hasta la vesícula por el camino, al tiempo, por fin llego el trasplante de médula del que acaba de ser operado. Lo último que sabía de él era que se encontraba en la UCI, donde suelen ser ingresados para su observación los pacientes que son sometidos a este tipo de operaciones.

Tengo un gran aprecio a ese hombre y llevo deseando su recuperación desde el primer día que fui impactado con la mala noticia, él fue mi jefe cuando trabajaba en aquel Pub hace años y siempre fue para mí, como un hermano mayor del cual tomar ejemplo. Parece mentira que le haya tocado este mal trago, dado que Carlos representa a esa clase de gente que ama todo el mundo. Además resulta macabro que lo hayan atiborrado a drogas químicas, cuando aún siendo barman era extremadamente reticente, incluso, a tomar alcohol. Rara vez se emborrachaba y de hecho traspaso el local cuando nació su primer hijo, porque es un ser harto responsable. Ya tiene dos, bastante pequeños para comprender enteramente que le sucede a su padre y no me cabe duda que llegará a recuperarse, porque las ganas de criar a sus retoños pueden más que cualquier tratamiento.

Mi amor a los médicos que hacen todo lo que pueden, es infinitamente mayor que el que tengo por la

industria farmacéutica la cual especula con los medicamentos más caros y los que mejor cronifican las dolencias. De hecho basta con recordar que mi abuelo no pudo superar esa quimioterapia que le practicaron, aunque esta claro que no poder ir a cuidar de un huerto que poseía a las afueras de la capital, además de su ya mencionada afición a la pesca, también hizo mella en mi bienamado ancestro. Sin embargo, Carlos la soportó mucho mejor y dio lugar a que pudieran realizarle el trasplante del que ahora se recupera. Por otra parte, con 37 años, él todavía es joven y su pequeño huerto son esos dos niños que no se ve capaz de abandonar. También está su mujer, a la que ama con locura y que está sufriendo esto tanto como mi amigo.

Recuerdo que hablé con ella, la última vez que intenté hablar con él y estaba muy asustada por la angustiada pesadilla que les ha tocado vivir. Por eso creo que es buen momento para llamarle, todavía no son las nueve y quizás pueda hablar por fin con él. Así que deslizo suavemente la otra mano por la pierna de Mónica, para después bajar el volumen de la radio y terminar señalando el móvil, indicándole que voy a hacer una llamada.

—¡Dígame!, ¿quién eres?— contesta mi valiente amigo, tras descolgar el teléfono. Su voz está un tanto quebrada, sin duda normal por los fuertes tratamientos que le están administrando y se le nota un poco cansado, lógico tras una operación de esas características.

—¡No sabes que feliz me hace escucharte, campeón!— exclamo en tono suave, mientras unas lagrimas de satisfacción brotan de mis ojos.

—Ah, ¡Hola, Manu! Aquí estoy luchando contra mi medula, amigo, llevo un año de pena...

—¡Lo sé, hermano! Estoy al tanto y por eso quiero que sepas que siempre proyecto hacía ti, mis mejores deseos— aseguro, sin poder contener el resto de gotas que recorren mis mejillas.

—Gracias, de verás. Ahora me tengo que recuperar, e incluso, aprender a andar de nuevo— continua, desgranando las secuelas de su inmerecida vivencia.

—¡Eres un valiente y tienes un par bien puesto!— vuelvo a exclamar, embargado por la emoción de comprobar que afronta con fuerza esta última etapa—. Ya solo queda ir mejorando poquito a poco, pero sin sobreesfuerzos. Yo en cuanto pueda, pasaré a visitarte.

—¡Muchas gracias, Manu! Pero espérate un poquillo para venir a verme, que también tengo que refortalecer mis defensas y reponer fuerzas.

—De acuerdo, no hay problema. Que sepas que me alegro muchísimo de hablar contigo y que espero verte bien cuanto antes.

—Yo también, amigo. Ya haremos una pequeña fiesta, cuando esté recuperado— responde, animado pese a las limitaciones de su momento de forma.

—¡Eso es seguro, capitán! Ahora cuídate mucho y ya te iré llamando para ver como estás.

—¡Gracias por los ánimos! ¡Lo haré!

—A ti, que eres muy grande y una vez más, un claro ejemplo a seguir para todos— replico, sin escatimar elogios, hacía una persona tan luchadora en la vida.

—Un abrazo, Manu. Nos vemos pronto.

—¡Hasta luego, Carlos!— termino clamando,

antes de colgar la llamada, realmente emocionado por detectar un importante progreso en el estado de ese buen hombre, que sin comerlo ni beberlo se ha encontrado inmerso en una dura lucha por seguir viviendo.

Nunca valoré tanto el estar sano, hasta que me enteré de su enfermedad y ahora, por fin, él podrá pronto volver a gozar de ese privilegio. Sin duda, lo está consiguiendo porque le sobran los motivos para huir de su dolencia y eso me devuelve a mi presente, a la lucha que mantengo contra mi mismo por recuperar la libertad.

Mientras tanto, hemos llegado a Loja y circulamos por ese precioso pueblo, que discurre aposentado sobre los primeros desniveles de la serranía que lleva el mismo nombre. Avanzamos por una avenida, bien iluminada, que conecta la autovía con el mar de lucecitas que adornan desde la cuesta hasta el valle. Yo guardo el móvil, para acto seguido secar los restos de lágrimas que resbalaban por mis mejillas y Mónica me dedica una tierna mirada, antes de preguntar:

—¿Te encuentras bien?

Entonces, estallo con toda la historia y la pongo al corriente de la buena noticia que ha desatado mi notable emoción. Ella escucha con atención, volviendo la vista hacia nuestra ruta y termina asegurando tras mi relato, que si la mente quiere curarse, manteniendo una actitud positiva lo terminas logrando. Después vuelve a sorprenderme con su gran conocimiento, pasando a desgranar las bases sobre la nueva medicina germánica.

Al parecer un médico alemán ha pasado gran parte de su vida intentando demostrar que las enfermedades antes de desarrollarse en nuestro organismo, sé generan primero en nuestra mente y se transmite al cuerpo debido

a nuestros pensamientos negativos. En resumen, descubrió que gran parte de las dolencias tienen una raíz psicósomática. Atando cabos, recuerdo que Carlos cayó enfermo tras la muerte de su padre por culpa de una leucemia y entiendo que podría ser verificable tal teoría médica, en este caso. Pero resulta que, una vez más, estas técnicas chocan con el sistema establecido: ya que la curación por medio de esta medicina sería más de predisposición psicológica, que farmacológica, y por lo tanto, menos rentable. De lo que sí estoy seguro, es que en la curación de mi amigo están siendo fundamentales: sus ganas de vivir y la actitud positiva que está teniendo, pese a haberse visto realmente mal. Además, acompaña el agresivo tratamiento médico, con terapias naturales basadas en la alcalinización y el fortalecimiento de su sistema inmunitario. Sea por lo que sea, los resultados son positivos y deseo con todo mi corazón que ese hombre pueda ver crecer a sus hijos.

Mientras hablábamos, nos ha dado tiempo a atravesar todo el pueblo y luego hemos cruzado un puente, para circular unos cientos de metros por el otro lado del río. Ahora nos hemos detenido frente a una cancela doble que permanece cerrada con una cadena. Entonces Mónica se baja para abrir el candado que mantiene cerradas las puertas, después las abre y se vuelve a montar en el coche, para conducirlo hacía dentro de la amplia parcela a la que dan acceso.

Nada más rebasar la entrada, se apea de nuevo para cerrar las puertas, pero esta vez, prescindiendo de la cadena que deja colgada tras uno de los portones. Desde el coche se puede distinguir un estrecho carril de cemento que dirige directamente a una coqueta casita, situada a algo más de cincuenta metros y que alumbran, en la lejanía, los faros del vehículo. Mirando hacía allí, puedo

distinguir una sombra que aparece de detrás de la casa y sale corriendo en dirección a nuestra posición. Enseguida puedo percibir la silueta de un animal y resulta ser la mascota de la que me había hablado mi compañera, que acude a saludarla.

Mónica se agacha a acariciarla con ternura y le pronuncia cariñosamente unas palabras. La perra muestra su inmensa alegría, sin dejar de mover su cola y Yako se percata de su presencia, y comienza a lloriquear, mirando con atención por la ventana. Yo intento tranquilizarlo desde mi posición, cuando mi amiga se percata de la situación y vuelve al coche, para cubrir los últimos metros que nos separan de la casa.

Nada más detenernos junto a la vivienda, me bajo para abrir el portón trasero y liberar a la fiera, que ha empezado a rascar el suelo ante la desesperación. Mi peludo amigo salta del maletero, en cuanto le suelto la correa y sale a correr detrás de Tula, la cual sale despavorida ante el impetuoso macho. Mientras los recién conocidos animales retozan el uno detrás del otro, nosotros nos dedicamos a descargar los asientos y luego la anfitriona se molesta en enseñarme su hogar.

Me muestra el dormitorio principal, totalmente amueblado y otros dos que tiene la casa, pero que permanecen vacíos. Además tiene un gran salón comedor, con una bonita cocina integrada y un servicio completo, todo equipado para entrar a vivir. Tras ojear la fabulosa morada volvemos al porche, donde Mónica ha encendido una luz que ilumina la amplia entrada y me señala unas escaleras de metal, para explicarme que dan a una azotea donde también hay un pequeño estudio.

Entonces nos giramos ante los ladridos de la nueva amiga de Yako, que le ladra porque el can no deja de

revolcarse frente a ella y nosotros nos echamos a reír, observando como nuestras mascotas se han caído a la perfección. Cuando se nos pasa la risa, siento la necesidad de agradecerle a mi compañera este gran momento y cojo sus manos, mirando fijamente a sus ojos, pero sin poder articular palabra debido a la emoción.

—¡Lo se, Manu! No digas nada...— se adelanta ella, como si comprendiera la entera alegría que crece por dentro. Después cierra sus ojos y se inclina sobre las puntas de sus pies, para conectar sus labios con los míos.

Ahora si que me he quedado sin palabras y una lagrima vuelve a recorrer mi rostro, ante la magna felicidad de certificar algo que los dos estábamos buscando. No me atrevo ni siquiera a pellizcarme, por miedo a que todo sea un sueño y que esta realidad placentera se deshaga ante mis ojos. Por esa misma razón me niego a reabrir los parpados y la abrazo con protectora fuerza, levantándola del suelo, procurando alargar lo máximo este dulce primer beso.

SOBRAN LOS MOTIVOS

EXPLORANDO UN MUNDO NUEVO

Domingo, 4 de noviembre de 2012

Un soplo fresco de aire vespertino, hace que abra los ojos y el bonito cantar de los pájaros, espabila mis oídos en la cálida alcoba donde anoche certificamos nuestro amor. Para nada fue un sueño, la dulce velada que pasamos entre risas y caricias, con el agradable colofón de poner a prueba los muelles de este suave lecho donde yazco en este momento. No quiero entrar en detalles de tanta pasión como aquí hubo, pero resumiré el asunto diciendo que anoche pude comprobar la verdadera química que hay entre nosotros y ahora presiento una tremenda paz interior, que me hace ser consciente de la irrefrenable armonía de la vida junto a Mónica.

Estoy tumbado sobre el costado sin apartar la vista de la ventana del dormitorio principal, a través de la cual se puede vislumbrar una espléndida mañana y no quiero ni moverme, para no despertar a mi bella amada. Todo huele a un agradable perfume de rosas, incluso yo poseo ese sutil aroma a ella y por ahora me conformo con eso,

para no despertarla de su viaje onírico. Es una sensación extraña, porque no siento su aliento en mi espalda, pero recuerdo dormirme abrazado a su cuerpo y si ahora estoy encarado a la ventana, sin duda puede estar de igual postura sobre el otro lado de la cama.

Entonces, en lugar de mover ni un solo músculo, me dedico a rememorar el increíble sueño que he tenido antes de abrir los ojos. No ha sido la típica vivencia estrambótica a las que me tiene acostumbrado mi subconsciente, está vez era una vivencia distinta puesto que parecía del todo real. La única objeción para que me sucediera lo mismo en carne y hueso, es que los personajes del mismo ya no están entre nosotros: dado que eran mis dos abuelos quienes aparecían en él. En la experiencia de almohada, ellos me instruían a trabajar el campo y me resulta curioso porque jamás he pisado un sembrado, pero ahora de alguna manera siento sutiles nociones recogidas de este emocionante sueño.

Rememorando lo sucedido mientras dormía, en total quietud, de repente escucho un abrir y cerrar de puertas, que proviene de alguna parte de la casa. De tal modo que desisto en mis recuerdos, para pensar en levantarme y comienzo a deslizarme por la esquina de la cama, hasta poner un pie en el suelo. Después pongo el otro y termino alzando el cuerpo sobre los dos, para girarme también con sigilo. De nada ha servido mi especial cuidado, puesto que al mirar el colchón descubro que en realidad estaba yo solo tumbado en él.

Así que riéndome de mi mismo, abro la mochila y saco la muda para vestirme. Cuando termino de hacerlo, agarro el móvil y mirando la pantalla, me percató que son las once pasadas. Hacía años que no me levantaba tan tarde, pero ha merecido la pena disfrutar de ese bonito

sueño donde mis ancestros me enseñaban a arar, sembrar y cosechar el campo. Es curioso que nunca llegara a ver con vida a mi abuelo Miguel, pero ahí estaba tal y como lo he visto siempre, en las escasas fotos que se conservan de él.

Es un regalo muy tierno, poder acordarme de ese último sueño y por eso me engalano con una amplia sonrisa, antes de salir del dormitorio. Justo al girar el pomo de la puerta, escucho unos pasos tras ella y me encuentro con mi agradable anfitriona, cuando tiro hacía dentro de la apertura. Mónica se queda a unos pasos de la entrada, frenada de golpe, con la mirada puesta en una bandeja que trae en las manos.

—¡Ya te has despertado, bello durmiente!— clama tras su reacción inicial, clavando sus ojos en los míos.

—Mmm..... ¡que rico!— contesto yo, observando el suculento desayuno que porta entre manos—. ¿Eso es para mí?

Ella se da la vuelta, para caminar hasta la encimera que divide el salón, de la cocina y posa la bandeja sobre la encimera, diciendo:

—Claro, campeón. Desayuna que repongas fuerzas, aunque un poco más y tengo que servirte el almuerzo, dormilón.

—Jajaja, perdona. No suelo dormir tanto— asevero, mientras tomo asiento en un taburete frente al desayuno y cojo el vaso de zumo de naranja que contiene, para darle un buen trago.

—Jajaja, no pasa nada...— resuelve mi bella amante, con las manos bajo el fregadero, donde se ha

puesto a lavar el exprimidor y otros enseres de cocina.

Antes de terminar de limpiar todas las piezas del licuador manual, yo ya he devorado una tostada de mantequilla y mermelada de fresa. Estoy sirviéndome una segunda, pero al terminar de untar la primera capa me llevo un sobresalto y doy un blinco de la banqueta, ante la figura de un hombre que cruza tras la ventana que hay entre el frigorífico y la hornilla. Raro es que no se les escuche ladrar a los perros y me dirijo a interceptar al extraño, en la entrada de la casa, empuñando nerviosamente el inútil cuchillo de untar.

—Alto ahí, ¿quien eres y que haces aquí?— pregunto, sorprendiendo al extraño que se para en seco a unos metros de la puerta que acabo de abrir.

—Uy, ¿Qué pasa maricón, me vas a untar mantequilla?— interpela entre risas el completo desconocido, con voz afeminada y un aire muy peculiar. Después señala detrás de mí, diciendo—: Yo soy ese de las fotos ¿y tú, quién eres guapetón?

Entonces me giro con cara de bobo, sin entender nada y compruebo que el tipo que tengo enfrente, sale en un montón de fotos que ahí colgadas en la pared que está indicando. En ellas sale abrazado a Mónica, o junto a ella, en imágenes que parecen repasar toda una vida entre ellos a lo largo del tiempo. No recuerdo que me haya comentado nada, pero lo cierto es que tienen rasgos en común que hacen preveer un evidente parentesco.

—¿Qué pasa, Manu?— interroga mi compañera, dirigiéndose hacía nosotros.

—Chocho, eso digo yo: ¿que pasa?, ¿no te has “*venio*” todavía y ya has puesto un portero en la casa?— cuestiona con mucho salero el recién llegado,

inclinándose para mirar dentro del hogar.

—Jajaja, no... ¡Hola, tete!, ¿Cómo estás?— termina preguntando mi hospedadora, reconociendo a aquel hombre en el acto. Luego me mira y se arranca para despejar mi duda—: Tranquilo, Manu, este es mi hermano mayor y es inofensivo. Se llama Andrés.

—Lo...lo siento— manifiesto mirando al recién llegado, bajando el inofensivo cuchillo que llevo en la mano. Y extendiendo el otro brazo para saludarle—: Yo soy, Manu. ¡Encantado de conocerte!

—¡Ay! No me digas que esta fulanilla no te había “hablao” de mí— comenta el neo conocido, palmeando mi mano y abalanzándose sobre mí, para plantarme dos besos en la cara. Después se dirige hacia Mónica y le da otro par de ósculos. Acto seguido la señala, mirándome a los ojos, para decir—: Que sepas que yo si había escuchado hablar de ti. Es capaz de quererte más que a su propio hermano, ¡la cacho puta esta!

Tras su exclamación en tono cariñoso, los tres nos echamos a reír y pasamos dentro de la casa, para terminar el desayuno. Yo vuelvo a sentarme en la banqueta, para continuar preparando la segunda tostada y presto atención a la conversación que mantienen ellos.

—¿Que haces aquí, nena? ¡Creía que volvías mañana!— pronuncia Andrés, tomando asiento en la banqueta contigua a la mía.

—¡Ya ves, Andy! No me he podido aguantar y me he venido antes— contesta Mónica, con una amplia sonrisa, llegando al otro lado del mostrador que divide el salón de la cocina—. ¿Y tú, que haces por aquí tan temprano?

—Chocho, que yo no me levanto siempre tan tarde. Sólo cuando salgo a deshora del curro y el otro día era el puñetero Halloween— le responde su hermano, mirándola a la cara. Luego mira hacía la ventana por donde le vi pasar hace unos minutos y asegura—: Iba a casa de la mamá, para coger unas naranjas de zumo...

—No sabes mentir, tete. ¡Venías aquí a buscarlas!— exclama ella, clavándole los ojos, sin perder la sonrisa.

—Que cosas tienes, nena...— replica él, mirando hacía todos lados sin poder fijar la vista en ningún sitio—. ¿Cómo va a ser eso? He visto tú coche y ya me he pasado a saludarte...

—¡Nene, este saco de naranjas lo traje lleno el sábado pasado!— alega Mónica, alzando un saco de rejilla rojo al cual le falta la mitad del contenido.

—¡Ay! No tendría que haberte “*espabilao*” tanto, ya no hay quién te la cuele...

—Jajaja, ¡menudo gachón estás hecho! ¡Anda toma!— vuelve a proferir ella, sacando unas naranjas del saco que tiene en las manos—. Te haría aquí el zumo, pero acabo de fregar el exprimidor...

—Tranquila, ahora me lo hago yo en casa— responde él, levantándose del asiento para coger de un puñado las piezas de fruta. Después termina preguntando, de camino hacía la puerta—: ¿Nos vemos para comer?

—Sí, en casa de los abuelos nos vemos— interpela mi apreciada amiga.

—Ok, ¡pues luego nos vemos!— exclama Andrés, antes de cruzar la salida para volver por donde había venido.

—¡Hasta luego!— pronunciamos al unísono, ella y yo, mientras desaparece de la escena.

Entonces termino el desayuno y salimos a dar un paseo por el amplio terreno que rodea la casa. Los perros no dejan de jugar, correteando de una punta a otra y puedo comprobar lo inmensamente feliz que se encuentra Yako en compañía de Tula. Mientras tanto, Mónica se centra en hablarme de su hermano.

Dice que no me había hablado de él, por miedo a que yo tuviera prejuicios y prefería que le conociera por mí mismo. Asegura que Andy nació mujer en el cuerpo de un hombre y que desde bien pequeño, ya sentía atracción por las personas de su mismo sexo. Comenta que siempre ha sido una persona muy despierta y que fue él principalmente, quién la fue instruyendo respecto a toda la verdad que hoy conoce. Yo la he instado a no preocuparse puesto que no tengo ningún problema con los gays, más bien todo lo contrario, porque a lo largo de mi vida he tenido contacto con homosexuales y lesbianas, entendiendo siempre, que son personas normales con una orientación sexual distinta.

—Pienso que todos somos iguales, aunque la naturaleza dentro de su perfección crea una infinidad de caminos para sus criaturas. La vida de aquellas personas cuya condición sexual está fuera del estereotipo es más complicada y difícil, pero salen reforzados tras salvar las diferencias— atestiguo, para apostillar mi creencia al respecto.

Tras mi apreciación, ella me explica que las personas como su hermano, son seres que en su anterior vida eran del sexo opuesto y que tras volver a nacer, conservan la sexualidad de antes de morir. Así me percató de que cree en la reencarnación y nos adentramos

en una apasionante conversación, puesto que siempre he tenido curiosidad por el tema. Gracias a su habitual elocuencia, termino comprendiendo su visión sobre el asunto y entiendo que el alma puede ser algo que se va regenerando, una y otra vez, en busca de la perfección. No obstante es evidente que la gente se corrompe continuamente y que muchos fallos que cometemos en la vida, solo se pueden resolver volviendo a nacer. También es indudable que es imposible que un cura pederasta o un cristiano que permita que otros mueran de hambre a su lado, jamás merezcan entrar en un supuesto cielo para vivir en armonía junto a Dios.

Mi punto de vista actual es muy escéptico, pero no quiero parecer un insensible y prefiero no interrumpirla. Además debo reconocer que el mundo totalmente nuevo para mí, que ella me está descubriendo, resuena de algún modo en mi conciencia interior y me resulta esperanzador pensar que no todo termina con la muerte. Luego es lógico que no recordemos nuestras vidas pasadas, porque tal y como es el ser humano, naceríamos con grandes rencores, viejos temores y con los mismos errores: aunque también es coherente que estos nos persigan por las leyes del karma y el darma.

Nuestro diálogo ha sido tan ameno, que ha pasado el tiempo volando y se aproxima la hora del almuerzo. Hemos rodeado toda la finca a pie y nuestro paseo ha terminado en la azotea de la casa, desde donde se pueden apreciar unas maravillosas vistas por encima del vallado de la entrada. Desde aquí se puede apreciar gran parte de esta comarca granadina y mirando hacía el sudeste, se divisa, a lo lejos, la imponente silueta de Sierra Nevada.

—¡Vaya, ya es casi la hora de comer!— exclama Mónica, solo con observar que el sol se encuentra sobre

nuestras cabezas y cambia radicalmente de tema, para ubicarme mejor en la zona antes de marcharnos.

Entonces me lleva al lado de la terraza que queda sobre la cocina y señala una pequeña puerta en la alambrada que divide el terreno de su casa, de el de al lado. Me explica que la parcela a la que da acceso es donde vive su hermano y luego me muestra otra puerta similar en el lado contrario, que da acceso a la vivienda de sus padres. Resulta que toda la tierra era de su progenitor y que lo distribuyó en tres fincas independientes, para que Andrés y ella pudieran construir sus hogares. Me cuenta que su padre levanto la estructura hace unos seis años y que ellos se han preocupado de conseguir el dinero para terminar la obra. Al parecer su hermano acabó de construirla hace un par de años, cuando regreso de vivir en Barcelona y Mónica, ha finalizado su proyecto hace apenas unas semanas.

—No me extraña que hayas decidido venirte aquí, este sitio es perfecto— comento, mientras continúo embelesado por la belleza del entorno.

—Por supuesto, no podría ser mejor— atestigua ella, acercándose a mí para darme un cálido abrazo. Pronunciando unas palabras, para acompañar su gesto—: Ya sabes que mi casa, es también la tuya.

—Lo sé. ¡Muchas gracias, amor!— manifiesto, cogiéndola entre mis brazos, antes de besar sus dulces labios.

Tras un nuevo momento mágico, que nos embarga por unos instantes, ella se separa de mí y se dirige hacía las escaleras que bajan hacía la entrada de la casa, diciendo:

—Vámonos, encanto. Nos esperan para comer.

Yo la persigo hasta abajo y me paro junto a su coche, mientras ella tira de la puerta de entrada para cerrarla. Creía que iríamos rodando en él, pero asegura que donde vamos está muy cerca y comienza a andar por el camino hacía la entrada. En unos instantes abandonamos su terreno, encaminándonos por la carretera en dirección al pueblo, dejando allí a nuestras mascotas.

Apenas caminamos algo más de medio kilómetro y cruzamos el carril asfaltado, para adentrarnos en una gran finca que mantiene sus puertas abiertas de par en par. A un lado de la entrada se ubica un caserío antiguo, pero muy bien cuidado, y en el lado opuesto se erige una enorme nave agrícola. Por el portón entreabierto de la misma, se pueden observar varios tractores aparcados en su interior y al fondo se pueden distinguir chiqueras, y cuadras, que hacen apreciar la actividad animal que reside en aquel almacén.

Una vez rebasada la pared lateral de la gran casa, giramos hacía la parte trasera de la misma y allí descubrimos un sinfín de personas, que disponen una alargada mesa para la comida. La gente se dirige a saludarnos, en cuanto nos aproximamos a los tableros que preparan para el ágape. Evidentemente Mónica les conoce a todos y se encarga de presentarme a sus familiares, conforme van apareciendo y saludándola con calidez.

Yo únicamente conocía a su hermano, el cual durante la comida he podido comprobar su gran calidad humana, además de corroborar que posee un agradable sentido del humor. También estaban los cuatro abuelos de la familia y he podido observar que son personas sencillamente maravillosas, puesto que me han acogido

como si fueran mis propios parientes.

Me han presentado a dos amables parejas de mediana edad, que resultan ser tíos de mi bella amada y en sus caras he podido apreciar la felicidad alcanzada, por vivir en un ambiente tan saludable como éste. Además había un hombre mayor soltero, que también es tío suyo y que parece bastante curtido por el sol labriego. Asimismo he conocido un par de parejas más jóvenes, con críos, que son primos de Mónica y otra prima soltera de ella, realmente guapa y agradable, que se llama Teresa. Por supuesto también estaban los padres de mi convidante, en los cuales he comprobado donde radica la bondad y simpatía que emana de sus hijos.

Hechas las presentaciones de rigor, hemos incurrido en un ameno almuerzo, que no ligero, dado que por vergüenza no he despreciado ningún ofrecimiento y no he parado de roer a lo largo de toda la comida. Primero una imponente ensalada para abrir boca, con infinidad de productos de la huerta regados con un delicioso aliño, me ha sorprendido al paladar y es de lo que más ha picoteado mi querida amiga. También me han ofrecido productos de la región, como unas ricas chacinas y un exquisito caviar de esturión, que no he escatimado en degustar. Y por último, me han servido un plato de sabrosísimas migas que he podido acompañar con una ensalada típica de la zona bastante jugosa.

No suelo beber alcohol con la comida, sobrada norma que me dicté cuando decidí poner coto a mi relación con la bebida, pero el padre de mi compañera no ha dejado de hablarme de un excelente vino que él mismo produce y he sucumbido a sus encantos, tras la recomendación reiterada de casi todos los miembros de la familia. Debo reconocer que estaba tremendamente

bueno y que me ha ayudado a ir perdiendo la timidez inicial conforme vaciaba el vaso, el cual generosamente aquel gentil hombre volvía a colmar. Me he sentido muy a gusto entre gente tan cariñosa y de buena fe, donde incluso he tenido una conversación culinaria con la madre de Mónica, donde me ha explicado quién ha preparado cada plato, cuando he ido a felicitarla por los guisos. Me ha indicado a cuantas manos debía tan magnifico ágape y me ha explicado que ella ha preparado la ensalada que acompañaba a las migas, el remojón de naranja. He apreciado su hábil labor, ya que nunca la había probado y me he llevado un grato placer.

Luego he mostrado mi gratitud a las demás cocineras, llegando incluso a besar las manos de las abuelas por las magnificas migas que han preparado. Ahora nos estamos despidiendo de esta amable familia y no escatimo en agradecerles a todos por su grata compañía, puesto que han sido muy acogedores conmigo durante la comida. Tras la tumultuosa despedida de tan bellas personas, nos encaminamos hacía la carretera para abandonar la extensa finca y nos intercepta Teresa, que nos propone tomar un café en la casa de Mónica. Mi nueva amada responde positivamente a su prima y quedamos en vernos allí, dentro de unos instantes.

Paseamos de regreso a la coqueta parcela, que mi gran amiga ha decidido establecer como su residencia principal y aunque me siento muy cerca de decidir acompañarla en dicha aventura, prefiero no anticiparme a determinar todavía mi destino. Así que camino junto a ella, mientras le comento las satisfactorias sensaciones que me han transmitido sus seres queridos y ella resuelve que en su familia, radican las claves de su deseada vuelta a ese verdadero hogar. Ciertamente he comprobado que son personas cultas y comprometidas, lejos de los

estereotipos que suelen tejerse sobre la gente de campo e incluso su tío soltero, que tiene la típica imagen de hombre rudo, resulta que estudio en el seminario y colgó el hábito en cuanto descubrió lo prostituida que estaba la institución clerical. De hecho, él asegura que la curia está llena de bellas personas que están tremendamente engañadas por quienes manipulan las congregaciones, en las cotas más altas de la pirámide del poder sacerdotal.

Con nuestra distendida conversación, acompañada de un paso ligero a pesar de la pesada barriga que se ocupa en digerir todo lo engullido, enseguida llegamos al final de nuestro rumbo de retorno. Entonces mi acompañante abre una de las puertas para entrar, mientras nos alcanza Teresa que llega y aparca su vehículo, en el amplio arcén de tierra que orillea la carretera secundaria, donde se ubica la fachada del terreno. Una vez resaludados, nos adentramos por el camino de cemento que lleva hacia la casa, ante la presencia de Yako y Tula, que retozan a nuestro alrededor felices por nuestro regreso.

Nuestra correcta anfitriona pasa directamente a la cocina, para preparar el habitual caldo producido por la molienda de los típicos granos tostados. Yo me entretengo en entablar amistad con su prima, que resulta ser su mejor amiga pese a tener un par de años más que ella. Teresa es una chica preciosa y estupenda, capaz de deslumbrar a cualquier hombre con sus lindos ojos verdes. Me cuenta que también vivió en Málaga, pero dice que decidió volver aquí porque se encontró sumida en un entorno muy turbio. No le ha dado lugar a contarme exactamente el motivo, pero se le nota muy afectada por lo que pasó y su voz se percibe temblorosa, cuando habla de su estancia en la capital. Al parecer el piso donde vive Mónica, es una inversión de su abuelo y

su prima habitaba en él, cuando mi amada llegó a la ciudad. Pero justo antes de entrar en detalles sobre su repentina huida, nuestra invitadora ha salido anunciando que el café estaba listo:

—Chicos, coged vuestras tazas y nos lo tomamos en la azotea— dice la dueña de la propiedad, portando un vaso de porcelana en cada mano.

—¡Si, vamos que hace muy buena tarde!— proclama Teresa, cogiendo uno y encaminándose después hacía las escaleras, para subir al terrado.

Yo hago lo propio con la otra taza y mi bella compañera, entra de nuevo en la casa para coger la suya. Luego vuelve a salir y sube a la terraza, reuniéndose con nosotros arriba. Allí tomamos asiento en unas cómodas tumbonas que Mónica tenía guardadas en el estudio, las cuales hemos dispuesto en torno a una mesita baja, que habitaba en solitario, en el exterior de la zona alta de la vivienda.

—¡Te has pasado un poquito con el azúcar, cariño!— asegura Tere, soltando su taza sobre la mesa tras darle un pequeño sorbo. Luego saca una bolsita con hierba, preguntando—: ¿Os apetece un cigarrillo de la risa?

La otra dama asiente con la cabeza, invitando a su prima a liarse el cigarro. Entretanto agarra el vaso de su prima y lo cambia por el suyo, comentando su despiste:

—¡Lo siento, nena! Se me ha olvidado que éste era el tuyo, porque le he echado una cucharada menos.

—¡Habrà sido el alzhéimer!— me atrevo a afirmar, haciendo un pequeño chiste por el ínfimo lapsus.

—¿Quién es ese?— interpela gracilmente Teresa,

después de pasar la lengua por el papel para terminar su tarea.

Sorprendido, casi me pongo a explicárselo pero me han mirado sonrientes y nos hemos echado a reír a carcajadas, mientras escuchamos aproximarse a alguien voceando:

—¿Donde estáis, pendejas?

Es Andrés, gritando desde el porche, que ha decidido sumarse al café. Advertida por su presencia, Mónica se asoma a la barandilla para invitarle a subir:

—Nene, queda algo en la cafetera. Sírvetelo y vente con nosotros.

—Hablando de venirse con nosotros, ¿te vas a venir a vivir con mi prima, Manu?— pregunta Tere, sin andarse con rodeos, ante la atenta mirada de mi amiga que se gira rápidamente para clavarle la vista.

Yo siento un leve nerviosismo espontáneo que me hace tartamudear en mi respuesta. No he tomado aún una determinación al respecto, pero ver que ella ha puesto al tanto a sus allegados me hace comprobar que su ofrecimiento está bien premeditado y no es una decisión tomada a la ligera. Por lo tanto me siento obligado a ser positivo en mí respuesta:

—Es...es... bas... bastante probable.

—No le presiones más— esgrime mi hospedadora, mirando a la otra chica, comprendiendo enteramente mi contestación forzada—. Manu me ofreció quedarnos en Málaga, pero ya le dije que mi vuelta a casa es irrevocable y se lo está pensando.

—No te preocupes, no me incomoda— miento con descaro, para no enfrentarlas por la osadía de mi

nueva conocida. Entonces me salgo por la tangente con el único argumento que encontré, para realizarle tal proposición—: La idea de quedarnos en la ciudad, era para trabajar en el cambio de conciencia de la sociedad.

—Es decir, ¿para cambiar el mundo?— pregunta Teresa, tras mis palabras, pasándome el cigarro aliñado que se ha liado.

—Es que Manu ha conocido, hace poco, muchas de las mentiras del sistema y piensa que podemos trabajar activamente en concienciar a las personas— resuelve Mónica, salvándome de responder mientras doy una calada al petardo. Tras hacerlo, me pongo a toser por la saturación del humo y ella me advierte, guiñándole el ojo a su prima—: ¡Fuma despacito, porque lo que cultiva esta loca está muy fuerte!

—¡Anda ya! No le hagas caso que no es para tanto, eso no lleva químicos añadidos. Está cultivada a base de tierra, sol y agua, además de un poquito de buen estiércol— comenta la otra mujer, refiriéndose a la marihuana. Para después exponer su visión de la realidad—: Verás, Manu, la gente puede pasar la vida leyendo libros de Orwell o viendo películas de Stanley Kubrick, pero no llegan a conectar con el mensaje de los autores. Eran marionetas del sistema, que luchaban por romper el dominio imperante y cuando desde arriba se percataron de su traición, los quitaron del medio. A día de hoy hay cientos de personas que escriben libros, cantan canciones o hacen cortos y largometrajes para cambiar el mundo, pero las personas están demasiado dormidas para darse cuenta de todo el engaño. ¿Qué crees tú que puedes hacer para despertar a la humanidad?

—Desde luego tienes razón, nos han criado en la antipatía y la resignación. Debe ser muy complicado

hacer ver la verdad a los demás— respondo acordemente a sus palabras.

—Mi bella compañera, retira su infusión de la boca para corroborar mi conclusión:

—¡Así es, Manu! Las personas son antipáticas con todo aquel que osa a ponerse en contra de sus resignadas vidas y son realmente permisivas con todo lo que les entregan desde el régimen. Imagínate que yo fuera cantante y me diera por grabar un videoclip vestida de cuero, escupiendo idioteces por la boca: La gente me tacharía de todo y sacaría infinidad de defectos a mi trabajo. Sin embargo, ahí tienes a Lady Gaga que es una marioneta enferma y las personas la llegan a idolatrar, siendo absurda en plenitud.

—Tú reacción al conocer la realidad es muy positiva, pero lo único que puedes cambiar cuando descubres el pastel es: tú propio mundo. El cambio se debe producir en cada ser y no puedes hacer realmente nada, por cambiar la forma que tienen los demás de ver las cosas...— esboza con suma coherencia, Tere, tras las palabras de Mónica. Antes de ser interrumpida por la llegada de Andrés.

—Cambiar el mundo, amigo Sancho, que no es locura ni utopía. ¡Sino justicia!— se aproxima parafraseando, el hermano de nuestra anfitriona, removiendo con una cuchara el café que trae entre manos.

—Sabes que esa frase no la escribió jamás Cervantes, ¿verdad primo?— comenta interrogante, la mujer que fue cortada con su aparición.

—Pues chocho, si eso no lo pone en el Quijote. ¡Habrà que reescribirlo!— clama con su habitual salero,

el recién llegado.

Todos nos echamos a reír, ante semejante comentario y después nos embarcamos en un entretenido debate sobre los motivos por los que es tan difícil conseguir un cambio global en la sociedad. Las conclusiones son las de siempre, la gente no empatiza con los problemas del resto y nadie atiende a percatarse de una falla del sistema, hasta que no se ve directamente afectado. En definitiva, somos presos de nuestro ego cuando estamos sumidos en el asfixiante juego de competencias y nos tornamos incapaces de comprender que luchando por resolver las injusticias que afectan a los demás, podemos arreglar la administración totalmente desigual que nos pervierte a todo el mundo. Me alegra comprobar que compartimos algo más que el porro y los cuatro tenemos claro que estamos siendo engañados en muchos aspectos de la vida, entendiendo que pese a poder existir una manipulación perversa que radica en las más altas esferas: el autentico mal se encuentra sembrado dentro de cada ser y somos víctimas principalmente, de nosotros mismos.

—¡Hablando de manipuladores!, viniendo de casa de la abuela me he cruzado con un coche muy parecido al de tu gran “amigo”. ¿Cómo se ha tomado ese capullo, que dejes la capital?— cuestiona Andrés, cambiando de tema, dirigiendo sus palabras y su pregunta, a su hermana.

—¡Bah!, ni me hables de él. Espero que no este por aquí incordiando— responde Mónica, sabiendo a la perfección de quién le está hablando. Luego termina de contestar, haciéndome ver de que va el tema—: El lunes le dí la noticia y se puso muy pesado, ofreciéndome doblar mi sueldo. Además no tuvo inconvenientes en

incomodar a Manu, cuando se entero que estaba quedando conmigo. ¿Verdad?

Me mira directamente para formular su cuestión y capto enseguida que me está preguntando por su molesto ex. Recuerdo que no la he puesto al tanto de lo sucedido ayer por la tarde y no puedo impedir ponerme nervioso, ante la posibilidad de verlo aparecer por aquí desvelando tal hecho. No obstante prefiero seguir manteniendo en secreto su última visita y decido responder a su pregunta omitiendo el detalle:

—Ha... habláis de Aaron, ¿no? ¡Si, que pesado! Primero me dejo una nota en la cochera y después se coló en mi piso, para dejarme otro mensaje amenazante.

—Jejeje... Bueno tampoco te ha amenazado, solo te ha estado amedrentando un poco para que te olvidaras de mí— replica mi amada, lógicamente, ya que desconoce la condición que me ha impuesto ese tío, para conservar el trabajo.

—¡No me digas!— exclama Teresa. Antes de reprender a Mónica, por no haberle comentado nada—: Porque no me lo habías dicho, ¡te dije que si te molestaba me lo dijeras inmediatamente!

—No pasa nada, me las pude arreglar sola con él y no quise molestarte, para lo poco que me quedaba por aguantarlo— le responde su prima, quitando importancia al escabroso asunto.

—Es verdad, Tere. Aaron es un cachorro de gato, que sueña con ser un león— afirma con gracia, Andrés. Después se pone de pie y va hacía las escaleras, despidiéndose—: Bueno, pues me tengo que ir a currar. ¡Espero volver a verte por aquí, Manu!

—¡Yo también, Andy! Me alegro de haberte conocido— le manifiesto con afectividad, mientras se aleja.

—Eso, ¿y a nosotras no nos dices nada?— interpela Mónica, haciendo que su hermano se detenga antes de bajar el primer escalón—. Anda, anda, tu si que estás hecho una tigresa.

—Jajaja, serás pelleja. Si a vosotras os tengo muy vistas y sé de buena tinta que os volveré a ver— asegura él, exculpándose por sus modales. Pronunciando sus últimas palabras, bajando ya los escalones—: ¡Hasta luego pencas, que me están esperando en el Pub!

Tras su marcha, ellas me cuentan que él trabaja en un bar de copas del pueblo y se encarga de entretener a los clientes, empleado como relaciones públicas. Dicen que suele hacer espectáculos de transformismo y unos monólogos geniales, donde aborda la gran farsa social de una manera muy cómica. La verdad que no me extraña nada, conociendo al personaje, Andrés rebosa arte por los cuatro costados y es estupendo conocer de boca de sus familiares, lo bien que ha desarrollado su especial talento innato.

—¡Nena!— vuelve gritando escaleras arriba, Andy, cuando creíamos que ya se había marchado. Entonces se dirige hacia nosotros y, al llegar, comenta en un tono más calmado—: ¡Nena, que está ahí! Merodeando por la puerta...

—¿Quién, tete? ¿Qué dices?— estalla interrogativamente, la dueña de la finca.

—¡De verdad, Moni!, ¡Estás “cuajá”! Quién va a ser, pues el minino. ¡El que quiere ser rey león!— especifica su hermano, señalando los cipreses que se

divisan a este lado de la valla.

Entre dichos árboles, se distingue la sombra alargada de un coche arrancado, pero parado, justo detrás del de Teresa. Un singular nerviosismo, mezclado con impotencia, surge de mi interior ante la posibilidad de volver a enfrentarme con Aaron. Enseguida compruebo que Andrés no se equivoca, puesto que Yako ha debido reconocer el sonido del motor y se dirige a la puerta, ladrando embravecido hacia el otro lado de la fachada. Mónica se pone en pie y se dirige a la barandilla, para observar, haciendo aumentar mi inquietud irremediable.

—¡No te molestes, prima! ¡A éste lo despacho yo, ahora mismo!— exclama Tere, encaminándose a la bajada. Anunciando por el camino su marcha—: De todas maneras, ya me iba a ir. ¡Hasta mañana, familia!

Tras sus palabras, camina escaleras abajo y se dirige a la entrada del terreno. Luego abre un poco la cancela para que no se escapen los perros y se cuela por la apertura, cerrando al salir, desapareciendo de nuestra vista.

—¡Bueno, yo me tendría que haber ido ya!— asegura sobresaltado, Andy, poniéndose de nuevo en marcha hacia los peldaños. Y antes de descender en dirección a su casa, tranquiliza un poco a su hermana y más si cabe, sin saberlo, a mí—: ¡Tranquila, nena! Ya sabes que Teresita, tiene “*pa tó*”... ¡Mañana nos vemos!

—¿Vas a dejarla sola?— pregunto absurdamente, a pesar de que no quiero, por nada, que vaya.

—Tiene razón mi hermano, mi prima está curada de espantos— asegura Mónica, calmando mi ansiedad en mayor medida. Entonces se aleja de la baranda y vuelve a tomar asiento, explicando su pasividad—: De todos

modos, yo ya no se que hacer para que me deje en paz.

—¡Anda! Parece ser que sí— comento descansado, al ver que Yako ha dejado de ladrar. También puedo comprobar que los coches ya no están aparcados detrás del vallado y me atrevo a afirmar—: Si que es convincente, ese tío se ha largado en el acto.

—Tere es mucho más valiente que yo, ha sufrido bastante para serlo...

—¡No te creo, primor!— aserto, sentándome en la misma hamaca donde está ella. Luego la rodeo con mis brazos por la espalda y le susurro al oído—: Tú has aguantado mucho de ese cabrón, ¡Eres una mujer muy fuerte!

—¡Gracias, Manu!— manifiesta mi anfitriona, girándose sobre la tumbona para besarme en la mejilla. Tras su cálido gesto, se arranca en quitar merito a sus incómodas subsistencias—: ¡Bah! En el fondo mi ex, no es peligroso. Hasta en eso tiene razón mi hermano...

—¡Moni, ese tío te tuvo secuestrada! ¿Cómo puedes decir eso?— la interrumpo, no dando crédito a su súbita misericordia hacia ese canalla.

—Es que no tienes ni idea. Lo mío fue duro, por supuesto. Pero las vivencias de Teresa, ¡fueron realmente indeseables!

—No sé, tu prima me ha dicho que tuvo que volver de Málaga porque se vio envuelta en asuntos turbios... Pero no me ha contado el porqué y lo cierto es que no sé, qué le pasó.

—Verás, te lo contaré porque sé que ella ha visto que eres buena persona y no le importará que lo sepas— formula mi amada amiga, cogiéndome las manos. Antes

de preguntarme sin rodeos—: ¿Sabes por qué doy tanta credibilidad a esas personas que dicen haber sido esclavos manipulados por las elites?

—Pues, no sé... Supongo que por lo mismo que yo, sus testimonios son tan retorcidos que es más difícil creer que se lo han inventado y además atestiguan las mismas atrocidades, distintas personas en todo el mundo.

—Cierto y ese es uno de los motivos, pero el principal es que mi prima sufrió algo muy parecido en sus propias carnes.

—¿Qué dices? No me lo puedo creer...—
reviento incrédulo, totalmente intrigado por el asunto.

—¡Si, Manu! Tere vivía conmigo y al principio todo era estupendo, pero los dos últimos años fueron una locura. Ella cambió radical, muchos días no venía a dormir y los días que volvía, tenía un carácter hartito extraño. Cuando llegaba al piso, se mostraba muy servicial y parecía confundida, pero tras dormir unas horas se despertaba hecha una verdadera fiera— desgrana Mónica, dejándome perplejo ante su exposición de los hechos.

—Vaya, parece un caso de bipolaridad...—
apunto, en cuanto se detiene para tragar saliva y seguir pensando como abordar el asunto.

—¡Si, pero no!— me corta enseguida, antes de proseguir—: Ya te digo que cambió enteramente su forma de ser, se torno irascible y sólo se le veía calmada las horas posteriores a sus retornos. Ella dejó de hacer vida conmigo y apenas venía al pueblo para ver a la familia. Había dejado su trabajo, pero llegaba a casa con prendas de ropa carísima, aunque ya no tenía dinero ni para llenar la nevera del piso. Ni siquiera tenía pareja que

explicara aquel despilfarro, pero si le preguntabas al llegar, en tono infantil decía que se lo habían regalado por ser tan guapa y cuando se despertaba, contestaba con evasivas apelando a la envidia o simplemente gritaba: ¡y a ti que te importa!

—Me dejas de piedra. ¿Y que le pasaba?— pregunto, ante la ferviente incertidumbre por conocer la misteriosa desventura de Teresa.

—De piedra me quedé yo, cuando descubrí todo el pastel— responde, tomando aire para enfocar la resolución de lo ocurrido—: Me dí cuenta que todo el brusco cambio de mi prima, radicaba en una amiga que había conocido. Extrañamente siempre que venía a buscarle, Tere se mostraba cabreada con ella, pero en cuestión de unos segundos a floraba esa actitud sumisa y confusa, para terminar marchándose con aquella misteriosa amiga suya. Un día Teresa llegó de madrugada y conseguí convencerla fácilmente para venir al pueblo, al llegar le dije a sus padres que la ataran a la cama porque se levantaría hecha una furia. Mis tíos así lo hicieron y la tuvieron encerrada varios meses, hasta que mi prima volvió a parecerse a la que había sido siempre.

—Pero eso no tiene nada que ver con la chica lógica que yo he conocido hoy, ¿nunca habéis hablado de lo ocurrido?— cuestiono, totalmente sorprendido por lo que estoy escuchando.

—Claro que hemos hablado, pero ella tiene muchas lagunas respecto a lo sucedido y todavía se siente muy incomoda con el tema. Aquellas vivencias le surgen de vez en cuando en forma de pesadillas y es cuando aprovecho para interrogarla sobre lo ocurrido...

—¿Y tienes conclusiones sobre lo que pasó?— la

interrumpo, queriendo saber más.

—Bueno, sé que en esos sueños ella se ve desnuda sin poder moverse y observa horrorizada como personas abusan sexualmente de su cuerpo— réplica Mónica, sin rodeos, haciéndome atisbar el meollo de la cuestión. Después arguye otro detalle que alimenta sus sospechas—: Lo más revelador fue un dato que encontré unos días después de confinar a mi prima en el pueblo, era un recorte de prensa que hablaba de la amiga de Teresa: al parecer la habían encontrado muerta en su casa, por sobredosis de escopolamina.

—¿Escola... qué, eso que es? Suena a droga dura...

—¡Y tan dura!, es una droga que también llaman burundanga. Se dice que es utilizada por violadores y atracadores, porque anula la libre elección de las personas y hace que las víctimas se comporten como títeres dóciles.

—¿Crees que esa tía administraba esa sustancia a tu prima y que cuando desapareció Tere, la quitaron de fumar?— pregunto razonando sobre lo expuesto.

—No me cabe duda, en el recorte de prensa sólo podían leerse las iniciales de la víctima y eran las mismas de aquella chica. Además acompañaba el titular, una foto del portal donde vivía la mujer fallecida y corresponde al sitio que frecuentaba mi prima.

—¡Vaya, es increíble! Normal que ya no se deje engañar por nada, no lo hubiera imaginado jamás. No me cabe duda que ya no teme a nadie después de aquello, ni siquiera a ese...

—Por supuesto que ya no siente miedo por nada,

pero si te refieres a Aaron: ¡es todo lo contrario!— me corta rápidamente.

—¿Qué quieres decir con eso?— interrogo de nuevo, asombrado por su comentario.

—¡Verás, Manu! La razón principal por la que yo dejé a mi ex, fue precisamente por Teresa. El caso es que yo venía todos los fines de semana a verla, durante el tiempo que estuvo confinada en su casa. Casi al final de dicho cautiverio, vine al pueblo y Aaron me acompañaba, no le había presentado nunca a nadie de mi familia y dado que nuestra relación se estaba afianzando, decidí que era buen momento para traerle— expone Mónica, haciendo una pequeña pausa para ponerse de pie y disponerse a recoger las tazas vacías. Entretanto, vuelve a retomar la historia para terminar de ponerme al día—: ¡Nunca olvidaré ese día! Mi prima le reconoció al instante y se abalanzó sobre su cuello, recordándome por momentos a la marioneta sumisa en que se había convertido tiempo atrás.

—¿Es decir que ellos ya se conocían y piensas que pudo ser uno de sus abusadores?— interpeleo ante sus palabras y me pongo de pie para ayudarla a recoger la terraza.

—¡Claramente le conocía, Manu!— exclama, clavándome la mirada, mientras guardo las hamacas dentro del estudio. Al verme salir de nuevo, termina de cerciorarme de lo ocurrido—: Sin duda, él también la reconoció y no se sintió para nada incomodo cuando se le abalanzó. Su cara era de sorpresa, pero para nada se manifestó esquivo y se pusieron a hablar toda la tarde. Nunca le he preguntado a Tere, pero si le pregunté a Aaron que contestaba con evasivas y se resistió en todo momento a contarme de que la conocía. Yo me imaginé

lo peor y terminé por dejarle, ya que aquella dócil actitud de mi prima me preocupó severamente.

Tras su última afirmación, cambia radical el rumbo de su mirada y se dirige escaleras abajo, portando las tazas vacías hacia la casa. Yo la persigo de cerca y me veo obligado a seguir indagando en la historia:

—¿Y dejas que vaya sola a hablar con él, sospechando que fuera uno de sus abusadores?

—No te preocupes, ¡de verdad! Ese tipo no es tan peligroso como lo imaginas. Quizás fuera uno de los asistentes a aquellas bacanales que organizaban a costa de mi prima, su amiga y solo Dios sabe cuantas victimas más, pero también es cierto que podría haberme suministrado a mí aquella sustancia durante mi secuestro y hoy sería una especie de esclava sexual para él. Pero está claro que no llegó a tal extremo y pese a lo dramático de mi encierro, en realidad siempre se mostró amable y sobretodo desesperado. Ya ha pasado más de un año y te aseguro que Teresa está más fuerte que nunca, tanto mental como físicamente— termina de explicar, llegando a la cocina y metiendo los vasos en el fregadero.

—Supongo que tienes razón, se la ve una mujer con mucho coraje y determinación. Eso no quita que toda esta historia sea increíble y totalmente indeseable, por eso me alegro sobremanera de que ella se librara de aquella pesadilla real en que se convirtió su vida— admito con elocuencia, ante tal barbaridad—. Ahora sólo me pregunto, ¿a quién demonios deberemos el nefasto hallazgo de esa droga tan dañina?

—Pues como de costumbre, ¡a la ciencia! Descubrieron los efectos de la escopolamina hace mucho

tiempo y la aplican en dosis muy bajas, en medicina— expone mi anfitriona, que se entretiene en fregar las tazas y la cafetera.

—En realidad, ¿era una pregunta retórica! Ya imaginaba que los científicos la habrían puesto en práctica— contesto convencido de donde radica el origen de la sustancia comercial, pese a que presumiblemente también pueda ser recogida en la propia naturaleza. Después sentencio con dialéctica—: No se por qué, pero me resultaba evidente que la industria farmacéutica amparada en la incuestionable ciencia, se habría tomado la libertad de comerciar con una sustancia así...

—¡Así es, encanto! En cualquier caso, la ciencia no es otra cosa que la nueva religión con la que nos tienen manipulados y con la que tienen convencidos a los más crédulos— asiente mi amada amiga, cerrando el grifo tras terminar su tarea y dirigiéndose a mi lado. Luego pone su mano en mi hombro, para continuar con su disertación—: Eso es porque los controladores de la realidad, siempre han tenido claro que debían suplantar de alguna manera la espiritualidad de cada ser humano y en el presente, lo hacen usando la sapiencia. Creo que el verdadero objetivo de toda secta o religión, e incluso la ciencia en la actualidad, tienen la finalidad de anular el espíritu interior de cada persona: el cuál es más importante y común para toda la humanidad, que cualquier ideología o institución producida por hombres para controlar a los demás.

Visto lo visto, la falta de escrúpulos que tienen algunas personas para abusar sexualmente de una persona indefensa, demuestra con creces que vivimos en un mundo pervertido y todo aquel que alcanza posiciones holgadas, termina consiguiendo cualquier cosa a costa

del dinero. Así abusan de mujeres, hombres y niños en todos los ámbitos de la vida, eliminando nuestra dignidad innata. Convirtiéndonos indudablemente en esclavos sexuales, laborales e incluso, en esclavos de un pensamiento único que está dictado en su integridad por el poderoso caballero: don dinero. Por eso me veo en calidad de sumarme a su razonamiento, diciendo:

—Tienes toda la razón, nos convierten en autómatas eficientes incapaces de cuestionar todo lo que se sale de la norma establecida.

—Por eso he decidido romper con todo y mudarme aquí para vivir un sueño— asegura, cogiéndome de la mano y arrastrándome afuera, al porche de su acogedora casita.

—Lo cierto es que me encantaría vivir ese sueño contigo, ¡estoy harto de protagonizar una asfixiante pesadilla!— prorrumpo deteniéndola en la entrada, para propinarle un húmedo y agradable beso. Tras el excitante momento, me atrevo a afirmar—: ¡Ojala se pudiera materializar el sueño que he tenido esta mañana antes de despertar!

Ella me pregunta intrigada, queriendo saber más sobre lo que he vivido durante mi descanso y me dedico a explicarle con detalles, lo emocionante que había sido aprender a laborar el campo, merced a un sueño, y con los mejores maestros que yo pudiera imaginar.

—¡Ohh, que bonito! ¿Te das cuenta como por medio de nuestras experiencias oníricas, podemos conectar con lo más profundo de nuestro espíritu?— interpela tras mi exposición, Mónica, conmovida por escuchar lo que le cuento.

—Puede ser, porque lo más increíble es que yo

jamás había arado, sembrado o cultivado un campo y ahora tengo algunas nociones al respecto, gracias a ese sueño que he tenido con mis abuelos...

—¡Por supuesto, Manu! Eso es porque ellos son tus guías y se manifiestan así para mostrarte que están cerca de ti. Todo lo que está o ha estado vivo tiene una esencia vital y puedes comunicarte con cualquiera mediante la meditación o el sueño, por medio de tu propia esencia espiritual.

Su planteamiento me deja pasmado y la miro atónito, realmente no captando lo que quiere decir con dicha asociación. Pero no puedo evitar que se erice mi piel ante sus palabras y me quedo petrificado. Entonces ante mi asombro, entra corriendo en la casa y retorna de ipso facto portando un cuscurro de pan duro. Luego vuelve a cogerme la mano y se encamina hacia un robusto nogal de bastante edad, que debe proporcionar una estupenda sombra en verano.

—¡Adelante!, abraza este árbol y siente las vibraciones que te transmite— expone deteniéndose junto al robusto tronco.

Acto seguido, ella se abraza a la madera viva y respira hondo con los ojos cerrados. Yo, empujado por la curiosidad, imito su gesto y rodeo el tronco con mis brazos, como si lo llevara haciendo toda la vida. Una vez adoptada aquella posición, Mónica me sugiere:

—No pienses en nada, Manu. Relájate y piensa nada más en sentir a la planta.

Le hago caso y relajo del todo mi cuerpo, echando el peso sobre la corteza. Después me ocupo en despejar la mente, con la única intención de percibir la esencia de aquel nogal y enseguida recorre mi cuerpo una calma

absoluta, en forma de sutil cosquilleo. Al instante, me embarga una increíble paz interior, llegando casi a dormirme, abrazado al cálido tronco de aquel árbol.

—¡Te das cuenta!— clama mi sorprendente amiga, haciendo que abra los ojos, abandonando de repente aquel gustoso trance. Luego abre los brazos y se despega del nogal, girando sobre sus pasos, diciendo—: Éstas son las buenas vibraciones a las que estoy acostumbrada y lo paso muy mal en la ciudad, donde percibo un ritmo muy acelerado. Para mi los seres somos energía y vibramos a una determinada frecuencia, sólo tenemos que relajarnos para sentirnos. Estoy sintonizada con todo esto, a estas frecuencias y... ¡las necesito para ser feliz!

—No me extraña, esto es algo estupendo— aseguro, sonriendo de felicidad, sentándome en una roca que hay junto al árbol.

—Ni que lo digas, no hay nada como percibir el ritmo pausado y armónico, que transmite la naturaleza— afirma ella, alejándose para detenerse a unos diez metros de mí. Allí se arrodilla sobre una piedra que hay y dice— : ¡Verás, te enseñaré un truco!

Entonces saca el cuscurro de pan que se había guardado en el bolsillo y desmiga un poco con sus manos, tras guardarse de nuevo el resto. Luego extiende sus manos hacia delante con las migajas sobre sus palmas y cierra los ojos unos instantes. De repente, en apenas unos segundos, hace acto de presencia un osado gorrión que se le posa en el pulgar y comienza a picotear el pan despicado. Sintiendo la presencia del grácil pajarillo, Mónica abre los ojos para observarle comer de su mano y poco después, saciado, el animal emprende de nuevo su vuelo.

—¡Increíble!, ¿como lo has hecho?, ¡Ha sido genial!— pregunto entre exclamaciones, asombrado por lo que acaba de acontecer.

—¿Te ha gustado? Jajaja— responde interrogante y risueña, antes de invitarme a intentarlo—: ¡Toma, tú también puedes! Sólo tienes que hacer lo mismo que antes, dejarte llevar por la tranquilidad y pensar en dar de comer a los pájaros.

Mientras habla, se acerca hacía mí y me entrega unas migajas del mismo trozo de pan. Yo las cojo con mis manos y me dirijo a la piedra donde se había arrodillado ella, imitando su gesto. Una vez preparado, cierro los ojos y me limito a seguir sus instrucciones a rajatabla. Apenas unos instantes después, percibo el sutil aleteo de un pajarillo y pierdo la concentración, abriendo los parpados antes de sentirle en mis dedos.

—¡Oh, mierda!— lamento, volviendo a cerrar los ojos para repetir la operación ante la risa incontenible de mi bella amiga.

En ese momento descubro que no se reía solamente de la torpeza en mi primer intento, puesto que puedo escuchar un ligero alboroto y noto como algo húmedo, recoge los restos de pan que sujeto en las palmas de las manos. Entonces vuelvo a destapar la mirada y observo como los perros se dan empujones por recolectar las migas con sus lenguas.

—Jajaja— se ríe a rienda suelta Mónica, contemplando la escena desde su posición.

—¡Eh, canallas! Eso no era para vosotros...— les digo a los animales, que salen corriendo para huir de mi inútil regañera. Luego me dirijo hacia mi amada compañera, afirmando—: Bueno, no lo he hecho tan mal.

¡Han venido ese par de buitres!

—Si, da gracias a que no se te han posado en las manos...— responde sonriente, levantándose para darme un fuerte abrazo.

Los dos nos echamos a reír tras sus palabras y nos unimos afectuosamente, para terminar cercenando el momento con un apasionante beso. Siento que junto a ella podría ser feliz para siempre y me gustaría que este instante fuera eterno. Aunque por desgracia todo toca a su fin en algún momento y Mónica se separa lentamente de mí, mirando al cielo, afirmando que ha llegado la hora de volver a la realidad. Yo observo su reacción, comprobando que la noche se cierne sobre nosotros y me dirijo tras ella en dirección a la casa, para preparar las cosas para volver a Málaga.

Recogemos todo y cerramos la vivienda. Después abandonamos la finca, dejando atrás a Tula, ante la increíble pena de Yako que gime en el maletero con las orejas agachadas. Le miro comprendiendo enteramente sus sentimientos, porque a mi también me apena sobremanera abandonar este bonito vergel que ha creado mi amada amiga. La radio del coche, en tono bajo, se encarga de romper el silencio creado durante nuestra pensativa marcha y una vez atravesado el pueblo de Loja en dirección a la autovía, me atrevo a disolver la calma que nos acompaña:

—Este nuevo mundo que me has mostrado, es fascinante. Levantarse cada mañana con esas vistas tiene que ser estupendo, ¡aquí realmente se respira la paz que anhelo!

—¡Esto es esplendido, Manu!— clama Mónica, tras mis palabras. Antes de exponer los principales

motivos de su inminente mudanza—: Los aromas de un aire poco viciado, la calma que te permite escuchar el canto de los pájaros o el susurro del viento: son parte de los privilegios de habitar en plena naturaleza y esa es mi elección para seguir viviendo.

—Creo que podría adaptarme a la perfección a vivir aquí, sin duda. ¡Si sigue en pie la oferta, claro!— afirmo, mostrándome interesado en aprovechar la oportunidad que me otorga el destino, a través de ella, para deshacerme de la rutina esclavista que me envuelve desde hace tiempo. Acto seguido, me atrevo a mostrarle que mi intención no es parasitar en su entorno—: Podría buscar trabajo en este pueblo, está cerca y es grande. ¡Seguro que puedo encontrar algún curro por aquí!

—¡Por supuesto, sigo queriendo tenerte cerca! Aunque parezca una decisión precipitada, llevamos años intercambiando miradas en la oficina y estoy segura que no me he equivocado contigo, más si cabe tras este bonito día que hemos vivido juntos— manifiesta, certificando que compartimos la creencia en que lo nuestro puede funcionar. Luego se aventura a resolver mi última afirmación—: No tienes que preocuparte por el trabajo, mi padre tiene tierras para cultivar y tú ya estás en la onda, gracias a tus abuelos.

—Jajaja. Es cierto, ese sueño me ha puesto en contacto con la tierra. Aunque seguro que puedo aprender mucho más, de tus familiares, al respecto. ¿Estás segura que tu padre necesita ayuda? Se ve que es un hombre muy capaz...

—Te sorprendería, Manu, ¡trabaja como un mulo!— me interrumpe Mónica, apartando un segundo la mirada de la carretera para mirarme de reojo. Entonces responde a mi pregunta—: Papá no se da cuenta y no

quiere bajar el ritmo, pero tiene una edad y le viene estupendamente bien que le echemos una mano. Aunque si prefieres buscar un trabajo: ¡puedes hacerlo!, pero yo no busco ganar dinero con este regreso. ¡Sacando lo justo para vivir, podremos apañarnos!

En verdad, no me veo en calidad de discutir eso. Siento que tiene razón y prefiero cambiar de tema durante el resto del viaje, mostrándole lo mucho que me queda por hacer si decido emprender esta aventura junto a ella: hablar con mi familia, preparar mis cosas y despedirme del mundo que he conocido hasta ahora, para emprender esta bella historia. Mientras llegamos de nuevo a la capital malagueña, mi amada se ofrece en venir mañana a ayudarme a embalar las cosas y enfocamos la forma en que puedo dar la noticia a todos mis allegados. También tiene razón, explicando que no tengo que romper con todo con esta marcha. De hecho migramos a apenas una hora de camino y seguro que tendremos más tiempo para visitar la ciudad siempre que queramos.

—De ti depende, hoy puede ser el último día de una semana más de tu vieja vida o puedes convertirlo en el primer día de una nueva que podemos compartir. En cualquier caso, si decides venirte, te dije que había una condición y ya he meditado sobre que puedes hacer— declara, abandonando la autovía para embocarse por la salida que nos lleva a mi apartamento alquilado.

—¡El trato está hecho! Si decido seguirte, ¿qué quieres que haga?

—Que te parece si escribes un libro contando los factores que te han hecho despertar y cambiar tu vida— responde sin rodeos, explicando la faena que ha ideado para mí.

—¿Un libro?, ¿estás loca? Si yo soy de números y no se como puedo afrontar tal cuestión...— atestiguo, desconfiando de mis capacidades para realizar dicha labor.

—¡Venga, Manu! Seguro que puedes hacerlo y yo te ayudaré en lo que pueda. ¿Acaso nunca has escrito un diario?

—¡Bueno, se puede intentar! A ver lo que sale, aunque ya te digo que lo difícil será que alguien lo compre y más aún, que alguien lo llegue a leer— aseguro, siendo consciente de lo complicado que es vender literatura en estos tiempos y más todavía, no siendo una figura pública o cuanto menos medio conocido.

—No te preocupes por eso, ese manuscrito será para cambiar el mundo y a día de hoy ya hay mucha gente vendiendo el cambio— comenta Mónica, adentrándose ya por la calle de mi bloque. Antes de sentenciar—: Tú no serás confundido con otro cantamañanas o ningún vendehúmos: ¡Ese libro lo regalarás por Internet y será el testimonio que legues al resto de la humanidad!

DE UN TIEMPO A ESTA PARTE

Unos cuantos meses después...

Si estáis leyendo esta página, tras haber ojeado detenidamente todas las anteriores, ya os habréis percatado que decidí comenzar una nueva vida junto a Mónica. Lo cierto es que no fue difícil tomar tal determinación, dado que mi rumbo era del todo incierto antes de conocerla y ahora ha cobrado un verdadero sentido, a su lado. Ya no soy el tipo inocente que aceptaba con resignación todas las desigualdades de un sistema injusto y descorazonado, ahora trabajamos hombro con hombro en cambiar nuestro propio mundo. Tal tarea sería imposible sin la complicidad de una familia tan comprometida, como la de Mónica, y es en ese apoyo incondicional donde brota la fuerza necesaria para edificar una realidad mucho más humanamente responsable.

El día siguiente a aquel intenso domingo, al despertarme, no tardé ni un segundo en llamarla para darle la noticia. Todo salió rodado y no hubo ningún

impedimento para emprender nuestra aventura. Tras hablar con ella, llevé el coche al taller y me arreglaron el pinchazo. Después nos vimos en mi piso y me echo una mano para embalar mis cosas. Es increíble que pudiera transportar todo, entre su coche y el mío, aunque tuve que ubicar el colchón de látex en el pequeño camión de mudanzas que había contratado, Mónica, para portear sus muebles. Aún así, resultan demasiados los trastos que amontoné durante mi vida como consumidor empedernido y de hecho, hay muchas cosas que ni he sacado de las cajas donde las traje aquel día.

Por el momento de lo único que no me arrepiento, es de haber almacenado ropa de abrigo que en la capital costera apenas utilizada y aquí me ha venido estupendamente bien, porque el invierno es más duro y se ha alargado bastante este año. Hemos tenido una primavera bastante gélida y ha llovido con abundancia, parece ser que nos habían mentido hasta en eso y es que el timo del calentamiento global ha quedado al descubierto, pero se han limitado a cambiarle el nombre por el de cambio climático. Lo cierto es que los científicos no se terminan de poner de acuerdo, entre si la Tierra se enfría o se calienta, pero nos siguen cobrando impuestos y protocolos, como si nosotros fuéramos culpables de los ciclos climáticos naturales del planeta.

Pese a todo eso también desembalé la ropa de verano, que aunque llegó tarde, ha sido bastante caluroso como de costumbre. Ahora ya se ha terminado y comienza a refrescar por las noches, pronto cumpliré un año en villa Esperanza y estoy muy satisfecho de haber dado este paso hacía la libertad.

Aquí no faltan los quehaceres típicos de vivir en el campo, pero aún así, he podido visitar más veces a mis

abuelas en este tiempo que en los cinco años anteriores. Ellas están muy contentas de que haya reconducido mi destino y están deseando ver al niño que Mónica está gestando desde primeros de año. ¡Si, ella está embarazada y vamos a ser papás!, dato que ha enternecido a mis padres y han puesto a la venta su casa, con la idea de venirse cerca de su nieto. En realidad ha venido a visitarnos mucha gente de la ciudad y se quedan prendados de estos parajes, incluso Carlos, que aún lucha cara a cara con esa maldita enfermedad y con los estragos del agresivo tratamiento, él asegura que le encantaría venirse en un futuro próximo.

Richy y Laura, siguen juntos y frecuentan a venir, algún fin de semana que otro, pero de momento esto no está hecho para ellos. Conservamos una buena amistad y hasta llamé a Laura el día de mi marcha, para que pudiera sacar sus cosas de aquel trastero. Quién no se resistió a venirse, fue Dani, que está viviendo con María en el pequeño estudio sobre nuestra casa, mientras están construyendo la suya propia en un terreno que compró cerca de aquí hace ya unos seis meses. Ellos no son los únicos que decidieron mudarse aquí, también lo hizo el molesto exnovio de Mónica, Aaron, que de alguna manera convenció a Teresa y se vino a vivir con ella, pero debo corroborar que no es tan mala persona como pensaba y es curioso como por malas que parezcan algunas personas, sumergidas entre buena gente pueden cambiar con facilidad. Tanto que ahora está llevando a cabo una serie de proyectos que nos hacen la vida más fácil, incluso está creando una planta de generación de energía libre que abaratará, de forma sustancial, la factura eléctrica de nuestras viviendas. La familia lo ha acogido estupendamente, puesto que el caso del secuestro a Mónica no lo conoce nadie más que Tere y como

hemos descubierto a posteriori, Aaron intentó ayudarla cuando Teresa estaba siendo abusada por medio de drogas. Gracias a él descubrimos todo lo sucedido, resulta que un grupo de adinerados manejaba aquella red de violación continuada y no eran ni mucho menos gente importante, lo cual hace vislumbrar las atrocidades satánicas que puedan llevar a cabo los seres más rimbombantes de esta sociedad.

Por otra parte, yo he aprendido muchas cosas del campo, ya hemos sembrado y recogido: ajos, cebollas, espárragos, habas y todo tipo de hortalizas. También recolectamos gran variedad de árboles frutales que tiene sembrado mi suegro y debo asegurar que ninguno de estos productos tiene nada que ver con los sucedáneos que venden en los supermercados. Aquí trabajo junto al padre de mi amada, de modo que sacamos lo suficiente para vivir tranquilos. De todas formas no necesitamos gran cosa y somos hartos felices con poco, puesto que abandonamos la insatisfactoria senda del consumismo exacerbado. Lo cierto es que este pueblo es perfecto para ello, aquí la gente no se ha dejado engañar por las grandes firmas que gastan todo su dinero en anuncios y marketing, para ofrecerte todo tipo de basura camuflada por registros de calidad que certifican dichas marcas mismamente. De hecho, aquí las buenas hamburguesas y las buenas pizzas, se comen en lugares como la pizzería Atracón, un sitio autóctono donde como su propio nombre indica, comes hasta hartarte. Además ahí si comercian con productos de calidad y lo sé de buena tinta, ya que Daniel encontró trabajo en ese local para seguir siendo repartidor.

Si algo he comprobado hasta la saciedad, es que en Loja se come estupendamente, vayas donde vayas, y que la gente es muy amable, digna de un pueblo que no ha

terminado de doblegarse ante las modas del monstruoso capitalismo imperialista. Por lo general, este sitio está libre de tanta franquicia que vende gato por liebre. Es cierto que solemos pedir comida desde casa, a la pizzería donde trabaja Dani, pero cuando salimos a comer fuera me encanta ir a un restaurante que se llama la Alacena: es un local donde se yanta de maravilla y lo que más me gusta es que tiene un comedor con un gran ventanal, desde donde se puede otear en la distancia toda la villa Esperanza. Más de una vez me he tenido que secar las lágrimas, que asomado a aquella cristalera brotan de mis ojos, ante la profunda alegría que me genera esta nueva vida.

Vivir en esta zona es asaz emocionante y todos los días se aprende algo nuevo, aunque lo importante para nosotros es poder disfrutar de nuestra recuperada libertad. Aquí gozo como un enano y me ocurren anécdotas divertidísimas, para que os hagáis una idea os contaré lo que me ocurrió hace poco: iba andando a un terreno que mi suegro tiene, no muy lejos de nuestro hogar, y un hombre mayor que tiene su huerta cerca de allí, se paró con su bicicleta para comentarme algo. Aquel anciano se detuvo y puso su mano sobre mi hombro, para preguntarme: ¿sabes que te están grabando? Ante aquella interrogación, yo miré a todos lados y él terminó señalando al cielo. Al parecer acababa de descubrir la existencia de Google Earth y le habían gastado una broma, diciéndole que le habían pillado cagando junto a un árbol. Fue muy gracioso, pero lo verdaderamente curioso es que a día de hoy aquel hombre octogenario ha aprendido a utilizar ese programa para inspeccionar todo desde lo alto. Por lo tanto, es evidente la capacidad humana para adaptarse a las nuevas tecnologías, a pesar de la edad y eso es esperanzador a la

hora de pensar que el mundo pueda cambiar a mejor, tarde o temprano y de la noche a la mañana, cuando descubran la verdad hurgando en la red.

Ya ha pasado bastante tiempo como para descubrir que detrás del mensaje maya que nos vendían oficialmente como algo catastrófico, en realidad era una idea de cambio ilusionante que han procurado silenciar a posteriori desde los Mass Media, esas grandes plataformas de información que sellan las noticias oficiales. Resulta que el día 21 de Diciembre de 2012, se reunieron en el lago Titicaca, todas las poblaciones que continúan el legado de ese mágico pueblo ancestral maya, para enviar un mensaje a toda la humanidad: ellos hablaban de un cambio de conciencia y advertían de la necesidad de abandonar el sistema capitalista, para tender la sociedad hacia un comunitarismo que nos una como especie y nos convierta en seres más comprometidos con nuestros iguales. Lo más curioso de este asunto es que el evento fue cubierto por medios de comunicación de todo el mundo, pero sin embargo, rizando el rizo, habiendo pasado tiempo de aquel día en los medios oficiales no se ha dicho nada al respecto. Lo cierto es que no me extraña, dado que el mensaje de aquella cultura viene a decir que es el fin del egoísmo y, por lo tanto, del irritante neoliberalismo capitalista que arrasa con todo a su paso. Las comunidades mayas han decidido dar un paso atrás en la salvaje globalización y están luchando por proveer a sus ciudadanos de una vida plena y digna. Algún día saldrá en las noticias, quizá el día en que toda la pesadilla acabe y por fin las personas recuperemos o conquistemos de una vez el rumbo de nuestras vidas. Un día en que todos luchemos por el bien común y el progreso en conjunto, dejando a un lado la terrible enfermedad narcisista que nos asola desde tiempo

inmemorial.

En realidad, para mí, ya ha llegado ese día, pero sueño con que todo el mundo se libere de sus pesadas cadenas y consigan por fin, ser tan felices como yo he conseguido llegar a ser en este pedacito de la Esperanza. Tal vez sea el último sitio donde fue Cristo a perder la sandalia, pero es el rinconcito de este loco planeta donde fue a nacer el rayo de luz, en forma de mujer, que ha cambiado todo mi mundo.

En cuanto a mi despertar, todo sigue igual, cada día aprendo una cosa nueva y me sigo sorprendiendo tanto como el primer día. Al parecer las personas que controlan el cotarro, tienen dispuesta la Tierra como un escenario donde nos mienten constantemente para cumplir con una determinada agenda, la cual parece que viene de muy atrás y cuyo objetivo es algo que llaman el nuevo orden mundial. En pos de éste, hay todo tipo de versiones oficiales que huelen muy mal:

·Mucha conspiración se centra en hacernos ver como han ido eliminando a todo tipo de personas ilustres, desde John Fitzgerald Kennedy hasta John Lennon, quienes intentaban contarnos la verdad sobre el gran engaño. Desde gente de la música y del cine, hasta presidentes de los Estados Unidos o de cualquier parte del mundo, todos han ido cayendo cuando decidían revelarse ante la manipulación de la que todos somos víctimas.

·Las lenguas más afiladas cuentan que la mano negra, tiene incluso un arma para manipular el clima y que pueden estar detrás de algunas catástrofes naturales de los últimos tiempos. Algo realmente escalofriante, pero verosímil, teniendo en cuenta que parece ser que el terrorismo ha sido siempre una herramienta de la elite

para generar caos y terror. Miedo que es el medio que utilizan para tenernos hipnotizados y sumisos.

También resultan ser participes de muchos accidentes casuales y de toda clase de rituales donde sacrifican a cientos de inocentes para hacer prevalecer su engaño. De hecho, es bien sabido que en el Titanic viajaban muchas personas importantes, pero no es tan comentado que solo murieron los que se oponían a los planes maquiavélicos que se llevaron a cabo después y por lo tanto estaban en contra de la creación de la Reserva Federal Americana, la cual resulta ser la culpable de muchos de los males de la economía actual. Además la mayoría de ricachones que estaban a favor de crear tal monstruo, retiraron sus pasajes para el viaje más lujoso del momento, sospechosamente, unos días antes de que zarpara aquel barco.

Son tan apuestos estos asuntos de conspiración, que cada vez que se habla un poco sobre el tema, te sacan otra película o documental repitiéndote la versión oficial. Pero no sólo en cuanto al enorme crucero, sino que lo hacen con todos sus engaños que te están repitiendo, una y otra vez, en los medios de información e incluso en el entretenimiento que nos proporciona la matriz de mentiras en la que está sumergida la sociedad.

Hace poco nos partíamos el culo de risa viendo la película de cómo eliminaron a Bin Laden, es algo intragable todo el tema en sí. Por mucho que quieran desorientarnos, Al Qaeda fue creada por la CIA para combatir en Medio Oriente y el supuesto supervillano que inventaron para tumbar las torres, era amigo íntimo de los Bush. Hay una infinidad de incongruencias en cuanto a quien llevo acabo los ataques de Al Qaeda, puesto que hubo gente que salió beneficiada con los

atentados, sobretudo con el de las Torres Gemelas: tanto Bush saco el oportuno motivo para atacar, e invadir Irak, con una excusa rocambolesca de buscar allí a los terroristas afganos; además un importante hombre de negocios, percibió astronómicas sumas de dinero provenientes del seguro, gracias a que había arrendado las Torres dos meses antes del atentado. Además cayó aquel fatídico 11 de Septiembre en la isla de Manhattan, una tercera edificación en la zona y sobre la cual, misteriosamente, no había impactado ningún avión para derribarla.

En realidad es algo evidente, que mucha gente seudo anónima está siendo eliminada y desprestigiada constantemente, por hablar sobre estas cosas:

·A principios de año, apareció suicidado en extrañas circunstancias un exagente de la CIA. Phillip Marshall, quien estaba bastante harto de visitar sitios donde oficialmente nunca había estado, se puso a investigar los atentados de las Torres Gemelas y había escrito varios libros exponiendo a la administración de Bush junior, como culpable o cuanto menos cómplice de lo ocurrido. Todo huele muy raro ya que el tipo mató a sus propios hijos y a su perro, antes de quitarse la vida, justo cuando iba a sacar un tercer libro que terminaría de destapar gran parte de lo cierto que había de autoatentado en el 11/9, manuscrito que de forma muy sospechosa no ha sido publicado finalmente tras la muerte del autor.

·También recuerdo el caso de una niñera que asesino a dos niños y después intentó suicidarse, en un barrio rico de Nueva York. Trascendió a los medios que la niñera estaba mosqueada con sus jefes, pero la verdad es que el padre de las criaturas era el responsable de un prestigioso periódico y al parecer publicó en su diario

algo que no debía. Claro que al final desapareció la noticia de aquel tabloide y la niñera se declaró culpable del crimen, en un testimonio que no trascendió a los medios.

El modus operandi de la elite, parece salido de la serie B pero como manejan los medios de comunicación y el pretencioso Hollywood, cuya traducción es varita mágica, terminan colándonos lo que les da la gana. De hecho apenas se habla de gente como Aaron Swartz, que era un joven activista estadounidense que se suicidó por la gran presión mediática y judicial que el sistema centró sobre él. En realidad, esa es su forma de actuar, te oprimen al máximo para que termines estallando o te quitan la vida directamente y luego visten la escena de suicidio: la conclusión es que es muy complicado luchar cara a cara contra el sistema imperante y que no te aplasten como una simple mosca.

Curioso además, puesto que desde entonces ha emergido una nueva clase de terroristas, yo los llamo: los que atacan sin sentido. Mi total respeto hacía cualquiera que haya sido víctima de estos falsos atentados y por ellos más que por nada, tenemos derecho a buscar a los verdaderos culpables de esas matanzas injustificadas. Pero está claro que nos mienten con descaro, las versiones oficiales son soporíferas y ya no hay quien se las fume. De hecho más recientemente hubo un ataque en Boston, achacado a dos muchachos chechenos que según los medios lo hacían por religión. Lo cierto es que aquel día anunciaron un supuesto simulacro de bomba en la meta de la Maratón y al parecer todo terminó en tragedia, para terminar colgándoles el mochuelo a los dos hermanos de origen asiático. Recuerdo que se aplaudió a la colaboración ciudadana por las fotos aportadas y desde luego hay que hacerlo, pero no por las que nos mostraron

en los medios oficiales. Las bombas fueron colocadas en mochilas negras y había fotos donde se veía a los supuestos autores portando una mochila blanca y otra gris. Además había otras imágenes que mostraban a tres agentes paramilitares con tres mochilas negras y después del atentado solo dos de ellos continuaban portando sus macutos. Encima eran exactamente los mismos agentes que acudieron primero a los asesinatos de Sandy Cook, donde “oficialmente” un chaval se lió a tiros en un colegio. Desde luego, es mucha casualidad o algo tuvieron que ver esos empleados gubernamentales con lo sucedido en ambos ataques.

Es una verdadera lástima porque nunca se hará justicia y quedará en el inconsciente popular, aquello que repitieron los telediarios hasta la saciedad. Pero ya huele bastante, todo esto de los autoatentados donde ellos se atacan a ellos mismos, para entregar terror y así aumentar la seguridad o atacar algún lugar de su interés. Siempre se ha hecho, tal es así que a los españoles nos echaron de Cuba hundiendo un barco estadounidense llamado Maine y engañaron al mundo diciendo que había sido España, para justificar una guerra que teníamos perdida antes de empezar. Y sólo es un ejemplo, puesto que tirando de archivo podemos observar que siempre antes de una guerra ha habido algún atentado de bandera falsa para iniciar el conflicto.

Ruego que me perdonéis tanto rollo pero es que me he documentado mucho, ya que Daniel sigue emperrado en montar la página y tal vez tenga que escribir ese blog que acordé con Mónica. Aunque si no sale no pasa nada, porque la red está llena de páginas donde poder descubrir algo más que la realidad que de forma interesada nos pintan, hay miles de personas sencillas con buena fe, aunando sus esfuerzos para hacer llegar al resto la mayor

claridad posible dentro del tenebroso mundo de la conspiración. Así tenemos a nuestra disposición, en Internet, muy documentadas: desde webs serias y fácilmente verificables, como proyectomatrix o el nuevodespertar; pasando por otras más osadas que abarcan temas más diversos, como cazadebunkers, mundodesconocido o laverdadoculta; llegando incluso a otras que exponen una autentica visión satírica de todo el asunto del control mundial, que resulta entre grotescas y graciosas al mismo tiempo, como es el caso de contraperiodismomatrix; y estos son simples ejemplos puesto que la red está plagada de gente que busca desvelar la verdad por medio de sus webs.

Estas webs, y muchas más, son auténticos bastiones geniales donde escapar del triste devenir continuo. Pero, sin duda, la mejor herramienta para llegar al conocimiento de la verdad, es escuchar esa voz que surge de nuestro interior cuando estamos en calma y profundamente concienciados con todo lo que nos rodea.

Vivir en el presente es mi mejor regalo y hoy siento que no hubiera sido posible, sin abandonar la automática vida que llevaba con la mente en el pasado y los pies en el futuro. Soy una persona nueva, con una vida nueva y en un escenario nuevo para mí, pero aquí vivo con tanta intensidad que disfruto plenamente hasta el último segundo de mis días.

Por fin he recuperado mi espiritualidad innata, esa que perdí en el juego cultural estricto y es que la autentica deidad del ser humano, está dividida en miles de culturas y religiones diferentes. En cada una de ellas, reside un ápice de verdad enmascarada en cientos de viles mentiras creadas por hombres interesados en mantener dóciles a sus propios creyentes. La gente de a

pie discute, de forma absurda, por defender su propia elección, sin llegar a darse cuenta que en el fondo tienen parte de razón, pero rayan constantemente, en la irrealidad de sus culturas sin ver que defienden fanatismos absurdos que no son ni lógicos, ni mucho menos humanos. Dado que si Dios existe, es para todos el mismo y, por lo tanto, no tiene sentido defender un dios subjetivo y manipulado para cada grupo de personas.

Así que huelga decir que no debemos tomar nada como verdad absoluta, porque a estas alturas del camino, lo único que me veo en calidad de afirmar como verdad absoluta, es: que todo aquel que asegura poseerla, no es más que un necio que se conforma y quiere imponer sus creencias a los demás. Hoy por hoy, siento que nadie puede afirmar conocer la verdad respecto a nada, puesto que todo lo oficial son medias mentiras basadas en teorías e hipótesis que las marionetas del sistema certifican a ciegas, convencidos de su propio punto de vista individual, corrompido y manejado por las altas instituciones académicas. Además de por los grandes ilustrados que se han convertido en tótems culturales que no se pueden discutir, cuál libro sagrado.

Yo reconozco haber sido un borrego confiado en todos esos pastores que nos ofrece la historia, como Einstein o Darwin, pero también me veo en calidad de certificar: que jamás volveré a confiar en nada sobre lo cuál exista una conspiración lógica, que haga comprender objetivamente todas las incongruencias de las versiones oficiales. Entiendo que antaño amoldaron las religiones para manipular a las masas y mucha gente sufrió los estragos de una inquisición, dedicada a eliminar todo lo que no interesaba. Por ello entiendo que hoy, ha sido establecida una nueva religión a la cual llaman ciencia y que trata de enfermos mentales o despechados, a todos

aquellos que osan a nadar contra esa corriente intelectual que inquisitoriamente arrastra todo a su paso.

Ahora a veces me río de la desesperanza que sentía hace unos meses, cuando percibía que jamás conseguiría terminar este diario. Pero al fin y al cabo, gracias a los ánimos de Mónica he conseguido acabarlo, es curioso que acertase incluso a vaticinar que podría terminarlo. Sino hubiera indagado en sus fuentes, pensaría que es un tanto bruja, puesto que acierta siempre en todo.

No puedo despedir esta modesta crónica de despertar, sin mencionar que mientras la escribía me he sentido arropado incluso cuando estaba sólo. Es difícil de explicar, más si cabe, evitar que me tomen por falta de cordura al hacerlo, pero ya no tengo miedo a la inquisición científica que se esconde bajo la psiquiatría y por ello: no temo afirmar que he sentido la ayuda de mis abuelos fallecidos para terminar la obra. Comprendo que es algo duro de tragar, pero en cualquier caso, presiento que si a cualquiera de mis dos abuelos le hubiese tocado vivir en este mundo de desigualdades: sin duda creo que ellos hubieran tomado la misma decisión de romper con todo y volver al campo que los vio nacer. De hecho mi abuelo paterno, fue un hombre de campo toda su vida y el padre de mi madre jamás dejó de cuidar su terruño, hasta el maldito día en que el médico le decreto el tumor que terminó enterrándole.

Dicho esto espero que entendáis que me siento realmente orgulloso de mi decisión, además de realizado y libre de esa gran maquinaria de cemento que nos exprime hasta la última gota. Dado que, parafraseando al nuevo Papa, debo decir que las ciudades se han convertido en picadoras de carne gigantes, donde la materia prima somos, sin excepción, los seres vivos.

A día de hoy sólo puedo asegurar una cosa, después de todo el camino en mi despertar, y es que hay muchas mentiras por todas partes. No solo en Internet que está plagado de teorías, donde todos enfrentan sus egos por ver quién tiene la verdad más auténtica. También los medios de información nos saturan de noticias repetidas y defienden los propios intereses de a quienes están expuestos. He escuchado ya varias veces a celebridades llenarse la boca diciendo que somos el “Homo Digitalis”, como queriendo decir que somos una evolución del ser humano y estos se enfrentan a otro grupo que dicen que nuestra especie en realidad está involucionando, o yendo hacia peor. Mi opinión al respecto es que en la situación en la que nos encontramos, nuestra única denominación puede ser “Homo Confusus” y hasta que no nos deshagamos de tanta divergencia competitiva, y de nuestra arraigada ignorancia, no conseguiremos jamás sacar conclusiones. De tal modo que mientras permanezcamos sumidos en ese tormento, la gran maquinaria de la cual formamos parte y en la que funcionamos como pequeños engranajes, seguirá funcionando hacia la deriva.

Si hay maquinista o no hay maquinista, es un jardín de discusiones que se nos escapa a todos de las manos, pero lo cierto es que el rumbo donde nos dirige el sistema capital es fraticida y carece de total sentido a estas alturas de evolución humana. Si algo queda obviamente claro, es que huele a podrido en las altas esferas y ese tufillo horrendo ya no se le escapa a casi nadie. Ahora debe renacer el espíritu dentro de todos los seres humanos que nos hemos entregado al ostracismo y tenemos que exigir lo que es nuestro de una forma pacífica.

Nosotros ya lo estamos haciendo en nuestra pequeña resistencia en villa Esperanza, aunque queda

mucho por delante y no era necesario romper con la vida urbanita para hacerlo, pero no me arrepiento en nada por haberlo hecho. Las urbes siguen llenas de consumismo compulsivo, allí se espera o se fuerza a que la gente gaste y se abre la puerta de atrás a la gente que en lugar de gastar, piensa: para que huyan a hacerlo en otros países donde no puedan luchar por el cambio de forma activa.

Aún así, está claro que cada vez hay más gente despertando de toda la farsa y son dignos de elogiar absolutamente todos. Pero perdemos el tiempo buscando culpables: se habla de Anunnakis, sionistas, masones o iluminatis; que si grandes magnates o mangantes; altas burguesías o jefes de estado; e incluso se señala a los lobbys de presión como culpables; y eso por no hablar de reptilianos o eugenistas; además también huelga mencionar a selectos clubs elitistas como el club de los 300 o a esa gente que asegura que la especie humana está parasitada por razas alienígenas que dirigen nuestros intereses desde la sombra. ¡Pero lo cierto es que no y mil veces no! Los auténticos culpables de vivir en una sociedad tan perversamente enferma, somos todos sin excepción, porque no nos ponemos de una vez a luchar juntos, olvidando las rencillas, las indiferencias y las envidias, clamando al cielo que queremos un mundo mejor para nuestros hijos y que vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para conseguirlo. En lugar de eso nos limitamos a mantenernos entretenidos y conformados, amoldándonos a la realidad que nos pinta un tipo que lee una pantalla en algún telediario o programa de opinión.

Quiero dejar claro, antes de cerrar este capítulo de mi vida, que la idea no es enaltecer violentamente a las masas y provocar un estado de sitio que nos echaría al ejército encima. Sino que debemos luchar de forma

pacífica y con inteligencia, sabotando todos los macronegocios que han construido a nuestra costa. Condenarles en conjunto por sus precios abusivos o sus escándalos productivos, con el desprecio que es el mayor de los castigos. Provoquemos gestos que animen al prójimo a actuar en la revolución y recojamos firmas para solucionar los grandes conflictos que nos subyugan a toda la buena humanidad en conjunto. Aparquemos a un lado, de una vez, nuestras diferencias: toros, no toros; fútbol, no futbol; Barcelona, Madrid o cualquier otro equipo; españoles, catalanes o vascos; farándula, cultura; religiosos, ateos; derecha, izquierda; arriba o abajo; y así absolutamente todo lo que está gestado para dividirnos en la igualdad. Porque todos somos lo mismo y merecemos lo mismo, ¡por eso debemos luchar por lo mismo!

Dejémonos de formalismos y si tenemos que amoldarnos a un pensamiento único, ese debe ser el del cambio. Tiremos por la borda los tópicos, tipo: “eso es imposible”, “nosotros no podemos cambiar nada”, “esto es lo que hay” y ese sinfín de frases que nos sumen en el victimismo y la indefensión aprendida. Vamos a abordar la situación con valor de una vez por todas, en definitiva, vamos a criticarnos menos y vamos a escucharnos más. Cada uno de nosotros guarda celosamente una pieza del puzzle de la verdad, si las unimos todas veremos el dilema resuelto y descubriremos la fórmula de triunfar en nuestra justa labor que tenemos desatendida. Y ya está bien de delegar y limitarnos a votar una vez cada cuatro años, confiando ciegamente en quién elegimos: porque cuando la labor de representar a un grupo de personas recae sobre unos pocos, terminamos perdiendo todos menos esos preferidos. Vamos a deshacernos de las etiquetas, que hemos puesto y nos han puesto, para desprestigiar todo lo que nos rodea.

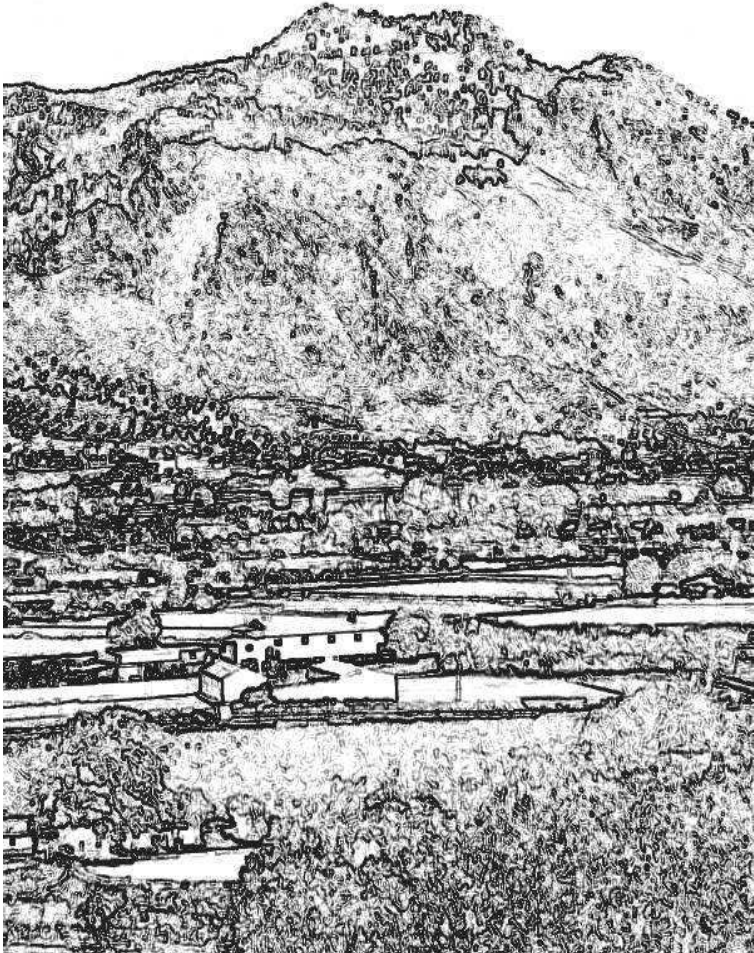
Quiero dejar claro que nuestro enemigo no es aquel que es de otro equipo o tiene otra ideología, o gustos, diferentes a los propios. Nuestro verdadero enemigo es común y se esconde detrás de un buen marketing, para vendernos gato por liebre. No debemos permitir que nos sigan engañando con formulas para salir de la crisis o que nos den carne de caballo viejo en nuestra comida y esto son simples ejemplos de lo que hacen nuestros enemigos. Sin embargo, terminamos criticando al funcionario que cobra una trabajada pensión en la casa de al lado y no nos levantamos contra el banquero que le dan ochenta millones de euros, para que se jubile con la boca cerrada y los bolsillos llenos, tras estafarnos sin compasión.

Está demostrado que en la unión reside la fuerza y el sistema abominable que impera, tiene claro que si nos mantiene divididos vencerá. Hace unos meses, más de un millón de personas firmamos una petición para llevar la dación en pago de las hipotecas al senado y aunque no han querido confirmarlo, por miedo a que tomemos ejemplo, con ese hecho conseguimos algunos derechos para los desahuciados. Ya hay muchas plataformas que luchan por el derecho constitucional ultrajado, que reza que todo español es merecedor de una vivienda digna, y sólo falta que todos nos sumemos a esas causas, que aunque no nos toquen de cerca, nos convierten en víctimas directas o indirectas de las grandes entidades que se aprovechan de nosotros. Ha llegado el momento de recuperar un país que construimos entre todos, el cual unos pocos han regalado mientras estábamos tan distraídos entre banalidades y responsabilidades.

Sin más, quiero despedir este manuscrito invitando a todo el mundo a recuperar la empatía, la dignidad y el respeto, primero por nosotros mismos, y luego contagiando al mundo de tan buenos valores que

permanecían olvidados. Sólo de esa manera podremos darnos cuenta que lo importante es el conjunto y que formamos parte integral de algo que se llama humanidad, y que se encuentra partida en millones de pedazos o tribus. Es por lo tanto obvio, que el mal está bien tejido en esta sociedad y los siniestros se encuentran al mando de muchos grupos donde se hacina la gente buena, sin saber que están siendo manipulados con aviesas intenciones. Por ello, en lugar de un adiós, quiero despedirme con un hasta pronto, incitando a todo lector que se sienta identificado con nuestra lucha a unirse en lo que será el hall de la revolución que el mundo necesita. ¿Te atreves a participar?:

FB: Aliados para cambiar el mundo



La Esperanza

NUNCA TE OLVIDO

Por mucho que el tiempo pase
recuerda esto amigo mío,
yo siempre diré esta frase
cuando me encuentre con frío:
Pronto te fuiste mi hermano,
¡¡aunque yo nunca te olvido!!

Ahora queda un gran vacío
mientras continúo el camino,
pero me cuenta el destino
que volveremos a vernos
cuando llegue al mar mi río.

Hasta entonces compañero
ve preparando la gloria,
pues tú has llegado primero
y yo te alcanzaré algún día.

Nadie merece esta suerte,
menos aún esa desgracia,
pero a todos nos espera la muerte
y ahí reside la magia.
Por eso,
mientras queden fuerzas
en este cuerpo presente,
siempre albergaré esperanzas
en poder volver a verte.

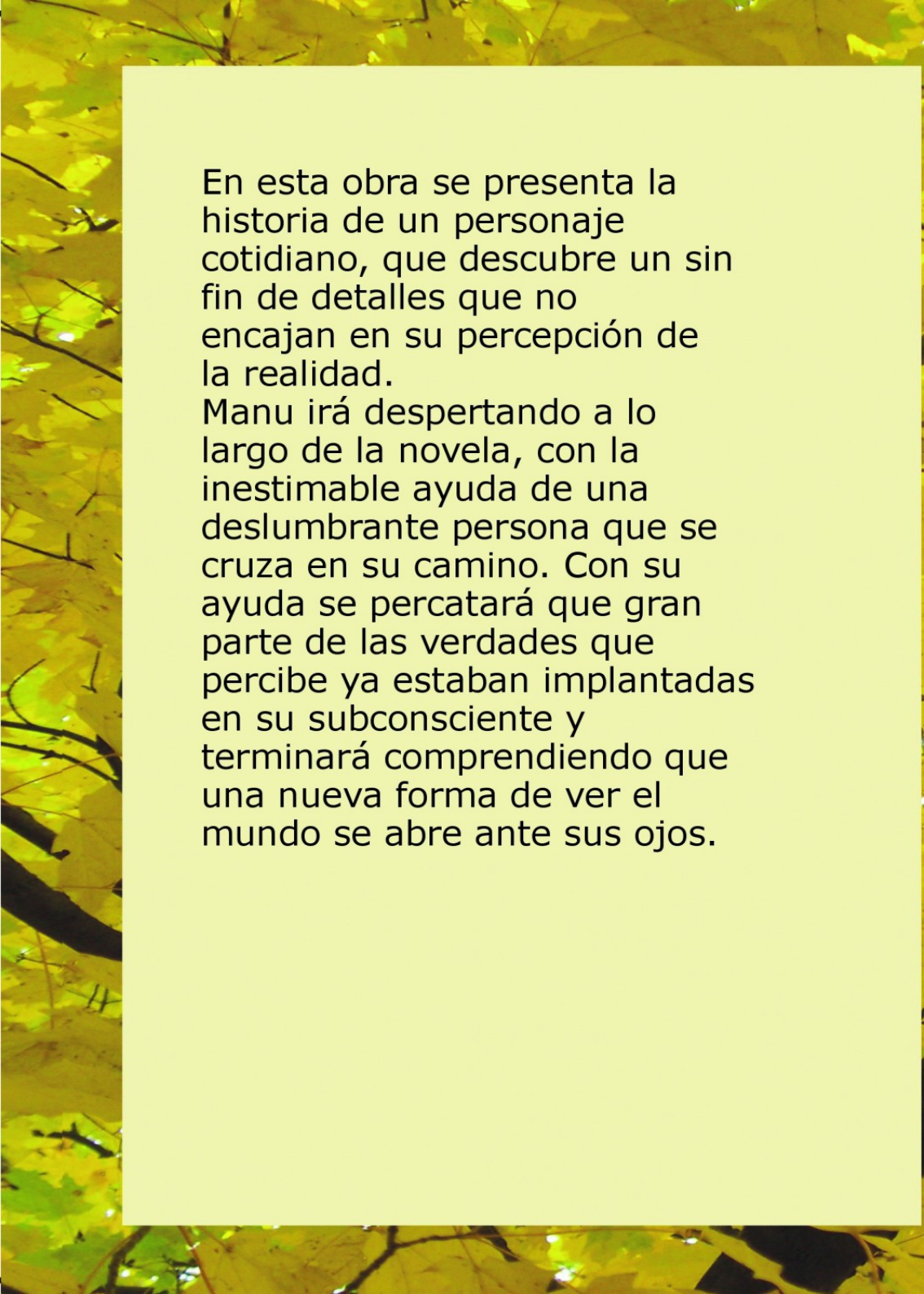
Y cuando no quede nada
y esté mi cuerpo ya inerte

REQUIESCAT IN PACE

viajaré hasta tu morada
para abrazarte bien fuerte.
Ahora escúchame un momento,
sé que puedes hacer eso
y lo susurraré muy lento:
¡¡Nunca te olvido, Lorenzo!!

En memoria de Lorenzo Guerrero Esquitino





En esta obra se presenta la historia de un personaje cotidiano, que descubre un sin fin de detalles que no encajan en su percepción de la realidad.

Manu irá despertando a lo largo de la novela, con la inestimable ayuda de una deslumbrante persona que se cruza en su camino. Con su ayuda se percatará que gran parte de las verdades que percibe ya estaban implantadas en su subconsciente y terminará comprendiendo que una nueva forma de ver el mundo se abre ante sus ojos.